

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

# REYLES



BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA

Impresora L.I.G.U. - Paysandú 1011

MONTEVIDEO

1943

## De REYLES

a propósito de la primera obra  
de la autora:

...Su libro es la revelación de un temperamento literario muy femenino y muy exquisito. Las cualidades fundamentales del escritor fluyen de sus páginas: fina sensibilidad, facundia raciocinante, sentido de la forma, vibración propia, encanto. El resto lo hace la lucha de la pluma con el papel blanco y la cultura. "A media voz" despierta la apetencia de otro volumen suyo. Si cultiva con ahínco el jardín de su feminidad le dará opulentas flores. Que vengan pronto...

**Carlos Reyles.**

## REYLES

A Hyakmar Blixen - escritor, profesor  
y crítico - (cuyas relevantes dotes inte-  
lectuales he tenido ocasión de apreciar  
de cerca) envío esta obra en recuerdo  
de una brillante conferencia, trascen-  
dente y palpitante.

Homenaje de estima intelectual de  
su colega.

Josefina La Sra.  
Blixen

---

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

# REYLES



BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA

Impresora L.I.G.U. - Paysandú 1011

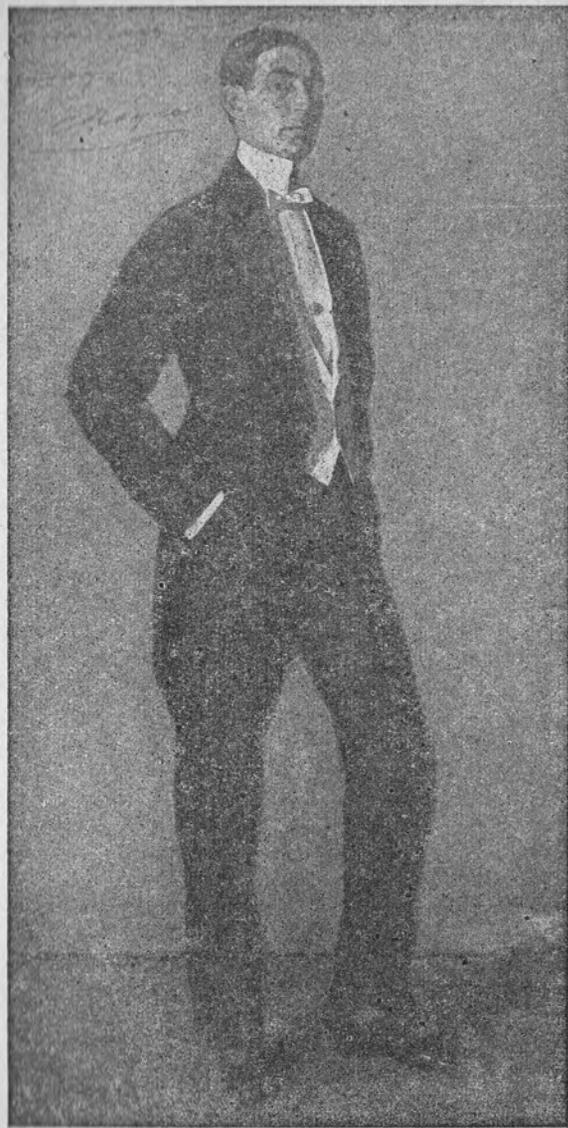
MONTEVIDEO

1943

Derechos reservados

IMPRESO EN EL URUGUAY

Hecho el depósito que marca la Ley 9739.



CARLOS REYLES  
*Por Zuloaga*

«Para asir lo real hace falta situarse en las cimas heladas, más allá del Bien y del Mal». — *Carlos Reyles.*

Son aquellos a quienes la fama consagra, los que pueden decir con Nietzsche: «Para nosotros, la vida es un peligro mucho mayor. Somos de vidrio. ¡Desgraciados de nosotros si chocamos con algo! Si caemos, estamos perdidos.

## REYLES

### I

La personalidad de Carlos Reyles no es de las que puede investigarse a través de una larga ascendencia, pues ésta se pierde casi inmediatamente; sus abuelos se perfilan como sombras, y, como sombras que no han proyectado actuaciones. El camino de la investigación se vuelve así borroso e impreciso, y está lleno de lagunas y enigmas. Desde los primeros pasos, se llega a un principio rodeado de noche. Se creyó siempre que los antepasados de Reyles eran irlandeses, y ese era uno de los pocos datos concretos con que se contaba. Sin embargo, existen documentos que probarían, si no otra cosa, que su abuelo habría venido de Manchester, condado de Lancaster, donde habría residido largo tiempo. ¿Destruye este solo y simple hecho, las suposiciones anteriores, como quiere pensarse? ¿Da alguna claridad al origen, la demostración de esa permanencia? Aparte de estas pruebas, existen otras tan valiosas como éstas, por las que se llegarían a presunciones opuestas y que mantienen la faz primera del asunto, probando con algunos datos que los Reyles fueron originariamente O'Reilly, de la misma rama que fundó en Cuba en 1792, Pedro Pablo O'Reilly, madrileño de nacimiento, pero hijo del general Alejandro O'Reilly, nacido en Dublín. Corrobora esta hipótesis, el notable parecido físico entre Pedro Pablo O'Reilly y Carlos Reyles, que éste tuvo ocasión de constatar, cuando, al mostrársele en un libro el retrato del otro, lo tomó por suyo, pensando que por una hábil superposición de figuras se le daba una broma, haciéndosele aparecer en uniforme militar. Pero, como se trata de hechos que pudieron coexistir, sólo quedarían destruidas las suposiciones por las que se llegan a conclusiones contrarias. Con todo, a la confusión preliminar se suman las nuevas dudas que aportan quienes, sosteniendo que los Reyles no fueron en ningún momento O'Reilly, no prueban tampoco si el verdadero nombre era Raile, Railé, Rahile, Rayle, Reile o Reille. Así, para algunos el abuelo era Genaro Raile o Rahile, hijo de Enrique Raile o Rahile y de María Dayle, mientras que para otros sería Genaro O'Reilly, hijo de John O'Reilly O'Connor.

Estas oscuras circunstancias aumentan innecesariamente la importancia de un antepasado de figuración secundaria, como lo era Genaro O'Reilly, pero que, por haber sido quien llegó a América, ha de tomarse como fundador de la familia Reyles, sobre todo, porque su viaje no es sólo un eslabón visible, sino que aporta a los investigadores, más que un apoyo, un punto de partida. Asimismo la faz psicológica, que es la interesante, por estas y otras razones, es muy pobre. La mayoría de las condiciones de este abuelo parecen responder a razones ocasionales y no intrínsecas, sin que se presente ninguno de esos datos definitivos que, sirviendo de flecha, pudiera considerarse rasgo iluminador en la búsqueda de las revelaciones. Pero esto no impide que muchas de las cualidades de este antepasado se hallen en sus descendientes, acentuadas, desviadas o desvanecidas; desde luego, siempre en planos más altos, porque se produce un movimiento ascendente, debido al cual las condiciones se depuran, enriquecen y perfeccionan, y, sin que se pierda la coherencia, dejan ver en muy hermosas dotes, como filamentos que inducen a pensar en la herencia de este personaje, tan lejano por su extraño temperamento y porque razones desconocidas o un casual desconocimiento, lo mantienen en la lejanía del misterio, a pesar de lo cercano que está en la tabla del tiempo.

Era Genaro O'Reilly un ser enigmático y misántropo, pero audaz, bravo y fuerte, y vicioso, de cultura rudimentaria, que apenas sabía escribir. Sin embargo tenía conocimientos de náutica, de meteorología y de matemáticas, posiblemente prácticos, y tanto en su tierra como en el Uruguay, asesoraba o daba cursos a los pilotos. Hace suponer esto que fuera marino o que vivió en medios marinos, cosa que contribuye a afirmar también, el hecho de que fuera un gran nadador. La única aventura que de él se conoce prueba que estaba familiarizado con el mar y que a él se entregaba de más buena gana que a los hombres. Así, de su viaje se ha conservado un solo dato preciso y desconcertante: que se arrojó al mar, huyendo del barco a nado. ¿Por qué? Nadie lo sabe, aunque se presume que esa actitud de incurrir a un peligro de muerte y fuera consecuencia de un motín fracasado, o que su calidad de viajero no le ofreciera las libertades que gozaban los viajeros corrientes. Y sobre este tópico hay dos versiones no coincidentes, sosteniéndose en una que el hecho ocurrió frente a la costa de Maldonado y en la otra, cerca de las Islas Canarias, donde habría sido recogido por un barco español. Pero no es la faz histórica lo que importa, sino el acto, esa temeridad, ese arujo y esa impaciencia, que han de verse en muchos actos de Carlos Reyles, y en los que se descubre la herencia de este abuelo, ya

en sus violentas reacciones, ya en la modalidad aventurera que, en él aparece, aunque en otros y muy distintos sentidos.

El carácter de Genaro O'Reilly ha de reconstruirse sólo con las cuatro líneas que se han salvado: su llegada insólita, su hosquedad, sus costumbres y su silencio. Nadie sabe cómo vino, ni por qué, ni en qué calidad; nadie sabe qué cosas abandonó para venir a América, ni cómo había vivido hasta ese momento, ni siquiera qué había hecho. Se supone asimismo que grandes contrariedades o evidentes peligros hubieran contribuido a hacerle dejar su tierra, y hasta que viniera enganchado o deportado. Y esto es lo que ha de colegirse también de su conducta posterior, más sonambulesca que activa, sin ambiciones de gloria ni de fortuna, ni ansias de abordar quiméricos proyectos, y no teniendo tampoco —como ha de verse— condiciones para abroquelarse contra el destino, pues el desánimo o el alcohol, quién sabe cual primero, minaron su organismo y quebraron su voluntad.

Tal vez llegó en 1806 o en 1807, formando parte de alguna de las expediciones inglesas, en la época en que vinieron la mayoría de los irlandeses que fundaron familias en el Río de la Plata. Pero sólo se tienen noticias suyas algunos años después, sin que ninguna de las hipótesis que existen haya podido ser confirmada. Sin embargo no sorprende que su presencia diera pábulo a invenciones aun grotescas e inverosímiles, porque callaba más de lo que se quería que callara y mantenía una distancia hiriente, que lo hacía antipático en ese ambiente pueblerino y murmurador, en el que no se le quería, pero en el que encontró, a pesar de ello, amor. Una hija de José o Isidoro Lorenzo, natural de Río Grande, y de María Guadalupe, se enamoró del solitario, casándose con él. La boda se efectuó el 21 de Mayo de 1822, muriendo Genaro pocos años después, sin haber llegado a formar un hogar tranquilo, ni menos feliz. Asimismo su muerte resultó prematura, puesto que la joven viuda —que pronto se casó en segundas nupcias— quedó en aquel momento sin recursos o con muy escasos recursos y un niño pequeño para sostener y educar. Y este niño —Carlos se llamaba— va a ser luego el padre del escritor.

Era María Guadalupe una mujer seductora, de líneas finas y gran distinción de modales; y ocupaba una posición destacada en aquel pequeño mundo que se rendía a su gracia altiva. Pero bajo esa delicadeza y femeneidad se escondía un carácter enérgico, el que se notará en sus descendientes. Muchas de las condiciones maternas, a través del hijo, que heredó su energía, han de hallarse en el nieto, en Carlos Reyles, que recibe de su abuela la distinción, la altivez y la firmeza, mezcladas a esa cosa fina que se observa en los retratos que han quedado de uno y de otra. En cambio, Carlos Reyles, el hijo de

María Guadalupe, recogió casi exclusivamente, las ambiciones y la voluntad de la madre. Era desde niño un ambicioso al que habían templado y fustigado circunstancias harto difíciles. Conoció privaciones y estrecheces, además de otros sufrimientos que habían ido endureciendo su voluntad. Y empezó temprano su lucha de hombre, buscando en un empleo el modo de ayudar a su madre y de abrirse camino. Pero no era esa posición mediocre y estacionaria, de empleado de una casa de comercio, la que podría satisfacerlo. Quería ser rico, soñaba con ser rico, inmensamente rico y poderoso. Se trazó un plan y lo puso en práctica ya a los ocho o diez años, trabajando y estudiando a un tiempo. Pero como no podía ir a la escuela, precisamente por no ser rico, ni podía tener maestros que le enseñaran, buscó una forma meritoria y singular de aprender. Y así, ante las ventanas de la escuela se detenía para escuchar, y acurrucado pasaba largos ratos, a veces horas, atento y temeroso de ser descubierto, y de que se le impidiera continuar aprendiendo. Y para su mayor tranquilidad y quién sabe si también por delicadeza, resolvió compensar de alguna manera al maestro, y para ello iba a los campos a cazar perdices, que luego entregaba a éste. Y así desde la calle aprendió lo que no se aprende desde los bancos de clase, que es a imponerse a las circunstancias.

\*  
\* \*

Algún tiempo después, Carlos Reiles habló a su madre de irse para volver rico. Había obtenido los conocimientos necesarios para desenvolverse en la vida que se proponía llevar. Hizo cálculos y preparativos, y antes de partir dejó a su madre diez y seis onzas de oro, tantas como años tenía, y que constituían todos sus ahorros. Para el muchacho, aquel dinero, tan trabajosamente ganado y guardado, tenía el valor de una fortuna, y para la madre significaba una tregua de tranquilidad, porque con él podía vivir sin preocupaciones por lo menos un año.

Carlos Reiles procedió en esa primera emergencia, como lo va a hacer siempre, con mesura y sentido exacto de la realidad. Tenía ya la noción del deber, pero no conocía la ternura que hace mirar atrás, ni las dudas que disminuyen las posibilidades del triunfo; y como poseía también un orgullo tonificante, puede decirse que llevaba en su misma naturaleza el amuleto que habría de preservarlo de los fracasos.

Era el tiempo en que la vida rural empezaba a tomar incremento

y cuando se hablaba, sin asombro, de hombres que repentinamente se enriquecían, al dedicarse a simples trabajos de campo. Reiles —que recién entonces empezó a llamarse así, según se dice, porque le molestaba el dejo con que los hombres de campo pronunciaban su apellido extranjero — pensó, no sin razón, que él podía ser uno de aquellos hombres. Se sabía con condiciones para la vida azarosa y de negocios; poseía temple, inteligencia, perseverancia y vigor, agilidad de cuerpo y de espíritu, contextura recia y carácter inquebrantable, lo que significaba lo necesario para triunfar.

Arriado ganado, como tropero cruzó la frontera del Brasil. Allí encontraría amplios horizontes y suerte tentadora. Tenía algunos conocimientos de cosas de campo y conocía también bastante a los hombres. Su fortuna fué veloz. En sesgo abrió un camino ascendente, alucinado por el oro, andas y probó, y destruyendo la fantasía del proyecto asociado con la realidad pronto conquistada.

La condición de los Reiles la de no perder tiempo en vanas ilusiones, y como los de su raza, él tampoco divagaba al proyectar ni debilitaba su acción en rodens. Sus aspiraciones estaban circunscritas a un posible difícil, pero no se salía de la órbita de lo realizable. Además poseía cierto egoísmo familiar, ese egoísmo debido al cual los Reiles proceden sin sensiblerías que podrían llevarlos a olvidarse de sí. Y esto contribuyó evidentemente a hacer que limitara su esfuerzo al bienestar inmediato, vedándose triunfos más amplios y completos y atraído sólo por lo material y efectivo, más que por lo ideal.

Pero si buscaba el bienestar y no la gloria, cierto es que llegó a su meta. Pocos años después de su partida era rico o estaba en vías de serlo. Su perspicacia le había permitido encontrar el mejor camino: se puso en comunicación con Domingo Faustino Correa — O Comendador — como todos le llamaban y que era una de las más importantes personalidades del sacanaria riograndense. Trabajó en sus estancias ayudando en las más rudas faenas, luego ya como simple peón y lo hizo siempre con tanto denuedo y acierto, que, en poco tiempo se constituyó en un hombre de confianza para Correa, y a quien se le entregaban no sólo las tropas sino también los negocios.

Dos o tres años bastaron para que el joven tropero llegara al fin que se había propuesto. Tenía ya algunos ahorros y sobre todo voluntad de trabajar, proyectando ahora hacerlo por su cuenta. No era hombre de permanecer en un mismo empleo por promisor que fuese; quería tener su fracción de tierra y levantar su casa, y como allí supo que Correa tenía grandes campos en Tacuarembó, a los que no daba valor, aunque eran valiosos, le pidió facilidades para comprárselos. Correa, que era generoso, y que tenía cariño y gratitud para aquel

joven, rechazó la oferta, diciéndole: «son suyos». Pero Reyles pedía facilidades y no dádivas, y como era hombre que asociaba a la intuición del negociante el pundonor del caballero, fijó un precio, que al otro pareció excesivo, e insistió y pagó por esas tierras, lo que sabía que valían.

Se hizo así propietario, pagando religiosamente lo que habían convenido. Los primeros años fueron difíciles, pero no desmayó. Multiplicó el ganado que llevaba, aumentó los galpones y el número de sus peones, y las estacas que marcaron los primeros límites de sus dominios, dejaron de verse, en horizontes cada vez más extendidos. Era hombre de empuje, de inteligencia práctica, y si en algo entró la suerte, casi todo lo decidió su firmeza, su clarividencia, que era casi despejo en los negocios, y una audacia acentuada y providencial. Pero si hizo su fortuna con viveza, la hizo honestamente. Por eso, mucho más tarde, cuando en 1932 se abrió el testamento de Correa, los herederos se encontraron con que se nombraba a Reiles albacea, con estas halagadoras y justicieras palabras: «Al hombre más honrado que he conocido». Pero, en ese tiempo, naturalmente, Reiles no vivía. Había muerto sin que Correa se enterase del suceso, y se ve que tampoco pensó que edad tendría si viviese. Pero el acto sirve de homenaje a su memoria, y conviene destacarlo, porque esa hombría de bien, es la que se va a hallar en el hijo, a través de todas las vicisitudes y circunstancias.

Fué Reiles además un hombre generoso, que levantó y sostuvo una escuela en su propia estancia, contribuyendo también a levantar y a sostener hospitales y salas de auxilio, y ayudando a numerosos parientes y ahijados, sin alardes ni ostentaciones, por lo cual se dijo que había sido filántropo, muy probablemente sin saberlo.

Todo esto, contribuyó a que obtuviera una destacadísima posición social y política, a que ocupara cargos de confianza y se constituyera en una personalidad de relieve. Fué diputado, senador, jefe político y comisionado en negociaciones de paz entre los dos grandes partidos del país. Como político fué un hombre influyente, de sano criterio, que pesaba en el ánimo de los gobernantes con los que le tocó actuar, y que ilustraba a sus colegas en muchos asuntos difíciles de la campaña, del que se ha dicho que era el único representante.

Por otra parte, nada lo amedrentaba, y no cedía a las circunstancias ni a los hombres. De ahí que el mismo Latorre, en el auge de su poderío tenebroso y disponiendo de todas las riendas, sabía que Reiles le haría frente y le diría las verdades, que no resultan agradables oír, pero que dicen los amigos. Y cuando lo consultó sobre un proyecto que en ese momento lo entusiasmaba, Reiles le contestó: «¡Es

una pavada!» Y, aunque se dice que el tirano se echó a reír, se comprende que no debió hacerlo de muy buena gana. Y aquí hemos de constatar de nuevo, cómo se acercan por rasgos temperamentales el padre y el hijo, ya que ni uno ni otro daban valimiento a títulos, ni para ellos existían circunstancias inhibitorias.

Además, ambos tenían una misma manera de ser, severa, poseyendo una severidad que era casi intolerancia, y también una evidente predisposición a lo que habría que llamar respuestas «cortantes». Así también se cuenta que cuando Reiles era ya rico y tenía un secretario joven y solícito, que al parecer lo aburría con fútiles o ingenuas observaciones, cierta vez, interrumpiéndolo, le dijo: «Dígame, ¿qué edad tiene usted? —Veinticinco años, respondió el empleado. —Pues ha de saber que yo, a los veinticinco años tenía ya veinticinco suertes de campo, lo que prueba que no soy tan tonto».

Padre e hijo poseyeron, pues, una misma manera de actuar, la misma manera de plantear bravamente las situaciones, una misma lealtad, y desde luego, una gran intolerancia ante los que están arriba y abajo y, por la cual no se sometían, ni sus palabras se dulcificaban para conformar, halagar, o animar por simple amabilidad, ni cortesía, ni menos por lástima. Por eso Reyles admiraba a su padre, que era un cierto modo como él, y que tenía muchos de sus méritos y de sus cualidades más acusadas y mejores.

«El no juega, ni pita, ni matea, ni tiene parejeros. Nunca le vide de manos cruzadas. ¡Cristiano bárbaro pa' el trabajo y pa' gastar serrros de esterlinas en toros, carneros, garañones pa' las manadas burreras, alambrans, sercos, calsadas, ¿qué sé yo?...», dice Reyles por boca de uno de sus personajes en alguno de sus libros. Retrata allí a su padre, empuinado y enérgico, bravo en la lucha y estoico en la desgracia, y al que, cuando una revolución le deshace la hacienda, carneándole vacas y volteándole alambrados, sin lamentarse, vuelve a empezar. «Es como el ombú, no lo desacomoda ningún ventarrón». Admira, pues, su dinamismo, su sentido de la realidad, su modo de resistir los contrastes, sus proceder rectos y, aunque en un arranque de fastidio lo condenara pública e injustificadamente, lo cree justo, bueno, noble y lleno de virtudes.

Pero Reyles nunca supo dominarse, siendo en este sentido muy distinto a su padre, cuya conducta siempre mesurada y serena, probaba que tenía un completo dominio de sí. Era éste un hombre que

planeaba con calma, sin dejar nada a la improvisación, ni menos al azar. Y con la cordura con que procedió de niño, y luego de adolescente, procedió en todas las circunstancias de la vida. Así, al mismo tiempo que compró su casa, compró su tumba; y desde joven se marcó la edad en que se casaría, resolviendo no hacerlo hasta los cuarenta años y con una muchacha de San Carlos, porque, según decía, quería hacer feliz a una mujer de su pueblo.

Su determinación no era singular, en un hombre, como él, desapasionado; pero algo sorprende, dentro de su frialdad característica. Y aquí Carlos Reiles se presenta al observador como un romántico. En medio de sus triunfos, lejos de aquel pueblo adormecido para la civilización, pueblo que abandonó para no hundirse en su ambiente como en una ciénaga, volvía a él siempre como a reparar recuerdos. En uno de esos viajes, las mujeres tuvieron que parecerle más hermosas. Tenía cuarenta años y debía cumplir la palabra que a sí mismo se había dado. De tarde, en la plaza, era admirado su porte distinguido; agradaban sus modales y se respetaba su posición. Reiles hizo una vida social activa, frecuentó la sociedad más prestigiosa, se dispuso a enamorarse. Pronto, dos hermanas, pertenecientes a la familia de Gutiérrez, una de las más representativas del lugar, fueron sus amigas predilectas. Ambas eran hermosas, y en el pueblo se comentaba la asiduidad de Reiles para con las dos. ¿A cuál de ellas amaba? En cierto momento pareció que la elección estaba hecha; pero, mientras atento y galante se mostraba con una, de improviso se comprometió con la otra.

María Gutiérrez entró, pues, en su vida, sin despertar en él una pasión violenta, sino como elegida a la que se ama, porque se ha resuelto amar. Pero, ¿sucedió lo mismo con ella? Es difícil, ya que ella no era precisamente reservada sino impetuosa, instintiva y vibrante.

Instruida, imperiosa, de acciones a veces incontroladas, era el reverso de su esposo, y en el hijo —que va a heredar luego cualidades de ambos— se van a establecer con éste, contrastes que son causa de la doble línea de su idiosincracia. Posee del uno el espíritu fuerte y de la otra la sensibilidad voluptuosa.

La unión de la pareja fué bendecida el 27 de Marzo de 1862, teniendo luego de un tiempo, un primer hijo, Carlos, que falleció al año de nacer, y después de seis años de matrimonio —entre dos hijos más, Conrado y Rogelio— a Carlos Claudio, el escritor.

Carlos Reyles nació en Montevideo el 30 de Octubre de 1868, siendo el tercero de los hijos de un matrimonio en el que habían diferencias de edades, de gustos, de temperamentos, y en el que se había establecido un perfecto acuerdo, porque ambos comprendieron

que éste se rompería —como ella lo confesó en la intimidad a una amiga— el día que se produjese el primer choque. Y por estar, como en una unión libre, constantemente sujetos al peligro de la ruptura, los cónyuges, que debían cuidar esa concordia, estaban más pendientes de ellos que de los niños. Además, él era un hombre de labor, al que preocupaban y tomaban tiempo los negocios; y ella era una mujer coqueta, elegante, refinada y mundanal. Se querían; pero ella amaba de una manera ligera y él de un modo frío.

El infante es a los cuatro o cinco años una hermosa criatura; nervioso de cuerpo y de espíritu, en él que empieza a asomar la inteligencia, el arrojo y la impetuosidad. Es caprichoso, indisciplinado, de gustos finos y firmes y sobre todo altivo. Ve a su madre relativamente poco, no conoce los transportes emotivos, ni las delicadas atenciones, ni las injustificados y agradables desvelos; se le mima al pasar.

De cuando en cuando se le ofrece la fiesta de acompañar a la madre a hacer un recorrido por las calles, y entonces, grave y erudito, la acompaña creyendo cumplir una misión. Va vestido de terciopelo negro, con gran cuello de encaje y una ancha franja de seda roja anudada a la cintura, como podría haberlo pintado Van-Dyck. En ocasiones se le permite entrar al cuarto de la madre, y esto equivale a darle permiso para admirarla, porque esa entrada, trascendental para él, ha de efectuarse cuando ella está ya pronta para asistir a algún sarao o a alguna velada de teatro, y mientras da frente al espejo los últimos arreglos a su tocado. La contempla así siempre en todo su esplendor, arrogante y magnífica como una Juno, contribuyendo a que, sin animarse casi a dirigirle la palabra, permanezca embelesado y tímido. Entre los dos no hay confianza; la madre apenas besa al hijo, y éste sabe que sería reprimible acercarse demasiado, ya que no debe descomponer con una torpe caricia aquella primorosa elegancia. Y es así como ella se agranda a sus ojos, y él se comprende más poca cosa. Pero el deslumbramiento es breve. Se trata de fugaces episodios dentro de la vida monótona y sin atractivos que lleva en la ciudad. De continuo está sometido a deberes que lo irritan, se encuentra entre personas que no lo comprenden ni tratan de comprenderlo y no se siente feliz. Sólo la estancia tiene para él atractivos, allí todo cambia; y el niño que tan respetuosamente se inclina ante la belleza y casi eurojece cuando su madre le habla, aquel niño al que la indiferencia no deja tomar alas, conoce la libertad, los sanos goces

del campo, desarrolla sus músculos, asiste a rudos espectáculos, está entre hombres bravos, se habitúa al peligro y halla en los goces arriesgados una plenitud desconocida.

\*  
\*\*

Tenía seis años —él mismo lo dice— cuando una tropa que debía ser traída a la Tablada, debiendo pasar un río de corriente embravecida, le ofreció ocasión de presenciar una maniobra peligrosa y que fué una de las primeras lecciones vivas que recibió de las cosas de campo. El padre y los más diestros de sus hombres organizaron la empresa; y al niño se le apostó en una loma cercana, a fin de que no fuera a vadear las aguas, en uno de los impulsos incontrolados que lo caracterizaban y que le habría sido fatal. Pero para calmarlo, se le hizo creer que se le precisaba allí, para que, con su pañuelo en alto, diera órdenes, que él lanzaba con decisión y energía, y con la ilusión de ser escuchado y obedecido. Y así tomó parte en la complicada operación... Por eso, cuando el último novillo pisó la otra margen del río, se puso a aplaudir, entusiasmado con la hazaña y confiado tal vez en la eficacia de sus señales, y aplaudiendo soltó las riendas del petiso que montaba, espoleando descuidadamente los flancos del animal que, incitado a pensarse en marcha, se le escabulló de las piernas, dejándolo en el suelo. «Y el chico, como si tal cosa, se acomodó el sombrero y siguió aplaudiendo».

¿No era éste un juego bueno para hacerle amar la vida rural? Se ha dicho y repetido que su padre quería darle una profesión universitaria; sin embargo, en esos primeros tiempos, nada lo probaba todavía. El contraste de la vida de la ciudad y la del campo, tal como se le hacía llevar, parecería hecho para que siguiera las huellas del padre, ya que en la ciudad todo era opresión, deberes ásperos y molestas reglas, y en el campo podría creerse libre, fuerte y hasta grande. Y ¿puede pensarse que su padre soñara por ventura su triunfo en las letras, que tan poco le preocupaban? Más bien debemos creer que ambicionó que fuera rico y que se conformara con ser como él, un gran señor feudal.

\*  
\*\*

En estas condiciones, el pequeño Reyles no pensaba todavía ser escritor, ni tampoco desde luego soldado, ni quería mandar un barco,

ni ambicionaba ser cardenal, ni músico, ni acaso todavía deseaba lidiar toros; jugaba a ser estanciero,

«—Papá... y después que tú mueras todo esto será para mí, ¿no?»

—Sí mi hijito...

—Yo seré el dueño, el que manda...

—Claro... ¿pero, tú no querrás que muera ya prontito para ser tú el dueño?»

—¡Ah, no papáito! —replicó el niño echándole los brazos al cuello—. Yo no quiero que te mueras nunca, nunca.

—¿Entonces?...

El chico se encogió de hombros, miró el campo y tornó a abrazarlo.

—Pobrecito, aun me prefiere a todo, después...»

Así hablaban en aquellos tiempos el padre y el hijo. Los dos amaban el campo y sabían el valor de la riqueza, pero se querían.

«—Yo tengo mi estancia. Se llama Tala Chico, pero es muy grande. Si quieres vamos a medias en las dos y así no tiene necesidad de morirse ninguno».

Parece un diálogo de aquellos que Tolstoï escribía con su hondo conocimiento de los niños. El amor soluciona aquí también una cuestión de intereses, y entonces ya no hay razón para morirse.

¿Pensaría el pequeño que la muerte acontece simplemente por exigencias de la herencia? Había que ser rico para pensarlo; y se ve en esto la psicología del que, por la fuerza de las cosas, ha de condescender al dinero, ya a los seis años, un lugar preferente en el corazón.

Allí, en el patio de su casa tenía su estancia. Y llevando a su padre de la mano, le mostró sus caballos, sus vacas y sus ovejas de madera, sus casas de juguete, y el río que cruzaba sus campos, divididos por alambrados hechos con hilos de coser.

«—Ahora estoy concluyendo las aguadas», le dijo.

—Hase lo mismito que yo, decía el padre.

—¿Y cuántas cuadras tiene tu campo?»

—¡Huy, miles, lo mismo que el tuyo.

—Es grande.

—Ya lo creo, y lo voy a agrandar más, comprándole a los vecinos».

«—Lo mismo que yo», seguía diciéndose el padre.

Y así, jugando, se fué haciendo estanciero. Su vocación por las cosas de campo, despertó, pues, en él, con el ejercicio y con el ejemplo, Montaba en pelo, aprendía las faenas. E insensiblemente dejó los animales de madera por los otros, aunque tomando todavía la realidad por juego.

«Camine unos veinte pasos para allá al trotesito largo, ajá; vuelva para aquí, con el mancarrón amartilladito, eso es, y siga caminando de un lado a otro sin parar. Así se ataja un rodeo y no clavándose en un solo sitio como un poste», le dice en cierto momento su padre; agregando: «—Vamos a enseñarles a estos criollos cómo se aparta un guacho mañero». Y como en esa ocasión, los peones, concedores de las triquiñuelas del oficio, habían cansado en vano sus caballerías, hace que el niño lo ayude. «—Vamos a llevarlo un poco más lejos, por aquí se refugó tres veces y sería cosa de maturrangos insistir. No te apurés, llevá tu flete en una pata y en cuanto te grite: ¡Vamos! atropellá a pegarte en el costillar, medio al sesgo, de no lo vas a aventar de lejos. Despasito no más... ¿Estás pronto? Bueno ¡Vamos, Faustito, ba, ba, ba...! (Faustito es el nombre con que figura Reyless, de niño, en «El gaucho florido»). Ya está en la jaula. Meniale espuela en las ancas mientras yo lo llevo de la cola y lo calso con el pie.»

«—Cualquier día se me va a sentar», grita Faustito; «va como en un estuche».

A la vuelta a las casas, comentando la jornada, como de igual a igual, se establece un diálogo entre ambos, diciendo el padre: «—Dan trabajo estos bichitos». A lo que el niño contesta: «—Dan», y volviendo picaresco su tono grave, añade: «pero también dan platita».

\*  
\*\*

¡Qué atractivos no tendría entonces para la criatura el campo! Allí, de golpe podía imaginarse como habiendo llegado a la cima. ¿No estaba todo preparado para que creyese que era quien quería ser?

Sin embargo, no todas las estadías fueron felices, y en una de ellas acacció inesperadamente, a su vista, la muerte de su madre.

Era verano. El río fresco y bordeado de sombra, que hacía tentador el baño, era el peligro desconocido que acechaba a la madre, allí, en medio de los suyos. De las aguas quietas partió un grito. Los niños, atónitos, vieron que el padre, vestido, se arrojaba al río y que dificultosamente sacaba a la madre. Ella sufría del corazón y no era la primera vez que un ataque la dejaba como ahora inmóvil... La llevaron en un coche. Más tarde alguien fué a recoger a los pequeños que habían quedado en el monte. ¿Qué pasaría?... A la noche, el padre, con el paso y la voz emocionada —una voz que nunca habían oído— se les acercó, abrazándolos a un tiempo y diciéndoles: —«Mamá se fué al cielo».

Días de luto y negros conoció así Carlos Reyless cuando tenía diez años. La vida empezó a desarrollarse más áspera y monótona en una casa llena de sombras y de soledad... Fué sacado del colegio de Mister Negrotto, en el que había aprendido las primeras nociones de las cosas, y se le tomaron profesores particulares. Salía apenas, y se le obligaba a estudiar mucho.

Las estadías en la estancia avivaban su dolor. Veía ahora a su padre como a un ser más poderoso, y lo quería; pero no podía dejar de recordar hechos y palabras que lo hacían sufrir. Por su mente pasaban conversaciones oídas antes: había visto a su madre llorar algunas veces y, recién ahora, aquello le hacía mal. Pensaba que no había sido tan feliz como parecía... Y su pecho fué dando cabida a un gran resentimiento, tal vez inexplicablemente sentido.

\*  
\*\*

Poco tiempo antes de los acontecimientos narrados, había muerto su hermano Rogelio, quedando solos él y Conrado, su otro hermano. Viven en la casona de la familia en la calle Sarandí, frente a la Plaza Constitución, en medio de parientes «solicitos» y servidores fieles, lejos del padre, que, retenido por el trabajo hace viajes espaciados y breves. Y pronto, aquel último hermano muere también de resultas de la caída de un caballo, quedando entonces Reyless completamente solo.

Por comodidad, y quizá también por temor a que las reprimendas disgusten al padre, al que respetan y adulan, los educadores del niño dan a éste una educación blanda y perjudicial. Esto lo vuelve más caprichoso y lo acostumbra a imponerse sin admitir dilaciones, queriendo que sus gustos se tomen como órdenes. Y de este modo se afianza esa naturaleza voluntariosa, en la que se juntan, como él lo ha reconocido más tarde, la nerviosidad de la madre y la voluntad afilada del padre.

Pero sus travesuras, aparentemente ignoradas, no se olvidan. A su llegada, don Carlos recibe la lista minuciosa de las faltas cometidas por el pequeño. Y éste las oye a su vez, tranquilo y sin eludir responsabilidades, porque su temperamento díscolo y poco propenso a la sujeción, no le permite obrar con prudencia, pero sí acatar con dignidad las consecuencias de los actos que no ha podido evitar.

Las entrevistas se desarrollan, pues, siempre iguales y de acuerdo a un rígido protocolo. Ningún saludo ni efusión ha de anticiparse a la frase sacramental con que se inician: «—Mi hijito, tenemos que

arreglar unas cuentitas, y cuanto antes mejor. Usted sabe que a mí me duele más que a usted». Y a lo dicho sigue la enumeración detallada de los cargos que termina con estas temidas y esperadas palabras: «Ahora vaya a buscar el rebenquito». Y con la gravedad que corresponde a las circunstancias, el niño se dirige a su habitación, descolgando el látigo, que con su mango de plata, está allí colgado, como una advertencia inútil y permanente. Y vuelve al escritorio, sereno y resignado, pronto a recibir los latigazos.

Don Carlos procede con el niño como Don Fausto, en el libro, cuando castiga a los peones, según su justicia, «sin irritarse, como se cumple un deber sagrado». Pero, terminado el correctivo, como si entre ambos no promediara incidente alguno, dice al niño: «—Venga ahora a que lo abraze y olvidemos lo pasado». Y con un brazo lo atrae hacia sí, abrazándolo a medias, pues es ésta su manera de abrazarlo.

Pero, ni esto disminuye la admiración del niño por el padre, ni aumenta su cordura. Reyles se presenta ya como un impulsivo que, en el instante de la relampagueante decisión, mide las consecuencias del acto y las acepta. Y frente a su padre no se doblega, ni querría acaso que el otro se enterneciera. Lo admira precisamente por esa manera de proceder, y que considera un don de los grandes. De ahí que algún día diga: «Si mi padre hubiera nacido en otras circunstancias, habría podido ser un Crómwell o un Lincoln». ¿Cómo él? Quizá.

\*  
\*\*

Llega el momento de iniciar estudios más serios, y entra en el liceo Hispanouruguayo. Pero no es allí un gran estudiante, ni recibe en ningún sentido las influencias saludables de compañeros estudiosos, sensatos o prudentes. No congenia con la mayor parte de ellos. Estrecha pocas, aunque sólidas y permanentes amistades. Y empieza sobre todo a establecer distancias, esas distancias que más tarde le veremos soportar, aceptar, o imponer.

Asimismo, durante el pupillaje hace sus primeras conquistas amorosas, y una pequeña y graciosa novia vive anhelando los sábados para verlo. El la aguarda en la puerta de su casa y es ella la que ha de pasar por la vereda, a fin de que se produzca el fortuito y feliz encuentro. Están en la edad en la que las costumbres sociales son reemplazadas por otras, más espontáneas. ¿Es ella quien inspira los versos con los que él se inicia, oscuramente todavía, en la literatura? En todo caso, otro escritor lo reemplaza en el corazón de ella y otra novia a ella, en el corazón del joven poeta... Pero asimismo aquellos

intrascendentes encuentros debieron servir para compensar, por lo menos, las largas y penosas semanas de encierro que ha de soportar el mal estudiante.

Terminan éstas, invariablemente, con guerrillas en la calle, pues la salida de clase significa, además de la breve libertad, el desahogo de contenidos enojos. Durante la semana se acumulan motivos de rencor, inevitables, porque las reyertas son mal saldadas, debido a que los admonitoros, interviniendo entre ellos, los obligan a resolverlas en largas treguas, aceptadas de mala gana por las partes. Y así, los sábados, los ofendidos toman su revancha transformando la calle en campo de Marte. Allí, Reyles, que es de una musculatura fuerte, aunque físicamente fino, espera también la oportunidad de hacer doblar las rodillas a quienes no le reconozcan los derechos que ha creído conquistar, o las supremacías con que halaga su orgullo. Y es claro que esto sólo sirve para aumentar animosidades.

De líneas esbeltas, parece tener más nervios que músculos; y sus compañeros, muchos de ellos corpulentos y robustos, han de sentirse doblemente vencidos, al ser vencidos por él. Más o menos admiten que destaque en las lecciones, aun cuando consta que estudia poco; pero cuesta y duele dejarse vencer en esos pugilatos, ya que el zaha-reño, que esconde aquel cuerpo de hierro, sorprende a quienes pueden suponerse superiores en la fuerza de los puños.

Pero Reyles es orgulloso y dominador, e intransigente como lo va a ser siempre, y si también es comunicativo y hasta alegre, ésto no disminuye en nada su modalidad áspera y su carácter indoblegable. Además, precisa poco de los amigos, ya que como su padre y como su abuelo, él también es en el fondo un solitario que, como si temiese los desengaños, se defiende de querer y guarda con celo la exterioridad de sus sentimientos.

\*  
\*\*

En el liceo Reyles estudia casi exclusivamente lo que quiere, y si sale airoso, es por su agilidad mental, que le permite salvar obstáculos, sin descender del nivel de los buenos, aun trabajando en muchas materias como los malos. De ahí que siendo un muchacho talentoso, nunca pase de ser un estudiante mediano. La literatura y la filosofía son ya entonces las materias que prefiere. Se ha dicho que contribuyó a interesarlo, el azar, al poner en sus manos una colección de libros clásicos españoles, cuando su maestro, hallándose en apuros de dinero, tuvo que vender su biblioteca, y pensó en Reyles para que comprara

las obras más costosas por tratarse de un muchacho rico. Pero, aunque no se dice, es posible también que en la elección del maestro hubiera un móvil desinteresado, aun dentro de aquel interés, y que hubiera hecho su distribución, como hombre de conciencia, ofreciendo a cada cual lo que correspondiese a sus aficiones; y sería entonces la incipiente vocación de Reyless, afirmada en esa oportunidad, la que habría «encauzado» ese azar. Pero, como las circunstancias comentadas hacen que tempranamente lea el «Quijote», que desde ese momento tiene por libro de cabecera, y es innegable la influencia que ejerció esta obra sobre él, no se puede desdeñar un hecho que decidió, no su entrada en las letras, desde que ya escribía versos, pero que formó su estilo, el estilo puro, conciso, fuerte, de sus obras.

\*  
\*  
\*

Es ya un estudiante universitario y, el látigo, aun cuando todavía es necesario, no puede ya ser utilizado. Su carácter es cada vez más difícil, y para su familia resulta ahora un problema grave. ¿Cómo corregir sus desobediencias, sus intransigencias, sus errores? Nuevos métodos se han puesto en práctica, y, si en realidad son ellos menos contundentes, no podrá decirse también que sean menos molestos. Desde ahora el muchacho pagará con encierro, es decir, con la privación de algún paseo, lo que antes pagara con dolor. Pero él ha logrado poner en práctica, con bastante éxito, la amenaza del suicidio, ante la que sus familiares ceden aterrados. De este modo ha subsanado muchos contratiempos, envalentonándose y pudiendo pensar que se halla ya fuera de la órbita de los renunciamientos. Sus parientes no luchan ya, porque no se animan a enfrentarlo. La visión del drama se ha convertido para ellos en pesadilla. Se evitan sus violentos arranques, y se le beneficia así con una prematura libertad, porque nadie se anima a responsabilizarse de su muerte.

Llega sin embargo el día de la capitulación, cuando, estando casualmente su padre en Montevideo, Reyless, mareado por tanta subyugación, se dispone a utilizar el seguro sistema que ha venido esgrimiendo. Ese día se le ha negado permiso para hacer un paseo, tarde sin duda, y cuando no está con ánimo dispuesto a renunciar al proyecto solazoso que acaricia. Como en otras oportunidades, apela entonces al medio atemorizador. ¿No ha resuelto favorablemente todas las desavenencias en los últimos tiempos, anunciando tirarse a la calle? Lo promete de nuevo. Ahora sabe ser tirano. Y emplea las palabras recelosas y terribles. Un negro, fiel asistente de la familia, corre a co-

municar a Don Carlos la tremenda resolución del hijo, mientras éste, montado sobre el pretil de la azotea, aguarda, dispuesto —al parecer— a eliminarse. Tal vez olvida un momento que es empresa imposible la de enternecer a su padre; olvida que tiene su mismo carácter, y esa firmeza que, como la suya, a momentos se vuelve también obstinación.

Con su flema habitual, Don Carlos le manda decir que no saldrá. El pobre negro debe cumplir la misión, desolado, con la garganta anudada por la angustia, sin saber cómo ha de evitarse la tragedia, que él tiene por segura, pues cree que el muchacho es capaz de llevar a cabo su amenaza y que el padre es también capaz de mantener su decisión. —¿Qué dice mi padre? es la pregunta que oye desde lejos. ¿Me autoriza a ir? —No, no, Carlitos, dice que usted hoy no saldrá, que se tire nomás; pero ¡por favor no vaya a hacerlo!

Es en ese momento de incertidumbre cuando Reyless recibe la primera lección provechosa, ya que, cuando con un gesto puede demostrar su inflexibilidad y destrozar su cuerpo, es cuando ha de comprender que no vale la pena, por un capricho, entregar la vida que tanto ama.

¿No es un verdadero impulsivo? Puede creerse que amenaza con procedimientos que no tiene ni idea ni valor de llevar a cabo. Pero, bien puede ser que súbitamente reconozca que sobrepasa sus planes la magnitud del sacrificio que exige el acto teatral. Y mientras sobre el pretil mide la distancia que queda de la calle, ha de medir también su impulso, comprendiendo su absurda vanidad. Deja pues que el negro lo retenga y, sin oírlas, se deja convencer por sus cuerdas palabras.

Mientras tanto, de la casa convulsionada por el suceso, sólo el padre, imperturbable como siempre, permanece en su escritorio, sin dar trascendencia al episodio amenazante que se está desarrollando. Conoce mejor que nadie al muchacho y sabe cuál puede ser el límite de aquella exaltación. Por eso no cede, aprovechando el hecho para que claudique y empiece a corregirse. Sin embargo, Reyless es indomable. Y, ni estos medios, ni ninguno, habrán de cambiarlo; sus locuras podrán no ser las mismas, pero no por ello cesan.

\*  
\*  
\*

Tiene ya catorce, quince, o diez y seis años. Estudia poco, pero el padre se siente halagado al verlo trabajar durante sus vacaciones en el campo, haciendo alarde de destreza y de valor. Es ya un jinete arrojado que adquiere fama de guapo, aun entre aquellos peones que,

diríanse más centauros que hombres. Y orgulloso con esa faz del muchacho, prefiere cerrar los ojos a los caprichos.

En esa época, el toreo deslumbra a la juventud montevideana. Los espectáculos, que realizan los mejores lidiadores de España en la plaza de toros de la Unión, electrizan a los aficionados, noveles para apreciar este arte, pero que sienten correr por sus venas sangre española, y que se reúnen allí, ebrios de entusiasmo, buscando emociones fuertes y queriendo sentirse sacudidos por peligros reales. Y Reyles, como todos, está subyugado por esa brillantez y donaire con que se presenta el despliegue de valor. Siente fuertemente la atracción del redondel. Es el espectáculo que conviene a su espíritu, a su modo de sentir, a sus exaltaciones contradictorias y vivísimas, a su mentalidad ágil, y hasta a su sentido de la vida, de la belleza y de la fuerza. Aprecia así todos los matices: los fuertes y los otros. Porque ama también el color, y la gracia, la destreza, la elegancia y la gallardía, además de la bravura. Admira a los hombres y contrariándose, también a las bestias.

Va pues a los toros domingo a domingo, y torea algunas veces en becerradas. Está entre esos hombres que «se juegan el pellejo por un puñado de duros y más aún por las palmas». Y pasea con toreros, y está en sus ruedas de café. Un día, acompañado de uno de ellos, se presenta a dar un examen. «El Regaterín», que es el torero que hace en ese momento de ayo, viste el traje típico, de casaquilla corta, faja de seda y sombrero de anchas alas. Y cuando Reyles entra en la sala para someterse a la prueba, su compañero, apostado en la puerta, sigue con interés las preguntas y casi participa del acto, ya que, entendiéndolo no, comenta y aprueba las respuestas, en voz fuerte, demasiado fuerte para no llamar la atención. —¡Muy bien!, exclama a cada momento. ¡Está muy bien!

En el claustro hay un gran revuelo. El llamativo compañero de Reyles, con su traje desusado en el ambiente y su actitud desenfadada, sorprende y agrada al estudiantado, tan inquieto y novelero siempre. Y es esa sorpresa lo que sin duda busca el joven, sabiendo que esto aumenta su prestigio de hombre bien relacionado y valiente y que le otorga galones que no le dan los sobresalientes. Así, por este medio que tan bien explota, cobra ante sus compañeros fama de lidiador, y una fama que no habría conseguido con sólo bajar a la arena... Pero, si conoce el valor de las apariencias y la voluptuosidad del prestigio, goza más con el riesgo mismo, aunque no puede prescindir de esas aventuras que ponen sal en la vida, y que más graciosas y picantes han de parecerle, cuando son conocidas y cuando con ellas deslumbra a muchachos apocados. Está en la edad en que se confunden molinos

con gigantes, pero a sabiendas, y asimismo en la que la suprema felicidad consiste en encontrarse con quienes creen que no hay confusión.

Todo ello contribuye a metamorfosearlo, a disminuir más aún su poco amor al estudio, y a hacerle adoptar «actitudes gladiatoras y desplantes donjuanescos», como alguno de sus héroes. Los toreros, como filón inapreciable, ayudan a llevar a cabo sus planes de muchacho emancipado y valeroso. Con sus trajes de luces, muchas veces están en su palco. Ahora, definitivamente se desinteresa de la Universidad, atraído por los placeres, riesgos y locuras. Y pasa las noches en vela, en los cafés, entre el ruido de las tazas y el humo de los puros, oyendo hablar a gente de rumbo.

Don Carlos se disgusta con esta existencia desordenada; considera que el calavera de su hijo pierde el tiempo, y más de una vez se lo dice, sin lograr enmendarlo. Posiblemente es ya demasiado tarde, porque la voluntad del severo padre declina, y la del hijo rebelde no está en condiciones de ser modelada. La vida los separa, no la comprenden de igual manera y, cada vez se hallan más lejos. Y, mientras el joven pasa las noches de juerga, el padre, con aire torvo se pasea frente a su casa, por la vereda, cubierto con su poncho de vicuña, torturado con la demora. Va y viene sin sosiego; a veces solo, otras acompañado por algún amigo a quien pone en antecedentes de su desconformidad. Pero el cuadro, aunque se repite con frecuencia, no inmuta al muchacho, para quien las noches pasan veloces y sin acideses, olvidado de cómo se le espera.

•  
•

Su juventud no admite trabas ni treguas ni respiro, e impetuosamente estallan todas las tentaciones. Sus deseos se multiplican, como si quisiera serlo todo, y la sociedad ha de asistir a su rebelión, ya que actúa como si se hubiera propuesto jugar con la sorpresa de los otros y con su propia vida.

Sus aventuras amorosas comienzan también a sumarse, de la misma manera que han de seguir sumándose siempre, pues es ese su modo de tramar sobre la urdimbre de los días: amando, y no cesando de amar. Amará, pues, con más o menos pasión, con levedad o intensamente, a una o a muchas, a muchachas de pueblo y a lujosas mujeres, a bellas candorosas e insignificantes y a esas otras de las cuales cada paso parece trascendental; y amará fascinado a momentos, o diabólicamente; casi siempre sin premeditarlo, como sin atormentarse por haber olvidado... tan rendido como infiel, y desde luego pronto a

mantener florecido el sentimiento, pero en otro amor, y con otra ilusión. Y al mismo tiempo se inicia en la vida de labor.

Su padre, ya muy enfermo, ha de cederle su puesto en el combate, y él empieza así a alternar los placeres de la ciudad con los deberes del campo, pasando de unos a otros, con el mismo acelerado ritmo: el de su temperamento.

«A la legua se ve que es gallo de riña», dicen los rudos peones de la estancia constatando su «extraña inquietud». Y lo dicen, porque él les exige un máximo rendimiento, queriendo que todo se haga «de prisa y bien».

Pero en la ciudad es también gallo de riña con ansias de dominio y de libertad, que salta atropelladamente las últimas barreras. Ahora no tiene ya más que un pensamiento: vivir. Ama la actividad, como la forma más completa de vivir. Busca el sacudimiento, el goce y el peligro, desecha todo lo que sea pacífico o monótono, y en cada idea como en cada acto, pone el color de su temperamento. Su primer libro, gestado en esa hora, responde a esa inquietud, y es como un corolario de su intransigencia, de su modalidad avasalladora —que se traduce en prisa para juzgar y para triunfar—, y de esa necesidad de ser él, tan viva y candente y que resume toda su idiosincracia. Es, pues, la suya, la obra de un indisciplinado, pero más aún, la de un revolucionario. Ataca al padre, ataca a la sociedad, ataca hábitos. Diríase un desahogo. Algunas situaciones le incomodan y lo dice. Odia lo ambiguo y lo ataca. Se ha colocado en una posición de intolerancia a este respecto, y sin embargo, de sentimentalismo. El libro está provocado por un sentimiento complejo, en el que prima el amor a la madre y el respeto a su memoria.

«Por la vida», en el fondo, no es otra cosa. Pero Reyless, que no vuelve a colocarse nunca más en este estado de ánimo, ni en ese ángulo visual respecto a ciertos problemas, lamentando la precipitación con que ha juzgado y acaso lamentando su ensañamiento, comprendiendo que ha herido demasiado, o que ha sido más sincero de lo que convenía, quiere olvidar y que se olvide lo escrito. Pero eso no tardará en recoger los volúmenes que se hallan esparcidos en la ciudad. Y con más cuidado del que pusiera para distribuir la obra, la retira, pidiendo ejemplar por ejemplar de los que había enviado y no dejando ni los que en la Biblioteca Nacional han de permanecer por ley. La tarea, harto difícil, es llevada a cabo con mejores resultados de los que pudieran esperarse, aunque no llega a conseguir su total desaparición, habiendo quedado algunos libros, medio perdidos y medio ocultos, salvados a la faz de su arrepentimiento.

Pero, más que esos libros de escaso valor literario y que no re-

presentan sino un primer paso en las letras, aunque ya estén escritos en forma elegante y castiza, bajo la influencia de Gracián y de Cervantes, lo que importa es el hecho, en sus dos aspectos, el de la indignación primera y el del tardío sentimiento de mesura, por el cual quiere que desaparezca todo rastro. Procede aquí ya como va a hacerlo siempre, impetuosamente, por arranques, en forma incontrolada. Y de él se podría decir lo que dijera Augusto de Horacio, que se encabría cuando no se le sabe halagar.

\*  
\*\*

Esa época es como una aurora, comienzo de todo. Un horizonte amplio le presenta infinidad de posibilidades, y como no conviene a su temperamento conformarse con ninguna de ellas, todo lo emprende a un tiempo, como quien marchara hacia todos los fines: actividades rurales, literatura, toreo, esgrima, vida social, vida libertina y amor.

Como Lord Byron empieza por tener una aventura con una panadera, bella y bruta como la Fornarina, y como ella también ignorante y sensible, y capaz de amar tan seriamente como para engañar al novio y burlar la severa vigilancia paterna.

Pero ni él ni ella son precavidos, y la situación, complicándose, se torna peligrosa. ¿Es precisamente esa inquietud y el fantasma del peligro, lo que hace que él la encuentre más hermosa y codiciable? No es difícil que sin los riesgos, reconociera tosca su belleza y torpe su gracia, y que estuviera enamorado de la situación y, más que la mujer, le interesara la responsabilidad que iba asumiendo.

Y el idilio continúa, llevado por la voluptuosidad de la inquietud hacia un fin imprevisto y esperado. La infelicidad del burlado galán se propaga, y por las murmuraciones de los vecinos, se enteran, él y el padre de la muchacha, del secreto, hecho ya público. Ambos, acompañados de algunos amigos officiosos, resuelven sorprender a los amantes y, armados de bastones, iracundos golpean en la puerta, que por momentos parece que va a ceder. Sin embargo, cuando se abre, Reyless está, ante la sorpresa de los que querían matarlo y no se animan a detenerlo, acaso porque es tanto su enojo como su miedo. Pero, como las cosas no pueden quedar ahora en tan desairado trance y hay que buscar un arreglo que reemplace a la venganza, el panadero se presenta en casa del padre de Reyless, que está moribundo en su lecho de muerte, y pide la reparación que exige el honor de la doncella. Don Carlos, al enterarse del hecho, llama al hijo, con la gravedad que imponen las circunstancias y su mismo estado, y le presenta las quejas

que se le han dado, agregando: «—Ha prometido que te matará, si no te casas con la hija». Y luego de amonestarle tristemente, y de hacerle ver los males que provoca y los peligros que corre con sus proceder, le pregunta que piensa hacer. «—No casarme, dice el muchacho; yo no he prometido nada y por lo tanto no tengo ningún compromiso que cumplir». ¿Prefiere que sea el otro quien lo cumpla? En todo caso deja que la amenaza quede pendiente sobre él durante algún tiempo, sin modificar su conducta, aunque debiendo comprender que de las travesuras intrascendentes, sin advertirlo casi, ha pasado a las que pueden volverse travesuras trágicas.

\*  
\* \*

Casi en seguida muere su padre, dejándolo dueño de una inmensa fortuna y de un carácter tan difícil de manejar como su fortuna. De niño había sido nervioso y decidido; ambas cualidades han ido afirmándose, por lo cual se ha convertido en un joven lleno de entusiasmos y de bríos, y de violentas pasiones y peligrosas rebeldías. Y si antes era ardua tarea contenerlo, ahora hubiera sido absurdo intentar. Independiente, orgulloso, vehemente, da razón al instinto contra la misma razón, y desde luego contra la razón social, y su carácter muy vivo e irritable, se pone de manifiesto en cuanto lo contradicen. En la estancia, los peones, murmuran, reconociendo: «Nos tiene en un puño». ¿Quién hubiera sido el llamado a doblegarlo?

Al morir este último miembro de la familia —que para él debió ser el último baluarte del afecto— su situación toma un cariz amargo, difícil, de cosa injusta, y desde luego, se vuelve lo contrario de lo que era. Ahora se encuentra solo entre extraños, a merced de tutores, no conociendo sino afectos que se compran. Sabe ya perfectamente el interés que despiertan los intereses, no se engaña ni quiere engañarse respecto a quienes lo rodean: a la hora dolorosa, ha de añadirse así, el irritante conocimiento. Con un temperamento tan poco a propósito para adaptarse, no está en condiciones de acatar una tutela cuya protección le resulta ofensiva. Reyless fija pues en seguida su posición en abierta guerra contra sus tutores. Las entrevistas se vuelven molestas, los choques se suceden ya casi sin causas, y disgustos cada día mayores, crean entre él y los que están cerca suyo, una sensación que, ya no es sólo de incomodidad y desagrado, ni aún de incompreensión, sino de deseo de no entenderse.

Su fortuna empieza también a mermar. Pasa por una mala hora; y debe comprender que no siempre es cómodo ser rico, ni agradable

mantenerse en una actitud de intransigencia. Pero a pesar de ello, con poco tino y sin esperar su mayoría de edad, quema todos los puentes de la conciliación, porque como de costumbre, prefiere la guerra a la paz.

\*  
\* \*

Inexplicablemente, Reyless, a pesar de su talento, pero a causa de su carácter, actúa como si fuera su propio enemigo. En todo, él está contra él. Perjudica sus intereses, no ya defendiéndolos mal, equivocadamente mal, lo que sería corriente, sino que traba, con actitudes destempladas, un orden de cosas que no puede destruir y que entonces vuelve en contra suyo. Por otra parte, su modo de actuar y de presentarse y hasta de divertirse, es considerado agresivo. Aparentemente se perjudica también dejando de estudiar.

Reyless había pensado ser abogado y a mitad del camino desiste. ¿Estudiaba sólo para complacer a su padre? Podría ser, porque es evidente que nunca ni aun en sus primeros tiempos fué un estudioso, aunque él se haya tenido siempre por estudioso y hablara ¡de lo que había estudiado!... Reyless ha leído mucho, lee mucho, va a leer siempre, pero no por estudio sino por placer. Lee desordenadamente, siguiendo su fantasía, como si se paseara por los libros, al azar.

Ante él se abren aún perspectivas promisoras: la del campo y la de las letras. Una y otra presionan en él con fuerza parecida, ambas le interesan. Y lo que es más raro, le interesan sin crear el dramatismo de la duda, porque no llega a creer que tiene que decidirse. Habiendo que del materialismo más vivo pasará a las inquietudes espirituales, porque para realizarse, necesita justamente esas transposiciones. Y toma así las dos vertientes. Sin embargo, no ignora que dispersarse, la mayor parte de las veces es detenerse, y hasta que suele ser fracasar; pero, ¿lo es para él? Reyless, desde el comienzo conoce sus fuerzas y está en posesión de sí, comprende hasta donde puede llegar, y no está dominado por una vocación, sino que es él quien la domina, es decir, las domina, porque son dos sus vocaciones, y no las abandona, precisamente porque, para él, abandonar cualquiera de sus dos caminos, habría sido íntimamente fracasar. Por eso ni siquiera los junta, y si a momentos éstos parecen juntarse, hay que reconocer que no es ese su propósito, ya que busca en las dos manifestaciones, no el triunfo conjunto de las dos cosas, sino la expansión de sí, como si a ellas se hubiera dedicado por imposición fisiológica más que ideológica, por tensión vital y sabiendo que sólo puede colmar la copa del deseo, llevando una existencia de tremendas inquietudes, desvelos,

esperanzas y rendimiento. Vivir, es pues, para Reyles, vivir triunfando; y tal vez, dispersándose. Nunca hubiera podido ser pues únicamente cabañero, ni se hubiera conformado con ser nada más que escritor. Quiere guiar su nave con dos brújulas, tener dos nortes, vivir dos vidas. El dinamismo y la fogosidad y condiciones dispares, desparan su personalidad, que, encasillada en un solo sentido podría marcar una época. Pero, ni siquiera intenta esa posibilidad. Para él sería delineamiento, opresión; y Reyles no quiere sentirse ceñido a nada, ni quiere que quede inmóvil ninguno de sus aspectos.

¿Sucede esto también debido a que sus cualidades no exigen un terreno especial para dar frutos? Tal vez; porque quien puede serlo todo, está evidentemente más propenso a dispersarse. Pero lo cierto, lo indiscutible, es que sus vocaciones resultan más interesantes porque carecen de entroncamiento y no son tampoco paralelas, como cuando se trata de dos o más artes, o de distintas ramas de la ciencia, o de otras carreras o caminos que se siguen porque tienen algo de común. En Reyles, nada de esto sucede; en él el vértice del espíritu, lo más positivo de su yo, no está en un sentido determinado, ni acaso en esos dos sentidos principales y, que son los que dan fuerza a su personalidad, pero está en la multiplicación. La necesidad de multiplicarse es pues, en él, don, virtud y defecto, razón esencial y base incommovible. Y esto lo empuja hacia una acción ininterrumpida, pero matizada, que corresponde a una necesidad emocional vivísima, y se traduce en máxima potencialidad, como él dice, «para vivir con nervio, hermosura y grandeza».

Y trabaja en forma tan rápida y breve, que sus cambios dan al conjunto de su obra un carácter firme y flexible a la vez, creando una modalidad dura y variable, y evidentemente extraña. Sus marchas y sus contramarchas, son así, no el producto de dudas ni de cambios de ideas, sino las alternativas de ideas irremplazables, a las que se da por entero y que maneja con precisión, como si se tratase de posibilidades únicas.

Claro es que no es así, porque quiera presentarse bajo esa faz centellante, sino porque obedece a su naturaleza caprichosa y fuerte, y a las mil razones que presionan en él sin que él lo quiera. Pero no es ya sólo su herencia psíquica ni su físico los que en él influyeron, aunque en parte es evidente, sino que las antenas del deseo fueron torcidas en su caso por las riquezas que lo ataron al oro, creando y agitando sentimientos y posibilidades y hasta formando el claro-oscuro de su temperamento, al hacerlo proclamar el interés, a él, que es pródigo hasta la locura.

\*  
\* \*

Posiblemente para Reyles el oro representa la fuerza, o una fuerza, y el campo es el alambique en el que se fabrica oro, es decir, en donde se crea y afirma el poder. Pero además existe una causa simpática —emocional y afectiva— ya que las raíces del entusiasmo se hunden insospechadamente también en la sensibilidad. Para él la hacienda sería un patriarcado que representaría la razón misma de la existencia de su padre, gracias a la cual podría nacer una vocación, que entonces sería más bien aptitud disciplinada. Aquel viejo luchador, ante el que él se inclina, ¿no había muerto sin recibir la plena recompensa? Y, agonizante ya, ¿no le había pedido que prosiguiera sus trabajos y que tratara de lograr el premio de animales finos de las exposiciones argentinas, que para un industrial de su talla, debía ser en verdad importantísimo? Y Reyles no olvida aquel pedido ni la promesa que le había sido arrancada entonces.

Puede parecer audaz que se diga que Reyles ha obrado en algún momento sugestionado por palabras que debieron tener un valor ocasional y casi romántico, como sería el deseo de proporcionar a su padre muerto, triunfos tardíos, y se alega que no era sentimental; pero, ¿prueba acaso su pensamiento posterior, algo en contra de lo que pensara entonces?

Además, en «Beba», que es el libro que escribe no mucho tiempo después, han quedado impresas algunas significativas palabras que deben relacionarse con ese momento psicológico: es cuando Rivero, creyendo que se aproxima su fin y el de Beba, al excusarse de declarar un amor pecaminoso, agrega que le habla, porque «de todas maneras, pronto habría de saberlo, porque después... lo sabremos todo...»

Así, por aventurada que parezca la hipótesis, no hay por qué silenciarla, ya que está basada en sus propias palabras; y, aunque haya sido escéptico y sobre todo indiferente a los problemas metafísicos, ello no significa que en ese instante lo fuera en el mismo grado ni acaso de ningún modo. Tal vez como el poeta francés, él también, en aquel entonces deseaba atarse a una esperanza e imaginar que «del otro lado de las tumbas, los ojos que se cierran ven todavía». Y desde luego, si así no lo creyó, no podrá decirse que obró como si no lo pensara, pues los laureles que ciñe a la frente del luchador muerto, y que corresponden en efecto, a la continuidad de la prédica de aquél y al empuje que ha imprimido a la obra del hijo el esfuerzo del padre, hasta para comprender que no se apropia del triunfo que recién él recibe, como si a él sólo correspondiese.

Pequeño, magro, distinguido, señorial en todo, aristocrático, brillante, rumboso, con mucho de español y algo de criollo, orgulloso, seco a pesar de la violencia de sus pasiones —que tal vez fueran muchas veces más que pasiones, caprichos,— se mantiene aparte en medio de todos, probablemente porque nunca puede dejar de presidir y de disponer un poco de las cosas.

Indómito, mal educado, vivísimo de carácter, acre a veces, recio casi siempre, fácilmente excitable, hace frente a la familia primero y luego a la sociedad, con actitudes naturales, pero de las que puede decirse, lo que él dice de las de alguno de sus héroes, «que sin querer adoptaba posturas gallardas».

Y, si al admitir con Vigny, que aun siendo apócrifas muchas de las más significativas anécdotas que la historia recoge, no deben rechazarse, por existir una verdad ideal superior a la real, aquí nos hallamos con que lo auténtico supera en gracia, fuerza y sorpresa, a lo que pudiera inventar la imaginación popular y, que el mundo no precisa agregar nada para emperifollar y hacer novelesca su vida. Reyless vive pues una existencia más fantástica que la que hace vivir a sus personajes, como si su vida fuera su mejor novela. Pero, no fantástica por hechos deslumbradores y grandes, sino por el cúmulo de pequeñas cosas verídicas y singulares, de cosas extravagantes, y por los acentuadísimos contrastes que provoca o se provocan y sobre todo por su manera de ser y de proceder. Reyless pone empeño en vivir extensa e intensamente todas las posibilidades, y tan a fondo y con tanto arte llega a vivir, que, hay que reconocer que si escribe bien, vive aún mejor de lo que escribe. Es así más grande novelista al vivir que al relatar, porque vive prendiendo alas a la imaginación, creándose posibilidades imprevistas, y llevándolas a sus límites máximos.

\*  
\* \*

De principios revolucionarios, lleva desde muy joven una existencia al margen de los convencionalismos, y tan divertida como opulenta. De ahí que, sin haber entrado todavía a tomar posesión de su fortuna, se apreste ya a gastarla, tirándola en fiestas y derroches fastuosos.

En esa época programa una corrida de toros en una de sus estancias, para la cual no se detiene en gastos. Un famosísimo torero espa-

ñol, que está a la sazón en Montevideo, es pues invitado con su cuadrilla a torear en campos de Durazno, para solaz de Reyless y de un grupo de amigos, tan aficionados a los toros, como él. Llegado el día fijado para aquella fiesta, mitad española y mitad criolla, parten los invitados en un tren especial, a fin de continuar más tarde la larga jornada en coches que deben tomar en la estación Molles y que han de trasladarlos a la estancia. Algunas leguas han recorrido ya, cuando al cruzar la selva que bordea el Río Negro, una banda de foragidos les sale al paso, desenvainando facones y gritando: «¡Las carteras!» Y, mientras uno de ellos detiene a los caballos, a los que toma de las riendas, parando el primer coche, los demás se hacen entregar dinero, relojes y alhajas. Reyless es el primero en dejarse despojar y el que no piensa en oponer resistencia; y esto muestra a los otros la gravedad de la situación. De ahí que sus acompañantes, los bravos toreros, tampoco duden entre la bolsa y la vida y ninguno haga allí alarde inútil de ese coraje con que hacen frente a las bestias. Esto contribuye a hacer más cómoda la tarea de los bandoleros, que no han de imaginar ante quiénes operan, desde que parecen prudentes burgueses, porque aprensivos y desconcertados, se conducen en esta emergencia como hombres timoratos, para quienes lo elemental fuera salvar el pellejo.

Si Reyless tiene tiempo de observar a sus invitados, —y acaso lo tiene— debe quedar desencantado con el comportamiento de aquellos valientes, pues sus gallardas posturas se convierten en deseos de huir, ya que mientras unos se suben a los techos de los coches, procurando no ser vistos, otros levantan los brazos, pálidos de sorpresa, sin animarse ninguno a oponer una resistencia que, en verdad, puede ser fatal para todos. «—¿Pero, Carlitos, esta tierra es igual a la Sierra Morena?»; «¿Cómo no nos había prevenido usted de los peligros que aquí se corren?»; «¿Son frecuentes estos asaltos entre ustedes?»; «¿Y, usted vive aquí, en medio de estas gavillas, que lo despojan a uno sin darle tiempo a tomar un arma ni a defenderse?»; «No tiene usted miedo de quedar un día tendido ahí en los campos, por unas baratijas más o menos?»; «Y, no ha de decirse, que es poca cosa lo que se deja y lo que se puede dejar»... Reyless los tranquiliza como puede; está acostumbrado a esos peligros. Y con su habitual generosidad, promete también indemnizarlos en cuanto lleguen a la estancia. Naturalmente que esto no puede quitar el sabor amargo que la desgraciada aventura debe dejar en el ánimo de hombres, habitualmente valientes, pero algo consuela. Y el viaje termina comentándose animadamente los peligros, de acuerdo todos en que no convenía haber adoptado una defensa. Pero, la plena tranquilidad es recobrada recién

frente a las casas, cuando se hallan en lugar seguro y entre personas adictas. Luego ya con buen ánimo se presentan al comedor, sombreado, acogedor y agradable, donde hallan la mesa tendida para obsequiarlos. Y, el anfitrión y sus comensales toman asiento, reanudándose las conversaciones con ese derroche de gracejo y ese donaire tan peculiar de los andaluces; y en eso están las cosas, cuando al desdoblar las servilletas, se encuentran con sus billeteras y demás objetos, cuidadosamente escondidos entre los pliegues de éstas. «—¡Pero Carlitos! ¿Qué significa esto?... ¿Qué bromas son las que se está gastando usted?...» Porque, en efecto, se les restituyen monedas y chucherías tal como se les prometiera... sólo que ahora es Reyles el más saleroso, ya que a muchos cuesta ponerse a tono. ¿No han debido tener la sensación de que por un diabólico avatar se les había despojado de sus personalidades, convirtiéndoseles en los que quedan detrás de las barreras?

Sucede el episodio en los días ruidosos de su juventud, cuando no sacrifica ningún entretenimiento ni capricho, ni aun los que han de hacerse a costa de burlas y sutiles astucias. Mimado por la fortuna, y voluntarioso, como es, quiere divertirse, y lo consigue. Improvisa fiestas y farsas y juega con el orgullo de sus amigos y hasta con su sensibilidad, que pone también a prueba. De ahí que otra vez simule suicidarse para hacer llorar a quienes aquella sorpresiva determinación, no ha de parecer mentira, sino el final de una persistente locura. Y, mientras él, tirado en el suelo y manchado de sangre, con un puñal en la mano entreabierta, teatralmente muerto, hace de actor dramático, deja correr las lágrimas de viejos y fieles amigos, gozando con ese anticipado y para él divertido episodio.

Las dos narraciones presentan un aspecto desconocido de Reyles, el de su bulliciosa alegría, que es manera de divertirse un poco burlescamente, pero asimismo con espiritualidad.

• •

¿Son en Reyles frecuentes estos juegos, no siempre agradables para quienes sirven de blanco a su espíritu revoltoso e hiriente? Acaso sí, y desde luego Reyles procede sino de una manera igual, en forma igualmente desconcertadora. Así, en otra oportunidad, invita a uno de sus amigos a tomar un aperitivo en la estancia. Y como el amigo no está en condiciones de hacer el viaje a costa suya, Reyles hace correr un tren expreso, sólo con esa finalidad. El invitado, al que halaga la deferencia, acepta gustosísimo. El es también un inte-

lectual prestigioso, y ha de tomar la invitación como prueba de simpatía y, —¿por qué no?,— también de admiración. Pero, como además es un hombre de notorias extravagancias, tal vez no necesite buscar una explicación a este súbito entusiasmo, y parte, despidiéndose de todos, y propagando la noticia que debe sorprender sólo a los otros.

En la estancia, Reyles lo acoge como corresponde, muy cordialmente. No puede ser otro el recibimiento que merece quien por cortesía hace un viaje de horas. Reyles está comunicativo y, su huésped, encantado se prepara a pasar una deliciosa temporada. De inmediato lo lleva a su escritorio, y lo invita con un «whisky»; sólo que apenas encanciados los vasos y, sin que se produzca choque alguno, le pide que regrese.

Pero, ¿cómo volver, si recién llega? Reyles chancea evidentemente, y así lo cree también el otro, que ante la imprevista broma, siguiéndola, insiste en quedarse. Es una conversación brevísima en la que cada cual toma por engaño la verdad. Sin embargo, Reyles no habla en broma, o si es en broma, ya no le parece broma a su invitado. El gesto es serio y sin asomo de risa exige el retorno inmediato. «El tren está esperándote, le dice, si no te vas te haré salir a balazos».

¿Qué ha pasado? Nadie lo sabe. ¿Cómo explicarse el brusco cambio? Entre ellos no existió —según parece— ningún malentendido. ¿Entonces?... ¿Coincide esta actitud con alguna otra de las suyas? ¿Busca la reacción extravagante, ante un ser de extraños impulsos, y a quien puede haber querido sorprender con un acto que pudiera sobrepasar a las rarezas del otro? ¿Acaso piensa que aquél es un snob, que, como actor busca la impresión que produce desconcierto, y quiere deslumbrarlo, sólo para regocijarse interiormente, mostrándole que él también, cuando quiere, puede manejar los elementos de la locura que el otro finge? ¿Hay algo más? No, y sí; porque otro día, estando en casa de un amigo cuerdo, y cuando el azar hace que éste se retire del aposento donde se hallan, para ir a buscar un libro, Reyles se encierra con llave, y pasa un buen rato sin hacer caso de los golpes dados en la puerta ni de las voces con que el dueño de casa insiste para que abra. Y cuando lo hace, ante el que, atónito lo acribilla a preguntas, rebuelto al parecer, o sereno después del raro impulso, contesta: «No se hable más de eso». Y como si tal cosa sigue la conversación en el mismo punto, a pesar del extraño paréntesis. ¿Son éstas, verdaderas rarezas, o simples caprichos? También pueden ser originalidades, o simplemente deseos de parecer original. Es el momento en que se toleran y se festejan las extravagancias de los artistas y hombres de

letras, porque se cree que el genio se prueba, más que en las manifestaciones intelectuales, o además y sobre todo, en las singularidades de la modalidad; y el desequilibrado, ficticio o auténtico, tiene ya al gran público a su favor, siendo apoyado por el coro de voces que aprueban lo que menos comprenden. ¿Busca Reyles esa aureola? ¿Quiere alcanzar además de los otros triunfos, éste, que es triunfo que sólo va a divertirlo? Porque en realidad, Reyles es un ambicioso; pero también es un ironista.

\*  
\* \*

Su temperamento es asimismo por demás extraño e irritable. Sus nervios se hallan frecuentemente en tensión, y es en esto en lo que más se diferencia de su padre, siempre tan ponderado y sereno.

De noche, cualquier ruido lo despierta y lo enerva. Sufre continuos desvelos y, por estas circunstancias y, debido a que en cuanto se despierta se levanta, sus pasos resuenan a menudo a cualquier hora en la casa dormida. Sobre todo en la estancia —de noches recogidas y dulces— es cuando esto se manifiesta más sorprendentemente, produciéndose a veces curiosas escenas.

¿Cómo lograr siempre silencio? Una noche, cuando todo ha tomado la serenidad de la hora, una ternera empieza a mugir sin descanso. Al oírla, el personal, embargado por un súbito miedo, se pregunta qué resolución irá a tomar el patrón, del que se prevé un impulso inminente y violento. Y casi enseguida se oyen sus pasos y, su voz enojada dando orden de sacrificar al animal, que, ellos y él han tenido que reconocer como uno de los más valiosos de la estancia. El mayordomo, más dueño de sí que Reyles, contrariándolo, le dice: «¡Pero don Carlos, si es la ternera blanca, la preciosa ternera que usted acaba de comprar en dos mil libras! ¡Cómo vamos a matarla!» Pero el momento es malo para convencerlo y para que se enterezca; Reyles precisa reposo y hay que cumplir la orden y matar asimismo la ternera.

Pero la belleza del animal va a ser su genio tutelar, porque esta vez la orden inapelable no ha de cumplirse. Ha parecido a todos excesivamente caro el reposo, y corriendo los riesgos del enojo, combinan rápidamente una secreta y conciliadora forma, que es desacato, pero que va a adormecer de nuevo a la estancia. Y para ello se cambia a la ternera de galpón, con cuya maniobra se le salva la vida. ¿No es lo que había prohibido Reyles? ¿Cómo decirle ahora que se han contravenido dos veces sus órdenes? Como han obrado de común

acuerdo, ahora callan. Conocen sus arrebatos y sospechan sus silenciosos arrepentimientos. Y callan obstinados, tal vez callan gozando con la secreta venganza, callan conociendo que las decisiones de Reyles son bruscas y breves. Por eso, cuando dos o tres días después, al entrar a un galpón, encuentra al hermoso animal, la mirada de sus empleados sólo percibe en Reyles una callada satisfacción y ni una palabra de censura ni de conformidad sale de sus labios, que quieren ignorar el suceso.

Pero esas decisiones breves y bruscas, son en él frecuentes. De ahí que cualquier ruido intempestivo suene en la estancia como desencajada tormenta. En un segundo, todos están en pie, se toman rápidas y efectivas medidas, y se trata de que no pase nada... Sin embargo, las buenas intenciones no siempre son coronadas por ese silencio absoluto que precisa el escritor, que, en forma tan curiosa quiere disciplinar los ruidos. Así, otra noche, cuando un gallo que, se había acostado a dar estridentes conciertos desde el entarimado de un árbol, repite su ocurrencia estando Reyles en la estancia, y rompiendo inocentemente una paz preciosa y además de preciosa indispensable, todo se perturba y agita. ¿Qué hacer? Hay como una colectiva tensión nerviosa. Se querría que Reyles no oyera; pero tiene que oír. Y la vigorosa voz del gallo, inconsciente del mal que provoca, sigue haciendo oír su canto victorioso y acaso fúnebre. Están todos empeñados ya en sondear el misterio de la noche para localizar al travieso animal, y uno de los empleados, cerca del árbol obra con celeridad y cautela, cuando la ventana de Reyles se abre, iluminando el paisaje, al tiempo que de ella parten cinco o seis tiros, que por milagro no dan en el blanco. Entonces Reyles sale afuera corriendo con un arriador en la mano, dispuesto a terminar de cualquier modo y en seguida con el malvado.

¿Prueban estos hechos algo más que una nerviosidad acusadísima? Su forma de reaccionar incontrolada obedece evidentemente, no a mal genio, sino a su constitución nerviosa, ya que no se trata de fastidios sostenidos, ni de ellos queda sombra alguna en su espíritu. Pero, puede haber también en su tendencia a irritarse, una razón específica, y que es mal de los intelectuales, de los que viven concentrados en ideas que los alejan del ambiente que los rodea y, para quienes el mundo está fatalmente lleno de ásperas y angulosas causas que, provocan choques, crisis o sobresaltos, sólo al obrar como inoportunos desuertares.

\*  
\* \*

Además Reyles vive una existencia extremadamente laboriosa, de constantes esfuerzos y de un dinamismo orientado en demasiados sentidos, y que tiene que repercutir en su carácter. Por otra parte, en ese preciso momento, lleva también una vida por demás desordenada y a propósito para aumentar su inquietud y su irritabilidad. Pero, no ha de pensarse que por ahora va a cambiar; ni cambiará nunca, ni buscará la tranquilidad espiritual, ni se propondrá nunca hacer curas de un sosiego, que odia. Su temperamento exige ese despliegue de energías, aunque deba pagarlo caro, como su juventud precisa de una vida de bambolla, que le impide también preocuparse de las consecuencias.

Además no cuida su conducta, ni la refrena. Y, todo esto, unido a su encumbrada posición social, hace que la sociedad montevideana se preocupe de él con exceso. Hasta su matrimonio es discutido y tratado como un tema de interés público. ¿Es por ser él? ¿Preocupa tanto, porque se casa con una artista? Muy probablemente otro factor es el que decide al público a intervenir en el asunto en forma tan intensa y acalorada. Reyles es menor de edad y al casarse pasa a coparticipar de la dirección de su fortuna, porque la ley contempla entonces su situación de jefe de familia. Y esto aumenta el interés por un asunto que agrega a su faz sentimental y privada, un juego de millones. Sus tutores quieren que no se case, y la sociedad está de parte de los tutores; pero Reyles está dispuesto a casarse, y lo hará aún contra todos los consejos e intervenciones, y contra sus tutores y hasta contra la justicia, que quiere tomar cartas en el conflicto. Se trata pues de un joven que se ha enamorado y que además está dispuesto a emanciparse. Su firmeza es justa y, es natural que no oiga argumentaciones, ni quiera dilaciones y que porfiado e intratable, siga adelante. Entonces es cuando José Pedro Ramírez interviene, pero tardíamente y en una hora en que ya no hay nada que decir, porque todo está resuelto. En esas circunstancias es cuando se produce entre ambos un irreparable cambio de palabras, de esas que comúnmente no se borran ni se perdonan y, que si mucho más tarde, su viejo amigo, en un trance difícil para el joven, quiso olvidar, es porque su nobleza y bonhomía le permitieron echar tierra sobre un episodio, que, doloroso para ambos, provocó un lógico distanciamiento.

La violencia, tan común en él, tiene pues esta vez la excusa del amor. Una noche, al asistir a un espectáculo teatral, quedó sorprendido por la belleza de una artista de zarzuela: Antonia Hierro, y quiere casarse con ella. Y, como su decisión se ajusta casualmente esta vez a las normas sociales y a nadie debe cuenta de sus actos ni de sus sentimientos, está resuelto a no capitular. Pero, si hasta ahora obra como

cualquiera, procede también en esta emergencia de la manera singular que lo hace siempre, ya que se dispone a sellar su destino en un momento. Sólo Reyles es capaz de decidir su boda en el corto tiempo en que se desarrolla un acto, y de presentarse en el primer entreacto en el camarín de la artista, no para expresarle su admiración —como es costumbre—, sino declararle su amor y pedirla en matrimonio.

Ella es morena, suave, fina, tiene la aureola que da la escena y la distinción de una permanente actuación mundana. Se encuentra en las tablas debido a una mera casualidad, pues habiendo terminado brillantemente sus cursos en el Conservatorio y al tomar parte en un concierto de beneficencia, con buen éxito, los empresarios de una gran compañía de zarzuela, se dirigen a ella para que reemplace a la soprano que deben traer al Plata y que se halla enferma. Y es este hecho, el que la hace pasar tan bruscamente del hogar a la escena, aumentando la impresión que ha de causar en quienes han de apreciar sus dotes de artista, pero sin dejar de percibir que, su educación recatada es la de una mujer que no ha nacido para el teatro.

Y es en la jira que efectúa acompañada de su madre, cuando Reyles la conoce, y comienza el idilio que algunos meses después termina en matrimonio. Pero, el proyecto —como se ha visto— encuentra resistencia y no es fácil de llevar a cabo. Las críticas resultan contraproducentes; y el excesivo celo y poca prudencia de sus contrarios, apresura, más que detiene el proyecto. Y así, desoyendo ruegos y consejos, y sin disfrazar ni acallar su pasión, pasea por las calles concurridas, acompañado del coronel Hierro —su futuro suegro—, que ha venido de España a presenciar la boda, y que con su vistoso uniforme hace más teatral aquel gesto con que Reyles contesta a la interrogatoria de quienes esperan que recapacite y dé marcha atrás.

Las líneas se mantienen tendidas así hasta el día de la boda, en el que todavía, murmuradores y curiosos se dan cita frente a su casa. Las aceras y la calzada, de calle a calle, están llenas de gente que formando animadas ruedas, grupos parleros, apartes discretos en los que apenas se cuchichea, y conciliábulos, en los que en tono severo juzgan el acto los que asumen la representación de la sociedad desconforme. Con los ojos y las esperanzas puestas en la puerta iluminada, desde la sombra, se espera... ¿No es ya tarde para esperar? Acaso quieren tener la certeza de que el menos infiel de los enamorados va a cumplir sus propósitos. Pero quien sabe si mantienen la secreta ilusión de que sus cuerdas o melindrosas palabras van a surtir efecto, y que en una viaraza de sentido común, el joven vuelva contrito y arrepentido al seno de aquel mundo que lo aborrece y lo adora. Con todo, para la sociedad la causa es fútil y para Reyles fundamental; ¿cómo pensar

entonces que han de poder oponerse las sinrazones de una a las razones del otro?

\*  
\* \*

Como todo ser apasionado, Reyles es cambiante; y su temperamento va grabando en láminas que la vida dispersa, miles de formas de ser, superficialmente logradas unas, y otras profundas, porque su personalidad, rica en anhelos, es también rica en posibilidades. Vive pues, creándose y renaciendo. Sus transiciones son sorpresivas; y los cambios resultan fulminantes. Y, lo curioso es que de esta manera llega con frecuencia a lo mismo, pero sin permanecer en lo mismo, y como debido a un estado de hipertensión permanente.

Y su modo de ser, su modo de entrar en las cosas, y de estar en las cosas, trasciende naturalmente a su obra, viva y como agitada; obra filosófica y literaria, de pensamientos sutiles, pero ligeros y, de verdades duras y atrevidas más que profundas.

\*  
\* \*

Ahora es cuando va a España por primera vez, y cuando descubre lo que amaba sin haber visto. No es por esto un viajero más que, con ojos sonámbulos ve sólo formas y apariencias. Ha llegado a Sevilla a sentir, y la amará desde entonces como no la ha amado nunca ningún sevillano. Admira la ciudad como poeta, viendo las cosas por dentro y viendo también lo que ya no existe, y así descubre y rehace, y sueña a Sevilla, más que la ve. De ello da fe ya aquel primer cuento suyo, «Capricho de Goya», que va a ser motivo inicial y nudo céntrico de «El Embrujo de Sevilla». Y ¿no es la mejor prueba de su percepción psicológica, esa manera de compenetrarse con la ciudad encantada — como él la llama — con «la ciudad con alma de pájaro y simbólicos contornos»?

Llega a descubrir filones, dice, y a «hacer pozos hondos», y España, y más que España, Sevilla, se le entrega en seguida. Y lo maravilloso está en esa fuerza del convencimiento que él lleva, y que le abre el camino de la comprensión. Parecería que hasta Paco y Pura lo esperaran para poder ser ellos, y que él va a resucitar viejos hechizos y a sacar del encantamiento a una ciudad que el tiempo ahoga, y que la hace volver a revivir con su pasado. Y, como si sintiera él también el embrujo de su propio pensamiento, y que va a dar en su

obra, pasa allí seis meses, sin poderse arrancar de la ciudad. Las demás ciudades españolas lo ven así pasar indiferentes, o distinto, y desde luego con otra personalidad, que no es aquella, la del amante de una ciudad, la del enamorado de una arquitectura, de un arte, de la vida, del canto y del color de un pueblo.

\*  
\* \*

Ese viaje, tan trascendental para la obra de Reyles, abarca otras fases y es asimismo pródigo en episodios pintorescos y que la imaginación del novelista puede algún día inflamar más todavía. Entre éstas, pocas más a propósito para el carácter de Reyles, que la que ocurre en San Sebastián, entre él y un famoso campeón de esgrima que, tarde a tarde vence a cuantos adversarios se miden con él. Reyles presencia esos encuentros, y en cierto momento él también es invitado a probar fortuna. Sólo que esto sucede cuando durante demasiados días ha sido espectador, y ha descubierto la combinación por la cual el habilísimo maestro obtiene tan rápidos y brillantes triunfos; y, en esas condiciones, hace naturalmente la finta que desarma al campeón. Pero éste no se da por vencido; es la primera vez que se le derrota y tiene que creer que la casualidad es la que da a Reyles la oportunidad inconcebible de poder considerarse triunfador. Entonces lo invita a un segundo asalto, en el que se vuelve a repetir lo que no debía probarse. Y ese hecho, en apariencia tan simple, provoca tal desconcierto en aquel hombre que se imagina invencible que, desesperado, gesticula, grita, pierde la razón y tiene que ser sacado de la sala y luego internado en una casa de salud.

Posiblemente esta extraña circunstancia contribuye a que su fama de esgrimista vuele por toda España. Y en mérito a ello se le invita a batirse con Pini, que en ese momento es el campeón mundial de esgrima. No quiere decir esto, claro está, que Reyles esté a su altura; pero sí, que se le tiene por un aficionado de calidad.

Y a este renombre, adquirido en las salas de armas y en los clubes aristocráticos, se suma algún tiempo después el que empieza a tener como intelectual. En Madrid, aun siendo todavía nadie, se le admite en ruedas selectas, como si fuera alguien. En una librería, foco de reunión de escritores ilustres, ha sido presentado por el librero a algunas personalidades. Pero los oye conversar, grave y callado, teniendo por muy honrosa aquella entrada discretísima. No es para él un suplicio — como lo será más tarde — integrar como oyente, el círculo silencioso que escucha a Castelar y está entre los escritores y

políticos de fuste, que callan como niños, mientras que aquél, en el apogeo de su fama, habla sin dejarse interrumpir. Y así, desde ese modesto sitio empieza a familiarizarse con los grandes y a tomar con ellos lecciones de vanidad...

Empieza también a escribir. Escribe un primer cuento que manda a Castelar, aunque tal vez sin esperar ser leído. Pasa algún tiempo, y posiblemente ha olvidado la secreta ilusión de que su cuento tuviera éxito, cuando una mañana, caminando por una de las avenidas que llevan a la Plaza de Sol, ve a alguien que a su lado camina tan de prisa como él; y reconoce a Castelar, a tiempo que Castelar lo reconoce, y que, abriéndole los brazos, lo felicita efusivamente. Reyless queda tan sorprendido como contento, ya que Castelar, con su habitual verbosidad, elogia «El Capricho de Goya» —pues tal es el cuento— recordando los personajes y sus características, y alabando el estilo y conclusiones, con lo cual puede desde ya considerarse ungido escritor, porque esa aprobación ha de tener para el joven principiante algo de espaldarazo.

\*  
\* \*

De vuelta de Europa, torna a dedicarse a la que fuera su vieja pasión: las cosas de campo; como si ésta tomara incremento luego de haberse sumergido en la existencia placentera y jacarandosa, de bulla y trajines, elástica, un tanto voluptuosa ya, y demoníaca, que llevara durante meses en las grandes capitales, cuando se diera por completo a las confusas y tentadoras actividades de peregrino de la vida. Y es la infinitud del campo la que va a recoger la experiencia que trae de los hombres y de las cosas. De ahí que en «Beba» sople la influencia innovadora que hace sentir también en las estancias, y que es prueba del nuevo orden que implanta con espíritu moderno y reformista, dispuesto, como dice, a volverlo todo del revés.

Su viaje ha sido, pues, un viaje de placer; pero ha resultado también viaje práctico, y ha estudiado los problemas ganaderos, ha recogido una visión más ajustada a las necesidades de la hora, y como hombre de talento, aplica inmediatamente las enseñanzas a su medio, que empieza a sufrir una gran transformación con él.

Así, en «Beba», se presenta ya con todas las preocupaciones del estanciero moderno y revolucionario, alcanzando una resonancia que, no es ya la de la primera obra, que fuera resonancia de escándalo, sino otra, de mayor elevación e importancia y como corresponde al libro serio que escribe. Además, ya ahora es él como es y como va a

ser siempre, autor y héroe a un tiempo, y, por lo tanto, el que escribe y el que vive lo escrito. El libro se desenvuelve pues —como no podría dejar de suceder— en su ambiente; gira alrededor de sus intereses, y todo lo que en él se anima es suyo. No se ocultan en su obra ni sus gustos ni sus inclinaciones; está ya él «con la sonrisa petrificada en los labios», frío y reservado, «sin importarle un ardite del descontento de los otros», «oyendo como quien oye llover», o «mirando con esa expresión de condescendencia que tiene el privilegio de crispar los nervios», pues su héroe es así, como él. Su carácter está allí estudiado, y la acción es la suya, ya que se siguen sus ocupaciones. El lector va a las yerras, a los rodeos, se entera de los trabajos de perfeccionamiento de las razas, y de las engorrosas reformas que implanta. El autor escribe obsesionado con esa ocupación que considera una ciencia, y que acaso lo es, y el lector, al seguirlo, se apasiona también por la nueva industria. Reyless se presenta allí como estanciero, haciendo pensar que todavía para él, escribir, no es sino un mero pasatiempo. Posiblemente prefiere dejar «sus ideas hechas carne» a sus ideas hechas libros. Y esto es lo que contribuye a que cree, con preciosismo de conocedor y de hombre que siente su «otra vocación», la belleza de un asunto que no tiene belleza.

Sin embargo, no puede dejar de ser escritor. ¿Es contra su voluntad?

\*  
\* \*

«Beba» es la obra de un hombre lleno de entusiasmos y de bríos; de un romanticismo activo, de sueños revolucionarios; de un espíritu que sabe imprimir al deseo las savias más fuertes y que cultiva los gérmenes de todas las posibilidades, para agregar a cada acto, a cada hecho o a cada circunstancia, algo puramente individual, su parte de yo.

También es la obra del hombre emprendedor. Pero, ¿quién podría asegurar si influye más en su deseo por hacer renacer el ambiente campesino, su desencanto por la sociedad o su entusiasmo por el campo? Podría en efecto haber llegado allí, como Rivero mismo, luego de haber apreciado de cerca un mundo del que podría estar desengañado. Podría haberse roto para él la ilusión de las cosas; haber sido prematuramente un observador sagaz, y haber descubierto, antes de lo conveniente, el acre materialismo, cuando una existencia —como pocas hermosa— anticipó para él la decepción. Acaso se halla como su protagonista, «con muy regular cantidad de escepticismo en el cuer-

no y la sensibilidad embotada también, por tantos rudos choques con la siempre prosaica realidad». A no ser que amara la tierra como Beba, con vivísimo cariño, con ese cariño que al igual que el de ella, «hiciera bailotear su corazón y correr la sangre por las venas de un modo inusitado». Pero, sea como fuere, lo cierto es que su obra es una defensa del campo —como se ha dicho— y del campo activo, del campo de trabajo, de ese que ha de parecer «una enorme tela de araña»; campo dividido por las necesidades rurales.

Cuando Carlos Reyles describe el campo, habla del aire aromatizado de la huerta y ve las colinas cortadas por el arado en triángulos y paralelogramos: «fracciones de tierra negra y húmeda», «separadas por otras de color amarillento-pardusco reseca por el sol». Su campo está plantado de alfalfa y de maíz, salpicado de habas y de hortalizas. De ahí que pueda decirse que describe el campo de un modo personalísimo, que lo siente de una manera especial, sin quedar deslumbrado por su grandeza ni tocado por su melancolía. No siente su agreste soledad a la manera de Chateaubriand, ni su imponente belleza como Reclus, ni sus plácidos problemas y su encantadora frescura, como Virgilio: no se compenetra con su tristeza, ni se deja embriagar por el zumo de sus doradas campiñas; sus descripciones son casi siempre secas y concisas, diciendo lo justo para que el lector sepa donde está. Y esto sucede porque Reyles no es el poeta del campo, ni acaso el poeta de la acción, sino el hombre de acción que, por un curioso eclecticismo, percibe los matices como esteta; pero esteta que prefiere la línea al color, la gracia a la forma, y la fuerza a la gracia. Relaciona el paisaje con el hombre y le hace tomar el color de sus ideas, siendo siempre un marco hecho de expreso para que éste se mueva. De ahí que el campo en reposo no exista para él, aunque en algún momento hable de «ese no sé qué» que muere —como dice— en nosotros todas las tardes.

En esto, Beba es también como Reyles, prefiere admirar «un grupo de animales artísticamente dispuesto», que un efecto de luz en el bosque o un juego de sombra en el agua. Para soñar, ella, como podría hacerlo él, se ha hecho colocar un banco de piedra frente a los «boxes», y allí se recrea en la contemplación de las hermosas bestias, admirando sus fornidos pechos, sus cabecitas huesosas y sus ojos vivarachos y saltones.

\*  
\* \*

Como en un libro de cristal, lo vemos trabajar, activo, osado y tenaz, lleno de ilusiones rurales.

Escribe lo que va viviendo, como vive, la novela que ha imaginado. Inventa situaciones y crea caracteres con su carácter, siempre indiferente a los otros, multiplicando su yo, desfigurándolo, exagerándolo, y tomando tal o cual condición suya, para no apartarse de sí. De ahí que, si todo libro resulta una ventana abierta a la noche del alma, los de este escritor, sobre todo, tienen más que otro alguno, las virtudes de la diafanidad y el interés de lo vivido, o sentido.

En ese momento, Beba y Ribero piensan y hablan como Reyles; tienen sus preocupaciones; la cría de ganado los une, a él con sus héroes, y a éstos entre sí, como los une también esa misantropía que hace que los protagonistas se encuentren mal en sociedad. Existe así un gran parecido, sobre todo de ideas, de aficiones, de modo de afrontar las cosas, y parecido de ocupaciones, y de pasiones fuertes, pero contenibles y reservadas.

Cierto es que Ribero no tiene la multiplicidad de Reyles; que es sólo un ganadero, pero que se vuelve elocuente cuando habla de sus vastos planes y se entusiasma describiendo los beneficios que pueden obtenerse con esa producción sabiamente aumentada y con los cruzamientos por él planeados. «No somos fuertes porque no somos ricos, y no siendo ricos no podemos ser independientes», es una de las afirmaciones que hacen Reyles y Ribero. Es la manera de pensar de ambos. La trama de la novela sigue el capricho de la imaginación, apartándose de una estricta verdad, pero Ribero no deja de ser Reyles y los dos se confunden, ya sea cuando sostienen que «los establecimientos de campo modelo, aparte de su misión civilizadora, tiene altos fines que llenar y marchan en primera línea a la conquista de nuestro porvenir»; ya cuando piensan que «no hay que dejar a Dios el cuidado de vigilar las haciendas y darles lo que les hace falta»; ya cuando con la libreta en la mano, van midiendo articulaciones y el pecho de cada animal, a fin de saber científicamente cómo se han de cruzar para multiplicar sus cualidades y no sus defectos. También coinciden en su afán por demoler lo viejo y, además, en que ninguno habría sido capaz de hacer enteramente feliz a ninguna mujer. Ribero está imbuido también en la filosofía de Shopenhauer, y ha probado ya amores fáciles y ha sufrido tempranos desencantos. Uno y otro odian a los «Benaventes», a esos estúpidos —como dice— que no oyen, «distráidos en ver a los murciélagos hender el aire con rápidos zigzags». Se encuentran en el desprecio por los «sanchistas» y por los retrógrados, por los presuntuosos, por los fatuos; y tienen la conciencia de su orgullo. Además, son valientes en sus reacciones; firmes en sus ideas y fríos en sus sentimientos; corteses sin demasía, establecen dis-

tancias, y, desde luego y muy principalmente, se parecen en que ambos saben ser grandes señores y guardan su rango.

\*  
\* \*

Hasta aquí estamos en el terreno general. Frecuentemente el personaje central de la novela tiene relación con el autor y está vinculado a él por hilos de simpatía, difíciles de evitar; pero Reyles va más lejos en este terreno, llegando a crear extrañas y vivas paradojas, y, ni la figura femenina puede ser arrancada de su estado psicológico, por lo cual Beba es más estanciera que mujer, porque está mejor tratada desde ese punto de vista. Esto contribuye a que a momentos resulte falsa, y que no posea las características más acusadas de la feminidad, pues carece de ternura, de delicadeza, de sentimentalismo. Ha hecho de ella, como de muchas de sus heroínas, una mujer fuerte, que se anticipa a su época, a modo de esas mujeres que, posteriores a las de su generación, se dedican a la química, a la física, a las industrias o a la medicina, diferenciándola de las de su tiempo, de aquéllas que sólo sabían hacer «crochet», o morir de amor...

Beba está sugestionada por problemas que las mujeres pueden aceptar y comprender, pero que no las apasionan. Y ella, no solamente presencia las faenas, sino que hasta puede dirigirlas, y es consultada en asuntos ganaderos.

Pero cuando más claramente queda demostrado que el autor no puede despojar a Beba de su personalidad, es cuando al seguir el consejo de Tourguenef, escribe un libro para descansar de sus pesares y enojos, añade a la acción y a las ideas, términos vulgares y rudos, raros de encontrar en boca de una mujer, y sobre todo de una mujer de su calidad. ¿Quiere el autor que Beba carezca de los encantos innatos a su sexo? No es probable; sin embargo la hace hablar de una manera que puede ser la de una mujer de pueblo, aunque no es ésta una manera de hablar vulgar, sino más bien y además de hombre. Así cuando dice: «¡Jesús, qué manera de hablar, y qué meterse en todo, y qué sacarme a colación asuntos y hablillas que a mí *me importan un rábano!*»; o cuando habla de que a las mujeres se les prepara sólo para ser frívolas y bonitas, agregando: «Las que por su naturaleza repugnan tan bárbaro sacrificio, es casi seguro que no encontrarán quien les diga: *por ahí te pudras*». Esto tomado al azar demuestra que si Beba piensa como muchas mujeres, en cambio no habla como ellas. Beba tiene una mentalidad casi masculina y una sensibilidad exageradamente fuerte, como si su figura hubiera sido es-

culpida únicamente con lo que el autor siente y piensa, sin ponerse en el caso y situación de ella. Y esto resulta raro y es el defecto que tiene el libro. A cada momento se presenta esta duda: ¿quién piensa? ¿quién habla? ¿es Beba? ¿es Reyles? Y da la impresión de que no corresponde ésta a lo que él ha podido querer que fuera.

Pero él ha dicho en algún momento que sus personajes, independizándose y saliéndose de lo que él se propone que sean, obran por su cuenta, y hasta actúan de una manera opuesta a la que hubiera deseado que lo hicieran. Y podemos creer entonces que en Beba sucede esto, y que ella es él y es así, sin que él lo quiera. Sin embargo, él hace que Ribero, interpretando sin duda su pensamiento, diga: «Tú eres una piedra rica, pero mal cortada, que no encaja ni por sus luces ni por sus pronunciadas facetas, en el simétrico y vulgar adoquinado, una nota aguda y potente que desafinaría en la música modesta de un organillo!» ¿Lo piensa? ¿Destruye entonces esta sola frase todo lo dicho? No. Reyles trata a Beba como ser excepcional e incomprendido, y que simboliza, no a la mujer, ahogada por el medio, sino a quien se siente superior y es el prisionero de un mundo que lo inhibe, al que rebasa y del que no puede independizarse.

La posición de Reyles es clarísima: está en guerra contra los inaptos, contra los mediocres, contra «los que no se sienten atormentados por una generosa ambición o una noble duda». Y es así un aristócrata, que crea una «élite» de rebeldes por odio a lo vulgar, a todo lo común, y mediano y limitado; tiene horror a todas las insuficiencias; lo enerva la conformidad —que considera estúpida— y a nadie perdona la impersonalidad.

Pero, ¿por qué entonces sus héroes, tan singularmente dotados, no triunfan? ¿Por qué busca para ellos destinos trágicos, y hace que la fatalidad los abata sin remedio? ¿Hay en su búsqueda de remates dolorosos, la consecuencia de la primera grave desilusión? El paso a nivel que marca el libro, deja traslucir un estado de espíritu: «Te ha pasado con tu casamiento, lo que a los niños cuando rompen un juguete para ver lo que tiene adentro, y luego de satisfecho el capricho, exclaman entristecidos: ¡roto!... El juguete roto es la ilusión». Y, en el fondo, muy en el fondo, acaso esa frase fuera un desahogo, de quien, a pesar de todos los triunfos y en medio de una vida esplendorosa, siente algo adverso, algo que no se ve y asimismo puede ser su drama, la virtualidad de un drama que no se produce, pero del que tiene conciencia y que le impide ser enteramente feliz.

Pero, ¿en qué consiste para él la felicidad? ¿Es amor, placer, gloria? Acaso ya no cree en la felicidad y en ese sentido es un desengañado que ha reemplazado la felicidad por la vida, por la vida hon-

damente vivida, inteligentemente comprendida, con sus dolores y sus placeres, con sus encantos sutiles, y sus acciones fuertes, intensamente emotiva y con las coronaciones que obtiene la voluntad. «Venimos al mundo para vivir», es lo que dice siempre.

\*  
\* \*

En 1895 da una conferencia sobre «La raza Durham», ante una asamblea reunida con motivo de iniciarse el primer Congreso Ganadero - Agrícola. Pasa, pues, de la novela a la menos novelesca de las realidades, pero que intelectualiza también, porque estudia desde un punto de vista científico. Sus términos son como de costumbre precisos; pide energía y exige sacrificios; los que él hace y da.

Ha de reconocerse que Reyles no se para en vallas para mejorar la producción y que trae animales finos, disputándoselos a los magnates europeos. Sus compras, que sobrepasan el nivel de las compras corrientes, han sido muchas veces comentadas; se sabe que paga y ha pagado sumas elevadísimas; que hay entre sus padrillos, animales famosos en las pistas de Inglaterra, y que los ha pagado con largueza. Y no son así palabras, sino pruebas y ejemplos los que presenta a sus auditores, que están también enterados de que acaba de comprar un toro, que es considerado el mejor producto importado hasta ese momento, no sólo en el Uruguay sino en toda América. (1)

Esos hechos, más que ninguna otra razón, que a la gente de campo pudiera parecer sofisticada, son los que dan verdadera autoridad a su palabra. Se le considera un ganadero de amplia visión, de grandes conocimientos, audaz, valiente y práctico. Sus estancias, que ha transformado en establecimientos modelos, son las que han roto las viejas rutinas iniciando la nueva era del campo. Es él quien implanta todos los adelantos, es él quien corre los primeros riesgos; pero es también y en consecuencia el que marca rumbos y ha tomado la dirección efectiva y material de la campaña. Otros, como él, también pueden tener conocimientos y saber lo que hay que hacer; Reyles lo sabe y lo hace. El es quien primero experimenta. Y si con ello debemos creer que se muestra hábil hombre de negocios, debemos pensar que es el peligro el que da ánimos al hombre de acción, haciéndole tentar la buena suerte, en parte también, «para poder mantenerse sobre las ligeras cuerdas de las posibilidades —como quería Nietzsche— y danzar sobre el abismo».

(1) Luego, en 1906, paga la extraordinaria suma de \$ 27.000 moneda nacional argentina, por otro toro, sobrepasando con ello a las mejores cotizaciones de la época.

\*  
\* \*

Es aun muy joven, pero ya ha recorrido mundo, ha conocido gente, y hace diez años que se ha casado, cuando en Montevideo, a donde acaba de llegar, se le hace rueda y se le escucha, como él viera rodear y escuchar a Castelar. Su prestigio intelectual lo impone en todos los círculos; sus dos primeros libros le han dado fama en el mundo de las letras nacionales; por su fortuna se le reverencia en el de los intereses, y sus sonadas y costosas aventuras amorosas aumentan su aureola mundana. Está rodeado de personas que lo quieren, lo adulan, o lo envidian. Lleva una vida principesca, un tanto desordenada todavía y de derroche, y corren sobre él habladurías y cuentos. Cada gesto suyo tiene en el ambiente montevideano honda repercusión, y mientras unos se hacen cruces, otros buscan su compañía. Pero, aun rodeado, dentro de la rueda está separado; sus amigos son más amigos entre ellos y se entienden mejor que con Reyles, con quien la intimidad no es tan viva ni la cordialidad tan franca; los separa su fuerza dominadora y, acaso su originalidad y su modo quijotesco de encarar las cosas. Además tiene como alguno de sus personajes, una mirada que sabe hundirse en los otros y ve demasiado; «los mira subiéndole del pecho a los labios la juguetona risa y con ojos que desprenden chispas como si hubiese bebido algunas copas de espumoso *champagne*»...

Dice Sainte-Beuve que el carácter de un talento se juzga tan aproximadamente por los que lo odian como por los que lo admiran. Y, ¿no es Reyles, en efecto, un hombre que podría juzgarse tan bien por sus amigos como por sus enemigos? Sin embargo, en Reyles ese estudio resulta innecesario y sólo afirmaría lo que ya se sabe. Su vida no permanece oculta en ninguno de sus aspectos, y en él, todo, aunque complejo, es claro. Existe, además una correspondencia evidente entre su vida y su obra, y esto facilita la tarea de comprenderlo. Mentalidad, sensibilidad, estilo y acción se corresponden. Y así, de su vida intensa, brillante, coloreada, novelesca, movida y múltiple, hace nacer una obra fuerte, llena de facetas, seria y arriesgada a un tiempo y en algunas aspectos, con fases luminosas, y fases valerosas, obra y obras que se dispersan y encuentran su permanente unidad en la inconstancia, en esa inconstancia que parece presidir los destinos de Reyles.

\*  
\* \*

Ahora escribe un nuevo libro, diciendo en su prólogo: «Me propongo escribir bajo el título de *Academias*, una serie de novelas cor-

tas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo*, refinada y complejísima, que trasmite el eco de las ansias y dolores innumbrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y que esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado». Y publica novelas simples y profundas, en las que pasa lo que todos los días se ve pasar, pero en las que muestra la intimidad del espíritu en sus complejas reconditeces. Novelas de desenlaces fatales, que no son historias de hombres sino de almas, y en las que se presenta el escritor psicólogo, que mueve y juega con el mecanismo de ellas, y que en pocas líneas traza caracteres, como si hubiera adquirido la virtud de esculpirlos, y dejarlos luego frente a un destino implacable, que, pulverizándolos, les va a hacer cobrar vida.

Reyles crea así, con un hecho corriente —ya que tal ha de decirse del argumento de Primitivo— una página magistral. Su pequeña novela se vuelve de este modo una gran novela. Arranca las vendas al dolor y lo muestra desnudo, con sus miserias, con sus goces criminales, sus desgarrantes verdades, sus quejas estériles, y también con la candidez y la ignorancia que cobija la sombra. Desde su mundo de placer se asoma al dolor y lo comprende como si hubiera sido tocado por la desgracia de los miserables. Diríase que el amante de las cosas bellas ha descendido a los infiernos del sufrimiento para palparlo, y que desde allí trae una visión nueva de la vida grave y descarnada de ilusiones, de esa vida que ha de llevarse sin recompensas, trágica y negra. Por eso dice: «Los que pidan a las obras de imaginación, mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento*, que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro...».

¿Por qué se lo propone? ¿Es solamente para buscar la novela del porvenir, y porque comprende, —como dice— que hay que tomar los colores de todas las paletas, «estudiando preferentemente al hombre sacudido por los pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma»? ¿Por eso ha cambiado de modalidad? ¿Su transformación literaria es puramente intelectual? ¿No ha cambiado también de manera de sentir y de comprender?

Habla de que ha estudiado lo que hay de general en lo individual, y, aunque es lo que ha tenido que hacer, aun al estudiar a los

otros a través suyo, ahora trabaja evidentemente con un elemento nuevo: el hombre extraño, es decir, con los otros. Esta vez se ha olvidado de sí, y observa alrededor suyo, o lejos, causando desconcierto entre los lectores rutinarios, porque exhibe un dolor que no es el dolor puro —el dolor que enciende piedad hasta en las almas endurecidas— sino otro, dolor que no se quiere comprender, y que hace más miserables a los hombres, porque está disfrazado bajo equívocos efectos, bajo engañosos u odiosos efectos.

Al presentar sus Academias, dice pues que escribe para los hijos espirituales de Schopenhauer, de Wagner, de Stendhal y Renán, lo que significa escribir para los que comprenden los sentimientos sutiles, opuestos, complejos; sentimientos con acotaciones y salvedades, llenos de alcances, enredados y fuertes. Escribe para los que quieran y puedan seguirlo por el camino oscuro de los contrastes, y para ellos presenta espíritus complicadísimos y claros, que exigen un modo de comprender que no es el corriente. Desentraña a algunos vencidos, con sus fibras íntimas, con las fibras de sus desesperaciones, de sus odios, cinismos y venganzas.

Es posible que Dostoiewski le ayudara a encontrar lo que hay dentro del cerrado núcleo del infortunio, y a dar esos personajes morbosos que ahora entenebrece sus libros, sin que por ello sean menos importantes sus creaciones. Primitivo es una de las figuras más interesantes de todas las suyas; ser arrancado al universo anónimo, vulgar en sus luchas y en su amor, que alienta esperanzas como todos, manso y virtuoso como cualquiera, que lleva la vida de los simples, pero al que la traición arranca del pacífico letargo, y cuyo despertar ya no es el de todos. Con él despierta como un manantial de locura, un odio insaciable, y descende entonces a extremos de un increíble refinamiento enfermizo para satisfacerse, porque, desde ese instante, Primitivo sólo vive para vengarse. No conoce ya más placer que el que da hacer sufrir, y sólo un ansia de destrucción alienta su alma, muerta para toda otra cosa.

El hombre normalmente bueno, o tenido por bueno, salta así a lo contrario, porque su espíritu que ha permanecido dulcemente callado, pero quien sabe si entumecido de vulgaridad, o limitado de indiferencia, por venganza, desoprimiéndose del hábito, alcanza su verdadera personalidad, viviendo la tragedia del fracaso. Así, en el alma de Primitivo, la humillación y la soberbia se juntan, y con las causas exaltadas, engendradoras del elemento fijo, nace la idea monstruosa, que en cierto modo es inhibición e ineptitud.

El joven orgulloso que se prodiga sin tasa en satánicos placeres y, como un renacentista también en arduas empresas, se detiene así a

estudiar a los torturados, y halla entre aquellos enfermos de dolor, a quienes viven atados a la rueda de una desgracia que ellos mismos empujan, y retrata un verdadero tipo de miserable. Encuentra y saca a luz al más tremendo de los incomprensidos, al que no puede comprenderse a sí mismo, al que aviva sus llagas y sus heridas, que nunca han de cicatrizar, porque no tiene interés sino en mantenerlas vivas. El psicólogo ha comprendido bien que en el campo del dolor, nada es normal; que existe el angustioso placer de recordar el mal para martirizarse, removiendo en la memoria el goce picante — como dice — que se amasa con dolores y que lleva sin embargo como a su héroe, a la situación desconcertante y terrible, de llorar al ser que se ha llevado a la muerte, comprendiendo que, si viviera, se le volvería a matar.

«A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso a otros ofendan o irriten las ideas que las Academias puedan sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarpadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil, por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la *hipocresía*, se sube descansadamente a las alturas... pero, ¡cosas de la ardida juventud!, el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra».

Y escribe un libro más humano que los anteriores, de más emoción, casi sin trama y en el que pasan cosas tremendas. De la uniformidad, de la monotonía, de la repetición vivida como acción, se pasa bruscamente a un mal sin remedio, que arrastra a todos como en espiral hacia la locura y la muerte. Las contradicciones crean en este libro los principales delineamientos y sobre la tela cotidiana de la vida de campo tan vacía, se cierne desde los primeros pasos, una interrogación. La tragedia, se intensifica por momentos; y es la necesidad de esa tragedia la que crea el libro, siendo el sino trágico el que une esta nueva producción a la obra anterior de Reyles: «Beba», aunque en aquella se llega menos precipitadamente y hay momentos de confianza, de vida organizada, de paz, y, el drama parece más bien un accidente. Pero asimismo se relacionan, no porque en ambas busque el dolor, sino porque fija la hermandad de los personajes esa cosa arisca y rebelde de sus temperamentos; y así, hasta

los simples como Primitivo y los bien dotados como Beba, se encuentran en la senda desasosegada y trágica de los que no se adaptan ni se resignan. Hasta ahora todos los héroes de Reyles son incomprensidos e inadaptados. Beba no se resigna a la infelicidad que encuentra en el matrimonio banal y soso que la anula; y Primitivo, no concibe la perfidia de la mujer que ama, sino vengándose pacientemente y diciendo: «No, no hay más remedio; ella debe sufrir y yo también».

Pero, diríase que en «Beba» habla de un dolor en el que va a tientas, y ahora, como si se hallara ya en estado de gracia para comprender o hubieran pasado años y años, maneja los elementos del sufrimiento casi sin palabras y como maestro. Su existencia, sin embargo, no ha variado aparentemente. Vive en el placer y en la felicidad. ¿Estudia solamente como motivos interesantes las penas de los otros? Tal vez le interesa lo complejo del dolor, y busca, no la realidad simple del episodio, como no busca el espíritu definido ni la pasión clara, y sí el problema que plantea el corazón y que no puede solucionar la mente. Y por eso escribe poco tiempo después, en 1897, en Areachón, otro libro, el segundo de sus «Academias», en el que más acusadas se hallan estas características y que desagradando a sus contemporáneos, interesa a los psicólogos.

\*  
\* \*

«El Extraño», que es su nueva novela, llega a Montevideo envuelto en la aureola del escándalo, por haber dicho Valera, que el autor se proponía que admiráramos a un héroe «insufrible, degollante y apestoso». Pero, el renombrado escritor español ha perdido la calma, tal vez porque no ha pensado que Reyles no escribe como moralista, sino como psicólogo, — éste es el título que siempre ha querido darse — y para un psicólogo, la miseria moral es tan digna de estudio como la virtud, e inapreciable para hundir el escalpelo y arrancar una verdad novísima y sorpresiva. No se puede juzgar a un autor sino desde un punto de vista análogo al suyo y, luego de haber dejado de lado las obras y las ideas propias. Y Reyles puede triunfar sin ser un idealista, y siendo, eso sí, un creador.

Pero Valera no admite el procedimiento, y arrebatado quiere supeditar el valor intrínseco de la obra, a dos razones no genéricas, aunque sana una y muy principal la otra, pero asimismo inaplicables en este caso, porque desvía la crítica de lo esencial a lo secundario. No se dice que el libro sea malo, ni esté mal tratado, sino que con un héroe antipático, sostiene una teoría antipática. Y luego que, no es el

fundador de una escuela. En primer término es absurda, aunque bella, la teoría de que el libro deba girar necesariamente alrededor de un personaje prototipo de todas las virtudes y magnífico de idealismo y nobleza; en segundo término: al decir que Reyless sigue «la última moda de París», prueba que busca multiplicar defectos, acumulando razones flojas, a falta de otras, pero porque teme la influencia del libro, que puede ser pernicioso. Pero, eso también prueba que el libro es fuerte, y que aun sin ser innovador, puede ser seguido.

Pero, por otra parte, Reyless no se presenta como un innovador, ni en éste ni en ninguno de sus libros. No es un escritor que hace escuela ni le importa ser seguido, ni se ajusta a las escuelas, aunque en cierto momento se acerque a alguna de ellas. Es un escritor absolutamente libre, que tiene un estilo propio y vigoroso, valiente, bien coloreado. Como otros, capta un momento psicológico del mundo, y da su versión, que en América es nueva, por lo cual sus pequeñas novelas levantan una revolución literaria, y, debemos creer que, no de alcances parciales, cuando en España también inquieta. Pero, ¿es justo que, por ponerse en duda una originalidad, que no está en tela de juicio, se le resten méritos, aun dentro de méritos indiscutidos? Y, el hecho acaba por afirmar el prestigio de Reyless como escritor, al ponerlo tan en evidencia y al provocar alrededor de su obra una discusión famosa, ya que a las objeciones de Valera, contesta Reyless defendiendo la novela psicológica, y luego Rodó en el mismo sentido y Leopoldo Alas, en la posición contraria.

Un duelo de plumas cruza entre Europa y América, esa polémica, a momentos destemplada, pero de la que Rodó, eleva el tono con la serenidad y belleza de sus palabras, diciendo; «Un soplo majestuoso de renovación ha agitado en sus profundidades el espíritu; mil cosas que se creían para siempre desaparecidas, se han realizado; mil cosas que se creían conquistadas para siempre han perdido su fuerza y su virtud; rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra; y hay un inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una nueva luz, el hallazgo de una ruta ignorada en la realidad de la vida y en la profundidad de la conciencia...». Y, ¿no es lógico que esa verdad grave, no bien descubierta, que serpentea y se retuerce como en una encrucijada de direcciones y posibilidades, buenas y malas, tiene a un autor como Reyless? Su novela ya no es la novela que está a flor de las cosas, sino la que se desarrolla como a distancia, en la noche del alma, la que pasa indolentemente, perezosamente, en una conciencia media, de una manera sofocada y fuerte asimismo, y amortiguada por los es-

fuerzos de la razón y hasta por los mismos hechos, y en las raíces de la verdad que se prepara.

•  
•

Lauxar dice: «Carlos Reyless ha tenido hasta la avidez, la curiosidad emocional de cuanto cabe en el hombre. Ha entrado en la vida a saco y refinadamente, con la arrogancia impulsiva de su temple varonil y con el estudio de la delectación voluptuosa. Esta doble condición de su personalidad explica toda su obra literaria. Una parte de ella es ideológica; pero ni en su ideología ni en el resto hay que buscar pura labor de pensamiento. En Reyless la inteligencia —una inteligencia fuerte y clara,— no es señora sino sierva sumisa de la voluntad imperiosa y de la sensibilidad sutil e inapelable». Por eso en su obra no hay transacciones, como no las hay en su vida. No conoce el sacrificio de la transacción, y da su verdad ásperamente.

«De frente» es su lema, y actúa de frente. La espada y la llama que figuran en su blasón son los símbolos vivos de su personalidad, que es espíritu y voluntad. De ahí que el escudo que ostentan sus obras, unan éstas a su vida, a esa vida vigorosa de empresa y rebeldía, a la que corresponde evidentemente una obra valiente en todos sus aspectos.

El mismo dice que un mar de hielo lo separa de sus semejantes. ¿Por qué han de llevar entonces sus obras el sello para él tan desdeñable que revele el espíritu rebañego? Es justo y comprensible que se estructuren con lo que a muchos puede parecer equivocada posición y, que él tiene por acertada. Posición que, innegablemente, es audaz, y que el público censura, como critica algunos aspectos de su vida, pero que da a su obra lo que tiene de personal.

Los libros de Reyless son una consecuencia de su modalidad; son como el símbolo de su empuje avasallador, de su sinceridad también avasalladora, y llevan esa cosa recia, tan suya, finamente irónica, no contemplativa y aisladora. Eso es lo que surge del conjunto, de la composición, del plan y empuje del libro. En cuanto a sus ficciones, por lo menos las principales, o la mayoría de las principales, son síntesis suyas. Cada personaje tiene así como un núcleo de sus características; con frecuencia su cultura, sus gustos, sus inclinaciones, su pensamiento, y hasta su modo de sentir y entenderse o no entenderse con la humanidad. Y, muchos tienen hasta sus ocupaciones y se expresan con sus mismas palabras. ¿Por qué no llega entonces a otros resultados y conclusiones? Posiblemente, porque su temperamento descon-

certante precisa de esa cosa desconcertadora para estar satisfecho de la obra, y es así un término ineludible ese que busca el choque, como idea desafiante y cosa compleja y además altiva.

Reyles escribe así como traduciéndose, entregándose. Los personajes son él de cualquier modo que actúen, responden a un aspecto suyo aunque parezcan otros o den como de ex-profeso la impresión opuesta, pero que estudia en él, ya que él es siempre la medida de las cosas y de los hombres. En ocasiones aparece su retrato y en otras, como los negativos de sus retratos, o a lo menos así parece. Pero, ¿cuándo es él? ¿Quién lo conoce realmente? ¿Lo conoce quien lo observa bajo uno solo de sus aspectos, sin sospechar los demás? ¿Quién lo trata como cabañero e industrial y hombre de negocios, no ignora al escritor, al espíritu selecto y hombre de mundo? ¿Quién lo encuentra en un salón, lo concibe dedicado a rústicas faenas, o a empresas fantásticas? ¿Cómo descubrir en el aristócrata de refinadas elegancias y singulares despreocupaciones, dadivoso y manirroto, al hombre sesudo y cerebral, y en éste, al espíritu sensible o apasionado? ¿Puede parecer el mismo, aquel que juega con los valores, a quien la moral no interesa, que se mofa de los convencionalismos, que elogia la fuerza y canta al oro, con el que Rodó llama, gran idealista?

Reyles es como un florentino del tiempo de los Médicis, tiene de aquella época la magnífica postura y la honda complejidad. Diríase artista y príncipe; espíritu inclinado a todas las aventuras y a todos los refinamientos; noble y temible, del que no puede saberse todo el mal ni todo el bien, que, en un caso dado, puede llegar a «pensar». Lo que él no vive, lo viven sus personajes; y son ellos los que completan así su existencia y son sugerencias, acaso tanteos, momentos no vividos, y por los que experimenta en un nuevo plano, sensaciones que no dejan huellas ni escozor, aunque intranquilen a sus lectores.

\*  
\* \*

Dícese que Gray se sentía en el paraíso, tendido en un sofá leyendo un buen romance. Para Reyles el paraíso no es así jamás. Sus placeres son agitados y es tan activo como Gray pasivo. No es un temperamento poético ni sentimental ni está inclinado al sonambulismo o al sueño, y si a lo contrario, por lo cual no vive entre brumas sino entre ásperas y concisas realidades. Busca la acción, porque en la acción misma es en la que halla la voluptuosidad superior y hasta quizá sobrehumana, que da razón a la razón propia. Y si, como reivindicación ante lo que se malogra y pierde fatalmente, busca la

felicidad en el placer —como dice—, crea luego un círculo, en el que es placer también la búsqueda, no teniendo su fuerza posiblemente otra razón ni apoyo valedero, sino el secreto y encontrado placer de destruir los obstáculos que se oponen entre la voluntad y el deseo. Nunca pues una existencia más prodigiosamente activa que la suya, y más variada, menos exclusiva y más efervescente. Existencia fecunda, que proyecta energía en empresas estimulantes y vivificadoras, en libros de teorías espontáneas y personalísimas y en actos que son luchas.

«Vivir es gozar y sufrir; vivir es amar, vivir es... ser eternamente joven», dice un día y parece decirlo siempre. Nunca, ni en sus últimos años, ha de querer considerarse viejo, ni acogerse a la paz, a la calma o al descanso. Vivirá pues en actividad, perpetuando su actividad, gozando y sufriendo, buscando la superación, jerarquizando la vida con esa manera fuerte y valerosa de vivirla, emprender las cosas y no someterse y, mantener en juego su potencialidad creadora.

¿Cómo hubiera podido pensarse entonces, que en los días de su espléndida juventud, hubiera hallado deleitables placeres en actitudes contemplativas, o en paralizadas virtudes? Su carácter no puede aspirar a ninguna de esas adquisiciones venturosas que ofrecen las cosas sosegadas y apacibles. ¿Encuentra acaso la felicidad en su hogar al lado de una mujer dulce, virtuosa y paciente? Reyles precisa siempre otra cosa; y a la serenidad de la travesía, prefiere el fuerte oleaje que hace vibrar de emoción y peligro. Y siembra y cosecha peligros y otras emociones que quiten lo que tiene de maquinal y de muerta la vida. «¿Te parece razonable sacrificar la hermosa juventud —pregunta con uno de sus héroes— para asegurarnos la fea vejez?» Y, ¿cómo pudiera pensarlo, quién sospecha que: «reír es lo más serio que puede hacerse sobre la tierra!».

\*  
\* \*

La filosofía de Reyles sostiene la fuerza, el amor, el placer, y el oro que puede dar placer, amor y poder, y crea la teoría que conviene a su sensibilidad, a su temperamento, a su voluntad. Nietzsche dice que la filosofía es en realidad una interpretación del cuerpo ante todo. Y vemos aquí que, quien no tiene que consolarse ni resignarse, defiende como Reyles al fuerte, al triunfador, al conquistador. Su oro le hace sostener y defender los triunfos del oro; su temple hace que alabe el valor; y su sensibilidad y temperamento rebeldes y fogosos, la libertad del amor. Y es porque su mentalidad está de acuerdo con

su físico, su temperamento con sus posibilidades, y sus ideales como sus ambiciones, con el grado mental que alcanza y con el plano económico que ocupa. Su filosofía tiene que estar basada así en la fuerza que significa su fuerza, y desde luego también en el placer, que conoce a fondo y del que puede hablar a conciencia y hasta con esa hondura que hace de lo alegre lo grave. Y, tanto es así, que de Reyles se podría decir lo que el filósofo alemán antes citado, dijera de los griegos, que eran superficiales «*por profundidad*».

Pero, es la aplicación de esas mismas teorías, la que impide que se dé por entero al pensamiento, con lo cual habría que reconocer que el hombre perjudica al pensador, que tan conscientemente prefiere vivir la vida a pensarla. «Puesto que la realidad es inexorable a toda aspiración humana —dice— resistámonos a las sugestiones del espíritu que no hallan correspondencia en la vida; domémosla a ésta; no la consultemos, hagámosla nuestra esclava. Puesto que sería irrisorio en el caos del mundo, un ideal de bien sin base ni razón de ser ni orientación segura, demos a nuestras energías el solo objetivo razonable que nos queda: la busca de la felicidad en el placer».

Así piensa y vive como lo sostiene, inquietantemente, arriesgadamente, profundamente.

\*  
\* \*

Así piensa, y sus libros exponen teorías audaces y sus personajes pueden ser audazmente antipáticos y asimismo se parecen a él. Acaso lo hace para buscar aquí también lo emocional: en el rechazo, en la censura, y llegar al aislamiento altivo y deseado. Por eso Guzmán, y tantos, pero sobre todo Guzmán, el más combatido de los personajes de Reyles, ha recibido muchos dones y defectos suyos, quedando de este modo un poco incorporado a su vida. Pero, este anillo de coincidencias con que el autor ha rodeado su novela, no parece luego suficiente al público, que, ya en tren de buscar semejanzas, agrega las falsas a las reales, acaso porque a su vez precisa efectos más sensacionales y que satisfagan su temperamento de curioso empedernido, que es el temperamento propio de los lectores. Y así, lo dudoso se convierte en cierto y Guzmán se transforma en el autor.

Verdad es que Reyles, en un arranque de osadía, ha dado a éste su gusto pelilloso y exigente, y la sorda irritación —también tan suya— de los seres nerviosos e intelectuales, obligados a tratar con personas de inteligencia tarda y vulgar discurso —como se dice allí—; que ambos pueden decir que van dejando de ser miembros de su familia e hijos de su patria; que no fraternizan con nadie, y que las pequeñas

equivocaciones y las «tontadas» y vulgaridades les producen verdadero dolor físico! ¿A ambos? Evidentemente, a ambos. Y entonces todo lo demás, quiere y puede verse también como de Reyles, y se lee, como se lee una confesión.

Por otra parte, Reyles lleva una vida «byroniana», o mejor dicho «d'anunziana», y esto pone en guardia a la sociedad. Hay como una animosidad colectiva, o rencor, que da a lo criticable o censurable, el incómodo sello de cosa auténtica. Así, a flor de piel pasa un deseo, que puede ser desquite, y se traduce en encrespada convicción. Y posiblemente, es el orgullo y desamor de Reyles para el ambiente social e intelectual que lo rodea, lo que suscita en contra suya ese sentimiento, sino absolutamente hostil, ni amplio ni amable. Él es Guzmán, se dice; y se dice tal vez aunque no se crea.

Sin embargo muchas de sus aventuras son, más que otra cosa, teatrales. Aventuras de quien acepta el escenario en el que se le coloca, y se dispone a animar al personaje que acaso todavía no era. Reyles deja correr lo que se quiera decir, y hasta trata de que se exagere su fama «donjuanesca», que es ya fama «reylesca».

Acaso le interesa asombrar, y que se vaya escribiendo una leyenda con su vida electrizante. Quiere vivir como un personaje fabuloso mezclado a la fantasía, y no impide que la imaginación popular, tan fecunda en invenciones, adorne lo verosímil con lo absurdo. Sin embargo, su existencia no precisa de más fausto, ni de más brillantesces, ni de sorpresas más novelescas, ya que hasta los hechos banales parecen suceder en forma tal, como si hubieran sido preparados para ser escritos... «Si yo tuviera la voluntad férrea de un Alejandro, de un Napoleón, de un Calvino, resolvería en un triquetraque los pavorosos problemas de mi existencia», dice alguien en uno de sus libros. El tiene esa voluntad: ¿en qué la emplea? En ese momento, muy principalmente, en gozar y dominar... ¿A esto es a lo que llama resolver los problemas de la existencia? «Gozar y dominar», equivalen sin duda para él a un lema. «El placer y el dominio, son palabras que meten mostaza en la sangre», confiesa. Y pueden ser venenos para quien va a abusar de ellos...

\*  
\* \*

Ahora todos los favores de la fortuna no pueden impedir que Reyles dé un paso en falso, y que no caiga, pero esté a punto de caer. Bruscamente su existencia se nubla, y aquél que dos o tres días antes todavía, deslumbra en las carreras, con su «mail-coach» rojo, tirado por

cuatro magníficos caballos, con sus lacayos de librea y sombrero alto, llevando él mismo las riendas, y que, en el teatro se hace seguir por dos mozos, presentando sendas bandejas con el «champagne» y los dulces con que ha de invitar a quienes quiere hacer el doble homenaje de visitar y obsequiar, encerrado en una celda, pasa horas de amargura, y acaso de fastidio e impaciencia.

Momentáneamente su vida adquiere un acento trágico; la limpieza de sus horizontes ha desaparecido. ¿Cómo? He ahí lo que debe parecerle incomprensible. Pero hace largo tiempo que viene acercándose al drama y que el drama viene ciñéndose sobre él, sin que él quiera tomarlo en cuenta. Y los acontecimientos se gestan así en la fatalidad de la incomprensión y del desprecio por lo que pudiera suceder, y por la insubordinación de las pasiones, el cultivo de los odios y muy raras y tumultuosas casualidades.

\*  
\* \*

La vecindad de dos hombres que parecen nacidos para odiarse, prepara la tragedia cuyos primeros capítulos ha escrito la antipatía que en ellos despierta ya sin causa y por antinomia, y que más violenta cada vez, da a ambos seguridad de que no pueden tolerarse. Luego, aumenta este desagrado inicial la oficiosidad de muy inoportunos intermediarios.

Por otra parte, si el vecino en cuestión, tiene como Reyles, un carácter violento, dispuesto a no ceder un ápice a nadie, nada de lo sucedido puede entonces sorprender, como no sorprende que estalle la pólvora al lado de un mechero encendido. Y, Reyles es hombre de sostener sus convicciones, no sólo con la gallardía o con la aspereza de su palabra, sino también con la punta de la espada.

Como hombre de gestos nobles y fogosos arrebatos, Reyles es un amigo apreciable; pero es también un terrible enemigo. Y esto lo han probado los hechos, sobre todo los que se desarrollan entonces, cuando el gran señor cree que debe tomar la defensa de sus arrendatarios. Sin embargo, el asunto no es sencillo. Para él se trata de amparar a unas pobres gentes, necesitadas de amparo, según lo piensa; pero para la otra parte existen también derechos, o razones que así lo parecen. Y esto establece una situación en extremo desagradable, de crecientes animosidades y enconos, en la que ninguno cede, y cuyo desenvolvimiento contribuye a hacer cada vez más difíciles las transacciones.

Una noche se encuentran en la estación del ferrocarril. Un sobrino de Reyles, Héctor Nessi, hijo de una hermana natural, a quien él

ha puesto al frente de la estancia «El Paraíso», se cruza con X, en el andén de la estación. Ambos se reconocen. Algunos gestos mal contenidos, y palabras amenazantes entre oídas y adivinadas, bastan para iniciar el incidente. Reyles sabe recién lo que pasa, cuando su sobrino, con la agitación consiguiente se acerca para comunicárselo y decirle que va a pedir a aquél cuentas por su provocación. Y claro es que esto no puede aceptarse. Reyles no puede admitir que nadie ocupe su puesto, e iracundo se precipita en la sala del jefe de la estación, donde el otro lo espera, enfrentándose casi sin cambiar palabras, porque es como si ya todo estuviera expresado. Y desencufandan sus revólveres, ellos y sus tres acompañantes, cruzándose cantidad de tiros, y cayendo unos heridos y otros muertos, mientras la luz de la habitación se apaga y en las tinieblas se desploman los últimos.

Reyles sale entonces solo, con su arma humeante todavía, cuando su sobrino, desde el suelo, moribundo, le advierte que tenga cuidado, pues ha visto salir a un negro peón de la otra estancia, y teme que vaya a vengar a su patrón. Pero el saldo del encuentro es más trágico aun, ya que todos, menos Reyles, han caído, siendo así el único sobreviviente del suceso. Un telegrama, enviado enseguida a José Pedro Ramírez, dice: «He matado a X, me pongo en sus manos». Esto es lo que acontece la noche del 3 de julio de 1898, la víspera del motín en el que culminan acontecimientos históricos de una época de profunda agitación política.

De la posterior investigación de los hechos, pueden colegirse sin embargo dos pruebas fundamentales y visiblemente favorables a Reyles, destruyéndose con ellas los cargos más graves que se habían acumulado contra él. Una, es que obró en defensa propia; la otra, que sus balas no produjeron ninguna de las muertes. De lo primero existía como una semiprueba, porque ya en las primeras versiones se dijo que él no había intervenido en el comienzo del incidente. En cambio, ¿cómo se explica en un buen tirador tan mala puntería? ¿La confusión en la que se desarrolló la escena, el alboramiento, la oscuridad, sobre todo la oscuridad en la que se cambiaron los últimos tiros, fueron para él motivos de suerte? Habría que pensarlo así, ya que, al estudiarse los hechos, se comprobó que sus balas no dieron en blanco, y, que Reyles fué atacado de frente y por la espalda a un tiempo, mientras su sobrino, desde un ángulo de la sala, hacía caer uno tras otro a los tres y caía a su vez. De este modo, a la situación oscura y de incertidumbre de los primeros instantes, sucede pronto otra, definida y jurídicamente favorable a Reyles, quien tiene así la agradable sorpresa de encontrarse con que no ha tenido la participación que creyó tener, como lo probó su telegrama apresurado del primer momento.

Y su defensor, que es Carlos María Ramírez —ya que su hermano José Pedro, no pudo hacerse cargo de la defensa, por ser también abogado de la parte contraria— con uno de esos alegatos brillantes e incisivos, propios de su talento combativo y claro, logra sacar a Reyles en libertad, casi en seguida, ya que estuvo en la cárcel apenas un mes.

\*  
\* \*

¿Cómo entra de nuevo en la vida después de la terrible prueba del drama? ¿Se siente culpable, de intransigencia, por lo menos? ¿Qué nuevas enseñanzas ha recogido en las horas sombrías de la reclusión y de la meditación forzada? El tiempo pasado en la cárcel, a pesar de haber sido brevísimo, tiene asimismo que haberle enseñado a sufrir y experimentar en sí, lo que significan las palabras imposibilidad, doblegación y fatalidad.

«El mundo es en general de los imbéciles» acaba de decir en una obra que da a publicidad en aquel entonces. Y fuera que ya lo hubiera dicho o que recién lo pensara, nunca debió comprender tan bien como en la celda, cómo un hombre mediocre o prudente, esos dos términos que odia, hubiera solucionado, más razonablemente, la situación en la que, prefirió, a la cesión amarga, el acto fatal que independiza. Y, ¡cuántas veces debió recordar aquella frase escrita por él, y que a burla debía sonar en sus oídos: «La calma de la existencia sólo se obtiene al precio de la vulgaridad!» Pero él huiría y seguiría huyendo de la vulgaridad, y huiría y seguiría huyendo de las que fueran actitudes mansas y prudentes soluciones.

\*  
\* \*

«El sueño de Rapiña» es su última obra. De ella se ha dicho que no tiene relación alguna ni con él ni con ninguna de sus demás obras; que es un libro aislado, sin antecedentes ni continuidad, y aparentemente es así. Pero asimismo todo gira alrededor de sus preocupaciones: placer y oro; y eso no es alejarse de su subconsciente.

El personaje central ama el oro por el oro mismo y de una manera terrible y fatal; y en oposición a ese amor enfermizo, surge la filosofía de Reyles del ensalzamiento de la vida y por la que se derrota al que no goza ni ama.

El libro había sido dado a las cajas, al llegar Reyles de Europa, de donde venía encantado con las bellezas y placeres de París. «Vivir es amar», exclama allí con más convicción que nunca. Ha comprendido mejor que en ningún otro momento, que «el universo es hijo

del amor», como dice, agregando que por eso se aman los animales, las flores y hasta las piedras. ¿Por qué no ama el avaro? Esta es la idea que desarrolla el libro, donde el avaro muere por no poder amar sino el oro, y por no comprender que amar es el único objeto de la vida.

«El sueño de Rapiña» exalta pues la vida y el amor. «¡Amemos, cantemos, lloremos! ¡viva el que ama! ¡viva el que canta! ¡viva el que llora! los que prodigan la vida son los que viven». Es este su pensamiento de entonces y de siempre, pero al que se añade el calor del deslumbramiento, y que ha sido escrito en un ambiente tremendamente atractivo, peligrosamente atractivo, cuando todo lo tienta, y el amador se deja tentar.

\*  
\* \*

El choque con la realidad viene en seguida. Del diabólico encuentro sale sin embargo ileso, y tanto por obra del azar como por su naturaleza; porque lo salva también de un sentimiento atenaceador, su carácter, que le hace desarraigar el ceño más pronto que a otro cualquiera; porque ahora, como siempre, sus contrariedades son breves. «La santa esperanza» —como él la llama— rara vez lo abandona, y su espíritu tan hecho para renacer, salta el escollo, logrando recobrase y encontrándose con sus bríos intactos y sus entusiasmos y energías de antes.

Con todo, si es cierto que sale inmune y sabe mirar los dolorosos sucesos, tan recientes, como ya lejanos y fatales, ¿podemos estar seguros de que nada en él ha cambiado?

Su modalidad literaria, a pesar de ser para el caso tan poca cosa, denuncia evidentemente, a través de capas de indiferencia, un proceso interno consciente o subconsciente, distinto, porque en el próximo libro, el que escribe después de los acontecimientos, presenta como una revisión de su moral, ya que en él rechaza lo que antes había sostenido, llegando a producir así efectos opuestos a los de siempre.

\*  
\* \*

Ahora ya no estudia los problemas psicológicos con prescindencia de la ética; y los mismos personajes están tratados de manera distinta. «La raza de Cain» es obra escrita bajo un clima anímico más grave. Momentáneamente Reyles ha evolucionado. Y, a pesar de que su existencia es siempre rica en imprevistos, se halla en una pausa.

Vive una hora dulce, hogareña y reposada; y en forma activa encauza su espíritu en un sentido patriótico.

Así esos hechos recientes, sin aparecer superficialmente, han ejercido en él alguna influencia. Sus pasiones se asientan, dando el libro como una nueva versión del anterior, por la cual las atrevidas concepciones toman otro giro y se solucionan de manera confortadora. Guzmán, el personaje ruín, condenado ahora al sufrimiento, se encuentra como agobiado por un sentido moral y más normal de la vida. Y, si hay todavía seres perversos, no existe ni el vago deseo de explicar sus modalidades, ni siquiera como motivo de estudio, con lo que la novela gana los favores del público a quien complace este ajustamiento de posiciones.

Por otra parte, en «La raza de Caín», Reyles consigue hacer un juego habilísimo de sentimientos y de actos, ya que al aclarar la idiosincrasia de los personajes, crea también un fondo de escena en el que actúan las sombras de aquellos. Y trata acertadamente el amor, la envidia y las atormentadoras inquietudes, moviendo con firmeza los cordones de la tragedia. Max Nordau, al juzgarlo, dice que esta obra basta para llevar un autor a la celebridad, añadiendo que Reyles ha creado en ella personajes inmortales en la historia de la literatura, y haciendo recalcar que Cacio, es una personificación de la envidia hasta ahora no igualada. Francís de Miomandre, dice que «La raza de Caín» es una novela prodigiosa, y tan bella y patética que recuerda el arte de Dostoyevsky.

Sin embargo, ni en esa novela «prodigiosa», Reyles se aleja por entero de él, pues allí está de nuevo representado, y lo está también su padre. Este es el viejo Crocker, y él su hijo Arturo. Pero él se encuentra en parte de nuevo en Guzmán. Arturo tiene sus virtudes y Guzmán sus defectos. El primero refleja su vida sana, su trabajo, y las ventajas de su posición, haciendo decir al envidioso Cacio que puede sonreír desdeñosamente, porque jamás ha tenido que humillarse ante nadie, ni que manchar sus labios con la vil lisonja, ni que tragarse el insulto y sonreír. «Dichoso de él, desde la cuna le ha preparado su padre un camino de rosas». Y tiene Arturo, como él, los ojos dominadores, y el pliegue desdeñoso de la boca, como prueba de la voluntad imperiosa que poseen los que han nacido para saborear el néctar del triunfo y la dominación, como allí se dice. Y como Reyles tiene la mano férrea que oprime sin saberlo, y el instinto del señor feudal. Pero Guzmán posee lo demás; ha adquirido su cultura y ha llevado su vida andariega; está aburrido de los hombres; «los viajes lo han refinado más de la cuenta», y experimenta su misma irritación —ya que esto puede juzgarse, según confesión suya— delante de personas que con-

sidera diferentes, y por lo tanto enemigas. Como podría hacerlo Reyles, divide a la humanidad en «criaturas cerebrales, musculares y digestivas»; piensa que «una medianía es un destino ridículo», y que en la bondad suele haber cobardía, indiferencia o conveniencia. Y son y se dicen ambos, discípulos de Hobbes, de Schopenhauer y de Stendhal, además de otros muchos puntos de contacto y afinidades.

Como siempre, Reyles se dispersa un poco en todos los personajes. En Arturo se presenta como triunfador; en Guzmán como desconfirme, mordaz y cáustico. «Se manifiesta así el talento?» se pregunta Amelia, la mujer de éste, y ella se contesta, diciendo: «El lo cree.» . . . Luego, a Laura, la preciosa muchacha, novia de Arturo, da sus ansias de goce y dominio. «¡Tengo mi ambición dominadora!», dice ella; «Si yo tuviera poder» . . . Y en boca de Cacio, del repulsivo Cacio, pone palabras que podrían bien responder a su pensamiento, haciéndole decir que los santos de su devoción tienen que ser los Césares, los patronos de todos los ambiciosos.

• •

Por otra parte, si como es innegable las ficciones corresponden a estados de alma, aunque sea a fugaces estados anímicos del autor, la obra, a pesar de ser producto de la fantasía, descubre siempre lo que está latente. Nada es pues absolutamente inventado. Y aquí hay ya en el sombrío cuadro del matrimonio de Guzmán, y de todos los matrimonios que por distintas causas se deshacen en sus obras, como una constancia de su preocupación a este respecto y de quien sabe qué tributos que ha empezado a pagar.

Habla de la antipatía de las inteligencias, y la llama antipatía que divorcia: «Casáronse padeciendo una lamentable equivocación. A ella le sedujeron en el novio las brillanteces exteriores, la elegancia, la chispa, la verba incomparable del parisiense, aquello precisamente que le impidió *fraternizar* con el marido, al que seguía queriendo, no obstante, aunque sin ardor ni confianzas». De ella destaca la inteligencia bien equilibrada y la imaginación pobre, que le impedían experimentar pasiones tumultuosas y sentimientos refinados, pero —como él mismo dice— no afectos tranquilos y dulces; mientras que, naturalmente, el otro, tenía que pensar de otro modo. «Lo que a vulgar trascendiera no le iba bien a su espíritu aristocrático, complejo y refinadísimo». ¿De quién habla? «El corazón gastado y la fantasía ardiente, no le permitían comprender ni gustar las afecciones sosegadas que comprende y gusta

el común de los mortales», dice, agregando: «A los pocos días de casados dió en sospechar que la modosidad, discreción y juicio de Amelia, todo lo que en ella le sedujo al principio, mirándolo bien, eran sólo cualidades negativas», y «su sagaz análisis fué mostrándole implacablemente, que se había unido a una *extraña* y acaso a una *enemiga*». Pero, «como todos los esposos, transigieron con la realidad... perdiendo el noventa por ciento de las ilusiones, y como todos, siguieron viviendo juntos...». El cuadro que pinta es fruto de la imaginación, pero su pensamiento golpea con vivacidad en una concepción propia, en una preocupación aguda y es ya como una manera desencantada de aceptar las situaciones afectivas. Y las frases, arrancadas aquí y allá, van diciendo y reconstruyendo lo que no se dice y que sin embargo sucede.

\*  
\* \*

Zum Felde, al hacer un estudio sobre Reyless, dice: «No se es como se piensa, sino se piensa como se es». Y, porque es axiomático, es que Reyless escribe en los términos que lo hace, desarrollando sus obras alrededor de las variantes de su temperamento. Y, a este propósito se ha hablado de egolatría, y puede haberla; aunque todo autor ocupa el centro de su obra, ya sea directamente como Reyless, ya creando situaciones para juzgarlas y ofrecer su modo de pensar. Y la egolatría está en mostrarse, o ponerse de juez.

Además, si Reyless se estudia muy en primer término, no quiere decir que no estudie a los otros, pues se dice que a muchos molesta con sus observaciones, y que muchos de sus personajes han estado cerca suyo y que acaso hubieran querido no estarlo. Así fué una noche en la estancia, donde pasaban una temporada algunos de sus amigos. Uno de ellos, que se había retardado afuera, al volver cuando las luces estaban encendidas y la cena servida, fué sorprendido por el mal-estar que reinaba en la casa. En el amplio comedor, dos de los huéspedes, frente a la larga y nivea mesa, comían en silencio, entre asientos desocupados. Ambos se hallaban cabizbajos y destemplados, contestando apenas al saludo del recién llegado. —«¿Y los demás? —Manolo Saavedra se ha ido a acostar y Reyless está arriba». Y ante la insistencia de quien pide explicaciones más en consonancia con la amistad que los une, José María Guerra, que es uno de los dos que puede aclarar el enigma, sin ganas de hablar y por decirlo todo, contestó lacónicamente: «La psicología...» con lo cual los tres se comprendieron. Todos ellos han sufrido infinidad de veces la crítica que duele

y la observación que violenta y pone incómodo. Todos saben lo que significa tener que servir de elemento de estudio, cuando no se quiere ser estudiado.

Reyless se considera ya en ese tiempo un psicólogo. Y como tal lo han de ver y soportar sus amigos. ¿Puede decirse entonces que prescinde de los otros, y que el mundo no es ningún momento su campo de estudio? No. Pero, es posible y hasta seguro que no todos los temperamentos ni todas las vidas se presten para sacar los efectos que busca y halla mejor en él, cuya modalidad y vida parecen forjadas para el libro.

\*  
\* \*

Llevado por la corriente de su intranquilidad, Reyless hace una pausa literaria. Europa lo atrae con los secretos de su alegría y los deslumbramientos de su belleza que tan variadamente se ofrecen al extranjero. Y esos viajes comprometedores y agradables, que, la redoblada experiencia hace gustar cada vez más, ayudan a crear en su ánimo como una enfermedad de volubilidad y renovación. De la severidad extrema de la acción productiva y de la acción realizadora del pensamiento, violentamente pasa a otra cosa. Abandona entonces también su personalidad de hombre importante y de hombre luchador y la sustituye por la de aquel que sabe divertirse olvidado de los compromisos que impone el prestigio, en cualquiera de sus formas.

Pasa a ser una figura anónima y, hace esgrima. Porque en esos momentos como de ausencia de su personalidad, ejercita sus vocaciones secundarias, que duran así, por ráfagas; pero para volver a ser cultivadas con una singular persistencia, como con una sorda persistencia que, en él es singular, y que ha de ejercitar para la salud de su cuerpo tantas veces arriesgada por el carácter, ya que, cerca suyo es fácil hallar siempre un amante o un marido burlado, sin contar con que su temperamento irritable, precisa, como complemento de la lengua, el gesto o el acto, el arma que da razón a quien pueda no tenerla.

Está en un pueblo de Francia, en Aix, donde conoce a Kirschoffer, el campeón francés de esgrima, al que contrata para que le dé lecciones. La primera de éstas es llevada a cabo en un salón de armas de uno de los casinos, donde Reyless se presenta correctamente vestido, con la clásica casaca y los zapatos de rigor, y su careta de alambre puesta, mientras que Kirschoffer, por un descuido, va a comenzar el asalto, sin apresto alguno, como se apresura a hacérselo notar Reyless. Sin embargo, es Reyless el que se equivoca, ya que no existe distrac-

ción alguna, pues el maestro está habituado a dar sus lecciones sin ataviarse, ya que es para él innecesario. Pero a las primeras fintas, cambia de opinión y, pidiendo cortésmente permiso, se retira, volviendo sin decir ni una palabra, pero con los zapatos puestos. Y este matiz pequeñísimo de la indumentaria, esa corrección silenciosa, han bastado para darle calidad y nombre entre los aficionados. Por ese reconocimiento tácito se le invita a intervenir en el Campeonato Internacional de Esgrima, que tiene lugar poco después en París, y cuya invitación enorgullece a Reyes, que, como Ingres, se siente halagado cuando se le valoran méritos, en lo que puede descollar, sin ser al fin de cuentas más que un aficionado distinguido.

\*  
\* \*

El 8 de setiembre de 1901, de vuelta ya en Montevideo, tiene lugar la sesión preliminar del Club Vida Nueva, que él funda. Se expresa en términos no empleados nunca hasta ahora, y con palabras de idealista y de patriota, según confiesa, «porque el ansia de una cosa mejor» le hace abrigar el deseo de tomar parte activa en las luchas políticas, «para combatir por la causa del bien».

Va a sostener la política que liberta a la criatura humana —como dice— de la tiranía de los bajos instintos y torpes necesidades, que la eleva y la convierte en una entidad moral, y la que hace aceptar la vida como cosa trascendente, como cosa religiosa, como cosa santa, a la que todo hombre que merezca el nombre de tal, debe el sagrado sacrificio de su inteligencia, de su corazón o de sus músculos.

Habla así frente a más de mil personas, reunidas en su cabaña de Melilla en los días de la presidencia de Cuestas, cuando, después de haber soportado el país malísimos gobiernos, se piensa que una era sana y de grandes rendimientos se abre cargada de promesas. Y su entrada en acción, ha de hacerse —claro está— fogosamente.

Busca levantar el ánimo de los que callan, quiere despertar las conciencias cómodamente dormidas y sacudir el indiferentismo. Sin embargo, se puede pensar que él también ha sido indiferente. Sólo que, para Reyes, la indiferencia es otra cosa. Y la causa de la patria, no es la que defiende el que habla, sino el que trabaja o el que de alguna manera contribuye al bien del país. «Peor o mejor, más completa o incompletamente cumplen su deber ciudadano y su destino de hombres, en primera línea los que, viviendo en las altas esferas de la religión, de la filosofía o del arte, iluminan la conciencia oscura de las multitudes; los que, en una u otra forma, trabajan por los intereses

de la patria; los obreros de la riqueza particular o de la riqueza pública; los que en política se dejan impeler por las pasiones generosas o mezquinas, por el cálculo o la ambición, y hasta los que explotan aquella como un oficio lucrativo, todos tienen su objeto, a veces claro y positivo, otras veces confuso y por reacción; sólo los indiferentes por temperamento o por raciocinio, los que no sienten, ni piensan, ni obran y se limitan a adorar los ídolos bárbaros del Placer y la Pereza, son los únicos que merecen la reprobación general, porque su vida estéril, árida y vana, no contribuye ni negativa ni positivamente, al flujo y reflujo del pensamiento, que origina y agranda con mil fuerzas la colosal marea del destino humano».

Y en todas partes —según cree y dice— los profetas, los filósofos, los artistas, alimentan y sostienen a la humanidad en su marcha triunfante. «Nosotros no tenemos, desgraciadamente, profetas nuestros que nos iluminen, filósofos que nos enseñen, grandes poetas que nos digan por medio de la belleza, la última palabra de las cosas»; pero agrega convencido: «debemos, pues, ser nuestros propios maestros, y nuestra obra será grande o pequeña, según sea grande o pequeña nuestra concepción de la vida».

\*  
\* \*

Su doble personalidad de hombre de letras y de acción, hace que abarque el problema con la doble visión del que mora en las cumbres del pensamiento, y la energía de quien está acostumbrado a modelar circunstancias. Por esto su palabra es segura, y habla sin contemplaciones. Prevé «el bautismo de sangre» al que no hay que rehuir. Sostiene que «importa conocer los valores morales que enriquecen nuestra conciencia, las ideas superiores que robustecen nuestro espíritu, los sentimientos fuertes y fecundos de que somos capaces, porque esos sentimientos fecundos y fuertes, superiores ideas y valores morales, son nuestro único capital, y asegurarlo y agrandararlo es agigantar nuestras fuerzas y asentar sobre cimientos de granito, no sólo nuestro porvenir, que es, en cierto modo, una cosa chica, sino el porvenir de la patria, que es de todos modos, una cosa grande».

«Tuvimos pensamiento cuando realizamos los grandes hechos de nuestra historia, pero después, en general, las ideas y las grandes expansiones del alma fueron desterradas de la política, y empleamos los medios comunes de las naciones sin ideales y de los organismos enfermos». Y porque su plan no es el de un hombre dispuesto solamente a plasmar la idea en la fantasía, invita a la juventud —de la que en

ese momento cree que debe esperarse todo—, proponiéndole romper con la apatía y la indiferencia, y pidiéndole que colabore decidida y entusiasta en esa empresa de regeneración cívica, para cuyo fin es preciso aunar ideales y voluntades.

Quien es realista en las letras, en la vida pública se presenta predicando el evangelio de los idealistas. Sueña con las quimeras de la fraternidad y, tocado por la gracia del patriotismo, se pone al frente del movimiento, delirante de fe y, dirigiéndose a las masas con la elocuencia comunicativa del que se cree llamado a cumplir una misión y a ella se da por entero. En su proclama que es, pues, la de un patriota, y además la de un político, pronuncia palabras que convencen y deciden. La juventud contagiada con su vehemencia lo acompaña, y su personalidad se agranda en esa nueva experiencia, en esa exaltada aventura política, en la que se han sustituido los odios por fervores, y los intereses mediocres con pensamientos nobilísimos. «El ambiente está cargado de poderosas, aunque oscuras aspiraciones, que urge aclarar y dirigir; en el fondo, bajo engañosas apariencias bélicas, un deseo imperioso de paz, de trabajo y de prosperidad se revuelve en los corazones de todos como fruto de bendición en el vientre de la madre, ambiciones generosas, anhelos ideales, ansias de regeneración trabajan sordamente las conciencias y preparan el advenimiento de algo grande, acaso una vida nueva; y hasta el movimiento entusiasta de la juventud da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, la política educadora, la verdadera política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización».

Propone dilatar y embellecer la concepción de la vida, ennobleciéndola por medio de una continua y obstinada cultura; «hagamos práctica la política de educación, de regeneración, de idealización».

«Nosotros debemos arar hondo, por la sencilla y concluyente razón de que podemos hacerlo. Arando hondo en la tierra jamás ingrata de la idea y del sentimiento, yendo a la médula de las cosas, sin prestar atención a las vanas apariencias, y avanzando, no *contra* los hombres dirigentes, pero sí delante de ellos, es como robusteceremos nuestra causa». Piensa que es a ellos a quienes corresponde afirmar ese imperio, inoculándole su sangre rica, y que este deber los honra. «Tenemos mucho que demoler, mucho que edificar, muchas ideas que combatir y muchas que poner en circulación». «Sí, hace falta que avancemos con la piqueta demoledora en una mano y en la otra la simiente del sembrador, para destruir sin piedad lo que daña», «y al propio tiempo, sembrar con gesto religioso las semillas fecundas del amor al

trabajo, del esfuerzo y la iniciativa particulares, del culto de la patria, de la cultura del espíritu, de la religión del alma; virtudes que tonifican el organismo de los pueblos y les prestan energías para realizar las ascensiones más intrépidas de la acción y del pensamiento».

Quiere ir, como siempre, al fondo de las cosas. Y habla de curar lo que se oculta, con los medicamentos que aconseja la terapéutica social: «Aunque sea doloroso es necesario decirlo; somos una nación de vitalidad pobre, no por razones políticas, sino porque somos un pueblo sin alma, es decir, un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque *ánimicamente* no vive o vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original y castiza. Casi todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendidas con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo». Y agrega que «lo que es vital, nace siempre del corazón de los pueblos. De ahí que nuestra existencia sea epidérmica, vana y no elabore ningún producto moral y trascendente. Para que sucediera lo contrario, se necesitaría que viviésemos una vida profunda, robustecedora de energías y potencias que nos caracterizarían como pueblo, si se convirtieran en actos, voliciones», y que se transformarían «en esa fuerza psíquica prodigiosa que engendra deseos extraordinarios, pasiones soberbias, vitalidades opulentas, bajo el nombre milagroso de alma nacional».

Invita a dejar de lado el camino fácil y suave, en el cual el que avanza siente todas las embriagueces de los sentidos, pero por el que se va realizando la existencia infecunda de los pobres de espíritu; propone el camino áspero, que se sube entre rocas abruptas y agrias laderas, en el cual el ejercicio fortifica los músculos, el hábito del peligro desarrolla el valor, y en el que el osado caminante goza la dicha de desplegar energías. La tierra es fecundada por el pie intrépido de éste, dice, y al decirlo muestra cómo deja detrás suyo entonces las señales de su paso en la senda abierta en la dura roca, que de pronto se convierte en arteria de vida universal. A su juicio, solamente así, los horizontes pueden ser cada vez más amplios y las lejanías más espléndidas: «Entonces el viajero, con ojo de águila, abarca el mundo y se reconoce dueño de él; es un vencedor. Cuando muere, lo hace con la sonrisa en los labios, porque sabe que ha vivido y que no perecen del todo los que han labrado un surco y han sembrado su simiente». Y la arenga termina diciendo que, uno de los caminos es el de la Vida, y el otro el de la Muerte, y que entre la vida y la muerte la elección no puede ser dudosa para la juventud.

\*  
\*  
\*

La ráfaga de patriotismo que lo anima, da a su palabra un entusiasmo que no se percibe en el tono corriente de su voz, porque si su expresión es con frecuencia arrebatada, y con calor defiende ideas o con rudeza ataca, rara vez en cambio, su palabra se convierte en himno o en proclama. Y ahora habla con el delirio de los patriotas. Ya es casi un romántico, y la juventud lo acompaña, sincera y fervorosa. Ha agrupado bajo ese noble pensamiento, a lo mejor del tiempo; los ha comprometido uno a uno, visitándolos personalmente, y todos han respondido. Rodó, Pérez Petit, Samuel Blixen, Manini Ríos, Juan Carlos Blanco, Montero Bustamante, Cosío, Martínez Vigil, Ubaldo Ramón Guerra, Scarzolo Travieso, Papini y Zas, y otros, lo acompañan. El Club Vida Nueva se constituye pues, auspiciado por mentalidades de primera fila. El programa se desarrolla con entusiasmo; numerosas veladas literarias y políticas elevan el ambiente y preparan para luchas por ideales.

Los propósitos no pueden ser mejores, y están bien encaminados, se reconoce que hay que suprimir los caudillos —que en ese momento son los jefes supremos del pensar colectivo—, la juventud intelectual, con sobrados títulos y sin vacilar, se pone frente al movimiento, y, sin embargo, a pesar de todo, fracasa. ¿No es, en parte, debido a que quien asume la responsabilidad de conductor, es un espíritu de entusiasmos rotativos? En mitad del camino del éxito, hace ahora también un alto fatal para la iniciativa. No puede desconocer la fuerza de la presencia, y tiene que saber cómo se trastornan los proyectos cuando la presión que ejerce la voluntad poderosa que los planea deja de hacerse sentir. Pero a pesar de ello, Reyless se aleja.

Su viaje es pues, políticamente, una equivocación. El Club pierde así sus móviles fundamentales y se convierte en un simple club más, asociación política sin trascendencia. Reyless, al embarcarse para Europa, le da —como por descuido— su puntillazo de muerte. ¿Es que procede engañado por su inexperiencia política? ¿O es que, como al marino de la leyenda, su destino lo obliga a seguir sin detenerse?

\*  
\*  
\*

Ha pasado en Europa dos años y, al regresar, queda sorprendido con la desviación que se han dado a los móviles del Club. Su reacción es violentísima. ¿Contra quién o quiénes? Contra todos. Tiene que

reconocer, sin embargo, que muchos de los que lo acompañaron tuvieron su mismo sueño y alentaron su misma esperanza. Que trabajaron llenos de entusiasmo y desinteresadamente, y que como él y con él, fueron derrotados. Pero, Reyless los ataca. ¿Los ataca, porque no pudieron evitar un fracaso que a él también tocaba?

Tal vez porque es el jefe, y tiene más razones para hacer frente a la situación y para sentirse más desconforme. Por eso, dice: «Dentro de la política militante, obligado por la fuerza bruta de las cosas, mentiría como todos, como todos comulgaría con las impurezas de las pseudo-verdades partidarias, y las verdades que hace falta decir en ciertas ocasiones para purificar el ambiente viciado por la pasión política, no saldrían jamás de mis labios, como no salen nunca de los labios de ningún hombre de partido. Razones poderosísimas, conveniencias particulares, amistades políticas y los intereses de las camarillas y los círculos lo impiden siempre, y las subdivisiones más indigestas, a fuerza de ser atacadas por los poderosos jugos del espíritu del partido, se hacen asimilables y pronto circulan por las venas, contribuyendo a la economía del organismo partidario... que desde entonces empieza a vivir con la sangre envenenada. Que es así, no conviene que se diga, porque sería impolítico, y no se dice... Y cada vez aumentan las proporciones del veneno en circulación. Si alguien rompiera la consigna, comprometería a la comunidad, y ésta lo arrojaría de su seno lanzándole al rostro el anatema de traidor. Para hacerlo hay que renunciar al porvenir político y no tener aspiraciones en la esfera pública, y eso hace callar. Yo, que no estoy en ese caso, puedo hacerlo. No escribo para conquistar votos ni aplausos ni para halagar pasiones, sino para combatir, y señalar que nos faltan virtudes sociales».

Desde ese momento, se vuelve contra los intelectuales y se dirige a los hombres de labor. Pero se dirige a ellos con otras palabras, y ya no tiene la misma manera de encarar las cosas. El idealismo se ha trocado en materialismo, el desinterés liberador es ahora colaboración interesada, y habla a sus nuevas asambleas en términos que los hombres comprenden de más buena gana. El Reyless de hoy es práctico, y es más bien el Reyless de siempre; pues el demoledor se ha vuelto constructivo.

No pretende ya desarraigar costumbres ni corregir vicios; organiza una colaboración de intereses y conveniencias, de estímulos, de energías, y piensa que con ella ha de salvarse el país. Quiere hechos y no palabras, y los hechos han de proporcionarlos los hombres de trabajo y no los políticos. Funda «La liga de los trabajadores rurales».

La idea está bien concebida. Piensa que hay que agremiarse cons-

tituyendo grupos dependientes a su vez de otros grupos dirigentes. Pero el proyecto, aprobado en principio, encuentra una sorda y tenaz resistencia, sostenida en primer término, por los que, casual o voluntariamente, no han sido invitados a participar del movimiento. Y entonces, lo que habría de ser motivo de concordia, se vuelve causa de desunión, parece que sin otro antagonismo que la zanja que divide a hombres, que no pueden ni quieren entenderse. Y es dejando sus planes en ese estado de cosas, como abandona de nuevo el país, depositando encaminamiento y responsabilidades en manos de sus amigos.

Parece escrita para Reyles aquella sentencia del filósofo alemán, que dice: «Siempre eres otro». Con o sin contratiempos, Reyles no puede seguir nunca la obra emprendida, y a las primeras dificultades o a los primeros éxitos, se aleja abandonando sus empresas. Más de una vez, debe él mismo haberse aplicado la frase de Vigny, diciéndose: «De moi-même a moi si grande est la distance...» Porque, hasta su dinamismo es flexible, cuando no se produce por explosiones de ánimo y desánimo, de entusiasmos y olvidos.

Nietzsche habla de hombres de costumbres cortas. Reyles es evidentemente uno de esos hombres a que se refiere Nietzsche. Y por eso, si posee la sabiduría de vivir, carece de la de llegar. Es un luchador más que un organizador, planea e inicia sus planes, sin llevarlos a cabo. No sabe concentrar sus energías largamente en un solo punto; las concentra en una fila de puntos, y muchas veces movibles todavía. De ahí que, teniendo buenas iniciativas, éstas no cristalicen. No puede tener de su parte a la buena perseverancia... Y así, quien tiene la elocuencia de hacer vibrar una asamblea o de persuadir uno a uno a los hombres, por no poder permanecer en una misma actitud combativa, luego de haber conocido anticipados triunfos, queda siempre fatalmente solo, acompañado de su fiel soledad.

\*  
\* \*

Goethe decía de Beethoven: «El hombre no domado»; ¿no puede decirse lo mismo de Reyles, aunque sea en un sentido distinto? Porque, ¿quién podría contenerlo? ¿A qué podría adaptarse? No sabe de limitaciones, ni de tolerancias. Debajo de esa fuerza ordenadora, hay como una razón tumultuosa. Y es que está su temperamento. Desesos pertinaces lo tientan y sus entusiasmos se traban unos a otros, por lo cual su vida se vuelve un continuado, armónico, y a un tiempo fatal florecimiento.

Ahora, para deleite y tormento suyo, apenas pisa el barco, los

problemas rurales y políticos quedan lejos, en tierra, y para compensar sus sinsabores, el amor lo espera. Al subir a cubierta, encuentra, acostada en su silla de viaje y envuelta en mantas, una mujer maravillosa, de gráciles líneas y vestida con impecable elegancia. Las gasas del sombrero flotan al viento; una mano enguantada cae lánguida; está marcada. La palidez acusa su belleza y el abandono da gracia a su cuerpo. Él no puede dejar de mirarla, pero ella, que permanece semi-inconsciente, lo ignora. Nada ve, ni se percata de nada; no ha abierto los ojos; en su falda blanca juega el sol sobre un libro cerrado, y a su lado está el vaso de limonada...

De cuando en cuando, alguien se acerca y le pregunta cómo se encuentra. Ella contesta con desdago y musita un sí o un no, que apenas se adivina. Su nuevo adorador querría ya saber quién es, querría poder hablarle; y acaso piensa de la escultural desconocida, lo que D'Annunzio de Eleonora: que con cada movimiento destruye una obra de arte.

A las pocas horas sabe que ella es una americana poseedora de una fortuna fabulosa. Pero, va acompañada de un séquito regular de amigos y servidores, está siempre rodeada y es difícil de abordar. La espera se prolonga, y, para quien nunca ha esperado, resulta intolérable. Evidentemente, el azar no está en esa ocasión de su parte. Y resuelve forzar los acontecimientos, aprovechando la compañía que le hace un joven, casi un niño, de inteligencia despierta y, que parece hallarse a su lado a propósito para secundar sus planes.

Una noche, sobre la cubierta, mientras ella está rodeada del animado y obsequioso grupo, Reyles, impaciente va y viene, y pasa y vuelve a pasar. El muchacho lo acompaña, oyéndolo, y posiblemente sin que sus ideas se encuentren, aunque hablan de ella —pues no es posible dejar de hacerlo—. De pronto Reyles le propone que se acerque al grupo, sin darle mayor cuenta de sus planes y sin preocuparse ni detenerse a pensar si éste los adivina.

Pero, el muchacho es precoz, y está en edad de comprender, aunque no de actuar. Así, sabe lo que de él espera su ilustre amigo, y, encuentra difícil ayudarlo. Titubea. —¿Ni siquiera sirves para esto? llega a decirle Reyles en un momento de subida impaciencia. ¿Qué responder? El muchacho calla, pero diciéndose para su capote: «No es tan simple lo que pides, y, si así te parece, ¿por qué no lo haces tú?» «Entrevérate con ellos, y así aprenderás a desenvolverte», es el consejo que recibe tan interesadamente. Pero, los ánimos que le da, no bastan; no puede decidirse, no sabe cómo hacerlo. Y mientras tanto, se acercan y se alejan muchas veces.

La tentación de acercarse es a cada vuelta más torturante, y la

indecisión más incómoda. Entonces, de pronto, tal vez como quien se tira al mar, sin hallar más remedio que aquél, cediendo a los apremiantes argumentos, se precipita en medio del grupo. Nadie lo ve, puesto que no es nadie. La conversación sigue el curso que llevaba; la angelical mujer, sigue diciendo: «mi tía Margarita era de una belleza extraordinaria... Mi prima Luz es una rubia preciosa, fina, delgada, elegante... Mi abuela materna era también reconocida en su época como una de las mujeres más hermosas...» Ante lo cual el chico que callaba, recobrando su dominio, exclama entusiasmado: «¡Pues debajo de ese árbol yo sería anacoreta!»

En la rueda, donde no se le había tenido en cuenta, su entrada oportuna hace de carta de presentación. Con todo, no cabe sospechar que su presencia tenga una finalidad, que esté allí investido de un título, que sea mensajero del amor. Pero, su acertada intervención provoca risas, y Reyless que se encuentra casualmente recostado a la borda, allí cerca, y a quien se ha visto con el niño, da los pases necesarios para llegar, como a invitación de las miradas que se le dirigen. Se acerca pues como hombre cortés y mundano.

Dado ese paso, lo demás corre por cuenta suya, por lo cual al poco rato domina la situación, siendo ahora él, el que, con palabra cautivante, narra y se hace oír. Y la noche, bajo el cielo del trópico, termina en un animado «tête a tête». ¿Hasta cuándo dura su amor y el de ella? Dos, tres, cuatro años; los años que Palas es reemplazada por Afrodita; los años en que su labor se resiente; los años que no publica nada y que contribuyen a prolongar el período que separa «La raza de Caín» de «La muerte del cisne».

\*  
\* \*

Es claro que la bella aventura no impide que siga haciendo viajes regulares, ya que los intereses que reclaman su presencia suelen ser impostergables, y aunque así no fuera, ¿habría sacrificado, al amor, el hábito, el placer o el interés? Sin embargo, esta vez, existe en efecto una razón poderosísima para arrancarse a todos los encantamientos, y hacerlo afrontar la lucha. Precisa conjurar un grave peligro para su fortuna, pues el Jockey Club Argentino, al prohibir, a los productos nacidos fuera del país, su participación en los grandes clásicos de Palermo, lesiona de una manera directa y fundamental sus intereses, perjudicando su industria.

Acaso Reyless ha ganado demasiados premios, y la alarma, cundida entre algunos de los perjudicados, ha hecho buscar una solución pa-

triótica, a un problema que, el cabañero uruguayo ha de resolver «argentinizando» sus caballos. Viene al Plata así para fletar barcos, trasladar padrillos y levantar instalaciones en suelo argentino. Compra luego un campo en General Bosch y, acatando la ley, se pone bajo su amparo, aun cuando esto obliga a multiplicarse y a hacer grandes desembolsos.

Pero, sea porque la medida se haya vuelto inocua y no exista razón para mantenerla, o porque se han producido desintereses en otro sentido, lo cierto es que dos años después, es derogada. Y Reyless levanta entonces sus provisionarias instalaciones a fin de volver a trabajar con sus primitivos sistemas.

Guillot Muñoz, dice que, «al enfrentarse con Reyless se adquiere la certeza de que se está ante un espíritu en acción, ante una conciencia dueña de sí, ante una voluntad que no conoce quiebras», y estos acontecimientos, como muchos otros, así lo prueban. No vacila, no se amilana, no cede, ni busca nunca el refugio de la excusa para volver atrás o proceder con debilidad o miedo. Gana, o pierde —generalmente gana— y, aunque así no sea, queda siempre en pie. Sabe exponerse, y goza exponiéndose. Pero, vive en peligro con plena conciencia, sin soltar las riendas, conservando la carta salvadora, con la cual decide las cosas a su favor. Por eso, cuando experimenta la emoción, tentadora para él, de nadar junto al torrente, no pelagra del todo.

\*  
\* \*

En 1905, dice ya a los congresales reunidos en Molles: «¡Torpes materialistas son los que sólo ven en el metal rico y fecundante una fuerza impura!» El oro es —dice— un símbolo de energía acumulada. Lo aprecia como principio moral y lo considera principio selectivo. Emplea ya frases enteras que luego repetirá en «La muerte del cisne». Lanza brevemente ideas que nadie sostiene y que se vanagloria en poseer. Habla en términos valientes, y, para muchos imprudentes. Pero trata a los hombres que lo han seguido y acompañado en su «Liga de trabajo», de profesores de energía, con lo cual queda dicho que los equipara a él. Dice y vive su filosofía de la fuerza y su metafísica del oro. Y a un tiempo escribe ya las hojas de su próximo libro, pensadas y experimentadas bajo todos los meridianos, y que se van amontonando en su valija andariego. Son sus más caras ideas. Y el próximo libro va a darlas de manera definitiva. Libro éste, serio; libro de estudio y meditación, en el que sostiene teorías de una sinceridad pelagrosa.

Pero, ¿puede importar a Reyless ser demasiado sincero? ¿No está seguro ya de haberse conquistado el derecho a serlo? ¿Tiene que mostrarse todavía prudente? ¿No puede aplicarse las palabras de Vigny, diciéndose:

«J'ai mis sur le cimier doré du gentilhomme  
«Une plume de fer que n'est pas sans beauté.  
«J'ai fait illustre un nom qu'on m'a transmis sans gloire.  
«Qu'il soit ancien, qu'importe? il n'aura de memoire  
«Que du jour seulement où mon front l'a porté.»?

Claro está que puede sostener lo que piensa, aun contra todos, y aun contra la razón; y ser sincero, hasta excesivamente sincero...

\*  
\* \*

Anna de Noailles, que sólo se deja adorar por hombres dignos de ser admirados, lo recibe en su salón claro y frívolo, lleno de preciosidades y ricamente tapizado; en ese salón en el que la luz penetra a través de gasas y encajes, o es irradiada por lámparas rosas que alumbran apenas. Él forma parte del grupo escogido que rodea a esta mujer aristocrática, por su fina belleza, por su excepcional talento y, también por los dones que exige a los tributarios de su corte, que se asemejan —por un acercamiento glorioso— a los que rodeaban a Mme. de Sevigné o a Mme. Récamier.

La poetisa, como una vestal, mantiene el fuego sagrado que en su torno se aviva sólo por la gracia de su presencia. Envolvertes sedas moldean sus formas y acompañan sus movimientos; una franja de raso aprisiona sus cabellos ensortijados, tal como la llevara Mme. Vigée-Lebrun, la célebre pintora. Y, tendida en una «chaise-longue», habla con voz suave. Sus ademanes son lánguidos; su mirada llena de luz, es triste; oye con ternura y coquetamente; pero, de pronto, en medio de la conversación, se inflama; su voz domina; algo la apasiona y, salta de su lecho de reposo, olvidando su actitud desmayada. Una idea, acaso una palabra, han despertado a la divina indiferente, y desde ese momento todo se agita ya, como ráfaga que pronto se aquieta, pero que suele también durar toda una noche.

¿Cuántas veces ha estado Reyless allí, rodeando y rodeado? ¿Cuántas ha prometido ir sin ir? Porque otros salones se disputan su presencia; la señorita Turgueneff, sobrina del famoso escritor ruso, es su amiga; la baronesa de Rotschild, la condesa de Greffule, lo reci-

ben; Mme. Burghes le abre las puertas de su casa, en donde ha conocido a Bourget, a Lemaitre, a Unamuno, a Montherland, y a tantos otros. En una comida, una noche le es presentado D'Annunzio, cuando el escritor italiano está ya en el apogeo de su talento y de su fama; en algunas de esas reuniones conoce figuras del escenario político francés: Clemenceau, Barthou, Calmette. Entabla relación con Rostand y se vincula con otros, de nombres no menos sonoros; y desde luego con Barrés, cuya relación se debe a un azar, y de quien llega a ser muy amigo.

Es el tiempo en que vive más que para la literatura, para los literatos, y para los amigos de la literatura. Los círculos mundanos tratan de atraerlo, y lo consiguen. ¿Cómo defenderse de los lazos que se le tienden? Hay que pagar tributo al prestigio, y, a cambio del hechizo de los libros, ser conquistado por el hechizo de las lectoras... Longchamps, Auteuil, Armenonville, las cenas del Ritz, Maxim, Montmartre, ocupan sus días y sus noches. Es un «boulevardier»; se ha transformado en un parisiense, del París que se divierte. Frecuenta los teatros donde suele presentarse en llamativa compañía; mujeres lujosas y elegantes están en su palco, se sientan a su mesa, lo acompañan en su coche.

Varios años pasa en medio de una baraunda de goces. El París pecaminoso lo ha conquistado tanto como el París elegante y el intelectual. Pero su trabajo literario disminuye, a causa tal vez de su filosofía del placer. Después de aquel breve período de tranquilidad correspondió a «La raza de Caín», salta, como por distensión del espíritu, a otros planos, al del «noceur» que derrocha espiritualidad y dinero, y cuyas actitudes escandalizan.

Alguien lo encuentra a altas horas de la noche, paseando por las calles de París, en carruaje descubierto, y trajeado como lo pintara Zuloaga; pero menos grave, con una botella de «champagne» en una mano y una copa en la otra, «viviendo», como el sobrino de Rapiña, con dos o tres alegres criaturas, jóvenes, alocadas y bellas.

Ya entonces debe haberse dicho: «ser sincero hasta en lo malo es mejor que perderse en la moral tradicional». No es hipócrita, ni conoce los problemas del cómico, a los que alguien alude, y puede mantenerse en jaque con la sociedad, porque no acepta su moral rebañega. Pero, como Nietzsche dijera de Wagner, también de él podría pensarse que su vida parece decir a los que vienen atrás, «no me sigas; ¡siguete a tí mismo!»

\*  
\* \*

De este modo, mientras en unos ambientes se le distingue por su talento, admirándosele como a Wilde, por su conversación ágil, brillante y fina, aun más que por lo que ha escrito, que no todos allí han podido leer; en otros medios, es la fama de sus aventuras la que vuelve familiar su nombre que, en algo, se confunde con el de sus personajes. Europa descubre así a un tiempo, al americano que lleva una vida de maharajah, y al escritor que, en sus ratos de ocio, prepara bellas obras. Y se le señala y reverencia en los sitios mundanos. La elegancia de sus modales, el corte de sus trajes, y la sobriedad característica de su raza, hace que cueste relacionar, a quien parece un flemático lord de apariencia fría y mirada desdenosa, cuyo continente calmo pone distancia entre él y el mundo, y a quien da tema a tan fantásticos relatos, y aun con el que, según se dice, lleva en tierras de América una existencia abrumadora de trabajos. E interesa porque como un personaje endiablado, permanece enigmático sin que se le vea desfallecer, lo cual no permite que se le juzgue bajo el influjo de ninguna impresión de las realmente reveladoras. Nadie ve a Reyles sino impertérrito, alegre o triunfante, cosa que ayuda a facilitar la presión que ejerce sobre hombres y mujeres de esa sociedad cosmopolita que visita su casa del Bois de Boulogne y que se inclina ante su mentalidad fuerte y ante su fortuna y buen gusto; es decir, ante los libros que escribe, los caballos que compra y las mujeres que lo acompañan.

\*  
\* \*

En esa época es cuando Eugenio Garzón, que es su amigo, y le ha oído hablar bien de Rubén Darío, y a éste de Reyles, resuelve hacerlos encontrar. Nada mejor que acercar a dos escritores que se reconocen bellas condiciones y que a la distancia ya se tienen simpatía, una simpatía intelectual. La entrevista queda así concertada con el beneplácito de ambos y, una noche son invitados a una cena en un hotel de lujo. Sólo cuatro personas rodearán la mesa, porque Garzón ha pensado acertadamente, que es, en la intimidad de una ambiente cálido y agradable, sin testigos molestos, que han de relacionarse más pronto; y prepara el acercamiento con el talento que ha de poner en juego un intelectual que, además, maneja los matices psicológicos con el ojo de lince de un hombre de mundo. Pero, nada de lo previsto sucede como se ha pensado, y el anfitrión se ve en figurillas. Desde el primer instante, los dos quedan helados, y, sin dirigirse la palabra ni hablar con nadie durante el transcurso de toda la cena, frente a

frente, mudos y hoscos, están como dos mascarillas de yeso, mientras Garzón, haciendo derroche de espiritualidad, conversa animadamente con el cuarto invitado; es decir, con el que tal vez ha sido llevado allí para oír.

Ni Reyles ni Rubén Darío se preocupan por parecer agradables, ni se preocuparon nunca. De una ojeada se han apreciado, comprendiendo que no tienen por qué comprenderse. Sin embargo, algo debía haberlos acercado: sus triunfos y sus libertades; pero unos y otras son de índoles opuestas, como lo son sus modos de crear, y ¿qué puede hacer contra esto, la buena voluntad del amigo común?

\*  
\* \*

Pronto da a los plomos una nueva obra, en cuyo prólogo, que por error no aparece con el libro, anuncia el plan que se ha trazado. Se trata de «La muerte del cisne», libro de páginas «antilíricas y contrasentimentales», en el que sostiene, no una filosofía estructurada y lanzada para hacer escuela, sino sus teorías originales, sinceras y profundas, pero mucho más sinceras que profundas, y sobre todo, originales, porque como él lo dice, se presenta como «un danzarín que baila fuera de la rueda».

Reyles dice allí lo que pocos se animan a decir, y aclara su situación explicando: «Hay quien oculta o disfraza sentimientos verdaderos para parecer más hermoso y cautivar a la hidra de mil cabezas»; «hay quien lleva en el alma la llaga roja del desencantado saber que «afea», con el mismo orgullo que los elegantes una rosa escarlata en el ojal...» y agrega que naturalmente es esa la actitud que prefiere. «Esta actitud, aunque pueril, paréceme más honesta; es la de don Juan en la barca de Carón». Pero, añade: «Librenme los hados del pretencioso intento y la vana tarea de hablar como filósofo o como maestro», por lo cual no es raro entonces que no dé al libro el tono más severo y profundo de los libros filosóficos que quieren ser definitivos. Pero, cree que asimismo de sus excursiones trae, «en su *kodac* de viajero», algunas vistas, porque «sin la indumentaria de los profesionales — como dice — y por un atajo desconocido, ha llegado a las alturas en el preciso y fugaz momento en que un sol radioso permitía ver ciertos picos ocultos siempre entre las brumas frías...» Con todo, no se hace ilusiones sobre la impresión que esas teorías y verdades van a hacer en el lector, por lo que se dirige a él en estos términos: «Sé, lector hermano, que tu idealismo carnavalesco va a apostrofarme con el insulto de ateo y materialista, mas advierte que hablamos en

la plaza pública y no en el teatro, y que a la luz del día las coronas de papel y los jardines pintados no producen su bello efecto». Y luego: «Eres un hombre o una sombra? Un ser viviente que oye las voces de la conciencia profunda o un monigote metafísico? Óyeme, si enciende en tu sangre el amor donjuanesco del peligro y la aventura que en sus ventradas naos trajeron a América los soberbios capitanes y sombríos sacerdotes españoles; óyeme, quizá no sea tiempo perdido. Pero si prefieres la cruz a la espada, el gesto al acto, la idea al hecho y las apariencias a las realidades, vete, no tengo para ti y los de tu ralea más que una palabra: adiós».

\*  
\* \*

Rey de Castro, al estudiar a Reyles, recuerda una frase de Gener y dice que su estilo se elabora por dentro, porque sus ideas y sus sentimientos son los que le dan nervio y valor. Habría que decir que es en esta obra cuando la observación resulta más justa, porque aquí hay correspondencia absoluta entre la idea dura y la frase diamantina y como cincelada en una sola pieza, pues el sentimiento claro, definido y sin atenuaciones, que huye de las debilidades, persiste en la palabra de una sonoridad metálica, que no se ablanda con adjetivos, vibrando en páginas que no pierden su contenido en delicadas estilizaciones.

Sus novelas habían sido esbozos de esta convicción que presenta ahora como teoría filosófica y exalta la fuerza, como don del más apto; el egoísmo, como centralización de la personalidad; y elogia a la riqueza, que hace de corolario de la acción y del esfuerzo. Así pues, el libro es él mismo.

Y, existe, acéptese o no, el idealismo de ese materialismo, que trueca de una manera imprevista, el Mal en Bien; que sublima el concepto del deber, de la energía y del rendimiento —que ha de exigirse a la humanidad—; de la acción que no debe eludirse; y de la vida, con la cual, cada uno contrae al nacer la sagrada obligación de vivirla.

Reemplaza a los castillos de borrosas ilusiones que se levantan en el fondo de la conciencia, por ideales prácticos, pero ideales al fin; y, si no hay allí pensamientos que embriaguen de dicha, ni ideas que calmen la humana sed de conocimiento, hay conceptos que incitan a pensar y hacen encontrar en el bloque de la fuerza, una vía segura de superación. Y no quiere —como se ha creído adivinar— el derrumbe del espíritu, aun cuando busque el triunfo de la voluntad; pero sí, de ésta, sobre el intelectualismo presuntuoso, apartado de las realidades, inaplicable e inútil; y no de la inteligencia utilitaria. La

inteligencia apoyada por la voluntad; he ahí la ideología nueva, y esto significa el triunfo de la capacidad realizadora y de la facultad de ejecutar, pero también de la facultad y capacidad de pensar y crear.

¿Cabe un ideal puro, en la estructura de esta filosofía, a cambio de la victoria?, pregunta. ¿Se pueden aunar los propósitos elevados, pero materiales, con la belleza, la gracia, la serenidad y el idealismo? Él cree que sí. Y con ese ideal nuevo, sostiene teorías que dejan atónito al lector acostumbrado a los viejos moldes de la ilusión, pero, sin restar belleza ni moral al libro, aunque no se encuentren en él ni la belleza ni la moral fáciles, sino otras, que ha de apreciar quien pase las ideas por los filtros del análisis.

Se ha criticado la marcada influencia de Nietzsche que hay en la obra, y que es evidentísima; pero, conviene establecer que Reyles no se ha transformado por seguir al filósofo, sino que por seguirse a sí mismo es que puede estar de acuerdo con aquél, y que esa filosofía, viene ahora a martillar sobre conceptos que ya ha vivido. Además, siempre es difícil separar la innata convicción de la idea inyectada y que luego florece como propia entre singulares y personalísimos pensamientos. Por eso, la palabra «discípulo» ha de emplearse con cuidado. ¿Hasta dónde Reyles es realmente un discípulo de Nietzsche? ¿Coincide, o lo sigue? Lo que llamamos influencia, si así fuera, ¿no sería lo que habría contribuido a delinear su primera modalidad, de la que las doctrinas actuales vendrían a ser ya consecuencias? Desde luego, se hace notar que lo cita con exagerada frecuencia, y esto es razón para creer que lo admira, pero también para pensar que no ve en sus citas sino una manera de apoyar lo que piensa, y, que tiene por absolutamente suyo. Y, ¿cómo imaginar que un hombre orgulloso como Reyles, va a dar tan ingenuamente la clave de su pensamiento, y pensar que mostrara las fuentes de sus teorías, para probar que nada de lo que dice es original? Y precisamente, lo que da más jerarquía a la obra de Reyles es su originalidad, esa cosa propia que tiene y, que sería injusto desconocer. Así, si cita a Nietzsche, es porque sabe que hacerlo no es empequeñecerse ni restar méritos a su libro; y porque él, que no puede seguir a nadie, ni aun a los que admira, ha de creer que hay razones para comparar uno a otro; ya que si así no fuera, ésta sería la más inexplicable de sus rarezas, y por la cual Reyles dejaría de ser Reyles.

¿Cabría pensar que si no escribiera sin miedo, y sin sospechar lo que se sospecha, empezara su primer capítulo con una idea del filósofo? «El vasto y heterogéneo panorama espiritual del mundo en las postrimerías del siglo XIX y rojos albores del presente, brinda al observador de los tiempos que corren un espectáculo magnífico y

emocionante. Turban el ánimo y pasman el espíritu las perspectivas morales, dejadas por herencia a las generaciones vivas por las generaciones muertas. Entre mil tribulaciones, el curioso se pregunta, si está a punto de convertirse en realidad palpitante la trasmutación de valores anunciada por el terrible profesor de la Universidad de Basilea, y si la Fuerza, como principio de la moral y medida de todas las cosas, no amenaza de muerte, a pesar de la Conferencia de La Haya y del humanitarismo, las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien, Mal, irguiéndose en medio de ellas, como un león vivo y rugiente, sobre las ruinas de una acrópolis poblada sólo de ídolos rotos, mutilados dioses y espectros terríficos en las sombras medrosas, más irrisorios a la honrada luz del sol».

Entra pues en la obra, como a la vera de Nietzsche, a su sombra. Pero ninguna significación puede tener para su espíritu fosco y depreciativo. El avanza solo. Sin desviarse, admite que alguien siga su mismo camino; y probablemente, eso es todo. Su lealtad no le permitiría dejar de seguir lo que le impone su conciencia. Pues, ¿no vendría a probar esa extraña conducta, tan malignamente sospechada, la falsedad de toda su vida, de su pensamiento tan libre y de su espontaneidad valiente y bravía? Y, ¿cómo creer que va a aceptar una servidumbre, él, el soberbio!

\*  
\* \*

En la obra, Reyles define su posición ideológica, y naturalmente la sostiene. Pero para ello estudia un punto de vista general, que acusa o destruye, según se aproxima o aleja del suyo. El hombre y él están frente a los problemas metafísicos y religiosos, frente a los problemas sociales y económicos, y de cultura y razas. Es como un alegato de su posición, y defiende con más bríos y razones lo que siempre proclamara en los dialogados de sus libros, y en conferencias o discursos.

La hora —piensa—, no es ya la de las cómodas y agradables ilusiones que entretenían a los siglos anteriores. No existe para los hombres actuales, el fácil escape de convicciones nobles o superiores que compensan los males, aunque dice: hace falta una acendrada resignación filosófica» para poder sonreír al desencanto y a la amarga verdad. Y, agrega que, ésta es a veces sólo superstición estéril, a pesar de lo cual sospecha que para la humanidad, las grandes ilusiones son siempre fecundas, por lo cual aunque se hallen despojadas de sus virtudes específicas, se sigue creyendo en ellas hasta después de muertas. Pero, habría que saber, añade, si éstas no han perdido ya su mágico po-

der, y si la transfiguración de los hechos reales por la óptica de los moralistas, es todavía conveniente para la delicada salud del mundo. Y con espíritu analítico llega a conclusiones desencantadas sobre las verdades vidriosas y convencionales que la conciencia construye para soportar el peso de los enigmas. Y se atiene a la lógica, que nunca es lo ideal, pero al que da su ideal y encierra o limita en el triunfo de la voluntad y la vida. Reyles no se apoya en los credos religiosos, ni sueña con los idealistas. Y, aunque no posee, sino una relativa verdad, una verdad impura, como todas y acaso más impura aún, piensa que esa verdad pobre es la del hombre fuerte: una verdad actual, solamente actual y sin ilusiones. Escribe pues su obra parapetado en esa posición pasajera y en una fuerza y una moral provisorias; pero buscando, como en un juego de pensamientos, el supremo equilibrio.

«La agonía de lo divino aparece a las inteligencias libres de prejuicios hereditarios y de atavismos religiosos, como un hecho triste, pero incontestable, que se descubre en todos los horizontes y que las ansias subjetivistas del hombre no aciertan a disfrazar con un nuevo espejismo celeste, quizá —dice— por que este nuevo espejismo no es ya necesario a la Vida». Así piensa; y reemplaza y cree que se reemplazan las religiones sostenedoras de la idea de lo divino, por la religión de la Vida, despojada de ilusiones y alimentada sólo con realidades. Para él, «la razón física», como una razón de la vida misma, conquista su puesto en el mundo de donde desplaza a «la razón mística». Lo oscuro desaparece en la mente de hombres que se han desinteresado de las cosas indefinidas y vagas, y no admiten ya «el misterio de que se nutren las religiones», dice, y agrega que «la evolución del sentimiento religioso no deja lugar a dudas sobre el humilde origen y destino mortal de los dioses», y que «la razón divina, perseguida y estrechada por la explicación materialista del universo, vió destruir, como la ciencia hermética y la filosofía escolástica, sus misterios, dogmas y entidades, y ha ido perdiendo terreno hasta encerrarse en el ruinoso y lóbrego castillo de las causas primeras y de lo incognoscible».

«Dios se hace utilitario», es una de las más arriesgadas conclusiones que saca del caos del mundo moderno. Y cree que esto significa la humanización de las religiones, y que a eso lleva, aunque no sería la humanización, sino la muerte misma de las religiones, ya que no se trataría de humanizar reglas, sino principios, que perderían así su esencia y serían desviados de lo divino. Y se aprovecharía entonces el concepto religioso no para inculcar ideas de un orden religioso, sino morales, y de una moral práctica, como dice. «La utilidad práctica es la virtud característica de las modernas experiencias religiosas», afirma. «Pragmatismo y utilitarismo se dan la mano: la verdad es lo

útil». Y entra así en el campo conocido de sus convicciones tantas veces y de tantos modos proclamadas; sólo que, ahora habla apoyándose en los yanquis, que según él y, como él desea, «buscan un Dios del que puedan servirse», añadiendo que las flamantes disciplinas no forman santos ni profetas, ni menos virtudes desinteresadas, contemplativas, caballerescas, amorosas del renunciamiento, como las viejas y sublimes virtudes de Buda y Cristo, y que los nuevos pastores se llaman Franklin, Emerson, Pierce, James o Haper. Sus credos —exclama lleno de entusiasmo— y como sus credos, los dogmas del nuevo culto, sostienen la vida intensa. Y para él, también, los santos laicos son: Wáshington, Edison, Roosevelt, Carnegie, Booker Wáshington; el rey del petróleo y del acero y el Napoleón de los ferrocarriles —que tenía por inmorales, según dice— las tareas improductivas, sosteniendo que a la nobleza desinteresada reemplazan hombres robustos y esforzados, inteligentes, voluntariosos y heroicos.

¿No es esta religión de la Vida, la que tantas veces sostuviera y practicara? Reyless espera todo de la voluntad y sólo tiene fe en los hombres fuertes, intelectualmente fuertes. Sólo ellos pueden ser sus dioses. Ninguno de los viejos valores subsiste, ni acaso para él han existido nunca. La fuerza es la razón divina, la secreta y superior razón, que agita, mueve y diferencia a los hombres. Y, ¿qué otra virtud, sino la del trabajo, puede pedírsele? ¿Qué religión puede tener que no sea la de la lucha, que él entiende como la religión de la vida? «Por otra parte, la impasible majestad de la Naturaleza, indiferente a la moral humana, extraña, cuando no antagónica, a las necesidades subjetivas del hombre, y ajena a toda finalidad racionalista, confirma rotunda y cruelmente las desencantadas suposiciones que sugiere la evolución filosófica»; «las reglas y evaluaciones morales, dictadas siempre por razones de utilidad, son impuras —dice—, deleznales, perecederas»; y agrega: «no existe una moral única, sino mil morales, igualmente verdaderas en un momento determinado e igualmente falsas después de él». Y esto es lo que siempre ha pensado, pudiéndose afirmar que es en él convicción innata, desde que ni siquiera ha tenido que desanillar principios, ni sobre él ha pesado el lastre de convencionalismos heredados, habiendo podido mantenerse enteramente libre en materia moral como de religión, y proclamar audaz y victoriosamente mil morales. Puede decir así que el derecho y la justicia teóricos, «a pesar de las transfiguraciones que les hacen sufrir los taumaturgos de las verdades eternas, no pasan de ser entidades sin contenido alguno, fórmulas vacías, cosas grotescas, y aun cosas de una grande inmoralidad, si no llevan en las estériles entrañas los gérmenes del acto, los embriones del hecho, o lo que es idéntico: la potencia

de convertirse en realidades». La idea noble y bella, si es irrealizable, carece para Reyless de sentido; y por lo tanto de belleza y nobleza. «La pequeña justicia de los hombres le parece sarcástica, al ser desmentida por la grande justicia de la fatalidad que impera en todo el universo, y, ante esa evidencia, considera que hay que razonar y aceptar la conclusión de que los injustos triunfos, los irritantes resultados, han de parecerse tales, porque los aislamos y no comprendemos que «un phénomène actuel ce sont plusieurs passés que luttent». «No sería ilógico admitir, agrega, que, generalmente, lo que se llama injusticia es el resultado de muchas virtudes anteriores, y que lo que inspira nuestra ilusa piedad, el fatal término de una serie infinita de incapacidades, impotencias y pretéritos pecados». Tiene pues una grave manera de comprender las cosas; pero sobre todo, una manera moral. Porque es moral encararlas así, y creer que la injusticia es una forma de justicia.

\*  
\* \*

«Ser: he ahí la virtud suprema. Lo que es, aun bajo las réprobas apariencias de la iniquidad, no puede menos de ser trascendentalmente justo, porque el hecho de existir, demuestra su acuerdo íntimo y perfecto con las leyes universales». ¿Es esto inmoral? Su acento es más bien acento tranquilizador, justo, y si es cierto que no lleva a las grandes ilusiones, ilumina el camino de los deberes. El misterio de la vida y las realidades morales y materiales, han de considerarse «hechos de fuerza», y la fuerza toma para él un sentido de vida, y como de derecho humano. Cree que el equilibrio de la fuerzas es lucha, que «ser es luchar; vivir es vencer», y que el carácter belicoso y aun la crueldad no son sino lazos de parentesco que unen estrechamente los fenómenos físicos, vitales y morales. «Los instintos, sentimientos e ideas luchan también —agrega— por el espacio y la dominación». «La razón es esencialmente guerrera y dominadora», afirma, agregando: «Una modesta, una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrinchera allí, congrega muy luego en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas: así dilata sus zonas de influencia a los centros nerviosos; conquista después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de todo lo que se opone a su marcha triunfante, y sale por fin, en son de guerra,

audaz y avasalladora al mundo exterior para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos». Y que, «al modo de la idea, instintos, pasiones y sentimientos nacen o mueren, crecen o menguan, dominan o caen en esclavitud gracias a las mil formas de selección que reviste el juego universal de la fuerza». Por eso pregunta, ¿qué son las intenciones en el arte sin la virtud, el don y la gracia? ¿Qué la grandeza moral sin las severas disciplinas; qué la inteligencia, sin las tiranías del orden y del método? «El estro poético y la nobleza del carácter, el prestigio del héroe y la virtud de la idea no tienen, mal que pese a nuestras magníficas ilusiones, otra genealogía que la de los hechos cesáreos. Ideas y sentimientos parecen no ser, aunque nos asombre y acongoje, cosas específicas distintas de la energía creadora, sino modalidades supremas de ella; cristalizaciones perfectas del espíritu, semejantes a las cristalizaciones regulares del reino inorgánico, a las que tiende la fuerza madre impulsada, sin duda, por extraña y fatal inclinación».

«La inteligencia divina» es para Reyless un símbolo de la ignorancia y del azoramiento humanos que llevó a la creación de un mundo quimérico. «No existe otra Inteligencia que la inteligencia de la materia, ni otra Razón que la razón física, ni más Armonía que los pasajeros equilibrios de una eterna lucha», dice. «Nada escapa a la tremenda ley que ordena imperiosamente a todas las cosas reñir y asesinar»; todo es fruto del crimen y del robo, cuanto nace y se forma en el tiempo y el espacio, y sólo ve «la opresión de la fuerza dominante sobre la fuerza vencida». «La fuerza es sólo real, y su ejercicio la causa primera de lo existente y la condición necesaria de la vida». Como ha podido advertirse no son las suyas ni ideas ordinarias ni caprichosas, responden a un pensamiento fuerte, que defiende a la fuerza triunfante y a la vida triunfante que se trasmite como una herencia sagrada y eterna...

\*  
\* \*

Fuerza y principio generador del universo son para él una misma cosa y ante ese principio o fuerza se inclina. Se inclina como «los hombres nacidos para dominar, tenaces e indómitos en los cuerpos a cuerpo con el Destino», que son —dice— más obedientes para acatar las leyes de la Naturaleza, la Vida y la Fuerza. Desentrañando hechos de la historia y la vida, hace pues su filosofía, en la que sostiene «el amor instintivo e irresistible del alma por todo lo que triunfa, domina y prevalece». «El prestigio de los héroes, grandes capitanes, profetas

dulces y ceñudos, y hasta de los dioses, nace de que unos y otros, aunque de distintas maneras y en diferentes grados, aparecen revestidos a los ojos de las multitudes con los atributos marciales de la Fuerza, que son los de la Divinidad».

«El derecho y la fuerza son idénticos, —dice colocándose siempre del lado del fuerte y de la fuerza, más que de la justicia— la realidad es la verdad, agrega, *la cosa fuerte es la cosa justa*. Considera a la fuerza una cosa divina, o lo que reemplaza a lo divino; «la fuerza sería Dios y Dios un hombre y una hechura de la Fuerza». Por eso, cree que «los mandatos de Dios, aun los más crueles» son «conservadores de la Vida y al modo del instinto vital, servidores humildes de ellas; y que «lo divino se ofrece así a los ojos atónitos como un *substratum* de las leyes de la materia». Sostiene la razón física y cree en la moral de esa razón, ya que los instintos y las pasiones, corresponden para él a la moral de la naturaleza.

Reyless no tiene sino un culto, el de la Vida, que se vuelve de la Fuerza. De ahí que la victoria del más fuerte, no pueda ser para él nunca ignominiosa, sino justa y saludable, por ser el triunfo de lo más vital, que reemplaza a lo divino. Por eso piensa que si la conciencia admite sus razones, la ética enriquecida por las nociones de lo real, dará principio al reino de lo «divino natural», estableciéndose una justa graduación de valores, gracias a la cual las nobles aspiraciones no serían ya las que deprimen y amenguan la voluntad de ser.

Y en ese tono prolonga sus disertaciones, estudiando el aspecto social y la faz económica de su filosofía, que destruye lo que a su paso se opone. Y termina sosteniendo, con verdadero convencimiento, que la lucha económica transporta por artes mágicas al seno de las sociedades las condiciones ambientes del medio natural, satisfaciendo los instintos más *profundos* y *sanos* de la especie, que acabarán por disipar el error, ya que cree que hasta los peor dispuestos comprenderán con Emerson que «la riqueza moral», que «es la ocupación de todos», como afirma Gladstone, y que «el comercio gobierna al mundo», como dice Carnegie.

\*  
\* \*

La teoría de Reyless es cruel y dura en muchas de sus partes; demasiado dura y cruel y, es la que corresponde a su temperamento y mejor representa su modalidad, porque está además reforzada por el deseo de ser así, y de parecerlo. Y este deseo, también forma parte de su modalidad, porque, lo hace ser en cierto modo, lo que quiere

o se imagina ser. De ahí que el libro, como tantos de esos actos suyos, sea, y tenga que ser forzosamente, una exhibición deslumbradora y aterradora a momentos, de un yo simbólico.

Y, esto es lo que ha de pensarse, cuando se le ve entonar un himno a la fuerza, tan vibrante, tan avasallador, tan unilateral. Alaba lo que posee y lo que quiere creer que posee. En su fuero íntimo él, es el prototipo del hombre invencible. No se doblega, no se entenece; ama al que no se apiada ni sabe de debilidades, ni transa, ni capitula, desde luego. Es, o se ha construido así, se ha esculpido por fuera y por dentro, se ha hecho una apariencia y una conciencia. Ha empleado su voluntad en ser así, en no desfallecer, en no apartarse del camino trazado, y ha materializado su pensamiento que, no es sino la fuerza interna ordenada. También ha materializado su idea. Hay un entrelazado perfecto y armónico entre lo que cree y, lo que quiere creer. Sus teorías responden a todo lo que ha sostenido, a todo lo que ha sido y es. Orgullo, ansias de dominación, energía, son las virtudes y defectos que lo han acompañado siempre. ¿Qué no todo es innato? Podría ser. El amor hacia lo que triunfa, a pesar de ser tan auténticamente suyo, puede estar además apoyado en el pragmatismo de James y en la filosofía de Nietzsche; y, también, en las teorías de su padre, que al fin fué su primer maestro de energía. Pero aun así, no puede negarse que era terreno preparado para que fructificaran esas ideas, que hallaron el temperamento adecuado, y, que su culto por los dones de la voluntad, han sido por él recibidos con anterioridad a la cultura y aun a la educación, porque formaba parte de su herencia ancestral.

\*  
\* \*

A «La Ideología de la Fuerza» sucede «La Metafísica del Oro», segunda y principal parte de «La Muerte del Cisne», y que es canto de alabanza al dinero.

Las páginas comienzan recogiendo una frase de Saint-Victor, que dice: «Si la economía política tuviera sus poetas, éstos podrían cantar el largo y duro martirio que ha sufrido el Dinero antes de llegar a la dominación de la tierra». ¿No da la cita, la pauta de su entusiasmo? Y Reyles es quien se convierte en el poeta del Oro. Relata su historia y sus aventuras a través del tiempo, su marcha dramática, y cómo se presenta la idea de la moneda después de las épocas oscuras de los primeros cambios comerciales, para llegar al fin, a la actualidad triunfante.

«Las maldiciones divinas y los anatemas humanos llovieron sobre él»; pero cree que en el fondo, «los sacerdotes y ascetas ocupados de la gran falsificación idealista, no se equivocaban», porque, como dice, «navegantes osados, astutos mercaderes, usureros voraces poseían los secretos del lucro y de la dominación y tendían, como los grandes capitanes por medio de las armas o los sofistas por medio del discurso, a acaparar y oprimir». «Eran como los fermentos del mal en la levadura del pan eucarístico», agregando, «depositarios vulgares de la fuerza interior», que ahora, dice, se llamaría energía. Por ellos penetraron en las colmenas humanas las sustancias explosivas de las revoluciones sociales, las ambiciones de gozo, lujo y dominación, que se tuvieron por corruptoras, pero que el mundo moderno —según piensa— se inclina a considerar «actividades productoras», «elementos generadores del progreso», porque «espolean las energías y son venero de producción, de riquezas y renovaciones saludables». Y recalca que Pluto, el dios revolucionario, como le llama, es «el vencedor, cubierto de sangre y que arrastra su cortejo triunfal, un rebaño de vencidos y esclavos, encadenados a su carro de guerra»; que a su llegada mil cataclismos se producen: destruye las viejas jerarquías, liberta a los esclavos, ennoblece a los plebeyos, envilece a los nobles, despierta al mundo a actividades desconocidas, y los hombres se hacen a nuevas costumbres y tienen otra mentalidad.

Y así, repasando todo, estudia los males inevitables que trae consigo la aparición del dinero, y sus ventajas, ya que para él encierra también «la moral del esfuerzo triunfante y creador». «Nadie barrunta las fuerzas maravillosas que duermen en el corazón del dios ciego como Eros», exclama. ¿Es esto un simple estudio, o un himno? «La riqueza, aunque por modos invisibles, a veces fué y sigue siendo la musa del mundo», dice lleno de pasión. Pues Reyles, que nunca, o casi nunca siente como poeta, tiene una finísima sensibilidad de poeta cuando se trata de comprender el dinero... que él considera un norte, una meta para la voluntad. Y «la cosa maldita, la cosa vil: la Riqueza, es acumulación y conservación de voluntad». «Él sólo sabe, quiere y puede». ¿Quién? El dinero; se refiere siempre al dinero. «Todas las potencias servidoras de la voluntad de vivir residen en el Oro, ya que, por vías caóticas, por misteriosos medios, por extrañas condensaciones, la inteligencia, las virtudes, los deseos, los egoísmos, las quintas esencias de lo humano, han ido a refugiarse y extractarse en las duras y áureas entrañas de la moneda». «Es el habitáculo misterioso de la voluntad de dominación de los hombres y los pueblos». «¡Vida y Oro se reproducen y se heredan!» Compara sus herencias y, sostiene que la herencia económica es como una prolongación de la

herencia fisiológica; «el dinero participa de la inmortalidad del plasma germinativo; el deseo eterno y la imperecedera esperanza se reproducen y heredan por medio de él». Su amor al dinero cobra así un carácter nuevo y, toma, además de esas cualidades específicas que le dan ese valor moral que él sostiene, virtudes que se afirman hasta más allá de la vida.

Sus términos son siempre análogos, el oro es: «grano de sal divina que enardece la voluntad y da el gusto de la aventura y conquista»; acción estimulante sobre las conciencias; «con mil alicientes y encantados espejismos, él crea y premia las aptitudes que la vida moderna reclama y sin las cuales perecerían las sociedades»; «es una gimnasia para los músculos... una disciplina moral... purifica y enseña a vencer». Y cree que el mundo está ya en vísperas de convencerse de lo dicho, y convencerse de que el egoísmo sano, es más provechoso para la economía social que el enfermizo desinterés, y que, «mientras que en el pomo de un sable o en una moneda de cinco francos hay inteligencia siempre, podría decirse que en el desinterés no hay nada, o sólo hay vanidad, cuando no mentira!» Y, no se contradice al decirlo; sus palabras de hoy son sus palabras de siempre y, prueban una gran consecuencia consigo. Puede seguir por lo tanto, pensando con Guyau, que es el lujo de la fuerza el que lleva al deber, al olvido de sí mismo, y al sacrificio por los otros; y que el utilitarismo permite las más bellas floraciones de la inteligencia y la energía, y lleva a la superioridad no sólo económica, sino moral, e intelectual.

\*  
\* \*

Esta segunda parte, que es defensa y ensalzamiento del oro, es tan osada como característica suya. Expresa ahí sus teorías más interesantes y revolucionarias. Pero, asimismo, las va a atenuar más tarde en otras obras, aunque en este momento sostenga vigorosamente lo que nadie se hubiera animado a sostener. Y lo hace, porque su posición lo invita a enfocar la vida desde un ángulo que no es el de todos, y halla valores distintos, abarcando puntos de vista que, pueden no ser justos, pero que tienen un indiscutible interés, y que él sabe hacer interesantes. No ve lo que todos ven, como los otros no ven lo que él ve; el oro, que lo deslumbra y lo hace permanecer como del otro lado de las candilejas, es el abismo que lo separa de los hombres, y que le ofrece triunfos y placeres muelles, y luego las dos actitudes que ama: la que exige, su conquista y su derroche.

\*  
\* \*

En la tercera parte de la obra —que es la menos importante— «La flor latina», sostiene lo mismo, desde otro punto de vista; y poniendo siempre en pugna el espíritu latino y el anglo-sajón. Uno representa la cultura idealista; el otro la verdad y el sentido realizador, batallador, práctico y fuerte. Y presenta a los dos pueblos como perteneciendo a los dos sexos: femenino y masculino. Francia, gobernada por las mujeres, haciendo una política de salón, considerando sus más graves problemas de una manera frívola; pueblo exquisitamente sutil, que ambiciona esplendores amables y brillantes; país sensual, de placeres, de elegancias, que simboliza todos los refinamientos. París, es presentada como la metrópoli de las perspectivas armoniosas y el sibirismo mental. Dice que allí no sólo es voluptuoso el corazón sino también el cerebro. Habla de los «*boulevards* magníficos, hirvientes y sonoros de afiebrada muchedumbre, y de las calles modestas en que anticuarios exponen sus costosas baratijas; de los inmensos museos, verdaderos panteones de las civilizaciones fenecidas, y de las iglesias viejas y milagrosas como reliquias de edades santas; de las mil exposiciones de arte, que avivan el deseo de la riqueza y los gustos costosos, y de los bosques encantados, que repiten gozosamente las escenas de Watteau; de las canciones, de los teatros, de las fiestas, como de los gestos rítmicos de las damas arrebuajadas en cibelinas de cien mil francos, o del tocado simple y encantador de las modistillas, que muestran al atravesar el arroyo las piernas más picantes e *inteligentes* del mundo, y dice que de todo trasciende, al modo que el incienso del vaso sagrado, el culto de la forma, el sentimiento de las proporciones, el placer de pensar, la pasión de vivir voluptuosamente». Y añade: «En todas partes se aprende a sentir y amar la vida bella y risueña». Para él «los escaparatés dan lecciones de buen gusto, ni más ni menos que las perspectivas majestuosas de los Campos Elíseos, o las maravillas en piedra labrada como los ébanos y los marfiles, o los parques deliciosos, poblados de amorcillos traviesos y ninfas desnudas», agregando: «Las mujeres que pasan son como cuadros firmados por La Gándara y Boldini. En un coche va el amor. El placer se respira. Mas de vez en cuando, una impresión fuerte, una mole gloriosa: el Arco de Triunfo, la columna Vendôme, dan el escalofrío heroico de la Revolución o de las águilas imperiales, y hacen pensar que los galos tomaron siempre a pechos el ser valientes y el desdeñar la vida, y que desde muy antiguo supieron «caer, sonreír y morir».

Reyles afirma que cuando Emerson dijo que «el mundo era una

precipitación del espíritu», debió pensar en Francia. Ningún pueblo logró como éste «acordar las inexorables leyes del universo a los deseos caprichosos del corazón». «¡Quién puede resistir a la sugestión de sus ideólogos, al encanto de sus poetas, al prestigio y magia de sus artistas! Las ideas francesas, aun las frívolas, nos seducen por su coquetería y travesura, como esas *petites femmes blondes* vestidas por Paquin. Son ideas apasionadas y cariciosas, que amamos cuasi carnalmente y con todas las debilidades de los corazones amorosos»; allí «se deplora no haber permanecido fieles a los ideales de las damas que han ejercido en la sociedad entera la misma suave influencia que ejercieron en Francia las preciosas del Hotel Rambouillet. Ellas se obstinan en la amable compañía del arte, de la literatura y del amor, y contra el imperialismo teórico y práctico de todas las clases, en desarrollar como antaño, casi exclusivamente, el espíritu y la emotividad». De ahí —como dice— que hayan convertido a Francia en «un pueblo de razonadores y artistas; de frascadores y voluptuosos», mezcla de inteligencia y sensibilidad.

Y halla que las mujeres, prodigando las gracias, inflaman también el coraje, los apetitos, las justas, los torneos, las cortes de amor; «los trovadores dicen cosas tiernas y sutiles. Así se amansa la braveza de los instintos, ablandan los caracteres duros y rijosos y elaboran los sentimientos delicados». La sociabilidad francesa es obra casi exclusiva de la mujer: tiene sus bellas maneras, sus elegancias sentimentales. Las mujeres han transformado el trato en don de gentes, la conversación en arte, la fría urbanidad en graciosa «politesse» y el talento en «sprit». Y dice cómo en muchos momentos, cada salón ha sido un ardiente foco de ideas subversivas; y, nacen allí «las modas sentimentales que, andando el tiempo, hacen estallar las revoluciones», por lo cual «la frase de Michelet: *«La mujer es la fatalidad»*, no es una mera frase en la apasionada historia de Francia».

Sin embargo, cree Reyles que su influencia más honda no es la visible sino la íntima; «la que afemina el sentimiento rudo de los hombres por medio de las gracias» con las que inspiran y orientan. «Para los artistas, son musas, Mecenas y público, y el público que éstos quieren, emotivo, que prefiere sentir a pensar, el ensueño a la acción, el arte a la vida», por lo que dice que el poeta es su hermano, su obra. «Este consorcio de lo femenino y el arte, induce a pensar obstinadamente en las afinidades del artista y de la mujer», de esas criaturas a las que llaman débiles. «La influencia femenina y la influencia literaria se confunden, compenetran y asocian para introducir sutilmente en la formación del alma francesa, la literatura por medio de lo femenino y lo femenino por medio de la literatura». Y esta unión

aumenta —según piensa— la cultura, refina la sensibilidad y desarrolla la facultad de comprender, «la facultad de sentir sin esfuerzo, comprender en un abrir y cerrar de ojos», y expresarse fácil y graciosamente. Así, «lo que parece pura frivolidad es asunto gravísimo».

Reyles ha vivido en ese ambiente cargado de exquisitez, de delicadezas, en el que reina lo sutil; ambiente de «naderías», y cree que el exceso de cultura literaria y de influencia femenina, conduce a la sensibilidad romántica y a un irrealismo, ya ingenuo, ya docto y terrible. «En dosis exageradas la literatura y lo femenino intoxican», dice. «El lirismo social tiene sus quiebras» y sostiene que no puede sustituir con el ensueño, a la realidad.

El pecado y el crimen de Francia, dice en alguna parte de su libro, es el de no ser bastante egoísta... La consecuencia lamentable de tantas imaginaciones y ensueños es el crónico desequilibrio del organismo nacional y la ineptitud para las cosas prácticas... Y eso «la coloca en permanente inferioridad junto a otros pueblos menos cultivados pero más enérgicos, dice, menos espirituales, pero más duchos en aplicar la inteligencia a la vida; menos sensibles y ebrios de virtud, pero en el fondo más sociables y virtuosos». No hay que confundir la inteligencia con el *esprit*, ni la realidad con la literatura, ni las virtudes sociales con la sensibilidad lírica. «Buena es la cultura cuando fortifica la inteligencia y no relaja las energías productoras... cuando acrisola la aptitud estética sin menoscabo de la virilidad, cuando acuerda en lo que cabe, la conciencia con lo sub-consciente, la física del alma y la física del cuerpo».

En este último capítulo —menos trascendente que los anteriores— aunque perteneciente a un mismo orden, deja adivinar, sin embargo, a modo de contradicción no confesada, su amor a lo latino, que él ataca, pero luego de haber expuesto vehementemente. Hay en esta parte, como un íntimo estado de espíritu, opuesto a su pensamiento y a sus conclusiones, por lo que se piensa que defiende lo que cree que debe defender, sin poder dejar de mostrarse sensible a lo que ataca. ¿Por qué da preferencia siempre así a una sola de sus maneras de ser? ¿Imagina que se resiente su personalidad si no viste la armadura de los gladiadores? ¿Ha heredado el pudor de la sensibilidad? Esto no podrá saberse; pero asimismo se observa como una transfloración íntima, callada, inconfesada, acaso, tratada de ocultar. Las palabras son recias casi siempre y sostienen un pensamiento duro, y que hace la presentación de la modalidad reylesca, modalidad sensual, interesada, materialista, práctica, donde priman el instinto y las pasiones, pero dejando que contra su deseo, exista asimismo un Reyles distinto, amante de otros aspectos de la vida, artista y sensible.

Luego termina su trabajo sosteniendo que la inversión de los valores morales que indujo al hombre a ser verdugo de su propio interés, posiblemente parecerá absurda a los siglos venideros, como lo van pareciendo hoy, a los espíritus despasionados, la santa doctrina que condena el placer, el deseo, la pasión, la vida y predica el estado de sepultura. Y añade que «el mundo, curado de arrechuchos sentimentales, preferiría por instinto la musculatura y la vida del gladiador combatiendo, a la melancólica belleza del gladiador moribundo».

«Quizá no esté lejano el día en que el sermón de la Montaña y la Plegaria de la Acrópolis, se pronuncien de rodillas a los pies de la Fuerza, diosa terrible que, mejor que Eirene, podría llevar en sus brazos a Pluto dormido. El creyente hablaría así, poniendo sus palabras a diapason de las arpas formidables de Eolo y Neptuno: «Salve ¡oh diosa! impura y fecunda, madre de todas las cosas, euritmia del universo. Tú engendras, ordenas, legislas; tú reinas en el cielo, en el alma del hombre y en el corazón del átomo, y los ritmos de la poesía y la naturaleza cantan unánimes tu gloria inmortal. Los hombres te niegan y te llaman cruel porque no saben que, aún rebelándose, obedecen a tus mandatos; porque no saben que tus condenaciones de muerte son como los frutos que se secan para dejar caer sobre la tierra suspirante las semillas santas de la vida. La razón humana en un momento de insano orgullo, quiso corregir las leyes infalibles y los sapientes designios de tu razón, que es la razón universal. Y todas las cosas salieron de su quicio; la quimera suplantó a la realidad, el mal afligente al bien gozoso, el dolor al placer, la muerte a la vida y, lo que es más estupendo aún, el desinterés estéril y enervante al egoísmo robusto y fecundo. Divina, inspíranos para que seamos con inteligencia, egoístas integrales y materialistas trascendentes». «Mammon resplandecerá de gloria, porque de todos los dioses supervivientes es el único que lleva en la testa olímpica el signo luminoso de la voluntad». . . «La virtud perdida en las nieblas de los países quiméricos hubiese muerto de hambre sin él. Su alma fué como el arca santa en que se salvó del diluvio espiritualista la facultad de querer». . . Los que, insensatos, vilipendian aún al Oro, no escuchan la voz profunda que les dice: «Amadlo religiosamente, en su ser divino, y sed interesados y duros para realizar los deseos secretos de la Vida y servir a los hombres. Ni el arte, ni la poesía, nada aguja las facultades y potencias humanas como él: es el gran excitador. Ni las religiones ni las filosofías le aportan a la humanidad lo que el Príncipe Rubio le brinda con una sonrisa: el poder, la esperanza y la ilusión; es el Salvador!»

\*  
\* \*

El libro aparece en París, y, casi en seguida, Reyles es reclamado urgentemente por sus intereses en Sud América. Se le comunica que el Jockey Club Argentino, volviendo sobre sus pasos, ha puesto de nuevo en vigencia aquella resolución que tanto afectara sus negocios. Pero las disposiciones son en este momento más severas y no pueden resolverse, como la vez anterior, en forma provisoria, llevando un ligero plantel de animales. Debe comprar un campo y hacer instalaciones en consonancia con un negocio permanente. A tierras de Lobería llevará, pues, sus productos, aun a costa de tener que liquidar —como hará más tarde— su cabaña en Melilla. Y en esto está. Trabaja febrilmente; se divide entre la industria que instala y la que liquida, y va y viene de Buenos Aires a Montevideo, casi sin interrupción.

Su sede es ahora Buenos Aires; allí ha puesto su casa, lujosa y señorial, con muebles de palacio, con piezas de arte de museo. Y frecuenta la sociedad y los círculos intelectuales. Muchas de las amistades tan afectuosas que ha mantenido con escritores e intelectuales argentinos, datan de ese momento. Lugones, entre otros, es su amigo. Lo visita a menudo; generalmente de noche, y sus conversaciones, sostenidas siempre a puertas cerradas, se prolongan casi hasta la madrugada. En el escritorio de Reyles, los dos, frente a frente, conversan, discuten y toman mate.

Pero sus viajes a Europa no se interrumpen, y, ya sea por negocios, o a pesar de los negocios, se embarca y se vuelve a embarcar regularmente. En ocasión de una de esas temporadas de placer o de trabajo, en los breves días que pasa en una villa de aguas, conoce casualmente a uno de los más eminentes escritores franceses. Poseen una misma pasta intelectual, y aunque sus ideas filosóficas los distancian, el psicólogo francés ha sido para Reyles casi un guía, ya que lo ha interesado en el género literario que luego siguiera tan eficientemente. Sin embargo, ahora Reyles va a ser quien lo guíe, siendo su maestro de amor. El eminente maestro, llamémosle así, está preocupado por una aventura amorosa que, a pesar de su prestigio, de su talento y de su encanto personal, ha tomado inesperadamente un cariz desagradable y jocoso. Una bella muchacha, a la que el escritor insinuara palabras tiernas, ofendida por ellas, le dió públicamente una bofetada, ante la que no supo reaccionar «elegantemente», y por lo cual está, o cree estar, en una posición desairada. Y, es en este trance, cuando consulta a Reyles, a quien recién conoce, pero al que sabe experto en estos lances; y éste, con la habilidad de un abogado, encuen-

tra las palabras justas, elegantes, severas e irónicas, a un tiempo, las que, haciendo volver a la bella sobre sus pasos, lo salvan del ridículo, del que huyen hasta quienes están por encima del ridículo. Y entonces reanuda, o más bien inicia, la agradable amistad de verano que se había prometido. Y los viajeros, los excursionistas, el mundo bullicioso y divertido de la playa de moda, captando el idilio, ve como el talentoso y respetadísimo escritor, como un colegial, da a sus vacaciones el sentido de una escapatoria a las reglas. Y la aventura sentimental, tan felizmente encaminada, haciéndole guardar gratitud hacia el nuevo amigo y consideraciones hacia el maestro de la hora, dejan para siempre sellada entre ambos escritores una estrechísima e inalterable amistad.

\*  
\* \*

Está en Monte Carlo, cuando escribe: «Como ayer los bellos presentes del culto del alma y la religión de la belleza, hoy la generosa facultad de crear nuevos mitos, a medida que pierden su fuerza tónica los que existían, le ofrecen a la humanidad otra mentira saludable con el mágico nombre de vida. Es el nuevo ídolo —dice, e insiste—; tiene las manos llenas de promesas, de bienes que van a derramarse sobre el haz de la tierra. ¡La vida! Las doctrinas, las leyes, las religiones mismas apresúranse a servirla, y como antaño al pesebre de Belén de países remotos, vienen los Reyes Magos cargados de presentes para depositarlos a los pies de la flamante deidad... ¡La vida! Niña mimada de los hombres y los dioses. Apolo y Dionisos la coronan de laureles y pámpanos. Palas le da lanza y escudo, sus gracias Afrodita, Hermes las divinas sandalias, Poseidón las perlas del mar, Plutón los tesoros de la tierra, y Demeter pone en sus manos la espiga de oro y Artemisa en sus ojos verdes un rayo de luna... Y así armada y engalada por las voluntades olímpicas, sabedora de los secretos de tierra y cielo, echa la vida por los caminos del mundo a combatir la muerte». Eso es lo que piensa, y mucho más, frente al gran casino, generador de ilusiones y de desgracias, que da felicidad, oro, placer, amor, y que arruina, pero que, según él, arruina fecundando el suelo del país monaguesco, al derramar todas las riquezas sobre la microscópica nación, como las aguas del Nilo sobre la tierra sedienta. Y allí es donde se le plantea con tremenda insistencia, lo que siempre se ha preguntado y que ahora expresa en estos términos: «¿Tiene razón el peregrino país de los días de oro y las noches de plata?» Y se contesta: «La moral dice que no, la vida dice que sí».

Monologa, pues, de nuevo sobre sus temas preferidos: la vida, la moral, la acción; baraja allí otra vez todas sus preocupaciones, tantas veces tratadas y resueltas y vueltas asimismo a quedar planteadas. Está en el casino, frente a las mesas, en medio del mundo afiebrado y enceguecido de los jugadores, —de los que viven, como a él le gusta, peligrosamente—. Constata la milagrosa resurrección de los que se sienten animados, casi al borde de la muerte, sólo ante la posibilidad de ganar, y considera que el juego hace de cura de moral, preguntándose: «¿Tiene razón la licencia monaguesca? La moral dice que no, la vida dice que sí».

Y esa pregunta es la que se repite ante cada nueva faz del orden en el cual divide la vida y las posibilidades, las angustias y los problemas de aquella cosmopolita muchedumbre. Todos van buscando como un desquite de placer o de triunfo, y él observa, como los ágiles rastrillos, acercan o alejan, ofrecen o arrastran las ambiciones. Se puede ser rico en un minuto, se puede ser feliz por un segundo, dice. Y piensa que el amor se vende, y que los honores se conquistan con la fuerza de los puños. Mónaco ofrece así como un substratum de la vida. Todo es allí más vivo y más breve. En una noche se viven las inquietudes de años, se tienen todos los goces, todas las angustias, y esto lo hace pensar.

Ha terminado el día de emociones y la noche agitada del casino: «Salgo al balcón: la luna riela sobre el mar, suave brisa mece los árboles, a lo lejos se desliza un barco silenciosamente... ¡Oh, vida! ¿Quién podrá escuchar el ritmo de tu corazón? ¿Quién penetrar el secreto de tu voluntad? En medio del encanto y misterio de la noche me parece oír una voz lejana, lejana, lejana, que sale de no sé qué honduras del espíritu: El mundo es como una heroica nave que se desliza sobre abismos insondables de un mar sin límites... Detrás, a popa, contemplando la estela de lo pretérito, va la Razón; delante, a proa, con los ojos puestos en lejanos horizontes perdidos en las brumas, va la Vida: ésta desdeña el pasado, aquélla ignora el porvenir».

\*  
\* \*

¿A qué puerto va ahora su nave, guiada por la vida? Como la vió y soñó la noche de Mónaco, la suya también se desliza entre abismos: negocios, tentaciones... Una mujer hermosa, como las de la ciudad casinesca, lo acompaña. Con ella pasea por Europa, y la trae al Uruguay. ¿Deja que la razón ignore lo que dispone la vida? No puede ignorar, sin embargo, el efecto y la reacción que tan provocadora compañía han de causar en Montevideo, y asimismo viene...

En el teatro, donde se presenta aparentemente solo, deja que una sombra de diamantes se insinúe en el fondo del palco. ¿Nadie ve a su misteriosa compañera? Pero, otras veces, con menos miramientos, la pasea por la ciudad en coche descubierto, ante el asombro burgués y la admiración general que despierta la bella mujer que, como una figura de Gainsborough, lleva un traje de pekín rayado blanco y negro y una capelina de paja de Italia coronada de rosas, pálidas con la seda de su sombrilla abierta. Y en Maroñas, en el «paddock», la gente se detiene para verla pasar. ¿Hasta donde le importa o le gusta, o disgusta, a Reyles, aquel homenaje? ¿Sabe que más de una vez ha sido preciso musitar apresuradas palabras al oído de algún amigo, que ignorando la clave de tan deslumbradora presencia, queda embelesado? ¿Nó conoce los celos? Acaso ella le es fiel; pero en ocasiones llega a amenazar con pegarle dos tiros, a quien sospecha de haberse enamorado de la hermosa. Sin embargo, poco tiempo después, ha de pagar un millón de francos —que es lo que le cuesta un castillo que compra en Francia, para regalárselo, a fin de que se vaya y lo olvide. ¿A tanto llega luego su desamor? Habría que pensarlo, y creer que es esa su manera de desanudar amores, puesto que en otra oportunidad dió también a una cupletista veinticinco mil pesos, premio de una lotería, para que ésta, que era una bella y famosa artista, volviera calladamente a su tierra.

Sin embargo, hoy las dificultades son mayores, pues el desembolso ha de hacerse de su peculio, es decir de los gastos generales y por lo tanto hay que hacerlo a la vista. Habla entonces de una deuda contraída con la señorita Turgueneff, su amiga, a la que, según explica, tiene que reembolsar la suma, esa suma elevadísima, prestada en ocasión de la compra de un caballo de carrera. Y, como el gasto es verídico, pasa por verdadera la deuda fraguada. Se sabe que, estando en Londres, en un remate de padrillos disputó a un príncipe uno de los caballos que aquél pretendía, y que tanto subió y redobló las cifras, que el príncipe consideró excesivo el precio, desentendiéndose del animal. ¿Es entonces y con este motivo que piensa que la única aristocracia real es la del dinero, y que las demás aristocracias viven de prestado, a la sombra de su verdadera Majestad?

Para él «todo se vende»... Y todo se compra; porque el oro se lo permite, y con su oro puede satisfacer caprichos miliunanoscos. ¿Quién osa así contrariar al que puede decidir tan sorprendentemente la balanza a su favor?

¿Acaso ha de encapricharse, imponiéndole su amor, una mujer a la que regala una suma millonaria, a cambio de la pequeña paz del olvido? ¿Ese dinero ha convertido a otras en sumisas prisioneras

suyas? El Oro es el rey, suele decir. Por él sus amigos aceptan sus voluntariedades; sus servidores enmudecen ante sus órdenes; y se le comprenda o no, no se le discute.

\*  
\* \*

Reyles trabaja; un regimiento, al que no es posible hacer cambiar de camino, pasa frente a sus ventanas, excitando su nerviosidad, al golpear con los cascos el empedrado. En ese instante, el mucamo viene a pedir órdenes: «¿Qué quiere almorzar hoy, don Carlos?» Irritado con el retumbar de la caballería, contesta: «¡Sírvenme los cascos de esos caballos!» Y vuelve a su labor.

El silencio se rehace. Todo está en calma. Las frases ajustadas van estampándose en las blancas cuartillas. Medita, como lo hace, mañanas enteras, sin agregar nada; él mismo lo ha dicho: «Los que escriben al correr de la pluma ejercitan la memoria, no el talento; son superficiales, no tienen sinceridad, ni conciencia, ni personalidad, ni por lo tanto estilo». Él piensa y escribe conscientemente sin dejar nada al azar. Cuando escribe, sólo existe para él su obra y su tema.

Pero llega la hora de hacer una pausa. Le anuncian el almuerzo; y en la mesa, le es presentado en bandeja de plata, ¿qué?... No atina a comprender. «¿Qué significa ésto?» pregunta entonces con el gesto adusto del que cree tener derecho a estar desconforme. «Lo que el señor ha pedido», es la respuesta.

Una gran pata, aderezada con salsas y primorosamente presentada, constituye el plato que se le ofrece, y raro por demás, pues está adornado con pezuñas, y puede ser la pata de alguno de los caballos que golpearan el pavimento, cuando el gran señor con voz altisonante, mandó que se le sirvieran. «Es el casco que pidió el señor», aclara el interpelado. Y entonces Reyles, al que halaga sobremanera aquel original e inteligente acatamiento, responde complacido: «Sólo tú y Sancho podrían comprenderme». Y bien pudiera ser que no se equivocara, pues si su mucamo le es tan fiel como Sancho a Quijote, él es y ha sido y va a ser siempre, un poco Quijote, aunque habría que decir, que es un Quijote afortunado...

\*  
\* \*

Fuerte y ágil, con el cuerpo y el espíritu tendidos como arcos, con las ideas y los músculos vibrando, tanto en el recogimiento como en la lid, puede decir bien que la «molicie ha de tomarse como una vacación de la que hay que volver a refugiarse en las potencias creadoras

del alma». Así, es la suya una actividad casi sin treguas, porque combativo como es, no puede hallar reposo ni en la reparadora mundanidad, donde otros son elementos pasivos, casi espectadores, pero donde él es actor, director, centro de la conversación. Y ésta, llevada por Reyles, es siempre viva, coloreada, sutil, elástica; conversación enjundiosa, en la que se mezcla seguridad, intemperancia, ironía y fastidio. Habla como es; su verbo traduce su espíritu, porque se corresponden su palabra y su vida como sus obras y sus actitudes. ¿Es el efecto de su mucha sinceridad, o sólo de su firmeza? Es posible que ambas causas intervengan en esta manera de hablar, como intervienen en su modo de ser, porque hay en Reyles una armonía íntima de cuerpo y de espíritu. ¿No cabría pensar que si su físico hubiese sido otro, también, otras habrían sido sus ideas y sus inclinaciones, y que su temperamento es también la consecuencia de su mentalidad, hasta más aún, de su clase de mentalidad? Porque en él todo está de acuerdo: verlo es casi oírlo y es conocerlo; sus gestos traducen y denuncian su voluntad, la voluntad que reflejan sus manos nerviosas y enérgicas, el rictus irónico y despreciativo de su boca, sus cejas finamente marcadas y que tan bien contribuyen a dar ese empaque de orgullo que lo acompaña siempre; en sus ojos verdigrises y metálicos se sigue el continuo relampagueo de sus ideas punzantes, mientras su palabra flúida y concisa, que no le va en zaga al pensamiento, desborda de fuerza y entusiasmo, dando a su actitud el sentido medular que él quiere. Firmes son así sus rasgos y sus ideas, y elegantes sus palabras y sus modales. En cuanto a su amabilidad, y hasta su misma galantería, tienen algo de inquietantes, porque su ironía no se adormece ni para admirar ni para complacer, porque admira de una manera severa y complace con reservas, por lo cual su presencia mantiene a quienes con él hablan, con el espíritu como en vilo. Y, a pesar de ello, o por que es así, se le rodea, se le respeta y se le admira, dejándole ejercer su dominio de hombre espiritual, de una espiritualidad cálida e incisiva.

\*  
\* \*

La vida de Carlos Reyles ha sido y es un permanente contrapunto. En 1915, está en Buenos Aires, donde trabaja y se divierte, apresuradamente... Mientras tanto, en el Uruguay se agita aquel problema que propuso en la Asamblea de Molles, sin conseguir que cristalizara: el de una federación rural. Ahora, los intereses rurales, más importantes cada día, hacen imprescindible recoger su proyecto, que fructifica

en otras mentes y ha sido vigorizado por otras voluntades. La Liga de los Trabajadores rurales se ha transformado para algunos en necesidad perentoria. El doctor Manuel Quintela, el talentoso médico, da a aquel proyecto una forma nueva y, remozado lo presenta. Enérgico y dinámico —como es—, crea el ambiente necesario, y entre los que busca para que lo secunden, ve al doctor José Irureta Goyena, una de las personalidades más destacadas del foro, que preside los destinos de la Asociación Rural, solicitando su apoyo, a fin de federar así bajo la égida de los más capacitados a todas las asociaciones de la república.

Se crea un ambiente propicio, y en el ánimo de todos toma incremento la idea de que hay que oponer al proletariado universitario, las nobles y fecundas carreras que abre la tierra. Pero, por ser tan vastas las proporciones del proyecto, y por haber despertado interés en la opinión pública, empieza a inquietar a los políticos, que desde distintos sectores se mueven deseosos de tener su parte en la dirección. Sin embargo, el Presidente de la Asociación, —de espíritu apolítico—, se opone a que se tuerzan los móviles sanos de la idea, y detiene la sorda corriente que comienza a prepararse. No puede sin embargo, evitar que, fuera del elemento rural, aquélla continúe, y que se traten de minar las bases de la federación futura, por medio de maniobras políticas. Y así, en campaña, en distintos pueblos y caseríos se van formando falsos núcleos rurales, con el propósito de que adquieran entidad, y que luego, por su número, decidan los destinos de la gran federación. Y, cuando empiezan a invitarse a las asociaciones auténticas, sin tenerse en cuenta a aquéllas, representantes de éstas, o intermediarios de éstas, tratan de hacer que se les invite, amigablemente primero, pero creándose luego una situación de guerra. Así, ante el enérgico rechazo del Presidente de la Asociación, comunican que asimismo irán al acto, a pesar de todo; a lo que se les contestó: «¡que vayan!»

La amenaza quedó pues lanzada; las líneas tendidas. Y ruralistas y políticos se hallan ya frente a frente.

Reyles llega de Buenos Aires el día en que va a realizarse la reunión preliminar; y en cuanto en la Asociación Rural se enteran de que está en Montevideo, lo invitan a concurrir al acto, en calidad de primer promotor de la idea. La expectativa que reina con motivo de los sucesos que se van plasmando, hace pensar que Reyles no ignora el hecho, pero de cualquier modo, no ha tomado parte en ninguna de las entrevistas preliminares, ni está en el asunto actual, ni con él han habido rozamientos. Y llega al país así, casi como un extranjero.

Se van a discutir esa tarde los poderes de los congresales. Y han llegado numerosas delegaciones de campaña. El presidente da por inau-

gurado el congreso. Y acto continuo hace irrupción en la sala el numeroso contingente de personas que habían anunciado «que irían», y que van en calidad de miembros de las rechazadas entidades, y en actitud revolucionaria. Esa presentación, y la forma hartó decidida con que se disponen a tomar posesión del recinto, hacen pensar que va a pasar algo. A nadie puede escapar ya que el acto se desarrollará en un ambiente desagradable, clima violento, que ya es apasionado, casi de encono. Y, como éste va subiendo por puntos, hay como una inquietud presagiosa de tormenta. El Presidente de la Asociación, que está haciendo uso de la palabra, considerando que debe conservar una libertad que no da la presidencia, pide a la asamblea que ésta sea ocupada por Reyles, que pasa a presidir el acto.

Pero, la medida no ha de modificar naturalmente ni la anomalía de los sucesos ni la vehemencia de los debates, y el flúido de agresividad que corre por la sala continúa cada vez más acentuado, cada vez más próximo al choque de las dos fuerzas antagónicas. Y se alzan voces agrias, se cruzan ásperos diálogos, se forman pequeños tumultos. Y cuando se quiere rehacer el orden, el escándalo aumenta, terminando de pronto de una manera ruidosa, a golpes de puño, y retirándose de la sala el grupo político con violentas palabras, a las que Reyles, sin saber a quién, porque no los conoce, contesta en la misma forma airada y agresiva.

Del acto, deriva un incidente que se tramita entre Reyles y uno de los «leaders» opositores. Pero los jueces del tribunal de honor consideran que el apasionamiento y las desagradables y violentísimas circunstancias en que se debatió la asamblea, quitan valor a las ofensas, y suavizan las consecuencias, evitando el duelo.

\*  
\* \*

Uno o dos años después de lo acontecido, es cuando Reyles vende su estancia «El Paraíso», porque su obligada permanencia en la Argentina, al frente de sus principales negocios, le impide dedicar a este establecimiento, el tiempo y energías que exigen la marcha de sus asuntos. La vende, después de haber intentado por distintos medios su sostenimiento, y cuando ni la sociedad que con ese fin llevó a cabo, ni otras formas de atender indirectamente la estancia, dieron resultado y, la mala marcha del negocio le hace tomar esta resolución que deseaba evitar. Debe pues desprenderse del campo que fué la raíz inicial de la fortuna de su padre, y lo hace con pesar, aunque sin dar al hecho tintes excesivamente melancólicos. Sin embargo, por ser una de las primeras malas pasadas que le juega la suerte, a él, a quien hasta enton-

ces llevara una vida triunfal, tiene que haber sido un rudo choque. ¿No cambia en nada esta circunstancia su recia modalidad? ¿Subconscientemente no se oye ya desde entonces con frecuencia, sino ya continuamente la voz de la cordura o de la razón? ¿Apolo no lo invita a pensar y a observar las cosas desde otro ángulo que no es el de los días de oro y las noches de plata de 1910?

\*  
\* \*

«El Terruño» es la obra que da al público poco tiempo después, escrita en las Haras Reyles, de Lobería. Está precedida de una epístola de Reyles a Rodó, de un soneto de Rodó —interesante por ser la única poesía de este extraordinario escritor— y también de un prólogo del mismo. La epístola, escrita mitad en serio, mitad en broma, en estilo desusado, un español antiguo y casi rancio, es una página llena de encanto y de gracia, que comienza así: «Excelentísimo Señor Don José Enrique Rodó, Caballero del Cisne y de la Pluma de Oro, etc.» En términos análogos continúa pidiendo a «Su Señoría» que le dispense si va más allá de lo que en buena ley permiten las relaciones de vasallo a señor, al solicitarle el escudo de su esclarecido nombre y el amparo de su bien fajada pluma, para uno de los vástagos de su fantasía, diciendo del libro que es pobre, «pobre como mío —dice— orgulloso como pobre, y necesitado de protección como todos los que, ansiosos de correr aventuras y con ánimo suelto y arrogante, se salen de la casa solariega, en cuya holganza y franqueza crecieron, para echarse a los caminos del mundo, donde todos son quitasueños, rejalgares, enredos prolijos, trapacerías tenebrosas, lazos, trampas, puñaladas de pícaros y airados trabucos que, en las encrucijadas y aun en campo llano, apuntan al pecho y piden la bolsa o la vida.» Luego, siempre en el mismo tono, agrega: «Aleccionado yo por la amarga experiencia de tres hijos que mucho bogaron sin salir a puerto... busco para el cuarto, el padrino de fuste y seguro rodrigón que les faltó a los primeros y fué causa principal de su derrota y abatimiento». ¿Lo cree? Puede ser que así sea, si sus esperanzas están colocadas muy altas, porque de las puñaladas que habla, algunas podían esperarse como en el caso de «Por la Vida», y aun de sus «Academias», que buscaron la aventura, y que iban para ello «con ánimo suelto y arrogante». Pero fué grande el interés que despertaron sus novelas y su ensayo; y grande su éxito en las ventas; y trascendental la polémica provocada alrededor de «El Extraño»; e interesante la fama alcanzada ya en el extranjero, puesto que de «La Muerte del Cisne» se hicieron dos traducciones. ¿No está asimismo conforme? ¿Acaso es-

pera ya la fama que ha de darle más tarde «El Embrujo de Sevilla»? Es posible, porque dice: «Hidalgo oscuro, nací; y por no avenirme a serlo de bragueta, prostituyendo mi holgada y pulcra estrechez a la opulencia de las Musas y las Famas ligeras de cascós, ando a pedir limosna en el Templo de la Gloria. Así, poderoso señor, nada puedo darles a los míos, como no sea la sangre limpia y el cogote tieso, pobres dotes, en verdad, para inspirar simpatías a los hipócritas, ganar voluntades cortesanías y bandearse en la corrompida corte del Exito, donde gozan de gran predicamento y tienen establecido sus tribunales de justicia la Adulación y el Fraude... A Vuestra Señoría, pues, encamino «El Terruño», que éste es el nombre del mozo, rogándole lo reciba sin ceño y cubra la pobreza y el feo corte de las ropas que lleva, con el capotillo galano de un prólogo suyo, a fin de que sin vergüenza pueda presentarse ante las gentes... El muchacho es discreto, de humor regocijado... no desprovisto de buenas letras, por lo cual burla burlando, dice a veces cosas, sino graves y propias de un ingenio macho, por lo menos agudas y traviesas, que seguramente han de placerle y solazar a Vuestra Señoría».

Rodó contesta con un soneto: «Al Noble Señor Don Carlos Reyles, cultivador de terruños y «Terruños»; y es poesía en la cual el mozo se ha convertido en corcel.

Sigue a ésta, el prólogo, en el cual Rodó —en forma galana y serena— estudia, no ya sólo el libro, sino también la relación obligada entre el medio y el libro. Y, hace notar que en la literatura americana, el olvido o menosprecio de esa relación filial con la realidad circunstancial, priva de carácter a la mayor parte de la producción. Aprueba pues el tema de Reyles, diciendo que: «si la vida de los campos no es la única que ofrece inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de la literatura propia», añadiendo que, «suele tildarse de limitado, de *ingenuo*, de pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener profundas cosas, al tema campesino; pero que esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto a las condiciones de la realidad que ha de servir de substancia al arte».

Además, reconoce a Reyles; maestría para penetrar en los antros de los misterios psicológicos, poder creador de caracteres, sentido de lo refinado, de lo extraño, de lo complejo, como también una amarga crudeza de tintas, y precisión indeleble en el estilo.

Y recalca cómo trabaja en «altiva soledad», diciendo también que «en Reyles la vocación del escritor no es toda la personalidad,

no es todo el *hombre*. Su voluntad rebelde, —agrega— arriesgada, avasalladora, lo hubiera tentado con los azares y los violentos halagos de la acción, a nacer en tiempos en que la acción tuviera espacio para el libre desate de la personalidad y tendiese de suyo al peligro y a la gloria. Y aún, dentro del marco de nuestra vida domesticada y rebañada, cuando no vulgar y estérilmente anárquica, la superior energía de su voluntad da muestra de sí, abrazándose a la moderna *aventura* del trabajo, concebido en grande y con idealidad de innovación y de conquista, a las faenas de la tierra fecunda, en que, junto con la áurea recompensa, se recoge la conciencia enaltecedora del resabio vencido, de la rutina sojuzgada, del empuje de civilización impuesto a la indolencia del hábito y la soberbia de la naturaleza».

Y esta entrada es seguida de un estudio de la obra y de los personajes, absolutamente favorable a Reyles.

La técnica que emplea Reyles en «El Terruño» no es la de sus libros anteriores. Trabaja en forma distinta y maneja los elementos de la novela de una manera más objetiva, y como profesional. Su yo está por lo tanto también más desplazado. Pero, no obstante el cambio, no puede decirse que es el novelista que inventa enteramente —si es que alguien así lo hace—, toma aquí y allí rasgos y hechos, y los modifica, y los desfigura y altera como si jugara con ellos.

Matagela —por ejemplo— está inspirada en una mujer de su familia; vieja tía a la que recuerda como muestra: precavida, hacendosa, razonable, comedida, enérgica, «sanchista». Es la figura central de la obra y la figura central de la familia. Todo gira en torno suyo: es mujer de consejo, que maneja al marido, a las hijas, a los yernos, a la servidumbre y a los peones. Discute de política y negocios con bastante buen tino; interviene en los asuntos de la estancia, en los que ninguno la aventaja; sabe como nadie cuidar enfermos y ovejas, y tiene mano de ángel —como allí se dice— para hacer pasteles. Cuando viene a la ciudad, es como si con ella viniera la estancia; moviliza a todos, trae un gran séquito de parientes, ahijados y servidores, y viene dispuesta a mantenerse con las costumbres del campo, y a no claudicar de su altivez campesina.

Tocles, otro de los personajes destacados, es un hombre presuntuoso y ridículo, y no del todo inventado. Sus características corresponden a las de un intelectual altamente conocido. Posee de éste, todas las absurdas cualidades, la exhuberancia, la fogosidad, la gran prosopopeya, la manera de equivocarse sobre sí mismo, y de hacer incursiones en las letras y en la cosa pública, con muchas esperanzas y pobres resultados.

Pero, en éste, hay a momentos como interferencias, debido a que su personalidad tiene también algo o mucho de sus héroes anteriores y hasta de él mismo. Y entra en el grupo de los personajes que tan preferentemente aparecen en sus libros. Como éstos, es apático, enfermizo, mediocre, y como éstos fracasa; es una de las tantas figuras quebrantadas y débiles que han de oponerse a las mujeres fuertes y materialistas de las obras de Reyles.

El otro personaje, que es Pantaleón, está tomado de un conocido caudillo de ese tiempo. Hombre heroico, decidido, arriesgado, inteligente para cosas de la guerra, astuto y bravo. Iba a la estancia muchas veces a pedir hospitalidad, como era entonces costumbre. Y Reyles lo había visto de cerca.

\*  
\* \*

Anochece, cuando se recortó en el horizonte de la estancia la sombra de un jinete. No era aquél un acontecimiento raro, sino corriente, pues de continuo se recibían visitas; llegaban viajeros que pedían una noche de asilo y un descanso para los caballos. Pero, alguien reconoció la figura del caudillo, que un día sería Pantaleón, y tembló por lo que pudiera suceder.

Ese mismo día, con diferencia de horas, había llegado con iguales intenciones, otro gaucho, caudillo y guerrero, como el recién venido, y enemigo mortal de éste. Cada uno de ellos pertenecía a uno de los partidos políticos que mantenía al país en una constante inquietud. Las golillas y vinchas rojas y celestes, les habían vuelto irreconciliables enemigos. Sus actuaciones en las revueltas, y sobre todo, su fama de degolladores, que crispaban la tranquilidad del campo, ahondando rencoros y odios, los había puesto ya en un pie de venganza difícil de detener. El que allí estaba, hombre parco en palabras, había prometido cortar la cabeza del otro, el día que se enfrentara con él. Nadie ignoraba sus palabras; ni se ignoraba que la amenaza no era una fanfarronada, porque los hechos espeluznantes que de cada uno de ellos se mentaban, probaban muy bien lo que se podía esperar y temer de ambos. La situación de la estancia, cambiando de ritmo, se volvió de pronto así de ansiosa expectativa; y un escalofrío corría por el cuerpo de quienes se veían ya presenciando un duelo a muerte.

El padre de Reyles, con entero dominio de la situación, acogió al nuevo huésped con la misma cordialidad, un poco ruda, pero simpática, con que acogiera al otro. Y de éstos, ninguno pensó en retirarse, ni acaso en llevar a cabo la prometida venganza.

Frente uno al otro, se sentaron en la mesa que presidía don Carlos,

mientras que Reyles, que entonces era un niño, con la admiración y el respeto infantil, que en él provocaban las mentadas hazañas, los miraba como a seres sobrehumanos. Y pasmado vió cómo uno de ellos, pidiendo cortésmente permiso al dueño de casa, sacó su arma, que puso sobre la mesa para tener más a mano, y cómo en seguida el otro, con la misma cortesía, pedía tener igual privilegio, que en realidad ya no era sino un derecho, y la posibilidad de seguir comiendo.

Y después de tomada la medida, comieron y pasaron la noche bajo el mismo techo. Habían permanecido durante el transcurso de la cena en actitud inquietante y peligrosa; adustos ambos, sin quererse mirar y mirándose, callados, reservados, prevenidos; durmieron en guardia, armados enemigos, pero caballerescos huéspedes, desconfiando cada cual del otro, pero conteniéndose, para ambos respetar la casa. Y, uno de ellos, es el que a Reyles inspiró más tarde la personalidad que presenta en el libro.

\*  
\* \*

En «El Terruño», la figura del guerrero criollo está muy bien tratada. Los episodios de la revolución, que son también verdaderos, dan motivo a que el autor haga un relato ajustado y vivo. Como algunas de sus demás novelas, ésta es también novela de costumbres. En ella se desarrolla la vida de la gente de campo, monótona, los más de los días, pero expuesta a muchas y grandes eventualidades, como lo prueba cuando comienza el período revolucionario. Así, el fondo del libro, que es muy real y movido y en el que hay gran riqueza de cosas secundarias, está trabajado con acierto y muestra la fibra del escritor que domina el conjunto, como la parte central del tema.

En cuanto a los dos matrimonios jóvenes, constituyen ya casi libros apartes, y, uno de ellos, el de Primitivo y Celedonia, como tal figuró ya en las «Academias», con el título de «Primitivo». El otro matrimonio, el de Toeles y Amabilia, posee características que han aparecido en sus libros anteriores, llegándose a momentos a situaciones similares.

Toeles, como muchos de sus héroes es difícil de llevar y Amabilia no posee condiciones para amoldarse, como sucediera a tantas de sus heroínas, pero llegándose al malentendido, más que por orgullo, por ignorancia. Así, Toeles puede decir en algún pasaje de la obra, lo que debió pensar Guzmán: «Mi mujer no es *mi* mujer, mi casa no es *mi* casa, mi patria no es *mi* patria.» O en horas de partir y abandonar la familia: «Con mis inveteradas inquietudes entenebrece tu alma, he-

cha para los goces sanos y humildes; incautamente te llené de esperanzas excelsas y excelsas dudas que las criaturas simples no deben conocer porque no pueden soportar su noble peso; por extraños países te induje a perseguir mil pájaros azules, a tí, que sólo naciste para correr tras las gallinas, atraparlas y retorcerles el pescuezo»...

El medio es otro, la escena no corresponde a ninguna de las escenas anteriormente narradas, pero sin embargo, no puede dejarse de pensar que, entre Guzmán y Amelia hubiera podido llegarse a estados de incompreensión semejantes... El tipo de amargado, en los hombres, y en las mujeres, el de mentalidad estrecha y sensibilidad pobre, son parecidos en la mayoría de sus libros.

En cuanto a Mamagela, posee como Beba, una inteligencia práctica y un gran amor a las cosas rurales. Pero, en ésta no chocan como en Beba; porque Mamagela es una mujer de poca femineidad, entrada en años, vulgar en sus gustos, de costumbres rurales, y cuya posición social está de acuerdo con el papel que representa. Tocles, «producto de la Universidad», al referirse a «la ilustre matrona», como Reyles llama a la mujer del pulpero, habla de su «macarronismo»; pero luego, en medio de su desaliento, lo considera saludable, y mejor que el racionalismo suyo, que entonces considera perjudicial. Y, agrega: «¡Irónica contradicción, fruto amargo de las clásicas antinomias del ideal y de la realidad, del pensamiento y la acción, del bien teórico y del bien práctico!» Mamagela es para Reyles el sentido práctico. Pero es mujer excesivamente práctica, banal, ordinaria. «¿Quién no creyó alguna vez que la luna era un queso de bola?», dice para demostrar que jella también ha soñado!

Envuelta en la bandera patria, Mamagela habla al auditorio emocionado de la estancia, en los siguientes términos: «Los rodeos y las majadas son las únicas cosas serias del país... y enriquecen y enseñan, sí señor, enseñan más cosas útiles que las mismas escuelas...». Y, «A nuestros ranchos no llegan los libros, pero llegan los carneros de apretado vellón, y cuando llegan, todo cambia». Con palabras casi idénticas, Reyles lo ha dicho a los trabajadores rurales. ¿Por qué acusa tan marcadamente esa afinidad que se vuelve también coincidencia de palabras?

Por otra parte, establece la oposición de siempre entre lo rural y lo urbano, e insiste en dar primacía al campo sobre la ciudad, sobre la «apestosa» ciudad, como él la llama. Y como siempre, ataca al intelectualismo, presentando a modo de fórmula condenatoria, a un individuo absurdo, como hombre de luces.

«La razón razonante es pura gollería», hace decir a alguien. Los

idealismos intelectuales son cosas «fiambres», agrega el mismo. «Yo me lavaré con el aguarás de las realidades, el barniz del irrealismo universitario, defenderé los hechos vivos contra las ideas momias»... ¿Por qué él y Tocles, que así habla, hablan al unísono? ¿Por qué su ridículo héroe, se le parece tanto? Juntos han tenido horas de apasionamiento político, y juntos se han desencantado: «Farsantes, sacamuclas, adoradores de vejigas, gente sin convicción ni sinceridad, embusteros, mascaritas que yo conozco y a cuya comparsa pertencí!... Me metieron en el alma el tósigo mortal de lo bello, lo bueno y lo verdadero, y me enseñaron a adorar de rodillas, la razón, la libertad, el desinterés, grandes mentiras con las cuales religiosamente comulgúe; pero las hostias eran de palo; atravesadas quedaron en mi garganta, y hoy me impiden reír, danzar y aceptar las mentiras de la vida, lo único verdadero que existe en el mundo!»... Tocles dicurre como Reyles, cuando se lamenta de sus errores, y reconoce que, antepuso a las realidades reales, las realidades imaginarias del espíritu. Y habla también del «vicio de pensar... del demonio de la finalidad» que hace convertir los hechos reales en espejismos ilusorios y a seres de carne y hueso en fantasmas vanos.

Así, sin quererlo, ha establecido un parecido entre él y Tocles, como lo hiciera anteriormente con Guzmán y Ribero. Tocles interviene en política, funda un club y piensa en la constitución de una Liga Agraria, además de que luego se desencanta de los partidos como de los intelectuales. «Yo me declaro en teoría, el apóstol del egoísmo, y prácticamente, del egoísmo rural, vale decir, de la energía castiza de la nación», y, ¿quiénes sino él y Reyles podrían decirlo? Y, ¡todavía, Tocles el fracasado, Tocles el iluso, habla de los que nacieron para manejar también esa arma ligera y terrible que es la pluma! Le da pues, sino dones, vanidades de escritor. ¿No puede concebirlo de otro modo?

«Rompi con las tradiciones del terruño», dice éste también, como en un acto de contricción y arrepentimiento, y agrega: «¡grande error! no supe adaptarme a él, ¡gran pecado! obré desinteresadamente, ¡gran crimen!». Y como si hablara Reyles, dice que «escasean los capitanes de comercio e industria, los poetas de la banca, los hombres de voluntad tendida como la cuerda de un arco» y que «entre un pueblo de atletas y un pueblo de retóricos, la elección no puede ser dudosa para la Vida». ¿No lo ha dicho? ¿No ha dicho también que «un match, es enseñanza tan seria y fecunda para el espíritu, como la visita a un museo o la lectura de un buen poema?» Pero dice más: «me quedo corto» —agrega por boca de Tocles— en un cheque suele haber más

moralidad que en un sermón, y no menos valores religiosos en los juegos olímpicos que en una misa».

Luego, en otro sentido, coinciden, cuando Tocles confiesa que, la calma, la vida regular y laboriosa, la sumisión a la regla, la dicha del renunciamiento —si a esta «desabrida existencia» puede dársele tales nombres—, no le sirven, y cuando siente que el bien de los otros no es su bien.

\*  
\* \*

Su espíritu se infiltra así por todos los resquicios de la obra, pero no busca ni le preocupa seguir una línea ascendente. Acaso quiere que sus personajes sean humanos, sencillamente humanos. Y, no crea arquetipos; todos tienen defectos; en muchos, presenta vicios; cometen errores. Acaso precisa acentuar el mal; y es la suya —por lo común— la pluma de un caricaturista de las letras. Da más fácilmente pues la nota sombría o amarga, o mismo ridícula, que la hermosa. Su prosa despierta una sensación de verdad; pero, ni en esta obra ni en las anteriores, ha de crear todavía el milagro de la belleza. Todo es terrenal, y hombres comunes viven a ras de tierra, y sufren, aman y luchan insoportablemente arraigados a las cosas pequeñas. Seres fatuos, necios o corrompidos, entran en la composición de sus novelas. Todo en sus obras es vida corriente o lucha vana; y más vana, si en algo significa mejoramiento del espíritu o ambiciones del pensamiento; y así es lucha más estéril y sin razón cuando más noble pudiera ser la meta. Hay allí como un «quijotismo sanchista», ideal prosaico, elevación de lo vulgar y acaso para mostrar la vida en toda su materialidad. Pero, ¿por qué oponer invariablemente —como lo hace— al más puro ensueño la verdad materialista? ¿Por qué confundir, sobre todo, grandes anhelos con pretensiones ridículas y dar a aquéllos las cualidades que éstos tienen? ¿Por qué pinta siempre a los intelectuales como mentecatos? La razón nunca está de parte de éstos, y erran siempre y son el hazmerreír. Y es claro que, para llegar a tan invariables conclusiones, exagera los dones que reparte a los simples, a los que presenta como dechados de buen sentido, energía y laboriosidad. Diríase, el libro de los simples. Sólo ellos son buenos; sólo ellos son dignos, y, si no prudentes, esforzados, tesoneros, puros, francos, o nobles. En el fondo, es el libro del trabajo. Allí todo es elogio a los hombres de campo; canción de lo rústico; libro de fe democrática. Mamagela y Primitivo personifican la perseverancia, santa, mansa, vibrante, razonadora, o fuerte; pero, perseverancia siempre, y que sólo tienen para él las bue-

nas gentes de campo. En cambio, el hombre de la ciudad es el inútil, el declamador, el quimérico, el vanidoso, el menguado, el despreciable. Rodó dice: «No es, desde luego, la aspiración ideal lo que está satirizado en ese misero Tocles, sino la vanidad de la aspiración ideal». Pero, ¿por qué la aspiración ideal ha de estar representada para Reyless, como vanidad de la aspiración ideal?

Este es un libro hecho para satisfacer la voluntad y descorazonar la inteligencia... Asimismo, está pensado y escrito con inteligencia, e inteligentemente se hace triunfar la voluntad. Y consigue lo que no logran nunca los intelectuales de sus obras, llegar a lo que se propone. Sus intenciones se vuelven realidades, tal como en las demás cosas de la vida. Llevadas a la obra, esas teorías, hechas para destruirse a sí mismas, adquieren equivalencia de cosa positiva: la misma que en otro orden enorgullecería a Reyless, halagando su vanidad de hombre de voluntad... Triunfa por lo tanto ampliamente, e íntimamente, triunfa a pesar de sus argumentos, contrarios a su obra, que es la cosa eficaz, la cosa realizada, la prueba fehaciente, y no un sueño...

\*  
\* \*

En la literatura de Reyless pueden destacarse algunos problemas principales que dan la clave de sus inclinaciones y sus preocupaciones y de su idiosincrasia. En primer término, se halla pues, el que plantean la voluntad y la inteligencia; luego, los que han de dilucidarse entre el instinto y la razón y la realidad y el idealismo; además de los determinados por las distintas morales que ponen en pugna la moral individual con la moral universal, y las leyes de la fuerza con las leyes de la justicia. Y, junto a estas luchas íntimas, las otras, las que no son acaso luchas, sino posiciones, y que fijan su modo de actuar y los medios con que cuenta para ello.

Dos años después de escribir «El Terruño», da al público un nuevo libro, primero de «Los diálogos olímpicos», y en el que Apolo y Dionisos encaran, desde la mansión de los dioses y ante el tribunal de Zeus, la defensa de las inquietudes de los hombres, sus pensamientos y sus acciones. Se encuentran de nuevo la razón y el instinto y alternativamente los dioses sostienen lo que Reyless afirma de acuerdo con su criterio variable; pero debiendo reconocerse que con más frecuencia y entusiasmo se inclina a Dionisos que a Apolo. Y, ¿no debemos creer que los diálogos corresponden a un monólogo interior? Reyless es un hombre que posee dos naturalezas, y que las opone para buscar

su armonía. Por ello pudiera pensarse que debajo de la tersa seguridad, existen a veces dudas, y que vuelve sobre los mismos temas, porque precisa hallar su verdadera razón y tranquilizar su conciencia, y que al establecer un acuerdo entre Apolo y Dionisos, lo establece dentro de él. Lo que quiere creer y lo que precisa creer, deben confundirse, mezclarse, y para llegar a ese entroncamiento enlaza los valores irreales con los valores reales. ¿Lo había dicho antes? ¿Es la suya una nueva posición espiritual? Se piensa que la guerra europea de 1914, influyó en su espíritu apresurando la evolución y modificando su tesis anterior, ya que el libro es una nueva meditación sobre los temas de la fuerza y el oro, y deja la sospecha de una contradicción. Pero ésta, ha podido existir antes, desde que su vida, opuesta en todo, la deja descubrir. Y entonces lo que parece cambio, sería una versión íntima de su verdad, lo más profundo de la idea, lo complejo de sus seguridades, y estos diálogos descubrirían su yo secreto.

Ahora tan pronto es Dionisos el que habla por él, como tan pronto es Apolo quien lo representa. Con Apolo cree en la «lucecita prodigiosa» que el hombre posee para defenderse de las «cóleras divinas». Con él piensa que la inteligencia se forma en los moldes de las necesidades, y que por medio del pensamiento, el hombre se convierte en un «dios de carne y hueso». Pero, si a veces cree que el hombre es dios, con Dionisos dice que con frecuencia no es más que «un fantoche relleno de metafísica estopa».

«Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza», afirma entonces, agregando que todo es obra de la voluntad del universo, tal como sostuviera en «La muerte del cisne». «Lo divino ¡oh, Apolo! es la energía del orbe», diríase que él también exclama. Y aun vemos a Reyles en Dionisos, cuando éste dice: «Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana, e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por tí constituye la voluntad de la tierra, la enjundia olímpica de los mortales», o que «la humana criatura no es inteligencia sino voluntad; no razón sino instinto». Y como él, dice Dionisos: «la inteligencia, la razón ¡bah! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder». Y luego: «El gran portento, es que, el envilecido y calumniado egoísmo, es lo que hace vivir y como un *doctor subtilis* sigue trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí, pues lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del ra-

zonamiento, sino el afán de dominar, que brota del cuerpo entero». Y ¿no debemos reconocer aquí, el más caro pensamiento de Reyles?

«¡Pobre razón! —dice más tarde todavía con Dionisos—, los sentimientos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros»; pero eso no impide que la voz de esa conciencia que nace —según él— como planta de estufa, le haga pensar que la ilusión guerrea y manda, y que más que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al hombre de la bestia es saber fabricar ilusiones, añadiendo que ellas son las alas del alma y la flor maravillosa del mundo.

Así, si Reyles coincide con Apolo, más corrientemente está del lado de Dionisos, aunque esta vez queriendo ponerlos de acuerdo. Con éste ama la vida «desbordante de fuerza y de hermosura», y con aquél, la quiere también «desbordante de inteligencia». La vida, que es «realidad y acción»; pero que el hombre vuelve —para él— trágica y sublime por su ambición de querer escapar a la ley de la naturaleza, para vivir según su ley. Y así, dialogan como siempre el instinto y la razón.

\*  
\* \*

¿Por qué no ha de elevarse el hombre si lo merece? He ahí uno de los problemas que interesan al autor, y que le hace buscar apoyo, ya en la voluntad, ya en la inteligencia. Es su consorcio: inteligencia y voluntad. Del individuo pasa a los pueblos con esa preocupación en la mente: los apetitos e ideas del hombre y de las razas. Se pregunta si las ideas son las que dan pie a los hechos o si son los hechos los que dictan las ideas, y si la fuerza es para los hombres un elemento divino o diabólico. Lo que admite fácilmente para el hombre —tal vez, porque al pensarlo, se presenta a su imaginación el superhombre, y el superhombre, es él—, no puede admitirlo sin reparos ya para los pueblos. Sobre todo, ahora. 1914 lo ha hecho reflexionar; y, aunque todavía dice que «Dios está siempre de parte de los ejércitos poderosos», tiene ya, por lo menos, a momentos, la sospecha de que más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar es el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. . . Y, si no está todavía convencido, se resuelve a poner esas palabras en la boca de un dios. Y, ¿no sostiene él, o induce a Apolo a sostener, que si la justicia no existe ni en la tierra ni en el cielo, tiene un altar en el alma humana, en la que rige la *voluntad de conciencia*? Y pre-

senta en pugna la fuerza y la justicia, como derivativo del problema entre el bien y el mal. Fuerza y justicia, que también se empeña en poner de acuerdo. ¿Quiere resolver en el libro, «el viejo pleito del mundo»? ¿Lo intenta, porque cree con Dionisos que la justicia y la fuerza son en el fondo una misma cosa, y que —como éste, dice— la justicia no es sino una forma de la fuerza, y que ambas «son los mismos perros con diferentes collares»? ¿No cree también con Apolo que la justicia va ungida por la grande esperanza humana y la fuerza no»? ¿Cómo transa, y cómo halla la armonía en tan empeñoso combate? Evidentemente, aceptando que de un lado esté su corazón y del otro su voluntad... Y esa posición doble, que no ha podido dejar de hacer suya, es lo que ha inducido a la crítica a juzgar la obra como uno de los libros de filosofía social, más imparciales y más ricos en puntos de vista nuevos.

En cuanto a la segunda parte, presenta, como controversia del amor y el egoísmo, un estudio entre las ideas de Cristo y las de Mammon. Y de nuevo el corazón y la voluntad batallan para hallar un idealismo superior. Mantiene así viva su lucha, su preocupación, la idea que lo obsesiona, quizá sólo porque los contrastes se plantean en su espíritu con atormentadora insistencia, ahora y siempre, en esto y en todo.



Múltiples pequeños hechos muestran a Reyless firme y voluble, pues en la vida como en los «Diálogos» sostiene a menudo puntos de vista contrarios. Y lo raro y realmente interesante para el observador, es que procede así, sin que su firmeza ceda, y como si lo distinto no fuera tal y como si no existiera tampoco el proceso de la duda y su nueva posición o su nueva idea, fueran ideas o posiciones permanentes. Acaso habría que creer que es así, porque al escribir como al vivir, Reyless no deja de proceder como novelista, y porque su acción entusiasta y fecunda, al resentirse, por carecer de perseverancia y tenacidad, sufre las consecuencias de quien enfoca, aun las cosas prácticas y vivas, como el tema de un libro, desde posiciones opuestas. Y esto mismo es lo contribuye a que, en sus obras, también sea mejor novelista que pensador, y que su filosofía sea la de un hombre de letras más que de pensamiento. De ahí que esa volubilidad, desconcertante en un hombre de su carácter, descubra por debajo de la obra, en infinidad de pequeños y traicioneros hechos, como otra faz del extraño e interesante contrapunto. Estos contrastes muestran al hombre fastuoso y

derrochador, frente al ordenado y metódico, que, luego de haber gastado o seguir gastando fortunas en caprichos, revisa sus cuentas y controla hasta las minucias de lo que gasta. Esos mismos contrastes presentan a un ser arrojado hasta la temeridad, y, a otro, prudente, prevenido siempre contra la traición, y que luego de haber buscado y seguir buscando la muerte, no se sienta de espaldas a una ventana abierta, ni enciende las luces, allá en la estancia, sin tener la precaución de cerrar herméticamente todos los postigos. ¿Por qué atavismo cuida la vida que tan desdeñosamente expone? ¿Por qué vigila sus dineros, él, que gasta sin tasa? Sorprenden sus opuestas convicciones y sus decisiones rápidas y breves. Vende una estancia o remata una casa, sin dar a los hechos más importancia que a una cosa baladí. Hace y deshace operaciones comerciales casi sin transición. Da órdenes sorprendidas; manda echar abajo un galpón, que ha levantado recién, para ubicarlo más lejos o darle otra orientación, aunque muy pronto haga echar abajo el nuevo galpón, a fin de que vuelva a ser levantado como estaba. Y lo que sucede con el galpón, no es sino un ejemplo de todo, hasta de las operaciones comerciales y de las relaciones afectivas. Instala en su estancia, con todo lujo, a una artista del teatro francés, y se vuelve a la ciudad sin acordarse de ella, sino es para enviarle dinero... ¿Se cansa? ¿Por qué cambia de parecer? Sólo es tesorero para el trabajo. Pero, quizá persevera, porque cambia de trabajo, y el escritor y el hombre de negocios se sustituyen. Y acaso es esa sustitución la que le permite realizar labores eslabonadas, pero con frecuencia casi sin más pausas que las que le imponen sus frugales comidas, y el reposo, leve también, de su sueño. Y esta maravillosa actividad, que tanto beneficia a la literatura y a la industria y aumenta sus posibilidades de triunfar, es la que da tan alta tensión a su existencia de torbellino.



Tiene ahora cincuenta y tres años, y, apenas han pasado dos que diera al público los «Diálogos olímpicos», cuando publica en Madrid un nuevo libro, el mejor de los suyos y que es obra maestra de psicología y estilo. El novelista que pintara aspectos del regionalismo rioplatense, trazando sobre todo rasgos del hombre de campo, con finísima percepción descubre las cualidades intrínsecas de un pueblo que no es el suyo, pero al que llega por una rara afinidad sensible y estética. Y sorprende a los mismos sevillanos por la justa condensación de valores que presenta en «El embrujo de Sevilla».

A propósito de esta obra dice Unamuno; «Yo no he visto jamás un libro tan original y de tan profunda psicología española». Evidentemente, Reyles ha dado el salto definitivo que convierte al hombre de talento en escritor genial. Y ello estriba en que esta vez ha sido tocado el corazón además del cerebro, pues ha escrito sintiendo, ha escrito emocionado, ha escrito amando. Hay amor sobre todo; amor en su manera de comprender y de exaltarse; amor en sus descubrimientos y en sus creaciones; amor en sus intenciones y en sus palabras. El embrujo está precisamente en ese enamoramiento, en la manera honda de llegar a las cosas —por la poesía, por la estética y por el sentimiento— y gracias a esa nueva forma de dominar el tema, florecen las cosas y el alma de los hombres. Reyles ha escrito una obra voluptuosa, apasionada, viva. El filósofo frío, el novelista desdenoso de las obras anteriores, el amante cruel de principios de siglo, el adorador de la fuerza, el escritor realista de «El Terruño», sufre ahora el influjo de un encantamiento del color, de la gracia y de la belleza. Sevilla lo conquista, con sus catedrales, con sus callejuelas, con sus leyendas; el redondel es para él un templo donde se rinde culto al héroe; en el tablado recibe la revelación de las lágrimas; en las procesiones palpa la voluptuosidad del martirio.

Y él dice: «Repetidas veces me he preguntado si era yo, en realidad, el autor de «El embrujo de Sevilla», y siempre una vocecilla burlona y ácida me respondía: «No, quien la dictó fué la misma Sevilla». Lo dice años más tarde todavía, y siempre recuerda cómo se sintió elegido para cantarla, cómo recibió su influencia musical y vernácula, y cómo descubrió el secreto de sus danzas, de sus cantos, de sus bravuras, de sus dolores, de su fe y de su amor.

\*  
\* \*

Así, lo que ha de disonar, y allí está para ello, mantiene la armonía; debajo de los vicios hay nobleza, se mezclan lo bajo y lo elevado, y en todas partes se encuentra la llama que purifica hasta el pensamiento más negro. Con el tema que elige y con la agilidad que lo desarrolla, el libro resulta subyugante. Todo es allí vibración, todo habla; porque vibra y habla hasta lo que calla. Habla pues el patio soledoso a la media luz de sus toldos jerezanos de amores trágicos y de tiernos idilios; hablan secretamente las cuentas de agua de los surtidores, y rezan, más que revelan lo que pasa, tan íntima armonía hay entre las cosas y los seres. Todo es complejo en ese acuerdo y desacuerdo, del que ningún carácter podría desprenderse del conjunto que los

enlaza; los temperamentos se complementan, sus sentimientos se confunden; aman y odian al mismo tiempo, se hacen la guerra y se tienden los brazos. El embrujo ha vuelto a los seres humanos, más humanos acaso que otras veces, o más humanos de lo que lo son en los libros...

¿Ese temperamento lleno de matices y tan vivamente humano es el de Andalucía? Hay una evidente afinidad que le ayuda a arrancar los sonidos más graves y vibrantes. Reyles siente a Sevilla, estéticamente, amorosamente, como con sensualidad, y sin conciencia de que es así. Pero su pluma toma por eso tonalidades cálidas. Con nervios y sangre parece haberse escrito la obra. Sin duda puede pintar lo que más lo apasiona. Amor y valor viven en las páginas, que también son hojas de vida y de muerte. El pasado revive en las tradiciones, se continúa en ese legado de fe, heroísmo y pasiones que no desintegra el presente, y éste, a cada momento, está a punto de romperse, porque las actitudes peligrosas hacen que la muerte lo ronde. Los mártires y los héroes, están allí, cerca entre sí, y más cerca del pueblo que en ninguna otra tierra. El torero es escuela de héroes. Y el torero que cae, sirve para esculpir un nuevo cristó o un nuevo santo, al que se le reconoce, y asimismo se le rinde fervorosa devoción. Se vive a la vera de los toros, se sienten las alternativas de las pasiones, y se está tan junto a la muerte que, necesariamente, conmueve todo, un soplo de fe. «Si pudiéramos meter en la vida esta emoción, esta fiebre!», dice el autor, y la introduce en el libro.

En cierto momento Pura, la bailadora, exclama: «Siento que somos como bailamos, y que cuanto más se diga bailando lo que somos, tanto más y mejor es el baile». La idea puede aplicarse, y debe aplicarse al libro, y en particular a éste, ya que cuanto más bien ha sido lograda la expresión, tanto mejor es la obra que expresa cómo se es. Y, ¿qué libro mejor que éste para explicar un carácter?

\*  
\* \*

Enjundiosos trabajos se escriben sobre el libro; la prensa internacional lo elogia sin reservas; su fama llega a todos los ámbitos de América, de España y de Francia; se le traduce al inglés, al francés, al alemán y al holandés; las plumas más aceradas le rinden justicia y su nombre está al fin aureolado de gloria. Y eso que, como Paco —su nuevo héroe—, por lo bajo él también se dice: «La gloria ¡psch!, me tiene sin cuidado. La gloria es para mí los buenos vinos, los buenos puros, mis caballos, el desahogo de mi casa y mil pesetas en el bolsillo para alternar con quien quiera que sea donde quiera que esté...»

Sigue sin embargo a la fuerza otro camino. Su desdén a la gloria no basta esta vez para desviarlo de ella, y a pesar de su orgullo de hombre que se divierte, y de la poca importancia que quiere dar a los intelectuales, triunfa por su pensamiento. Y así, quien ha defendido la vida contra la literatura, haciendo alarde de no confundirlas, en este libro las confunde y triunfa por ello. Se ha superado llegando al cenit de su existencia, no precisamente, viviendo, sino derramando a borbollones —en una obra— en ésta, cosas vitales; lo que significa, traduciéndolas. Y así halla y crea una ciudad y una raza; y ha de decirse, crea, porque es como creador que encuentra el *summum* de valores que sólo descubre quien se encuentra en trance para ello. Por eso, su obra, como la de un iluminado, está religiosamente encarada. Pero es también obra briosa, saltarina, nerviosa, llena de gracia musical y posee el color de un agitado tapiz flamenco. Además, como el libro de un estudioso, éste tiene riqueza de expresiones, términos justos y variadísimos, que ha de antojarse a muchos desusados, por muy castizo, y vocablos pintorescos y puebleros, cuyo acertado manejo extraña. Todo, logrado con un valor evidente de armonía, por la que la obra es ligera y profunda, natural y espontánea. Y luego, hay allí ese revivir de cosas viejas y eternas, que hacen que el libro no tenga época, como si fuera una historia de las pasiones. Todo viene de siempre. Las figuras son símbolos, unidos entre sí por emociones galvánicas, moviéndose en una ciudad de ensueño y de poesía, riente, dolorosa y mística. Y sobre ese flúido de comprensión, está el otro, que une la obra al autor y hace que represente el espíritu de Sevilla y el de Reyles a un tiempo. Así, diríase que al revelarse se presentase, como si el poder extremo de ver, lo llevara a un deslumbramiento que no es desintegración de su personalidad, como si el libro fuera él.

Puede así no estar en nadie y estar sobre todo; no ser ninguno de los personajes y sin embargo no alejarse. Sólo de cuando en cuando, se encuentran rasgos suyos, o se oye su voz; y puede decirse que en ningún libro se ha presentado menos que en éste, pero en ninguno ha quedado tan fuertemente impresa su vibración.

Paco tiene alguno de sus dones, inclinaciones y gustos. «Ama las cosas de la tierra». Es un temperamento arrebatado, que, como él, posee un «ostentoso dominio de sí o burlona entereza», que los andaluces admiran y de los que Reyles se envanece, aunque queriéndolos tener «por la cosa más natural del mundo». En cierto momento, dice: «Los derrotes de la fortuna y los derrotes de los toros no se esquivan *jugando*, sino *parando*», cosas que, invirtiendo los términos, puede decirlo el autor de igual modo que el torero. Y éste, como el autor, tam-

En esta casa vivía Carlos Reyles hace 100 años. En ella meditó la selección de la raza Durham, primera refinadora de los rodeos vacunos, que él introdujo con empuje de visionario, cuando corría el año 1859





EL  
DIA  
LA FLORE DE CUCURBITO

poco sirve —según confiesa— ni para el ahorro paciente, ni para el trabajo oscuro, ni puede avenirse (como Reyles también debía creerlo entonces) a los renunciamientos de la miseria. Paco, al verse arruinado, pudo hacerse —como allí se dice— torero o salteador. Es un mozo crudo y cumplido caballero, que teme más a la miseria que a los toros; hombre de juergas, acostumbrado al boato, que considera la mayor vergüenza no tener una peseta. Y también, como Reyles, casi de chiquillo, había toreado jugando... Tiene don de gentes, que le viene de haber frecuentado, las altas y las bajas esferas sociales, y, gracias a esto, ha de encontrarse tan bien entre labriegos como entre señoritos. Y esto también es suyo, de Reyles, que es hombre de campo y ciudad y sabe alternar y tratar con clubistas y peones. Amigo de afrontar peligros y luego también de comentarlos, es también en esto como él, en el tiempo de sus calaveradas; acentuándose ese parecido por sus «líos amorosos» y su «reputación de excelente caballista». Además, entre político y torero —los dos caminos que según Paco tienen los españoles para no morir de hambre—, cree que es más decente el segundo...

Cuenca, el pintor, en el que retrata al pueblo español, tiene también a momentos, ideas y maneras de exponerlas muy propias del autor. Sin embargo, no es tampoco él, ese hombre huraño y tierno a un tiempo, a quien no aman las mujeres, hombre tan entusiasta como apacible, de verba elocuente y acción tarda. Pero, Cuenca, es el que eleva el tonó de la conversación, allí, donde esté. Tiene imaginación de artista y espíritu razonador. En su mesa, es tema siempre «el problema español», y la pintura, las mujeres, los toros, los caballos y el *canto hondo*. Todo lo ve bajo un aspecto metafísico, Kant, Hegel y sus discípulos lo mantienen en perpetua ebullición cerebral, según reza en el libro. Tiene una serudición preciosa (¿la suya?), y, «para mayor incentivo de sus disertaciones —las condimenta— con las sales de los filósofos. ¿Cómo él? Cuenca puede hablar así de Platón, Séneca, Santa Teresa y de los artistas flamencos y de los lidiadores. Y éste es también uno de los orgullos de Reyles, el salto que puede dar y da, de lo más espiritual y sutil, a lo activo, rudo y corriente —que nunca es del todo corriente con él— pero que a los otros puede así parecerle.

Y Cuenca da a la pintura un sentido, como Reyles se lo da a la literatura. Pero, ¿hay algo que para él no lo tenga? Lo tiene el canto, el baile, la lidia. Y, es ahondando en el sentido de cada cosa que halla tantos enigmas; como es, para posesionarse de ellos, que desnuda las almas y las cosas y muestra al trasluz de la risa, lloros, o del crimen, amor.

*Fragmento de "El Pitoche"*  
\* \*

En el libro hay movimiento y pasiones. Paco, el señorito, joven de rumbo, poseedor de una cuantiosa fortuna, se encuentra de la noche a la mañana arruinado por culpa de un tío. «Sabía que estábamos muy entrapados, pero no creí que llegase a tanto. Bueno está. No tengo nada que objetar... Vendan los cortijos, los ganados y todo lo que haya que vender, salvo esta casa. Esta me la quedo. Aquí nacimos Rosarito y yo, y de aquí no saldremos sino con los pies por delante. —Pero hijo, ¿cómo vas a componértela, si apenas te alcanzará lo que te queda para cubrir su importe? —Eso es cuenta mía» —dice—. «Aseguraba el gran Cúchares que los toros tienen un criadero de duros en los morrillos. Allí iré a buscarlos yo». Y así se hace torero, para que Rosarito, su pobre «hermanilla», no descienda un ápice de lo que fue. Pero esto no es tan fácil, ya que su situación no se ajusta a ello. Y porque Paco tiene una novia, Pastora, mujer hermosa y orgullosísima, hija de un industrial, como el padre de Paco, que ocupa un puesto social prominente y está apegada a su rango, y, aunque adora al novio, a instancias de su padre rompe el matrimonio, por haberse convencido de que casarse con un torero es indecoroso. Por otra parte, en el tablado, actúa Pura, la «bailaora» y Pitoche, el «cantaor». Pitoche ha sido el primer amante de Pura; la ha maltratado y despreciado, y en sus oscuros comienzos ella ha sido su víctima. Ahora Pura viene del extranjero, tiene fama, belleza, gracia, talento, encanto y «trapíos», y se ha encumbrado, mientras el otro ha permanecido estacionario. En cuanto a Paco y Pura, se habían visto ya y habían sido amigos. «Después de los cuadros se venía siempre a mi vera —dice Paco— y me contaba las desazones que le daba ese arrastrao de Pitoche. ¡Pobre chiquiuya, cuántas fatigas le cuesta querer!» Paco era entonces el noble rico y ella la mujer de la calle; ya ni uno ni otro son lo que eran. Él ha descendido y ella ha subido. Y, cuando Paco y Pastora se despiden, pensando que es para siempre, surge Pura, y no con un amor provocativo sino sedante, de dulce amiga, de consoladora, gracias al cual poco a poco él olvida a la otra. Paco ama a Pura así con más ternura que a la novia, ya que a aquélla la amaba más sensualidad que a la bailadora. Pero, tampoco Pitoche deja de amar a Pura, aunque ésta lo odie y, ese amor no correspondido es el que prepara el drama.

Un día, alguien pone en manos de Pitoche, una navaja. El encuentro entre los dos rivales se produce. Pero cuando Pitoche le sale al paso, Paco lo aparta y sigue, sin tenerlo en cuenta. Entonces, el otro insiste, y, para deshacerse de él, lo coge de los hombros y «lo

lanza como un saco de huesos sobre el muro de enfrente». Es en ese momento, cuando Pitoche, rechazado, se abalanza sobre el torero con la navaja abierta, y Paco desarmándolo, lo tira al suelo y le apreta el cuello hasta que el «cantaor» empieza a amarotarse. Sus ojos se salen de las órbitas y con gritos inarticulados parece pedir auxilio o perdón. Pura, conmovida, toma la navaja que ha quedado en el suelo y, para salvar al que odia, mata, o así lo cree, abalanzándose sobre el que ama. ¿Por qué? He ahí lo inexplicable. Pero, dentro de la delincuencia nada es lógico. «¡Dios mío, qué he hecho!», exclama en seguida, como despertando de su locura. Pero huye con el hombre que odia.

Paco vive entre la vida y la muerte; Pastora, olvida sus prejuicios y va a cuidarlo, reanudándose más tarde sus amores; y Pura vuelve al infierno, ya no de la miseria sino de la desesperación. Y junto a ella vaga Pitoche desconsolado, pidiendo que lo despenen. «Lo que Cristo sufrió cargaito con la cruz, es un grano de aní junto a las que estoy yo pasando por ti, Pureta. Hace ocho meses que mi tormento dura, y he perdido hasta mi calía de hombre. Lloro como una mujé, rabio de celos y le pido a Dios que salve al señorito Paco, pa ve si, estando tú más contenta, eres menos bronca conmigo, no por mí, sino por él. Le aborrezco, y le besaría los pies porque te perdonase y quisiera nuevamente, aunque me matase el verlo. Y porque tú lo quieres, muerto él y yo vivo, me cambiaría por él».

Más tarde, se encuentran Pura y Paco, su entrevista es dramática y termina con ese estado de cosas, porque acaba con el perdón. Y se vuelve a estar como al principio; pero con el enorme caudal del dolor, del valor y del amor que se derrocha en el libro.

Hay en la obra también «pincecladas vivas y gozosas»; sólo que junto a la risa, hay lágrimas, y, todo allí es amor, sangre, vida y muerte; «la pena está en el fondo de la copa y la copa en el fondo de la pena... Libro enjalbergado de sol y de embriagueces, pero debajo de cuya capa de alegría y dicha, se oye el rasgueo del cante de una realidad más grave, honda, arrogante y ensombrecida.

\*  
\* \*

Pero, lo más humano es allí el amor, y esto es lo que hace humano el libro. Todos aman, y amando sufren y odian. La pasión pierde y salva, lleva al crimen y al sacrificio. La puñalada de Pura es el viejo amor que despierta insospechadamente contra su nuevo amor, y casi contra ella misma. El relámpago de locura que mueve su brazo es la chispa dormida de un amor que se había vuelto ya odio; pero que, al

ver que el hombre que ama está próximo a matar al hombre que odia —pero al que ha amado— salta con instinto de fiera, sin saber cómo ni por qué, ni saber que mata porque ha amado.

Y del otro lado, el hombre rastrero, indigno, al que no obstante odiar, Pura ha salvado, ese Pitoche miserable, llega a amar tan íntegramente, que lo que tiene de bajo y antipático se embellece. Y junto a ese nudo de pasiones que la puñalada deshace y que constituye el centro del libro, junto a los tres personajes centrales, aman también los otros. Ama Pastora cuando dice: «Paquiyo, te quiero tanto que me gustaría perderme por tí». Ama Cuenca —el pintor amigo de todos—, que enternecido ama la Pura culpable y desesperada; y la ama entonces con un amor límpido como el agua, purificador como el agua, sin intenciones y sin mañana, que nada espera ni quiere esperar, porque es amor protector, dulce, grande, noble y distante... Y, mientras unos bajan y otros suben, van amando. Primero son dos cuadros, como en los cielos de la pintura de Murillo, amor arriba y amor abajo: el señorito y la niña y el hermano y la hermana —Paco y Pastora, Pepe y Rosarito—; como bajorrelieve, en la miseria, se desprecian y se aman, Pura y Pitoche. Y luego viene lo demás, cuando las cosas se desplazan y las decoraciones cambian.

Y hay todavía amor en la Pura criminal y desesperada y en el Paco que, lleno de despecho toma un cuchillo para matarla. Y, en sus insultos, en sus gritos, en su inmensa piedad; y amor todavía cuando se abrazan y «sus lágrimas parecen arroyos... y sus sollozos parecen rugidos...»

\*  
\* \*

Ahora se relaciona con muchos escritores españoles: Baroja, Ortega Gasset, Azorín, entre otros. Se encuentran en San Sebastián. Allí alterna también con escritores franceses, sobre todo con Barrés, de quien es muy amigo. Muchos toreros, Belmonte, en primer término y también Rafael Gallo, Bombita, Joselito y otros, se sientan en su mesa de café. Pero, su compañía preferida es la de las mujeres, y no sólo porque es admirador de la belleza y de la gracia, sino porque son su mejor público, el que oye religiosamente, aprobando siempre y de acuerdo en todo, con lo cual él demuestra su preferencia por la belleza y la devoción.

¿Cómo ha de pensarse que para un espíritu tan intransigente va a ser agradable hablar con quienes tienen arraigadas ideas que, sobre todo con los que creen poder defenderlas, tengan o no razón? Reyles

precisa tener siempre un público amable, que no opine sino para apoyarlo, y mejor todavía que no opine ni para apoyarlo. ¿No es él siempre quien va a hablar? Y habla así de todo, de lo que sabe, desde luego, y también de lo que no sabe.

No es un secreto para nadie, que Reyles no es un artista, y que patiendo muy poco de música, que sólo le gusta la música italiana, cuando es fácil y pegajosa, y la española, Albéniz y algún otro, o Baré, a los que acaso reconoce más que siente. Y, hablando de música, con esa brillantez tan característica suya, sostiene a veces cosas que, quien sabe algo más o desde luego mucho, oye incomodado y contradiciéndose. Así, un día, Rodríguez Pintos —que lo escucha— tomando la palabra, sostiene lo contrario y argumenta con conocimiento de causa, muy en contra de Reyles. Pero, éste, disgustado, le dice que no quiere que lo contradigan. Con lo cual, dice lo ya sabido. «Entonces ¿por qué quieres tener amigos tan sencillos?», le contesta el poeta. Y, éste que reconoce que, sin acaso pensarlo, es con lo que quiere, pues desea que se le apruebe o por lo menos que se le oiga...

Y, ¿quién se opone a un deseo tan imperativo? Sólo los que son tan fuertes como él, a los que no lo conocen. De ahí que rara vez se le interrumpen, creándose así alrededor suyo un permanente e incondicional silencio. Por eso, cuando un día, como todos los días, se pone a hablar apasionadamente, sobre un tema muy suyo: toros, se le escucha, y se le deja alabar el gran deporte, como él llama, sin contradecirlo. Pero he aquí que en la rueda se encuentra un español, que siente menos que Reyles las cosas españolas y que, en cuanto puede, toma a su vez la palabra, para oponerse a las alabanzas de Reyles, haciendo la apología del alpinismo. Demuestra, entre otras cosas, que se trata de un deporte que desarrolla la solidaridad, deporte íntegro y humano —como dice— en el que, cuando alguien cae o está a punto de caer, los demás, que van unidos por cuerdas, lo ayudan y socorren. Y este argumento o circunstancia que al otro encanta, a Reyles —ya impaciente como está— le hace estallar, diciendo: «¡Ese alpinista, a quien recién conoce y al que se agasajaba en el instante preciso en que se desarrolló tan poco amablemente, el tema en cuestión.

\*  
\* \*

Asimismo, Reyles está siempre rodeado. Su modo hiriente de replicar no desanima a sus admiradores, ni a los que, sin serlo en tan alto grado, adoptan, por conveniencia social o intelectual, la posición

curvilínea de los cortesanos. Cuatro, cinco, seis, diez mujeres y hombres lo escuchan. En una fiesta, como en todas, o en cualquier oportunidad, está rodeado y tiene al auditorio en suspenso de su conversación; y otra vez más, un desconocido, del que no ha retenido el nombre —que tampoco nada le dice— lo interrumpe para hacerle preguntas u objeciones, acaso ociosas, o que a Reyles parecen impertinentes, porque sin responder, sigue su disertación. Pero, al terminar la cena, se acerca a la dueña de casa para preguntarle: «¿Quién es ese charlatán que no dejaba hablar? Y entonces se le da el nombre de un profesor extranjero, especializado en la materia que se tratara, y ¡al que Reyles no concedió ni una interrupción!

Evidentemente, no desaprovechó las lecciones que recibió de Castelar, allá en sus mocedades. Como aquél no admite interrupciones, ni aun de quienes pueden estar mejor preparados que él y hablan de temas que han estudiado durante años... Y, como Castelar, en ocasión similar a la suya, cuando un historiador lo interrumpía mientras hablaba de historia, para recordarle cosas que si sabía, había olvidado, Reyles también, a modo de epitafio, habrá dicho o pensado, respecto al profesor, lo que el otro dijera al despedirse: «¡Pero qué erudito es este tonto!»

\*  
\* \* \*

Malos tiempos preparan ahora el derrumbe de su fortuna. Como consecuencia de la guerra europea, de la crisis mundial y de la desvalorización de la moneda, sus producciones, tan bien cotizadas, se vienen al suelo. Las bases de su negocio se minan y se ve precisado a liquidar, dando por menos de nada, animales finos, en los que había empleado un capital inmenso. En esa situación, sino desesperada, comprometida, desde Europa da orden de que se venda todo, y se rematan entonces sus productos y las instalaciones más importantes de las que tiene en la República Argentina.

Casi inmediatamente, ha de rematarse su casa de Buenos Aires. Pero, en esa circunstancia, él está ya presente y dirige los detalles de la venta. La casa es magnífica, y está amueblada ricamente. De sus viajes ha traído piezas con las que ha ido formando sus colecciones de obras de arte, cuadros, pequeños objetos de marfil, esmalte y porcelana, bronce y mármoles, que han despertado un gran interés entre los aficionados. De las preciosidades allí reunidas, muchas hay a las que tiene gran estima. Así, el día del remate, cuando visita la casa y con detenimiento va mirando las cosas, queda largo rato ante algunos

objetos. De cuando en cuando toma un cortapapel o una estatuita, los retiene un momento en la mano; pero, luego los deja, sin que un músculo de la cara traicione a su espíritu. Mira más bien como curioso y sin que los que lo observan puedan pensar que es para él doloroso aquel adiós a sus cosas.

Terminada la venta, se instala en la última estancia, «El Charrúa», que también ha de tener que abandonar en 1927, porque la suerte, que le había sido propicia, se ha vuelto ahora esquiva. Ese campo ubicado en Venado Tuerto, República Argentina, es lo único que queda de su fortuna. Pasa allí tres o cuatro años, de retiro y de combate, en una nueva tesonera lucha. Está aun lleno de ansias de reconstrucción, no quiere dejarse vencer, y sin duda piensa en volver a ser rico. Reyles no es hombre al que venza con facilidad la desventura; su carácter, ese carácter que sobrepasa a su talento, lo mantiene preparado para el resurgimiento. Con todo, esta vez las posibilidades del hombre han de resultar insuficientes. Su disciplina combativa tan favorable hasta ahora, y las virtudes activas que siempre —con fortuna— puso en movimiento, son arrastradas por el torbellino de un mal universal, ante el que los más fuertes de los hombres claudican. El porvenir ya no es suyo; moralmente sigue siendo un triunfador, pero materialmente, no. Su trabajo, sus devotos, su energía tan noble, sus interesados idealismos no pueden impedir el desastre. Su última estancia pasa a manos extrañas, y de aquella cuantiosa herencia, por él tan aumentada, no quedan sino unos pocos cientos de miles de pesos, que para Reyles resultan una bagatela.

Las escrituras de la operación se han firmado, y, mientras el nuevo propietario llega a hacerse cargo de la estancia, Reyles pasa dos o tres días de espera, ocupándose todavía de todo con cariño de propietario. Sigue haciendo por el campo, lo que parece que se hace sólo por sí mismo. Y esto extraña en él, que ha sido siempre poco sentimental y nunca ha dado un valor desmedido a los recuerdos. El pasado ha vivido en su memoria casi sin embellecerse, porque es demasiado recio su carácter y hay en su espíritu una aspereza que lo inhibe de enternecerse; sin embargo, en este momento, si no en sus gestos y en sus palabras, se descubre, en sus mismas órdenes, el amor que siente por lo que deja. Recorre su dominio como lo ha recorrido tantas veces, para ver si todo está bien, y, diríase, que, para que las cosas se sientan bien. Manda arreglar un camino, hace cortar el pasto que sobresale, podar un árbol que, demasiado frondoso, incomoda a la armonía del paisaje, o enderezar una rama que se inclina bajo un peso excesivo; y toma las disposiciones con el interés del que va a

beneficiarse con aquellas mejoras, o del que tiene la obligación de ocuparse hasta de los nimios detalles. El leve matiz de melancolía que trasciende, ha de tener que hallarse así en la ternura que implican esas preocupaciones, porque la emoción no asoma a su rostro impasible. Si hay dolor, una máscara lo cubre; si hay sentimentalismo, es brevísimo; apenas los que observan perciben un ensimismamiento mayor que el corriente, como si sólo los silencios fueran reveladores; pero el día queda marcado en su recuerdo y, junto a la fecha, escribirá —en algún momento— estas lacónicas y significativas palabras: «Hoy he perdido el último florón de mi corona de señor feudal».

\* \*

Ese mismo año parte para Europa, donde el hombre de negocios tiente su última aventura industrial. De temperamento inquieto, de cerebro en perpetua ebullición, no podía avenirse a llevar la existencia mediocre de bienestar relativo que puede ofrecerse con los medios que cuenta. Es un enfermo incurable de actividad y de entusiasmos, un nobilísimo ambicioso al que los acontecimientos no hundan y a quien cada derrota ha de servir de apoyo para delinear un proyecto. Toda su vida ha sido y es una empresa fantástica y grandiosa, porque el hombre realista en las letras e interesado en sus disertaciones de filósofo, prácticamente es un soñador.

¿Qué va a tentar ahora? Su nueva empresa es descabellada; aventura loca, fantasía de una imaginación a la que el demonio de las grandezas aguijonea. Pero el eminente escritor, se enorgullece de que se le reconozca su título de «pionner». ¿Puede pensar que es más grande industrial o cabañero, que hombre de letras? En la literatura obtiene definitivos aplausos; pero su verdadera vocación, posiblemente no es esa. En el camino de las letras sus cualidades se revelan como sombreadas de amargura. Diríase que no encuentra halagadora su condición de escritor. ¿No prefiere las otras? Es industrial por idealismo. Ama la belleza de lo práctico. Preferiría el título de «gran capitán de comercio o de industria» a cualquier otro. «A través de ningún lente se ve mejor que a través del vil metal, la verdadera naturaleza de las cosas», se complace en repetir. Y no por grosero materialismo, sino por ser un apasionado de los intereses, o del sentido de los intereses materiales. En estas condiciones, justo es que se proponga rehacer su fortuna, porque sólo rehaciéndola, o al tentarlo, se hallará en posesión de sus medios activos. Y para ello instala en la tierra de los pequeños industriales, en la Francia del ahorro y del sentido económico, un colosal criadero de cerdos. Invierte en el negocio su capital, compra

milas de cerdos, y para ellos un castillo en Guitón, de Chateau de Fontenay, cerca de Burdeos. Las instalaciones son magníficas, todo se ha hecho en gran escala. Reyles se propone —como lo hiciera con los caballos y con las toras— mejorar la raza. Pero, la retadora empresa no tiene andamios, los pequeños comerciantes son más fuertes que él, y tampoco los cerdos se prestan de buen grado, al noble empeño de elevarse, e indignos de tan hercúleo esfuerzo, ¡lo funden!

\* \*

Está todavía en Europa, pero ya en muy difícil situación económica, cuando el gobierno del Uruguay lo designa para presidir la delegación que ha de representarlo en la Exposición de Sevilla, de 1929. Llega pues como embajador, a la ciudad que ha transflorado en forma tan sugestiva. A su título de diplomático ha de añadirse así, el que ha adquirido allí con su libro. Y Sevilla lo recibe con entusiasmo, y surge la iniciativa de que se le nombre hijo adoptivo de la ciudad.

«Si en una balanza se pusiera lo que Reyles honró a Sevilla y lo que esta ciudad se honra al nombrarlo hijo adoptivo —dirá un día, el alcalde de la ciudad, señor Díaz Molero, al cristalizar la iniciativa— seguramente pesaría más lo primero, pues Reyles supo mostrarnos con belleza literaria sin igual, el espíritu de nuestra ciudad. El ilustre escritor ha sabido exquisitamente ponernos de relieve, haciéndonos ver, aquello que sentíamos, pensábamos y amábamos con nuestra alma entera, pero que no había sido plasmado en una forma literaria con tan honda comprensión y maravillosa justeza». Sevilla se encuentra en su obra; admira a quien tan bien la ha comprendido, y tanto los espíritus selectos, como los que han servido de barro para sus tipos, dan al reencuentro carácter de cosa esperada y trascendente.

Se le tiene por el más sevillano de los andaluces; nadie como él ni antes que él, ni desde luego, tan sutilmente como él, ha desmenuzado lo que tiene de complejo y misterioso la ciudad hechizada, añadiendo por eso a su representación, «ese matiz espiritual preciso y quintaesenciado» que la prensa local hace notar que posee el embajador. Y, el idolo, ha de repartir así sus minutos entre admiradores y viejos amigos que le ofrecen la fiesta de la amistad y la admiración, y los deberes de su cargo, que él cumple con un rigor que sobrepasa al corriente. Y, así, cuando una demora en la llegada de los giros mantiene a la delegación sin recursos oficiales durante algunos días, y no pueden tomarse los empleados que han de desempeñar los menesteres insignificantes, Reyles, al igual que los demás miembros de la embajada, trabaja en los puestos más modestos y, hasta como mensajero

se pone a repartir personalmente las invitaciones que deben llegar en su oportunidad, para que la semana uruguaya no resulte deslucida.

El 18 de Octubre es el día que se ha fijado para la realización del Gran Festival Literario Musical del Río de la Plata. Esa mañana, Reyles, cuya salud, muy precaria, ya se venía resintiéndose visiblemente, se halla enfermo. Dolores violentos lo retienen en el lecho; los médicos indican reposo, y recurren, aunque inútilmente, a la morfina. La agravación, le presenta un dilema casi insoluble: la velada no puede suspenderse —o a lo menos así lo piensa— y él, que no puede moverse, debe hablar. Se le ocurre que el secretario de la embajada, que es el fino y a un tiempo fuerte poeta Carlos Rodríguez Pintos, lo reemplace, leyendo su trabajo.

Aparentemente el problema está resuelto; pero existe todavía la dificultad de llegar a un acuerdo sobre la manera de leer el trabajo. Reyles y Rodríguez Pintos poseen personalidades y características opuestas; y, esos modos distintos de sentir y pensar que se perciben en sus obras, tienen que trascender a sus maneras de expresarse. El poeta, al comprenderlo así, y considerando que no tiene las cualidades de recitador que podrían permitirle dar al discurso la justeza requerida, propone que se difiera el acto. Pero Reyles no admite retardo alguno, y con una nerviosidad que agrava su mal, impone su deseo, insistiendo en que la velada se efectúe aún sin su presencia. «A quien quieren ver en Sevilla es a usted y no a mí», le dice su secretario muy cuerdamente; pero Reyles no admite ya argumentos, y pide que allí mismo, en su cuarto, dé comienzo en seguida a la lectura, como acto previo, a modo de ensayo. Rodríguez Pintos acepta entonces el difícil cometido y, sin convicción y casi por compromiso lee. «Más entusiasmo; «más bríos», exclama a cada momento Reyles; «esa no es la entonación... hay que decirlo de otro modo... así, no, póngase una mano en la cadera... ¡tiene que ser más expresivo!... ¡falta calor!...» Naturalmente, no pueden ponerse de acuerdo. Y como Reyles empieza a comprender que nadie va a darle «su» entonación, toma un calmante y, a pesar de la prohibición de los médicos, y aun cuando lleva ya dos o tres días de ayuno, va a decir él mismo su discurso.

Sus amigos, mientras tanto, están sobre ascuas. Temen un accidente, y saben que éste puede producirse, y en un momento en que no oyen su voz, precipitadamente salen de las bambalinas y entran en escena, donde encuentran a Reyles tomando agua, tranquilo, curado por su propio entusiasmo. Y la ceremonia termina felizmente sin más contratiempo que ése, el del susto.

El acto tiene gran resonancia, y no sólo por lo que toca a Reyles,

sino porque es completado brillantemente por Alma Reyles —la hija del escritor— que hace conocer al público sevillano algunos motivos de música uruguaya, y, por Carlos Rodríguez Pintos, que dice versos de algunos de sus compatriotas, y uno suyo, con el que obtiene cerrados aplausos.

\*  
\* \*

Intellectuales, encopetados personajes, damas y toreros, rodean a Reyles, y en tono animado se comenta el acto. El ambiente es cordial; apretones de manos efusivos, abrazos afectuosos, palabras entusiastas se oyen, porque se han reunido allí, los amigos de antes y los admiradores de ahora. Rodríguez Pintos es presentado por Reyles a escritores y toreros que quieren conocerlo. Su «Tríptico andaluz», la poesía que hiciera a pedido de Reyles, ha cosechado palmas y alabanzas. De pronto, uno de los toreros, al que acaba de conocer, a modo de elogio, le dice: «—¡Qué bien mata usted en verso!» Y éste, ágil en sus respuestas, contesta: «—En verso y de verdad». La réplica, evidentemente, es tan andaluza como el elogio, y desconcierta en un primer instante o, por lo menos, extraña, al torero, que exclama: «—Yo no sabía que en su país también lidiaban toros». «¿Cómo, no lo sabía usted? continúa diciendo el poeta, ¡pues nosotros matamos toros hasta en la calle!» La respuesta, chusca y espirituosa, podría ser punto final de la conversación, y así lo parece, puesto que el torero, cambiando de tono le pregunta: «—Y, ¿hasta cuándo se quedan ustedes?» Rodríguez Pintos contesta que todavía deben quedarse tres o cuatro días más. La noticia parece que anima al espadá, que, sonriente, invita al poeta a torear para pueda lucir sus habilidades y Rodríguez Pintos sigue la broma y, naturalmente, acepta. Reyles, que está cerca, mientras habla con otros, sigue la conversación, serio y disgustado. De la conversación ligera, ha surgido un compromiso inverosímil; su compatriota se ha colocado en un duro trance y esto lo ha destemplado. En cuanto se separan de los otros, Reyles, cuya contrariedad no puede menos de advertirse, desasosegado, le pregunta: «—Pero, ¿y por qué se ha comprometido a torear?» «—Pero, si es broma», contesta Rodríguez Pintos, «¡si yo no sé torear ni he visto nunca un toro de cerca!» Pero, Reyles no comprende la broma; están allí como diplomáticos y considera que han empeñado su palabra. El compromiso es para él serio y hay que cumplirlo. Rodríguez Pintos no puede disuadirlo ni hay manera de demostrarle que no tenía por qué conversar con el torero diplomáticamente, y con la investidura del cargo. Reyles cree

que quedan mal los uruguayos si el compromiso no se cumple y en vista de la gravedad de las circunstancias, le dice: «—Si usted no torea, toreo yo». Esta solución resulta aún más imposible que la otra, pues Reyles, además de enfermo, está ya viejo, sobre todo para esos ajeteos y sería un disparate que bajara al redondel. Y, como insiste en el tal cumplimiento, que considera de honor, Rodríguez Pintos acepta correr el lance. Reyles entonces, para ayudar a su amigo y compatriota, resuelve darle algunas lecciones, las elementales, con sillas y toallas, allí mismo en la salita del hotel, en donde ha hecho un espacio amontonando los muebles. Y con esos pases y quiebros que aprende apresuradamente, el poeta está ya dispuesto a dejar correr la suerte, y, hasta dejarse matar si es preciso... Es en esas circunstancias, que asisten, uno y otro, al almuerzo con que los obsequian en la Venta de Antequera, el sábado anterior al domingo de la corrida, para que, siguiendo la costumbre, el poeta-torero elija el toro que quiere lidiar. De modo que, terminado el almuerzo, seguidos de una gran comitiva, van a los bretes; y Reyles muy quedo, va diciéndole: «—Éste no... éste tampoco... no lo acepte» La broma se ha vuelto demasiado seria. No se trata ya —según parece— de salir fácilmente del paso. Los toreros exigen el cumplimiento del compromiso con todas las reglas de la ley. Los toros son bravísimos, tan bravos, que diríase que ellos también están en la broma y saben lo que han de tener que hacer. Y, uno a uno, tienen que ser desechados. Queda sólo un brete por visitar, ¡el último! Hay pues que elegir ese toro; pero, con grandes carcajadas, les muestran ¡un chivo! ¿No están pagando una deuda que había que saldar? Evidentemente, los toreros no han olvidado el mal rato que Reyles les dió al llevarlos a su estancia, cuando para regocijarse, preparó el asalto a los coches, al pasar los bosques del Río Negro. Y esta broma puede muy bien ser una respuesta a la otra, dada con la misma sal, con iguales intenciones, y tan pesada como aquella, aunque siendo ésta todavía un poco más larga, y más cruel...

\*  
\* \*

Carlos Reyles llega a Montevideo el 29 de Diciembre de 1929, acaso para radicarse definitivamente. El millonario es ahora pobre; ha pasado por muy duras pruebas y está viejo y enfermo. Pero, su agilidad mental, su firmeza y sus energías, asombran. Nunca se ha hecho acreedor a una admiración tan justa, como ahora, cuando hay que admirar la nobleza con que hace frente a la adversidad. Quien estaba acostumbrado a satisfacer regios caprichos, a imponer locuras, o a exponer

sumas fantásticas en experimentaciones, en las circunstancias tristes del retorno no está desalentado y se muestra altivo, con una altivez más noble aún, como si se creyera obligado a presentarse como ejemplo de pujanza. Su vida declina pues embelleciéndose; su derrota es de esta suerte su mejor triunfo, y su gran altura moral es la que alcanza al descender.

No se conocía sino a un Reyles fuerte, en plena grandeza, de contingente soberbio; no se le concebía sino imponiéndose y dominando, hombre sin debilidades, para el que no existían los arrepentimientos, ni se habían hecho las miserias ni el abatimiento. Y, sin embargo se pensaba que, al desplomarse todo en rededor suyo, en la ingrata y tricionera hora que enciende en el pecho de los hombres como un anhelo de humildad o de odio, él también transigiría; se pensaba que su voluntad obstinada cedería también ante el avance sombrío de las desgracias, y que, como casi todos los hombres, buscaría en la pequeñez del descanso la pobre felicidad que podría ofrecerle la patria, rendida a sus méritos. Sin embargo, Reyles no llega en busca del asilo protector de pequenece; y no es la calma lo que quiere, porque nada ha cambiado dentro de él. Es ahora todavía lo que era antes, lo que va a ser siempre; tiene el espíritu fuerte de los que no se entregan nunca, y, si las sombras le sirven de guarida, no son para él, la reclusión, que, no aceptaría. Reyles trabaja y aun va a dar cuatro nuevos libros. Su cuerpo es viejo ya, pero su espíritu está en plena primavera: su piel está apergamizada, pero en sus ojos brilla, con fulgores de «navajazo», una mirada elocuente, joven, indómita. Da así la sensación de que guarda un espíritu que no envejece, y que acaso nunca va a morir, en un cuerpo que ya es de bronce.

Ha vuelto más cenceño que antes, más cobriza y cetrina la piel, más sobrios los gestos, grave y combativo. En su casa desmantelada se cueclan los vientos... Pero él escribe impertérrito. Su salud se quiebra, por días avanzan los males, sin que parezca darse cuenta. Apenas se alimenta, y sin embargo, ni los males físicos ni los morales lo llevan al desánimo. Semanas y semanas de un largo y cruel invierno debe pasarlas en cama, solo casi siempre, sin poder resolver los problemas banales y míseros de esta vida difícil que ahora lleva. No se queja, y hasta en las estrecheces es todavía el hombre de antes. El último dinero que tenía —cuarenta y siete mil pesos— los ha empleado, sin pensar en él. Los ha dado en un supremo y nobilísimo rasgo; y entra a la pobreza con ese último gesto de auténtica grandeza.

Su estancia —de una casa alquilada en Pocitos— está amueblada con una mesa de pino, dos sillas rústicas y una de mangos, que hace

de sillón principal y que él ocupa para recibir o trabajar. Y, allí pasa los días, cuando los altos de la enfermedad le permiten levantarse. En el cuarto de al lado, un «primus», exasperante al oído, proclama a gritos su miseria, sin que él oiga el molesto ruido, ensimismado en su labor, o elevando el ánimo con sus propias disertaciones. Posiblemente ha resuelto no oír, como resuelve también no saber nada de lo que deprime. Su espíritu se crea el mundo que necesita, pasando por encima de los contratiempos vulgares —que tanto mal han hecho siempre a su sensibilidad— y gracias a lo cual, a pesar de su realismo, logra prescindir de la realidad envolvente. Ahora escribe, refrescando el pensamiento en la memoria. Su nuevo libro, es claro, vigoroso, con el estilo acerado que caracteriza sus obras, y que concibe igual en época de privaciones. Los acontecimientos no lo hieren, y el libro puede no llevar así el sello de la hora. ¿Sucede esto, porque tiene el don de crear a su alrededor el ambiente de su novela? Acaso. Pero, de todos modos, tiene el pudor disciplinado; sabe callar sus desazones con dignidad, adaptándose aparentemente a la desgracia, o más bien pareciendo ignorarla, como si ésta fuese su manera de despreciarla.

\*  
\* \*

Entonces es cuando escribe a uno de sus amigos que se encuentra radicado en Europa: «¡La patria chica!, grande sorpresa. El progreso urbano de Montevideo es portentoso. Las señoritas visten admirablemente. El espíritu de las gentes es muy otro que el de mi tiempo... Creo que no estemos abocados a ninguna crisis grande como acontece en casi todas las naciones. Soy o mejor dicho, me encuentro, a pesar de todos los pesares, muy optimista. Me siento muy bien entre mis compatriotas y cerca de mis muertos. No es literatura ni menos adulación lo que dije en la comida del Comité: «El cosmopolitismo es una gollería. Fuera de la patria empieza el desierto (agregando): cualquiera que sea mi suerte siempre pensaré lo mismo».

\*  
\* \*

Cientos de personas, entre las que figuran los elementos más representativos del país, realizan en honor de Reyless un acto con características de homenaje nacional. Al agradecerlo, con palabras emocionadas, dice: «Si lo acepto aunque ruborizándome, lo digo sin falsa modestia, es porque me complace en creer, y eso disipa en cierta me-

didada más escrupulos, que va encaminado a premiar un tenaz esfuerzo más que a rendirle conspicuo tributo de admiración a la calidad catódica y humana de una obra literaria, mejor dicho, de una tensión vital, de un cuerpo a cuerpo con la resistencia bruta de las cosas en las letras y en el mundo». Piensa pues como siempre, y quiere dar ahora —que ha perdido— igual que cuando podía creerse vencedor, un gran valor a la voluntad, sin la cual considera inútil hasta el mismo talento. Pero es cierto que nadie como él, sabe cómo se vence, ni cómo la voluntad es la que hace efectiva la inteligencia. «No se pueden establecer valoraciones sobre promesas», suele decir al hablar de los que sin realizar nada, quieren tener un derecho adquirido en los planos superiores de la sociedad. Con ellos Reyless es intransigente y, no solamente no les reconoce valor alguno, sino que los cree inútiles y hasta elementos perniciosos moral y socialmente. La voluntad es para él la primera y más alta condición del hombre. Y, al final de su existencia, al hacer su propio recuento, cuando da ya a la labor literaria, en mérito a sus muchos triunfos, un valor equivalente al de sus demás actividades, piensa todavía que encierra no únicamente inteligencia, sino voluntad. De ahí que diga que su obra «prueba que no ha despilfarrado el tiempo» y quiere que se reconozca que de la lujosa orgía en que ha vivido, sólo ha recogido experiencias, sosteniendo que, en el fondo, ¡su vida ha sido la de un anacoreta!... ¿Extrañan sus palabras? Pero su acento es sincero cuando afirma la nueva verdad. «Antojábaseme —dice— que una idea no vivida, era una idea a medias, una verdad de museo», y que su temperamento lo incitaba «a pensar la vida y a vivir el conocimiento», añadiendo: «Mi libertinaje es una leyenda. Sólo he amado el trabajo». Y como prueba evidéntísima ha quedado su obra —como él mismo dice— fecunda en todos sentidos. «De todas las cimas sin cura de la dicha, la fortuna, la reputación o el deleznable y amadísimo pellejo, me arrojé al agua buscando no la vana gloria, mas la realidad curiosa, la idea todavía amorfa, la belleza recóndita o simplemente el despliegue de las energías de las que me sentía lleno», agregando que si tales ajetreos no merecen la corona de rosas ni los mármoles del Capitolio, merecen acaso el respeto y la estima, porque fueron dictados por el deseo de superarse y ser útil.

Recién empieza a considerarse escritor, es decir, a dar a esta profesión una trascendencia que sólo le daban los otros. Así, cuando exclama: «Empiezo a vivir la tragedia de la vejez y de los bienes perdidos sin sentirme apocado, ni desalentado, ni deprimido; al contrario: como nunca puse mira en lo contingente sino en lo esencial, sé que

se agarran más cosas con las manos del espíritu que con las manos del cuerpo y que poseo la única riqueza que no se pierde: la que se lleva en sí y forma parte de uno mismo.

Lo espiritual cobra, pues, para él una nueva importancia, y con lo espiritual, sus propios libros, a los que la fortuna adversa no ha podido destruir. Como Clemenceau, a quien cita, puede decir y dice que, «si los libros no le han dado la felicidad, le han ayudado a prescindir de ella».

«Nada debe desviar de la obra, no lo olvide nunca», es el consejo que da a uno de sus jóvenes amigos, al despedirse, cuando éste va a emprender un largo viaje. Ahora vive pues más intelectualmente que antes, y piensa desde un ángulo más intelectual, dedicándose por entero a los libros, que son los que han reemplazado a sus sueños de fortuna, acaso con sueños de gloria, y a las actividades maravillosas y dispersas que constituían el ideal de su vida y que se condensan en ese nuevo esfuerzo de traducción, de evocación, de creación y, que es modo de superarse y tal vez de vivir.

\*  
\* \*

Mientras tanto la sociedad lo agasaja orgullosa de contar en su seno con un escritor de su talla y cuyas obras, reconocidas internacionalmente, dan honra y brillo al país. Y Reyles acepta los homenajes públicos y privados, contesta los reportajes de los diarios, se deja fotografiar, recibe visitas, asiste a recepciones, tes y comidas, que se dan en su honor. Sin embargo, a propósito de alguna de estas demostraciones, dice a uno de los organizadores: «de no ser una cosa espontánea preferiría el silencio. Éste, en ciertos casos es también una demostración»; y a uno de sus más íntimos amigos, agrega después: «Por otra parte, usted sabe lo poco que me gustan los discursos y las cosas declamatorias. Me saben mejor las íntimas y cordiales. Y no por modestia, yo no soy precisamente un modesto, pero sí un rabioso partidario de buen gusto. Y luego aquí abundan tanto los banquetes...»

Pero, ¿puede sustraerse? ¿La llegada de Reyles no ha creado a su alrededor como un gran movimiento de admiración, de simpatía, de respeto y de atenciones y agasajos?

Pero, sus males avanzan, su situación económica se vuelve cada día más seria, y una enfermedad tenaz ayuda a dar la impresión de que se cierran para él los últimos horizontes. Asimismo, es corriente que la hora de la cuarta vigilia le sorprenda curvado sobre su mesa de labor, escribiendo con letra menuda y temblona, hojas y hojas de

«El Gaucho Florido», el libro que ha de aparecer en breve, y que tal vez concibe para huir de sí, del ambiente, y de ese desastre que se acerca a pasos agigantados.

Entonces es cuando surge la idea de dar al famoso novelista algún cargo de importancia y se habla de nombrarlo ministro en alguno de los países de Europa, o maestro de conferencias, o senador de la República. En esas circunstancias, amigos y amigos lo incitan a que precipite los acontecimientos, dándoles el «puntillazo» definitivo, a fin de que cristalice alguno de los proyectos. Pero para esto es necesario «rebajar» a demostrar interés; en una palabra: hay que pedir. Y hasta ahora Reyles, como Arturo Crocker, el héroe orgulloso de «La Raza de Galus», no ha tenido que solicitar nada a nadie... ¿Cómo resolverse a tomar ese camino, precisamente cuando su obra ha culminado y su fama se ha extendido? Y, además, ¿cómo hacerlo? El no sabe adular, ni siquiera inclinarse, ni es un espíritu dúctil, ni tal vez lograra con tino acercarse a quienes pudieran protegerlo... Y lo hace con altanería y con ese «empaquet» de quien se considera superior y que en general se halla sólo en quienes otorgan. Piensa que puede elevarse a embajada la legación en Madrid, y ese es el cargo que le interesa. Pero ha dado el molesto paso con poca fortuna, sin obtener la respuesta pronta y favorable que podía esperar y empieza a enervarse... Se le entretiene; tal vez se sigue con él un procedimiento *banal* y corriente, el de todos. Y, como no tiene paciencia, ni cree que tiene por qué tenerla, se exaspera con la demora, con la indecisión, con los contratiempos, y cuando se le ofrece a cambio de la embajada en España, una representación literaria en Europa con un sueldo que él considera denigrante, su sangre se enciende, grita, insulta, se sulfura, se enferma de rabia —si es que la rabia enferma—, casi tiene un ataque, y acaso está a punto de morir. Pudo haber muerto al instante. Se retira tremendamente ofendido, exclamando en medio de su exaltación: «¡Al fin yo no preciso ser ministro ni embajador, ni necesito ningún título para ser Carlos Reyles en cualquier parte del mundo!»

Opta por quedarse en la miseria, en su digna miseria, trabajando, enfermo, y sin recursos ni para atenderse. Pero de la dolorosa experimentación ha vuelto con los ojos inyectados en sangre —cosa que dura más de un mes— y en el corazón lleva la hiel amarga que no había conocido el hombre victorioso.

\*  
\* \*

Más tarde escribe en un diario de Suiza una serie de artículos patrióticos sobre «La democracia en el Uruguay», en los que se expresa en términos encomiásticos para el país. «En los últimos veinticinco años —dice— termina la prepotencia de los mandones, y los gobernantes de mano larga; cesa la política de sablazos y discursos, sucédense una serie de gobiernos honestos, audaces e inteligentes y la república, venteando el espíritu del tiempo, da el peligroso salto mortal de la democracia política a la democracia socializante. Cae de pie. No estallan incendios ni revoluciones. Acelérase el pulso de las finanzas. El dinero enmohecido en las arcas, sale a tomar el sol y se derrama como una materia preciosa y fecundante. Circulan novísimas ideas. Entre tantas doctrinas en pugna como llegan de Europa, los hombres dirigentes, secundados por el seguro instinto del pueblo, evolucionan sin caer en excesos de mayor cuantía, hacia las reformas sociales que pide el pueblo, consciente de sus derechos y preparado para ejercerlos. Toman aquí y allá lo que juzgan oportuno y útil».

Hace notar que el gobierno protege en primer término los intereses de la colectividad, pero favoreciendo a la vez las selecciones humanas por medio de la instrucción y la cultura. «No dicta la muerte del individuo, menos la del hombre superior, pecado cardinal de las democracias mal entendidas». Más adelante habla de la consideración de que gozan los artistas y los intelectuales. Luego menciona «los nombres ilustres de Rodó, Herrera y Reissig, Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou». Habla de la pintura de Figari; y de los grandes poetas franceses, que son uruguayos de nacimiento: Laforgue, Lautréamont y Supervielle. Muestra al Uruguay triunfador en los más variados géneros: «alas uruguayas, apenas nacidas, atraviesan el Atlántico... Entre 51 Estados, el Uruguay es elegido para presidir la 8.<sup>a</sup> Asamblea de la Sociedad de las Naciones... Nuestros muchachos triunfan tres veces consecutivas en el campeonato mundial de fútbol. No es fuerza bruta ni la inteligencia de los pies como se ha insinuado con muy poca agudeza, sino la inteligencia del cuerpo entero lo que les ha permitido vencer en aquellas justas, a todos los atletas del mundo». Y agrega que «no parecerá nimio este detalle si se considera cumplidamente que en el análisis de las culturas, dice a veces más una copla que una catedral». Poco después, se pregunta el por qué de todos estos triunfos, y se contesta: «¿Es pura casualidad, mero capricho del azar, que una población reducida produzca excelencias de todo género? Sería poco sutil aseverarlo. Tales hechos no acaecen porque sí, obedecen a una causa y revelan algo. ¿Qué significado, qué sentido tienen? El menos zahorí, a poco de reflexionar, veríase forzado a con-

siderarlos como las notas agudas de una tesitura de vida alta y peculiar, producida a su vez por el medio y la cultura».

En otra parte del trabajo, refiriéndose siempre al Uruguay, dice: «Vitalidad, intelectualidad, sensibilidad, dignidad, voluntad de conciencia, dan la clave del misterio uruguayo, del pequeño grande país que sólo en el continente sale mar afuera al encuentro del huracán revolucionario, acepta racionándolo el avance de las masas, empuja el pueblo hacia arriba y le dice al oído: Evolución ultra-rápida hacia el bienestar general, pero no guerras, sino cooperación. Todas las libertades y todos los derechos dentro del orden... Todos iguales y todos inferiores es un grito de muerte. Todos desiguales y todos superiores, cada cual en lo suyo, es un grito de vida. Los hombres selectos son los grandes servidores del pueblo, y el pueblo que mayor número de ellos engendre está en vías de ser él mismo así como un hombre selecto de miles de almas», añadiendo: «La excelsa función de las democracias es producir aristocracias, vale decir, superioridades... Ahora bien: hombre selecto y persona culta en este caso se equivalen. El pueblo compuesto de ciudadanos cultos, que tienen valor por lo que son en sí y no sólo por lo que hacen, será un pueblo afinado, en plena disponibilidad, apto para comprender, acometer cualquier empresa de empuje y aspirar a un estilo de vida noble y pleno». Y para terminar añade: «Actualmente el Uruguay da la impresión de estar maduro y pronto para evolucionar al compás de las necesidades y ponerse a la temperatura del clima. Más que Estado rígido, o cristalizada fórmula de gobierno, es tránsito e impulso hacia adelante, como todo lo auténticamente joven y vivo. Actitud de agilidad para el salto y la adaptación. Flexibilidad de palestrista. Los pueblos políticamente ágiles y cultos, realistas e idealistas a la vez, disfrutan del peregrino privilegio de oír cada toque de oración y adoptar el arresto consecuente. Van montadas en el convulso lomo de la ola. Ninguna es la última en dibujar las sinuosidades y los vértices de su fiebre sobre la arena lisa. Lo que cada ola escriba, lo borrará la siguiente, y así seguirán grabando sus diagramas en la playa, unas tras otras, incansablemente, impertérritamente, hasta que se seque el mar».

Esto es lo que Reyles piensa de su patria, cuando a ella regresa después de tantas ausencias. La estudia afectuosamente y hace elogios calurosos. En cierto momento la llama «tierra de promisión»; en otro afirma que han desaparecido los enconos políticos: «los políticos se combaten, pero los hombres se respetan», dice. El Uruguay es para él, «módulo ponderado de las democracias agudas». Admira su progreso, sus hombres, sus leyes, los encantos de la naturaleza. Escribe

sin la amargura de antes; se pone a tono con las cosas. ¿Es porque empieza a reconocer que «el hombre ha dejado de ser la medida de las cosas», y que los sucesos son en este momento —como dice— más grandes que el hombre? En todo caso, lo cierto es que es más humano, más comprensivo y más patriota.

\*  
\* \*

Es nombrado Asesor Literario en la Comisión del Centenario y no mucho tiempo después Maestro de Conferencias. El primer cargo, que pasa a desempeñarlo en seguida, lo emprende con su habitual dinamismo y ese entusiasmo realizador, por el cual las cosas se hacen, aunque sea llevándose todo por delante. Confecciona para ello un programa de conferencias y personalmente elige temas y conferencistas. Pero, por haber estado tanto tiempo fuera del país, comete errores, o a lo menos así se piensa. Y las equivocaciones, aunque involuntarias, son criticadas. Algunas de ellas desconforman; se cree que no ha colocado a todos en sus verdaderos sitios y que ha dispuesto un poco arbitrariamente de los prestigios sin ajustarse a un criterio clásico ni aceptar el arancel de valorías ya establecido. De las críticas y de esa inquietud que reina en el ambiente intelectual, surge de pronto un episodio desagradable y se produce una incidencia entre Reyles y Montiel Ballesteros. Y entre ellos se cruzan violentos artículos, que la prensa publica.

Sin embargo, si Reyles empleó al escribirlos palabras innecesariamente hirientes, palabras que debieron ir más allá, sin duda, de su propio pensamiento, más tarde reconoce su equivocación, por lo cual aquellos artículos han probado más que otra cosa, que conserva aún en la vejez el carácter combativo e intransigente de sus años mozos y una helicosidad excesiva ya, y agria todavía a momentos, lo que es raro en un triunfador. Pero si Reyles no tiene contralor sobre sus actos y en él son frecuentes los arrebatos, cierto es que éstos no duran, y que cuando la calma vuelve a su espíritu, recobra su nobleza. Y entonces, con una nobleza que no siempre tienen los hombres, hace, o trata de hacer justicia. Así, años después, al confeccionarse una lista de escritores y poetas de renombre —que en su total no alcanzan a ocho o diez— para constituir una comisión que él va a presidir, procediendo con altura, pide que se invite a Montiel, insistiendo en esa invitación y haciendo notar que la omisión significaría una injusticia, por tratarse de un escritor de calidad. Y añade que el hecho de no hallarse en buenas relaciones con él, no altera ni el juicio que de

él tiene, ni debe pesar en su ánimo ni en el de sus colaboradores. Su carácter puede estudiarse así en los dos frentes de estos acontecimientos: en su reacción incontrolada, reacción que tantas veces se repite, y en la sabiduría con que luego juzga, sin mantenerse en el que sería inescapable punto de vista personal. Es pues, un hombre de conciencia y de una independencia rara vez encontrada, desde que en él no se da a ninguna opinión, sino que ni siquiera se considera obligado a una consecuencia consigo, cuando ésta le exige proceder en la medida de que es capaz.

\*  
\* \*

Las características de Reyles, tanto la nobleza que redime, como el espontaneísmo que hiere a despropósito. De ahí que sea tremendamente injusto en sus desahogos, y que sus reacciones sean asimismo incontroladas. Su carácter es bilioso, pero hay en él una inquebrantable rectitud, por la que corrige sus impulsos. Por otra parte, y muy particularmente, si estos contrastes se presentan ahora acentuados, no hay que olvidar que tiene mayores motivos de amargura, y que conserva inespugnablemente vivo todavía el carácter efervescente de la juventud, un carácter que pudiera clasificarse de huracanado. Además, ya ahora, a los sesenta años, ni aún después, percibe el círculo de escritores que se va formando alrededor suyo. Continúa trabajando con el ritmo apresurado de siempre, y trabajando en sus obras —porque mantiene intacto su poder creador—, pero complicando esa vida de labor con sus deberes públicos. Y éstos le exigen además de una gran dedicación, algo que se le impone, y es disciplina y lo que nunca había conocido: la perentoriedad del plazo. Pero Reyles cumple; acepta las nuevas intenciones; y escribe además horas enteras. Y como si fuera para muchos, mientras almuerza, a incipientes escritores que le llevan sus manuscritos y que leen allí, junto a su mesa, para recibir de él, el consejo que puede encaminar y ser palabra de aliento o de fe. Y así y de otro, le hace con el interés que pone en todo, porque su espíritu que se halla en tensión, salvajemente rebelde, como brasa que la brisa ha agitado, recibe todos los soplos, y tanto enciende a la ira como soporta a las vibraciones de la belleza.

\*  
\* \*

Sin embargo, su malhumor se agudiza, y —como lo hacía antes o lo hará todavía más tarde— no soporta que se le contradiga, como si

a todos pudiera exigir el vasallaje de la conformidad. Por eso, un día, cuando alguien lo desmiente, como antes, como siempre, blanco de rabia, saca su revólver, gritando: «¡Don Carlos Reyles no miente nunca!» Y acaso esto es verdad. O, por lo menos, hay que creerlo así, ya que no se puede discrepar con él. Está donde esté, él dispone, manda, y no admite ni siquiera sugerencias. Así, en cierta ocasión que va a visitar a un alto personaje, del que precisa el apoyo, al entrar, cierra con llave la puerta de la sala de recibo de aquél, y, guardándose en el bolsillo, expone agitadamente lo que tiene que decir, retirándose después de dos o tres horas de entrevista, cuando el asunto está terminado a su favor... Con lo cual no puede negarse que tiene una manera expeditiva de convencer, y que la razón forzosamente está siempre de su parte.

Hay que decir pues, que los que están alrededor suyo nada han ganado en tranquilidad con sus años. Como sacaba el revólver antes, lo saca ahora; como perdiera la calma al tener que repetir a su mucamo, por décima vez, una misma orden, y la furia del patrón obligara a éste a refugiarse en su cuarto, hasta pasada la tormenta, así también, ante el empleado timorato que no declara lo que él cree que debe y corresponde hacer con valentía, perdiendo la paciencia, hace poner en cierto sumario: «¡Es un imbécil que no sabe nada de lo que pasa alrededor suyo!»

\*  
\* \*

Pero, pese a su carácter tan propenso al ofuscamiento, juzga con altura y entusiasmo. Hiel y mieles hay en sus palabras, virulentas para atacar, y cuyo elogio, es sublimación. Pero, generalmente es parco en palabras amables, porque es por temperamento acre y además intransigente. Es un insatisfecho: pocas cosas, pocas obras y pocos hombres lo conforman; pero, como todo gran sensible, su entusiasmo no tiene límites. Su elogio, no es nunca el elogio urbano y banal; y aprueba o desaprueba íntegramente, porque no es un moderado en ningún momento.

El día que abre «La rosa de los vientos», el magnífico libro de Juana de Ibarbourou, sin pasar del primer poema, sin pasar tampoco de la primera imagen, escribe a su autora una página exaltada. No precisa más que una idea, un símbolo de la poetisa, para conocer y reconocer su jerarquía, y tributarle el homenaje de su devoción. «Alba columna de nardos en el día», es el pensamiento cumbre. Pensamiento, para Reyles, definitivo y que considera de una belleza de

imagen no superada en toda la poética castellana. Por eso, sin seguir leyendo, lo escribe así: «No necesita usted escribir nada más». ¡La poesía ha llegado al cenit!

Al estudiar a Espínola, se pregunta: «¿Qué textos le enseñaron a narrar con tal singularísimo arte, que hasta lo más arbitrario se nos antoja en su cuentos realidad palpitante, entraña viva?» Reyles, a quien se ha querido ver como ególatra, rinde homenaje a su poderoso rival, reconociéndole fuerza, sensibilidad, originalidad y talento. «Sin duda, seguro de su don, se deja correr pensando en *otra cosa*, mientras el órgano inventivo funciona silencioso en los antros de la conciencia al modo de las raíces de la tierra», hace notar, diciendo: «No hace literatura, es literatura él mismo y de por sí». ¿Cabe mayor elogio? Y no es salirse de la obra de Reyles, ni alejarse de su vida, mostrar su modo de juzgar, desde que este modo de juzgar a novelista a otro novelista, si es definitivo para el otro, es enaltecedor para él. Su juicio es caluroso, expresivo, sincero, simpático. Dice que Espínola saca un conocimiento más libro de cabecera que el libro de la vida, pero que vibra, intuye, crea, porque atesora la fina sensibilidad y la percepción agudas necesarias para el caso. No va como Diógenes con su linterna en busca de un hombre. Los hombres, la vida, el mundo, vienen a él, porque sus ojillos de miope son espejos en los cuales se reflejan las dos orillas de la conciencia, la clara y la oscura. Por razones similares a las de Picasso, nuestro cuentista podría decir: «No busco, encuentro.»

Conocidas son también las palabras elogiosas y entusiastas con que hablara a la prensa, a su llegada a nuestra tierra, exaltando a Carlos Rodríguez Pintos, radicado entonces en París, y que lo acompañara a España en representación de nuestra poesía. Le llama «su gran amigo y ardido poeta de esencias poéticas», dice «que sus poemas acusan un recio temperamento y una honda inquietud renovadora. Y, olvidándose de sí, del homenaje que acaba de recibir en España, de su obra que ha sido tan aplaudida, sus primeras palabras son para el poeta amigo, en cuya poesía «resplandece un estilo moderno y sugestivo y de originalísimos matices», agregando que sus versos triunfaron ampliamente en ocasión de las fiestas de Sevilla». Y a sus palabras anunciadoras de fama, añade su preocupación de que el poeta que admira sea admirado en su patria, y quiere que recoja en un libro su obra poética, «para que sus compatriotas valoren debidamente su calidad intelectual».

La palabra dura de Reyles se suaviza para alabar. Pero no se suaviza por medio de abalorios y perendengues, para decir nada pareciendo decir mucho, sino que por el contrario, sin decir casi nada, dice

mucho. «Si yo dijera lo que pienso de la poesía de Fernando Pereda, —ha dicho algunas veces—, tendría que pelearme con medio mundo». Esa manera de decir, es la suya, y la que prueba como los altos valores son para él siempre la cosa más sagrada.

Y al decir que «tendría que pelearse» por defender a un poeta o a un escritor, dice verdad, porque no tolera nunca la crítica que considera injusta, ni admite el desconocimiento, como tampoco el elogio indebido. Con frecuencia adopta la actitud quijotesca y batalladora que exigen las circunstancias y su conciencia, aún cuando no tiene por que tomar una defensa que a él no corresponde. Así, cuando alguien, refiriéndose a la poesía de Silva Valdés, presente también, al definirla, agrega la palabra «pintoresca», en medio de la sorpresa de todos, Reyles reacciona violentamente, y a pesar de que no se han discutido los valores de este poeta, hace un elogio tan incisivo contra un ataque imaginario, que hace llorar a quien deslizará el imprudente término.

Pero Reyles es así, comprensivo e incomprensivo, indisciplinado en sus ataques y en sus defensas, brioso para enaltecer, irónico en sus silencios más que en sus palabras, cordial al aconsejar, y sobre todas las cosas, sincero. Pero quiere que todos piensen como él, y para ello marca valores y acusa perfiles. Cierto es que no es el crítico de oficio, pero le complace tocar el punto luminoso de una obra y descubrir la belleza escondida. Amplio, como es, percibe todos los méritos. Para Reyles, Casal es el escritor más castizo de los escritores uruguayos, como Dotti es el más gaucho de los narradores criollos. Sobre éste ha escrito un trabajo, en el que entre otras cosas, dice: «Una página suya, entre veinte de otros escritores, se conoce por la vibración especialísima, que delata su procedencia... Donde no pasa nada, Dotti pone una vibración íntima, su música, y entonces las cosas más corrientes o insignificantes, nos cantan su canción. Al revés de los malos cuentistas, aquí acontece poco por fuera y mucho por dentro». Y estas palabras, que aluden a un escritor de categoría y que se ocupa de un género literario, que, ocasiones es el suyo, aumenta el valor de sus palabras. «¡Grande hazaña!», dice Reyles a propósito de la manera de trabajar Dotti, y ¡grande hazaña! la suya, al considerarlo tan noblemente.

Y ésta, que es una de sus cualidades simpáticas, es en él innata; porque esa actividad generosa está originada por su sensibilidad tan sostenida. Su palabra acogedora es así la misma desde su comienzo hasta su ocaso. En 1919, poco después de escribir sus «Diálogos Olímpicos», a raíz de la publicación «El halconero astral y otros cantos» de Oribe, desde Lobería escribió al autor en estos términos: «Joven poeta: Acabo de leer los versos briosos y elegantes de su libro. Hay

en ellos poesía, sentida emoción, sangre moza, elegancia, orgullo, ese néctar que, según el diabólico y divino Baudelaire, nos hace semejantes a los dioses. Su talento me convence, su arte me cautiva. Y ahora, después de esta casi amorosa declaración, ¿me permite usted un consejo de compañero de armas? Sea sincero, busque afiebradamente la expresión justa, eche al canasto lo que no considere perfecto y original y pronto las musas serán sus humildes siervas». Reyles no es sin embargo poeta; pero encuentra la belleza adueñándose de ella su seguida. Tiene una sensibilidad alerta, y si no es poeta, sabe multiplicar la idea poética con arrebatada visión de poeta. Y esto forma parte de una universalidad de sus aptitudes. Pero, porque siente así, con esa cosa definitiva que tiene su pensamiento, y quien sabe si su corazón, su voluntad y él, su elogio es exaltado y honesto. Nunca es el receptor mudo, sino el que responde con su voz a la voz que llega. Por eso, cuando su palabra no es de guerra, es de estímulo y de entusiasmo no medido sino desbordante, sin importarle que rebalsa ese raro tributo sobre quienes hacen su mismo camino: el de la consagración. Joven todavía, era ya el viejo consejero; viejo ya es aun el entusiasta admirador. De él nadie podrá decir que anhela sólo su triunfo, sino que, con su victoria, quiere también la de los que considera que la merecen, sea antes que él, con él o después de él, porque no procedería como lo hace si quisiera consagrarse solo.

\*  
\*  
\*

Para el ciclo de conferencias del Centenario, Reyles prepara un esmerado trabajo sobre «El nuevo sentido de la poesía gauchesca». El novelista oficioso de crítico y adquiere su discurso un tono revelador, pues a manera de confesión de un realista, da el concepto que tiene sobre la creación realista. Y como él es más realista que imaginativo, y a lo menos así lo parece, resulta interesante un análisis que, como el suyo, puede ser hecho a fondo y con plena conciencia, y dar, como da, el verdadero alcance del realismo en el arte. «Quiera que no —dice— el artista, aun el que busca someterse servilmente al objeto y captarlo, trabaja, no sobre objetos, sino sobre sus representaciones, que ya son imágenes, cosa espirituales», afirmando que «el realismo puro no ha existido jamás... y que entre el mundo y el observador, la conciencia es un velo utilitario que no deja ver las cosas como son, sino como conviene que sean... La realidad —dice después— es sólo el transeúnte que golpea con fuerza de vidente para remontarse y alcanzar el salto mortal artístico». Y como ahora escribe más apo-

yado que antes en imágenes o, por lo menos, apoyado en imágenes que han debido sufrir las transformaciones prolongadas de la memoria, esta versión de la verdad artificiosa y asimismo natural, ha de parecerle más verdadera.

«El Gaucho Florido» es la obra que gesta el largo proceso de la memoria, y en la que repasa los días de su niñez, de su juventud y, también, los días de su madurez, opulenta en cierto modo. En la novela él es tan pronto el hijo —un niño— tan pronto el padre; y así, a momentos, su padre y su hijo intervienen junto a él. Ya es el dueño de los campos, ya juega a tenerlos; monta caballos o petisos; se hace obedecer con palabras a medias pronunciadas, o esgrime escopetas de juguete para defender a su progenitor en difíciles trances. Como él lo ha dicho, la verdad y la fantasía se mezclan, en lo que es, en lo que puede ser, en lo que ha sido o conviene que sea. Las superposiciones están hechas con mano maestra, y los personajes, vivos siempre, parecen trazados de un rasgo. El novelador es hábil, toma aquí y allá, engarza sueños e imagina la nueva verdad. ¿Es el mejor de sus libros? No puede afirmarse; pero, incuestionablemente es uno de los más acertados. Es el libro evocador, sentido, flúido y espontáneo. Lo ha escrito en horas negras y tiene la frescura y la transparencia del tiempo que rememora. Su trabajo ha sido duro, pues lo ha escrito estando muy enfermo. Lleva permanentemente una venda de seda negra sobre un ojo, y escribe y lee con dificultad. Pero no se desanima. Cada día puede ser el último; y, si no lo piensa, trabaja como si un fin próximo apresurara su mano y acelerara su cerebro. «Hay que darse por entero a la obra», dice a los jóvenes escritores que están cerca suyo y, como siempre, cumple su consejo y es ejemplo vivo de lo que proclama.

\*  
\* \* \*

Vivir en el mundo que se inventa, es poseer el arte de vivir. Reyes, novelador de su vida, alcanza a imprimir mayor contenido de objetividad a lo subjetivo, debido a su manera de ser efectivo y sensual y, porque su modalidad recia, evita, cuando es posible, el coloquio íntimo, o la razón que humedece los ojos o anuda la garganta; y porque es fuerte por temperamento y por convicción. Pero, a pesar de ello, dispone también de virtudes taumatúrgicas superlativas, y gracias a este don, crea también lo otro, es decir, la subjetividad de las cosas. No es este precisamente su fuerte; pero, como creador llega

a lo profundo, quizá sin proponérselo, y da vida a las cosas, porque tiene una facultad, que habría que llamar, animadora.

En ese momento, escribe apartado de sí y de su realidad, y si toma su pasado para llevarlo al libro, no es como otras veces, presentándose él, sino reconstruyendo como un cerco de evocaciones alrededor suyo y permaneciendo invisible. ¿Todo lo que cuenta es sueño? ¿O hay entre sus sueños visiones que resucita para enriquecer también su presente, además de aquellas horas vagas y distantes? Hechos y paisajes parecen más bien venir de la lejanía del pasado, del fondo de los recuerdos; y figuras muertas recobran vida al lado de fantasmas imaginarios.

Vuelve a la vieja estancia. ¿Tiempo añorado? Sí, evidentemente. Ahora nada sucede como antes. Y escribe como no escribía. Ahora «el campo se viste de agua... hay lluvia de alfileres... un latigazo de fuego corta la noche», que otra vez aparece «empolvada de sombras claras». La poesía de las frases, que sin duda dicen lo que no se ha pensado que digan, hablando del espíritu tierno que se esconde bajo el recio blindaje del libro, prueba que especula con sombras, claras también; con sombras escurridizas, que se alargan, y que proyecta y transforma. Escribe con emoción, con una emoción en él desacomodada.

Narra lo que ve todavía, o lo que recién ve a través del lente empañado de la memoria, lo que ve a través del cerebro cargado de experimentaciones fuertes y nuevas, y con corazón fresco de sentimientos. Es la novela de la vieja estancia, de la casa de antes, de las costumbres que ya se han abandonado. Y todo lo olvidado revive. La acción, como un río desbordado, no se circunscribe a alguien, ni a algunos; muchas vidas se entrelazan como el bejuco, florecientes y sarmentosas. El afortunado y el desventurado como luz y sombra se acompañan; Florido, el personaje central, en el que converge el mayor interés y simpatía; y Juan de Dios, que hace de contrapunto suyo.

Es una novela de costumbres. Evidentemente el escritor ha dado preferencia al conjunto, y los detalles no se apartan de la totalidad. Hace esto que la acción sea más apretada, sin disertaciones. Los cuadros están acusados sin pesadez; son ágiles, finos, firmes; así el vadeo, la doma, la carrera, la sesión en casa de la adivina, el encuentro con las luces malas... Y luego también los apuntes menores: los diálogos típicos y vivos, y el estudio conciso de los personajes. Florido, es el que está en primer término; en la estancia se le tiene por el «prototipo del gaucho, el paradigma del criollo que tiene embutido en los sesos; lindo mozo, liberal, decidor, buen compañero en todas suertes de lances, «uertudo» y «camperazo». De ojos agresivos y reidores;

«cristalización perfecta del gaucho», «espejo de la raza en el que el paisanaje se ve de cuerpo entero». Su «labia es retozona y resbaladiza, como fuerte y dulce licor; las mozas lo nombran riendo y haciéndose guiños, al recordar las cosas que de refilón les dice al oído»; y este modo de tratarlas, le da fama de «atropellador y *delicau* a la vez». Además, es hombre que sabe divertir, y que interesa, porque «las palabras le salen brincando como los riales del cinto». Y, es romántico; en su ventana se amontonan macetas de claveles y geranios; lleva siempre una flor en la boca o en el sombrero; y le gusta dormirse contando las estrellas. Modelo de gaucho que todos se esfuerzan por imitar. Ambicionan tener como él «estribos de campana, cintos con broches de plata y oro, frenos con punteros y violas de los mismos metales, fina daga». «Quien se parece por copiarle los floreos y «puntiaus» tocando la guitarra; quien le toma los puntos en el sentarse a caballo y jinetear de «pierna abierta», al potro más bellaco, o llevar el chiripá de merino negro con franja celeste, medio arrastrando, para darse el costoso gusto de picarlo con las espuelas».

Es el mejor jinete, el mejor domador, el que nada teme, el que ríe de las luces malas; contra él se estrella la admiración de los hombres, y en él se concentran las miradas y los sentimientos de las mujeres.

«—Habías sido cruel y desalmado pa' vengarte, lo mesmo de los hombres que de las mujeres. —Soy ansina, qué le vamos a hacer. Gueno con las buenas, malo con las malas.»

\*  
\* \*

Juan de Dios, el negro, «cristiano disgraciau», como él se dice — es el reverso de Florido. «Si yo fuera rubio... —piensa—. Es triste ser negro». «Los negros en todas las pencas de la suerte comemos cola». No tiene una novia; nadie lo quiere; sólo se le tiene lástima; y, eso que es bueno, trabajador y bien intencionado.

Cuando los peones van a comprar «pilchas» y alhajas al Paso del Molino, para lucirse con el «chinerío», alguien le pregunta: «—Y vos ¿qué te vas a comprar en esta guelta? —¿Yo...? otro reló. Y pá qué querés dos relós? —Pa' alternar en sociedad». Y, mientras los otros ríen de que precise dos relojes para alternar en sociedad, y de que teniendo uno de plata, se compre uno de oro, explica: «Cuando un pobre negro como yo va bien empilchado y tiene reló de plata tuito el mundo le da el don, aunque al llegar a los ranchos lo inviten a pasar a la cocina y no a la sala por aquel de que es negro. Pero si

está entre los mirones en la puerta de un bailongo y pela, como quien no quiere la cosa, reló de oro, las chinas se le vienen como moscas al dulce y le dicen que dentre. Yo quiero tener dos relós, uno de plata, pa' mirar la hora, y el otro de oro para dentrar».

Y, hasta la muerte de Juan de Dios es la de un desgraciado: muere asustado. Él y algunos de los peones temen a los «aparecidos», y, en el momento en que a pesar de ello —debido a una leyenda, que rodea a la cachimba, en la que se esconde un tesoro—, resuelven afrontar el peligro, porque su codicia es aun más fuerte que su temor, en la oscuridad, marcados con los vapores del alcohol que han bebido para cobrar ánimos, y por el miedo que los domina, viéndose mal, y confundidos, tienen una «refriga», que creer tener con los aparecidos, y muere Juan de Dios. ¿No está retratado así entero? No explican sus dos relojes toda su tragedia, y, su muerte no corresponde a su vida?

El juez, «el Callau» —como le llaman—, lleva el sombrero sobre los ojos «sombrosos», es flacón, viste de negro, y «es hombre de respeto». «—Lo conosco hace años. Nunca le vide hablar ni ir. Devuelve los buenos días con la cabeza no má y pa' sentensiar le pone el rebenque al ganador en el cogote y ya está». Como los otros, el sentenciador está descrito en pocas palabras, sólo las precisas. Y del mismo modo, el corredor, «pequeño y arretinado», «con los ojillos agazapados en el fondo de las órbitas», brillando como los de una lechuza; con rostro que se arruga al reír y «brazos fibrosos y secos como la cáscara del maní»; «es zorro y se hace el desgraciado». Y luego el comisario, «matón, de mala entraña, peleador y «entonau»; y el mayordomo «muy ascadito y estirau, tomando la sopa de fideos con cuchara y tenedor pa' recmpujar». Porque según la parda Pancha, «es finazo el hombre». Y Barranca —uno de los peones—, que no piensa sino en lo que está haciendo, y, si no hace nada no piensa en nada. Dice que «el casorio es para los gringos y los gurises pa' el maestro de escuela. Pa' mí los naipes, la caña y los parejeros. Esa es vida!» dice añadiendo: «Siempre habrá quien me cierre los ojos»; y «dispués yo no voy a gambetear pa' dirme al otro mundo. Disen qu' es más lindo. Con tal que haya parejeros, caña y lo de má...»

Típica es también la adivina con rebetes de médica. Predice la suerte, indica el rumbo de una hacienda robada, cura el mal de ojo, y hace, como nadie en el Tala Chico, bizcochuelo, queso criollo, chorizos, dulce de leche y mazamorra. Es medio sorda y medio muda; seca, despótica; y se le teme como a una verdadera gorgona. La creen loca y perversa, y tan perversa y loca que ni las mismas hijas la comprenden ni la quieren. ¿En qué piensa? Nadie se atreve a sospecharlo

siquiera». Como una cerrazón de misterio la envuelve separándola de todo. Pero se le consulta y aunque no se le comprende, se cree lo que dice, porque ha dado puebas de leer lo que nadie sabe y lee el destino en los ojos y en las manos. Se sospecha por eso que anda en tratos con el diablo. «—Devino patrón —le dice cuando éste la interroga— ¡ me tapo la cara, la pienso y devino».

En cuanto al patrón, es durante casi toda la novela el hombre que Reyles admira: su padre, y al final él mismo. Pero Don Fausto, aparece en el libro sólo de cuando en cuando. En esos breves instantes es el hombre de carácter, enérgico, bravo, hábil en las faenas de campo, generoso y bueno. «Transforma la cosa cimarrona en obra civilizada y civilizadora». Y, «pa' mandar, nunca una palabra más alta que otra, serenito no más. ¿Diganmén si alguno le vide enojau? Lo mismo en las ocasiones que le toca arriesgar el cuero, tranquilo viejo. Yo lu he visto en cada una... y la mano siempre abierta pa' el necesitau». Pero cuando habla, todos callan, y calla hasta el mismo comisario: «No lo olviden que aquí en mi casa la única autoridad soy yo»...

\*  
\*  
\*

No es éste sin embargo un verdadero estudio de caracteres. Lo que importa no es lo que se piensa, ni cómo se es, sino a qué se arriba, y sobre todo lo que va sucediendo. Es un momento de la estancia. Reyles divide el libro en dos partes: la primera en la que se desarrolla lo principal de la novela, es la vieja estancia, con sus viejas costumbres; la segunda —que acaso está de más en el libro— es lo que sucede después de la muerte de los protagonistas, y presenta ya la nueva estancia, civilizada, y que es su estancia, pero que carece de interés novelesco.

Muy a menudo Reyles prolonga las novelas cuando el tema está ya terminado. Pasa así en «El Embrujo de Sevilla, aunque no con tan acentuada depresión de interés. Y pasa ahora, más inexplicablemente, porque el argumento se debilita, y además esa continuación resta dramaticidad al motivo, que, al terminar en el momento culminante, habría producido un efecto distinto y fuerte. Pero, Reyles no cuida mucho los grandes efectos, por lo cual la muerte de Florido y Mangacha, en circunstancias excepcionales, como se produce, luego de la venganza, y al juntar el himeneo y la muerte, considerada teatralmente, resulta pálida. Reyles es un escritor costumbrista de mucha calidad, pero no es verdaderamente un autor dramático, y sólo en «Primitivo» da la nota fuerte y emocional, porque en las demás obras lo trágico

nunca es bastante trágico. En «El Gaucho Florido» están pues mejor estudiados los demás matices y no el fuerte, ya que el crimen de Florido también resulta más desagradable que impresionante; el suicidio de Lacero, después de horas inquietantes y bien logradas, concluye también por ser un acto desteñido; y en cuanto a la muerte de Juan de Dios, que es sin duda con la que consigue mejores efectos, tiene mucho más de misteriosa que de imponente, aunque es innegable que produce la impresión deseada.

Pero Reyles se supera siempre y muy principalmente en esta obra, como narrador. En su novela tiene una gran vida lo accesorio; el colorido es notable, los cuadros son movidos, los diálogos chispeantes y naturales; muchos detalles son hallazgos finísimos; sólo que el desarrollo se desvía, por tanta vivacidad en lo secundario, y, aun cuando esto sea lo que da al libro más interés y expresión. Diríase la obra de un escritor amable que pone en evidencia todos los valores, y que, como en una tela mural, busca la plasticidad del conjunto cuidando la presentación de todos los personajes, minuciosamente estudiados y encuadrados. Y entonces no destacan salamente los personajes centrales, sino todos, haciendo que el conjunto viva, pero que la novela se deslice un poco a la sordina.

\*  
\*  
\*

Delegado del Uruguay al Congreso de la Federación Internacional de P.E.N. Clubs que se realiza en Buenos Aires el año 1936, en cuyas reuniones se discuten las relaciones actuales de las culturas de Europa y América Latina, Reyles interviene en los debates y presenta una comunicación escrita. En el Congreso se estudian entre otros temas importantísimos para América: las relaciones de la literatura americana y europea, las aspiraciones del pensamiento americano, su independencia o su dependencia de Europa y desde luego también su porvenir. Se reconoce que Europa ha tenido una firme e incontenible influencia sobre las letras americanas, y se piensa que ahora quieren libertarse. Escritores mundiales se interesan por el asunto y, de los americanos, algunos de los más destacados fijan la posición de América, historian las distintas etapas de la literatura y, Reyles proyecta una solución para su porvenir.

Acertadamente Reyles muestra cual es el tipo de mentalidad y espiritualidad de los americanos. «Buscamos nuestra expresión —¡y con qué celo!— para realizarnos, y, quizá para existir, y poder aportar a la cultura mundial el entusiasmo, el optimismo y la facultad de

soñar propia de la juventud, además del juicio sereno de los que están *au-dessus de la mêlée*.» Y cree que sólo falta una cosa: «que los escritores americanos dejen de ser los parias de sus naciones respectivas», agregando que entre nosotros nadie puede dudar que se precisa mayor heroísmo para tomar la pluma que para empuñar la lanza legendaria. «El que la toma sabe que se suicida», dice. Y hace notar la diferencia que existe en este sentido, con los escritores europeos y en general, con los de las demás partes del mundo. Piensa por eso que hay que combatir la indiferencia del público con respecto a los autores nacionales, y sugiere: «Convendría que nuestros afortunados colegas y maestros de Europa nos ayudaran a romper el hielo con su prestigio y agudo sentido crítico. Sería fácil a los P.E.N. Clubs de Europa indicarnos anualmente las obras de positivo valor que hayan aparecido y hacernos llegar un juicio crítico sumario sobre las obras culminantes que los P.E.N. Clubs hispano-americanos les envíen después de someterlas a un riguroso examen. Esta sería una forma práctica de colaboración intelectual internacional. Ellos podrían contribuir a nuestro descubrimiento, a nuestra realización y designar los aportes que recibiría de nosotros la cultura mundial.»

Claro es que Reyless reconoce, y en su moción está latente en cierto modo también ese reconocimiento, que «la cultura sudamericana no ha logrado un estado de madurez suficiente como para forjar un nuevo ideal bien diferenciado, e influir sobre la cultura mundial». Por lo cual se ve que no trata de desplazar la realidad, ni que se engaña respecto a nuestros valores, porque dice: «no tenemos sino muy relativamente, una inteligencia y una sensibilidad autónoma». Y más aún, sostiene que es cierto que no es suficiente media docena de obras bien logradas en plena tierra sudamericana para darle fisonomía propia a la expresión literaria de todo un continente». Y estudia así el problema interno diciendo: «Hemos intentado reflejar nuestro localismo: el gaucho y su medio; pero, el gaucho se va o se ha marchado, y por lo demás no era sino una ínfima parte del panorama psicológico americano. En estos momentos, nuestros escritores —constata— comienzan a ver los barrios humildes, tristes y sombríos, donde se incuban en silencio no se sabe bien qué, y sobre todo comienzan a percibir el dramático y complejo cosmopolitismo de las ciudades, donde el hombre, las doctrinas y las literaturas de todos los países chocan y luchan contra los sentimientos, los pensamientos aborígenes y criollos, para fundirse finalmente en el crisol de la nueva patria». «Y he ahí quizá —agrega en seguida— el filón aurífero que nos conducirá al acento original y más universal que buscamos». Piensa que «nuestro cosmopolitismo engendra tipos sociales, caracteres, aspiraciones,

impulsos, cualidades como la vivacidad, la picardía, la fe inquebrantable en un porvenir grandioso, un optimismo limitado a la patria y un escepticismo travieso que no han tenido curso mundial todavía. Y entonces es cuando piensa y quiere que quede constancia de cómo es el espíritu sudamericano, diciendo: «somos jóvenes, pero no infantiles; soñadores, desinteresados, despreocupados e idealistas; tenemos menos aptitudes prácticas, científicas e inventivas y, sobre todo, menos espíritu de organización que la gran república del norte, pero le aventajamos en receptividad, en permeabilidad y en espiritualidad».

Ha estudiado las posibilidades de América desde el punto de vista del espíritu americano y del espíritu del escritor americano. Ve los defectos y las virtudes del público y lo que puede lograr el escritor al trabajar con ese material, pero también muestra cómo se estrella y fracasa ante la indiferencia, quizá también un poco cosmopolita del ambiente, y propone el aporte de la crítica extranjera. ¿Podría conseguírse? Tal vez, y hay que reconocer que entre los muchos notables escritores que se han ocupado del asunto, es Reyless quien da una solución, aceptable o no, pero de todos modos práctica, y que muestra su espíritu práctico, su sentido preciso de las cosas. Y es él quien intenta que del Congreso surja una cooperación intelectual efectiva para los destinos de la literatura americana y para los creadores americanos.

\*  
\*  
\*

Poco a poco, Reyless sale de la angustiada situación económica en que estaba desde su llegada a Montevideo. Vive más desahogadamente; ocupa un apartamento moderno, un sexto piso, desde cuyas ventanas domina la ciudad y la bahía. Pero, se ve bien que todo lo ha perdido, que de sus riquezas nada subsiste, ya que su casa es ahora la de un hidalgo pobre. En la antecámara vacía, ocupa una pared, con dimensiones que encuadran mal con la habitación, su retrato, hecho por Zuloaga, y una cortina rayada en tonos claros, separa aquélla del recibidor, o cuarto de trabajo. Es ésta una pieza de paredes grises, o acaso blancas; tiene en el centro su mesa gris perla tapizada de arpillera natural, un sofá y dos sillones de madera pintada, con almohadones color naranja, y en un rincón, una pequeña mesa en la que siempre hay flores frescas, que completa aquel conjunto casi monacal. En las paredes hay tal vez algún grabado y por alguna parte se amontonan algunos pocos libros. Trabaja y recibe allí. Pero trabaja más que re-

cibe. Casi siempre está solo y casi siempre se le encuentra cuando se le va a visitar. Sale poco. Viste una chaqueta campera a cuadros, gris o «beige», y lleva la venda negra sobre un ojo, que, al salir, reemplaza a veces por lentes ahumados. Envejece sin darse cuenta...

Ibsen dice: «El hombre más fuerte, es el hombre más solo». Reyless siempre ha sido fuerte, y ha estado solo, ya que ha estado solo aun estando acompañado. Ahora lo está más todavía, en parte tal vez porque exige que todos lo sigan o entren en sus cosas, cuando ya no todos quieren seguirlo, y esto aísla. Él lo comprende, pero nada hace por subsanarlo; se siente abandonado, y escribe sobre la «Soledad, fiel compañera».

Es éste el título de uno de sus trabajos, que publica un rotativo argentino y que inicia la recopilación que llama «Incitaciones», que da al público en forma de libro, en 1936.

Piensa en las dos vidas que tiene el hombre, la de afuera y la de adentro; esas dos vidas que tan bien ha enlazado él y que tan fuertemente ha sabido vivir, viviendo para él y para su obra, y además para el mundo. Y aquí de nuevo estudia el enlace, la íntima cadena de las cosas, de esas cosas que permiten que la obra sirva a la vida y la vida a la obra.

«El que se aísla no vuela todos los puentes que lo unen al resto del universo, sigue en contacto con él, lo tiene presente, lo obliga a intervenir en sus monólogos, aunque a la manera que hace entrar la realidad en los sueños». Hoy está en esa hora de la vida, de la segunda vida, en la que se vive de visiones y de ideas; y ya no es tan impenetrable. Reyless, aislado, es menos huraño que Reyless sociable. El arte y las letras lo comunican con el mundo; y la frialdad que su misma orgullosa presencia impone, ahora al desaparecer, deja percibir la sensibilidad que siempre ha tratado de ocultar. Desde su obra abre impresiones hondas y calladas; y se ve el corazón. «El tiempo que transcurre empujándonos hacia la nada; la vida que nos hace y nos deshace», lo invita a hablar más íntimamente. Hay un Reyless nuevo, ¿por qué? «Nunca somos, en el fondo lo que aparentamos». Él siente que eso nos hace también desconocernos, y volver más patética nuestra irremediable soledad.

\*  
\*  
\*

Desde sus ventanas, tan altas, la ciudad se esfuma como una cosa lejana. En su casa no resuenan pasos, no se oyen voces, rara vez interrumpen su labor un amigo, y la soledad se vuelve forzosamente, su tema.

Comprende la tristeza de no ser comprendido y siente la necesidad de dar y recibir simpatías. Lo que nunca sucedió, va a suceder ahora: que experimente un deseo irresistible de ensayar comunicaciones y acaso abreviar afectos. Y así, cuando a propósito de este preciso artículo, una admiradora desconocida, le escribe, siendo la única persona que lo hace, la carta, que llega desde una provincia argentina, cálida y reconfortadora, toca su corazón. ¿Es que Reyless es más sensible de lo que pudiera pensarse, o es que está más sensibilizado? «A pesar de la condición señera del alma, —dice— tanto el espíritu como la inteligencia trabajan tozudamente por la unión y la comunión del género humano. Desde que está más solo, se acerca más a los que se le acercan. Sus palabras son como un ansia de entendimiento; sus miradas van al fondo de los ojos, y lee lo que acaso no le importara leer antes: la aprobación, la admiración, la simpatía. Pero, busca la comunión, sin detenerse, como de prisa y sin perder su carácter, sin dejar de ser el mismo de antes.

No puede amar la soledad, no puede amarla aunque la tenga por fiel compañera; ahora mismo quiere que el hombre esté al diapason de la energía universal, y en su aislamiento, él lo está. «La palabra suele ser, a veces, una bella cosa; el acto es siempre una cosa divina», vuelve a repetir. Es activo, y va a seguir siéndolo; lo ha probado ya en el empuje que imprime a sus actividades aun en las horas sombrías. Su contemplación es siempre fecunda, la gravitación sobre sí —como la llama— es la del creador, para quien la soledad suele ser la finalidad impuesta por el arte, que es relación y, soportada por la inteligencia, capaz de volverla animada y variadísima. «Pocos son —dice él— los que gustan contemplarse en el espejo que le presenta el yo profundo y el yo superficial». Pero, ¿no está él por ventura entre esos pocos? Como escritor ha tenido frente a sí el espectáculo de su vida, como lo tiene ahora. Su propia tendencia a ser, lo ha ayudado a vivir para adentro, aun viviendo superficialmente. Además, ha debido muchas veces encerrarse, por poseer una personalidad hartamente original, para poder encontrarse siempre bien en el mundo; personalidad provista de «ángulos y aristas», e inadaptable.

Hay algo sin embargo que empuja a Reyless hacia la sociedad: los urgentes. Dice que en Francia los intelectuales son sociables, porque buscan el arte de hablar. Apliquémosle a él también la razón. El deseo de conocer más, y la posibilidad de lograrlo con éxito, lo acercan a los hombres. «El que escucha bien hace más inteligente al que habla, el mal oyente lo vuelve idiota», expresa con vehemencia. «He ahí lo que el espíritu fino no puede perdonar al burdo. Su incompreensión lo enojosa. Además enojada que este toma la palabra desquicia la

conversación, la baja de tono, la vulgariza, todo el mundo se siente bruto, y hay quien tiene que contenerse para no pegarle». Y así, cuando alguien disparata, impaciente dice al oído de alguno de sus vecinos: «¡Ya hacen bajar la conversación!» Y, tanto le importa que lo oigan, que ahora mismo, en casa de una distinguida matrona, amiga suya, han debido ingeniarse para que, al asistir a las reuniones familiares, tenga, —a pesar de lo que habla— modo y tiempo de probar algunos bocaditos. Y, como esto resulta poco menos que imposible, porque sus relatos, unidos unos a otros, dejan enfriar los más apetitosos manjares, se le sirve como a un niño caprichoso, en platos *thermos*, a fin de que en algún momento, rápidamente, pueda llevarse a la boca dos o tres bocaditos calientes aun, a pesar de su olvido. Y, si todavía habla así, justo es pues que la conversación sea para él un arte y como tal la trate, aun cuando esté ya cerca de entrar en la última soledad.

\*  
\*

Conferencias dictadas desde el púlpito de la Universidad y artículos publicados en algunos rotativos americanos, forman el volumen de sus «Incitaciones». Algunos de estos trabajos son nuevos y recientes; pero otros, eran ya conocidos, tales como el que bajo el rótulo de «La vida y la moral», no es otro que su artículo «La vida», que escribiera hace largos años a propósito de Mónaco, y que ahora enriquece con algunas anotaciones, pero dejando su fondo, su armazón y hasta frases enteras. Y, conocido —si no en todas sus partes, en su esencia— es «Resonancias de Sevilla». Ambos implican pues una repetición inútil, que debiera sorprender, si en Reyless no fuera frecuente la repetición de pasajes, conceptos y hasta obras, ya que hay obras enteras incluidas en otras, o descuajadas, para formar con pasajes de aquéllas, obras nuevas.

\*  
\*

«El arte de novelar», es la entrada en materia de su propia técnica; y, por lo tanto la visión del novelador: secretos del arte, de la emoción y de la idea. ¿Cuáles son sus conceptos? Refuerza anteriores observaciones. Cita a Mauriac, que dice: «El novelista es de todos los hombres el que más se asemeja a Dios», añadiendo él, que «en todo caso imita a Dios muy bien: crea seres, destinos, almas, conciencias». Su oficio es, pues, o ha sido, ser Dios; según sus términos: imitar a

Dios. Sin embargo, en este momento se aparta de lo que siempre ha hecho, y como quien mira desde lejos el motivo que ha pintado para estudiar sus efectos y asegurarse de las valoraciones de su técnica, estudia su pasado tomando la perspectiva del tiempo. Su conciencia debe estar tranquila y su orgullo satisfecho. Sus héroes tienen vida propia. «Los tipos literarios, sobre todo los grandes, son porciones vivas, palpitantes y esenciales de un yo proyectado sobre el mundo; son fantasmas en pena de nosotros mismos que, como el alma de los muertos, siguen viviendo intensamente aún después de desaparecidos nosotros». Y, aquí, tocamos otro punto que interesa: el de su esperanza. . . Sin que él lo diga, ¿no cabe creer, que, al trabajar ha imprimido a sus creaciones un anhelo de vida impercedera? ¿No están destinadas a prolongar su propia vida, todas esas figuras enigmáticas de su imaginación? Como Corneille a la desdenosa marquesa, habrá podido decir a sus inventados personajes que, perdurarán, porque él, caprichosamente lo ha dispuesto.

Y estudia la novela bajo diversos aspectos. Ve la fuerte realidad contenida en figuras que representan miles de vidas, que representan pueblos, razas, a veces la humanidad entera, y agrega; «Pero lo esencial es la calidad y la fuerza de la ficción y del arte con que el novelista coordina, anima y trueca los elementos heteróclitos que le suministra la imaginación, la vida, el saber en elementos estéticos, con los cuales urde la trama sutilísima de sus mundos mágicos».

El interés ha pasado de los hechos a las criaturas, de lo externo a lo interior, —dice— de lo pasional a lo psicológico y del análisis de la conciencia vigilante a la trastienda de la conciencia oscura». Se busca «la indagación soslayada, indirecta, de reflejo»; la novela se construye con material humano y se quiere que sea la construcción sutil de lo experimentado más en sueños que en la realidad y que aun siendo se entremezcla a los sueños. «La tendencia de la novela en la actualidad, lejos de replegarse en sí, es manifiestamente la de extender sus dominios —sin dejar de ser obra de arte antes que nada— a todo lo humano, ya enormemente dilatado con los inmensos territorios de la subconciencia, escenario donde vemos asombrados nuestra múltiple personalidad y al mismo tiempo la disociación de ella, la desintegración del propio yo, arena movediza sobre la cual tenemos que sostener la realidad, la verdad, el bien que ansiamos, todo lo cual mientras dura el ansia, declaramos verídico, pero que es casi en su totalidad pura imaginación». Y damos, dice, «en vez de la realidad las posibilidades de ella y el campo infinito de las alteraciones de la personalidad bajo la acción de los poderosos reactivos del tiempo y de los

sueños, los lapsus de la memoria, las intermitencias del corazón». ¿Es lo que ha dado? Y, si no es modo de confesarse, por lo menos deja sus libros más abiertos a las posibilidades de «lo soslayado», y a lo que pudo haber sido, a lo que no fué por otras razones... Como novelista, Reyles ha creado siempre lo posible, y un posible tan intenso, que la verdad adulterada resulta una realidad máxima, aunque no sea sino realidad artística.

Otra de las partes de «Incitaciones» está dedicada a «Don Quijote», y la ha subtitulado: «La locura del famoso hidalgo y nuestra locura». Y es bajo ese aspecto y a causa de esa relación, que se detiene una vez más en la obra de Cervantes. Pero ahora no lo lee como antes, sino desde un plano nuevo, el que lo ha colocado el tiempo y el infortunio y que viene a ser el de la hora en que fué escrita la obra.

Como Cervantes, él también «peinando canas y lleno de desencantos y agobios», anda empleado en tareas si no «subalternas» como aquél, impositivas «para ganarse el duro pan de cada día»; y como Cervantes en la hora de escribir su obra magistral, la estudia cuando de él cabe decir lo que él dice del otro y, es que, «malgrado su ingenio y vida hazañosa», corre «la suerte de todos los hidalgos sin blanca». De ahí que, si a Cervantes «todos debieron de ofrecérsele a la imaginación como derrotados y maltrechos Quijotes», él ha de comprenderlo. Tiene ya que atarse también a esa necesidad de ilusión que, aun siendo locura, es más razonable que la razón misma, porque llega a ser indispensable para vivir, o seguir viviendo. Y como Cervantes, cuando no piensa en él sino en Quijote —porque la ilusión tendría que oponerse a otra cosa— sabe que «después de haber dado cima a tantas descomunales proezas, y poseído tanto oro» —como él lo dice del otro—, sólo le quedan a él también «en las flacas manos los recuerdos y los sueños», que tiene por instrumentos poco eficaces para fabricar mercaderías y conquistar mercados.

Por eso es que «Don Quijote», su libro predilecto, ejerce mayor fascinación aun, en el período de las largas forzadas meditaciones. Frente al personaje inventado, y a su vida aventurera y a su locura deliberadora, y frente también al famoso autor, de existencia azarosa y templada, a quien las letras brindan el último y más glorioso asilo, acaso piensa en él, y desdobra su personalidad, y se ve como antes y como ahora en su cuarto conventual —por el tono de cosa austera y pobre que ha adquirido a la fuerza— y donde se encuentra y se estudia repasando los años fastuosos y escribiendo para rejuvenecerse con sus fantasías.

Y así vive y medita mientras tanto, dando calidad a los descala-

brados y a su declinación. Vive con varios libros entre manos: novelas, ensayos y un diario. Ha empezado a escribir ese diario que no llega al público; porque acaso le faltó tiempo. Su «Adolescencia», «Juventud» y «Senectud», son, pues, un secreto. ¿No quiso revelarlos? Quien sabe; porque mientras los tres tomos en marroquí rojo, están casi en blanco a la espera de los recuerdos, escribe un ensayo y otros muchos, todos de apretado interés, y éste en el que da la visión objetiva y subjetiva, como novelista y como lector, de Cervantes y Quijote, y la locura y la esperanza de los hombres.

«Cervantes —dice— principia su obra inmortal describiendo con algunos vigorosos y pintorescos trazos el tipo y la vida del hidalgo venido a menos» y agrega: «se mira y mira a los otros». Acaso como él lo hace, y ve viéndose, y va de Cervantes a Quijote, y a él.

Y más razón hay para pensarlo así, porque en sus empresas hay siempre un impulso y una fe quijotesca, y si lo hubo más que lo hay, ahora habrá que sumar al parecido interno, éste, cuando «añorando como tantos otros las aventuras y grandezas pasadas», se da, sino a leer libros, a escribirlos con un ahinco nuevo en él y por el cual, como el otro, vela y duerme poco. Acercársele así, a pesar de mucha lucidez, en la hora de las estrecheces y de la olla pobre, cuando está ya «seco de carnes» y «enjuto el rostro», y busca con sus libros la esperanza necesaria que ha de darle el trabajo animador y milagroso. Y en verdad para Reyles hoy es el libro la nueva aventura. Con él recorre entusiasmado mundo y tiempos jóvenes y frescos.

«Cervantes sabe —escribe Reyles— desde que Don Quijote empieza a limpiar las armas y da por buena la celada de cartón sin querer ponerla a prueba de miedo de hacerla añicos de un mandoble como lo hizo en el primer ensayo, que va a oponer el mundo de la ilusión al mundo de la realidad, lo que dará pie a muy cómicas peripecias, pero también sabe o siente primero y sabe a poco de andar, que el delirio de grandezas y las extraviadas imaginaciones del paranoico se parecen extrañamente a las ordenandas, rigurosas y fantásticas imaginaciones del hombre cuerdo». Y si en saberlo y habérselo mostrado, como él dice, consiste el mérito principal de Cervantes, habrá que añadir que el de quienes lo leen, sino es mérito, es gracia, poder vivir a tono con Quijote, sabiendo que la inventada realidad es inventada. Cervantes pensó así en la hora propicia, en la hora de ver bien, pero en la que ya no se puede vivir sin lo encantado. Y Reyles acierta a pensar más detenidamente en ello, cuando las verdades son hoscas y los engaños dulces.

«Habe ahora que, «como en las maravillosas historias de los caballe-

ros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desaladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren a la manera de los alucinados, inducidos, no por las realidades sensibles y verdaderas, mas por los espejismos internos y arteros». Reyles, el hombre de los sueños constructivos, que llevara el más disparatado proyecto a la realidad, y tanto en América como en Europa plantara en alto la pica de la aventura comercial que, era entonces su sueño, el hombre que no se ha detenido ante la loca empresa de su gran criadero de cerdos, ni ha vacilado en gastar miles y miles de pesos, porque en algún momento llegara a ofrecerle a un amigo enviarlo a Australia a comprar animales —sin tener el comisionado más título para ésto que el de su amistad— que fleta barcos y vuelve a fletarlos para llevar y traer animales, que pueden ser su fortuna o su ruina, ahora, en el momento de embellecer con sueños la vida, estudia el sueño y quiere hacer la experiencia en carne propia, desdoblado su espíritu. Lúcido, estudia el ilusionismo, pero, sabiendo o sin saberlo, deja ya penetrar las ilusiones en cierto sentido, extravían. «Cuando nos quedamos solos con nuestra razón, sin ilusiones, ensueños, ni imaginéras, dejamos de obrar y por ende de existir», dice. ¿Es ésta la razón que anima sus sueños de hoy? Sabe que existe «engaño a los ojos» y «voluntad de engaño» y que «no sólo necesitamos mentir y engañar y que nos mientan y engañen, sino que adrede nos mentimos y engañamos»... Y ve y separa las locuras de los locos y las de los cuerdos, las de los Quijotes y la de los Sanchos. «Don Quijote, exactamente como nosotros, opone al mundo su mundo y representa —porque al igual que todos es actor— la abracadabrante pieza que se desarrolla durante la vida de cada quisque y en la que intervienen todos los fantasmas de sus antepasados y todos los espectros de sus anhelos, esperanzas, odios, amores, recuerdos, ideas...» Encuentra, pues, una relación estrecha, un cercano parentesco —como dice— entre nuestra locura con la locura de Don Quijote. «Entre nosotros y la realidad está nuestro yo, cargado de pasiones, instintos, intereses, apetitos, doctrinas, como entre Don Quijote y los molinos de vientos están los libros de caballería». Como a Don Quijote, «no nos hace falta la verdad verdadera», y «nos damos de las caídas y las derrotas la explicación que más nos consuela». Sólo que, como lo hace notar, para unos el ilusionismo es el extremo ideal y para otros, a pesar de su sentido común, o acaso por eso, es lo que va a proporcionar la saciedad de sus apetitos. Se cree en lo inalcanzable o en lo que se ha de alcanzar a poco de querer.

«Todos llevamos dentro de nosotros un Quijote más o menos quimérico y un Sancho más o menos macarrónico... El famoso hidalgo y el no menos famosos escudero están mezclados a nuestra existencia, forman parte principal de nuestra familia, son nuestros verdaderos antepasados... Pero Don Quijote es la figura principal, domina, marcha adelante; Sancho lo sigue como si fuese la sombra del hidalgo, posee el sentido común que éste ha perdido, y sin embargo lo sigue, cree en él y espera de él la insula, del mismo modo que, en la realidad, los cuerdos la esperan de los alucinados y visionarios y acaban por ver visiones y vivir soñando». Y sobre los filos de la vida, Reyles piensa así, con toda su experiencia en ilusiones, en triunfos y en desengaños...

\*  
\* \*

¿Ha sido o no Reyles un Don Juan? ¿Ha llevado o no una vida donjuanesca? La sociedad así lo piensa, y las apariencias inclinan a creerlo; pero, ¿no hay o hubo en él algo más que exterioridad donjuanesca? En alguna parte ha escrito: «Cada quisque lleva en sí un teatro donde representa la pieza que ha pergeñado a lo largo de la vida». Y puede ser bien que —sin quererlo— él represente al burlador. Porque si es apasionado, es también frío, lo que haría pensar que, como él mismo lo ha dicho, en las estrafalarias aventuras que dan pie a su fama amatoria no entrara el amor, y fuera más legendario que verdadero el acento epicúreo de su vida, ya que confiesa: «siempre salí inmune».

El arte impuro de la novela —como él le llama— el arte vivo, exige del novelador una íntima experiencia del mundo, sin la cual no puede darse en la sinfonía del libro, notas auténticamente humanas. Pero, ¿es por ventura Reyles un escritor tan consciente de su oficio, cómo para vivir para escribir? «Antes, la vida, y luego las letras», ha sido como un grito de rebeldía dado por el mismo escritor contra su propio destino. «Vivir no es pensar la vida, sino vivirla», dice siempre. ¿Por qué creer entonces que vive para pensar, y no que, simplemente, transforma en experiencia lo que ha vivido sin pensar?

Pero es hombre apasionado y frío. Es sensible tanto como egoísta. Y puede ser el amador empedernido e incorregible al que las mujeres aman odiando y odian amando. ¿No son siempre sus actitudes donjuanescas? Sólo que Don Juan ama y compra el olvido con engaño; y Reyles, luego de haber amado, compra su libertad o su paz, con dinero. ¿Lo hace, porque es sensible, o tan amante del oro, que, cree

poder aminorar daños compensando los males irremediables de alguna manera? Habla él de la rosa y de la espina que representa el amor... Pero es más amante inconstante que burlador. «¡Qué nada se oponga a mis deseos!».

Acaso tiene el impulso de Don Juan y la hidalgía del Quijote... Por eso, uno y otro le interesan, y lo apasionan. Pero habría que aclarar que, uno, sobre todo en el libro, y otro, principalmente en la vida.

\*  
\* \*

«Don Juan», «Materia literaria y esencia donjuanesca», son los títulos de su nuevo trabajo, concienzudamente pensado, trabajo de quien domina un asunto en el cual maneja con destreza las cuerdas. Nada se le oculta, los matices del amor le sirven para hacer un poema, canto, estudio o elogio, que lo es del enamorado que ama y burla. «Las bellas prefieren a los enamorados que poseen el tremendo poder de enajenarlas, robarles el albedrío, enloquecerlas y hacerlas reír y hacerlas llorar»; «Don Juan se agranda en razón directa a su poder punitivo», cree. Y no se detiene ahí; si el hombre triunfa tiranizando, la mujer que entusiasmo y se hace amar, es para él, la «Eva engañadora» que ama y tortura. Todo está entremezclado, placer y tormento: la atracción del abismo tenebroso y la brillante llama; deleites y dolores. La dicha es mayor, según piensa, si en el placer entra inquietud, pavor y sufrimiento. «Muy comúnmente el amor en sus designios más recónditos busca la borrasca, no la bonanza; es ave de tormenta. Las olas furiosas, los bramidos del huracán, el estampido del trueno, forman la apocalíptica sinfonía que lo mima y adormece como las ingenuas canciones al infante». Es su rebeldía la que más lo acerca a Don Juan, su espíritu osado, su pasión inquieta e inquietante y su amor al riesgo. «La atracción del riesgo responde a muy íntimas y muy hondas necesidades del alma humana, que, en el fondo, no quiere la tranquilidad, los goces suaves, sino la lucha, los goces ácidos».

¿Ama al personaje novelesco sólo en la realidad? Porque, bien visto, en sus libros no ofrece ningún héroe ni remotamente semejante. Donjuanescos no son Ribero, ni Guzmán, ni Tocles, ni Paco, y sólo a medias Florido. La modalidad reylesca es otra; sus héroes se dividen entre los que triunfan y los que son derrotados, pero ni unos ni otros constituyen tipos de enamorados ni de amantes, sino que aman por-

que viven y, cuando son amados, es porque en otro sentido son también triunfadores.

Pero, «a pesar de todos los pesares —dice— la desafortada criatura no seduce. El defender su yo contra viento y marea nos lo hace amable. Lo que en nosotros es insubordinación se pone resueltamente de su parte. Nos reconocemos, a poco de tratarlo, íntimas afinidades con él, y confesamos sin mayor esfuerzo que cada uno de nosotros lleva dentro de sí un Don Juan descarado o vergonzante». Esa afinidad es sin duda la que en él despierta la simpatía que prueban y trasuntan sus páginas. Ella lo incita a encontrar en Don Juan un mayor interés que en cualquier otro personaje, y a hacer de él un sutilísimo estudio psicológico. Todos los tipos donjuanescos se hallan catalogados en su trabajo, se historia su aparición, y la sucesión de héroes del mismo tenor que siguieron más o menos de cerca a la invención de Lope o de Tirso. Hay clasificaciones por castas y clases; lo estudia en quienes lo toman para figura de sus obras y en quienes lo atacan. El lo defiende. Piensa que hay por medio celos, ya que «Don Juan desagradado —según sospecha— a toda suerte de hombres y agrada a toda suerte de mujeres». ¿Cómo es que él no se siente también celoso? ¿Se coloca en el círculo mágico? Alrededor de los donjuanes literarios vuelven a girar intereses reales y la acción, imaginaria, pasa ya en un salón. El temido personaje aparece: «Las damas se tornan locuaces y coquetas y los caballeros se retrotraen y crispán como si de súbito hubieran descubierto al enemigo común».

A las mujeres les gusta —dice— la agilidad del espíritu y la gallardía de un cuerpo bien musculado, y además de la masculinidad, la inteligencia aguda, la sensibilidad fina, la voluntad firme, y la palabra fácil y engatusadora. «Si tenemos un poco de imaginación —los virtuosos del amor son grandes imaginativos—, se la prestamos y entonces ese demonio, a pesar de sus diabluras, nos gusta mucho». Así se expresa. Pero confiesa aún más: «Cuando habla creemos oírnos. ¿Cómo no escucharlo? Creemos oír una música inefable que nos adormece, cierra los ojos y hace soñar el más maravilloso sueño de la humana criatura, el sueño del amor. En tales momentos nos sentimos capaces de todos los amores y aventuras galantes, hasta de la más alta y temeraria: la del amor que no pide amor, sino amar, anhelo de fundirnos con el ser amado y desaparecer en él». ¿Hay algo más que agregar?

\*  
\* \*

Diríase que, espiritualmente, nada, o muy poco, ha variado Reyless; ya que mientras el tiempo y el destino van pulverizando cosas alrededor suyo y en él, su ánimo y su voluntad son preseas maravillosas que salva. Tiene sesenta y ocho años; su salud es precaria, y asimismo el culto de la vida es tan ardiente que impresiona, como si lo defendiera hasta de la muerte. Mordido por el dolor, reacciona vigorosamente; en su rostro arrugado y seco, los ojos se mantienen imperativos y desafiantes; sus manos descarnadas tienen todavía elocuencia; la decadencia lo agranda.

Trabaja como si ignorara el avance lento y fatal del desintegramiento, como si su estado mental no correspondiera a su estado físico, como si por un esfuerzo heroico consiguiera despreocuparse del cuerpo y detener la adversidad. Reyless es joven a la edad en que los hombres son viejos, porque mantiene la mente y la voluntad en permanente ejercicio, no deja aplacar los deseos, ni en él el orgullo se abate, ni permite que las sonámbulas ambiciones huyan perseguidas por la desgracia.

Escribe estos ensayos, meditados y en estilo límpido; análisis sutiles, puntos de vista profundos y vivos. Pero, cada uno de ellos pone en evidencia un estado de alma y es como la manifestación psicológica espontánea de lo que guarda con celo y pudor. Proust es así quizás un pretexto que toma también, a su vez atenuado por la patética noción del tiempo perdido. «El tiempo es para Proust lo que la fatalidad para Esquilo o Sófocles», anota Reyless.

En su pieza forrada de corcho —dice—, aislado y enfermo, Proust escribe repasando sensaciones con la que va enjoyelando la difusa visión del pasado. Reyless, aislado y enfermo también, se siente atraído por aquel hombre del que admira la obra monótona, de mallas casi iguales, que con benedictina paciencia ha sido escrita y habrá de leerse. Así lo ve, y así lo reconoce y valora. El, sin embargo, ha escrito y sigue escribiendo en forma concisa, rápida, briosa, fuerte. Así, a quien sólo importa la realidad y el presente absoluto, en la hora crepuscular, como único detalle traicionero, deja escapar esa admiración por el que es símbolo del resurgimiento de la memoria del olvido. Y la figura del notable escritor se agiganta doblemente en su concepto, a modo de las sombras dibujadas por la luz de la tarde.

«El goce que sus novelas nos producen —escribe— es más intelectual que emotivo»; pero asimismo les encuentra mérito y belleza. De esa obra, sin embargo añade que podría decirse lo que Anatole France dijera de la de Barrés: «*Il a tant de nuances qu'il n'existe presque pas*»; pero, confesando que, «si nos colocamos a conveniente distancia, la

vasta tapicería de diez y seis nutridos volúmenes se anima como un mundo vivo admirablemente organizado, donde hasta el más ínfimo detalle tiene alta significación, se entronca al resto y está en su sitio».

Ninguno de sus libros tienen esas cualidades; no son tapicerías vastas y de borroso colorido, pero, en éstas encuentra ahora lo que quiere encontrar: «el pasado susceptible de ser reconstruido». Y, quizá como Proust, quiere sentir lo nuevo del aire que se ha respirado, e imaginar los paraísos que se han perdido. ¿Por qué no abrir la milagrosa puerta del recuerdo? Revivir lo vivido es «la dicha inefable de integrarnos, uniendo el pasado al presente y viviéndolos al mismo tiempo». Tal vez es la hora de hacerlo y, de inventar, de transformar, de embellecer, de vivir caras emociones. Sólo que esto es obra de ilusionismo, y el novelador que ha sido hombre de acción, acaso todavía duda... «No cambiamos totalmente —explica— hasta terminar la representación no nos salimos de nuestro papel. Contiene dosis no escasa de verdad el adagio: genio y figura hasta la sepultura. La criatura humana, dentro del marco elástico de la personalidad, que variando de forma la tiene siempre prisionera —aun transformándose un poco todos los días— perdura». Y luego dice: «A pesar de todos los cambios, lo esencial del hombre persiste al través de las edades y le da a nuestro destino un rumbo invariable». Y cree que el ímpetu de dominio y creación es lo que permite «al débil Proust», después de encontrar su vocación, que reforzaba sin sospecharlo, convertirse en gran artista y austero profesor de energía. Y desde entonces, ambos se encuentran llevando ya la misma senda, y, fácil es comprender su devoción: ama al que vence por su propio esfuerzo, al que es como él. Así, dice: «Ha concentrado los fuegos de la voluntad, ahora gladiadora y magnífica, en darle forma al mundo que lleva adentro. Quiere ser leído, quiere durar, perpetuarse en la memoria de los otros, aun después de desaparecer. El escéptico acaba soñando con la inmortalidad, aun cuando sabe que será relativa. Ejemplo —según agrega— que se presta a muy curiosas reflexiones. El escritor sabio y escrupuloso, rico de experiencia y de doctrina cual pocos, les transfunde hasta la última gota de su sangre a los seres que engendra, para que vivan en la percedera memoria de los mortales. Es una lección de acatamiento a la ley de la vida y del arte», piensa Reyless.

Y hace ahora que, sobre él se piense lo que él piensa sobre Proust, al citar un párrafo de éste: «La ley cruel del arte es que los seres mueran y que nosotros también muramos, agotando todos los sufrimientos para que crezca la hierba, no del olvido, sino de la vida eterna, la hierba hispida de las obras fecundas, sobre la cual las generaciones futuras vendrán a hacer alegremente, sin cura de los que

duermen debajo, *leur déjeuner sur l'herbe*. Y Reyles llama a ésta, manera conmovedora, encantada y desencantada de expresar su aspiración. E inevitablemente se piensa en él, y él debe pensarlo mientras escribe. Sólo que después resulta más impresionante; cuando la analogía es ya perfecta.

\*  
\* \*

Reyles, que nunca ha estudiado detenidamente a los hombres superiores, a la manera de los críticos, después de Proust, dedica ahora un ensayo a Valéry —según dice— para extraer algunas quintas esencias y ayudar a comprender «ciertos abstrusos problemas políticos, literarios y estéticos del mundo actual». Lo estudia porque «los representantes netos de espíritu son como grandes lagos que reflejan, si no todos los panoramas psíquicos, por lo menos determinados paisajes y curiosos vericuetos de una época», y, según afirma, porque «Valéry es uno de esos lagos profundos». Sería ingenuo imaginar que se propone hacer de «medium», porque Reyles dejaría de ser Reyles. Admira y alaba lo que en él se puede también alabar y admirar. No se inclina solamente ante quien tiene talento, sino ante quien tiene su clase de talento. El poeta está así en el camino de su verdad: «Opone la conciencia clara a la oscura, la vigilia al ensueño, el cerebro a la médula, lo consciente a lo subconsciente», y esto significa que en él se encuentran.

El arte de Valéry lo invita a asomarse a sus versos y a su prosa, para buscar acercamientos y mostrar coincidencias, siendo su admiración, de esta manera, amor a lo que ama; admiración a quien hace decir a uno de sus personajes, y puede él decir, lo que también Reyles piensa: «*La betisse n'est pas mon fort*». Lo que no poseen o poseen, no es sin embargo lo que hace que Reyles se aparte de su camino de creador para estudiar al gran poeta de Francia, pero una interpretación de las cosas, común y singular, creando el punto de vista «comunicante», le hace juzgar a quien «está ausente y presente».

Una frase de Valéry, podría ser el lema de escritor de Reyles: «*Celui même qui veut écrire son rêve se doit d'être infiniment éveillé*... Como el otro, también cree que «la verdadera condición del poeta es todo lo contrario de *l'état de rêves*». Y, no puede ser de otro modo, pues Reyles es el escritor para quien «el que vela sueña y realiza obras de tan estupenda solidez y maravillosas virtudes que van infinitamente más allá de lo soñado». Por eso dice: «¿Para que acudir a los monstruos de la conciencia oscura, siempre peligrosos, si la vigi-

lante ejecuta lo que la otra no puede ni siquiera soñar?» En Valéry siente amplificado lo que él siente y amplificado lo que él piensa. Aquél ama: «la conciencia neta y honda, la idea nítida, la precisión del pensamiento, la perfección de la forma, la clara belleza, la poesía pura y, si algunos de estos no son precisamente sus conceptos, asimismo son los que concibe que se tengan por buenos. «Sería pueril presumir que Valéry, poeta de alta inspiración y crítico agudo, condene la intuición, el *quid divinum*, la emoción, el delirio sagrado, pero es evidente que prefiere a la desenfrenada carrera de los centauros los ejercicios de alta escuela del Pegaso suyo», dice en otra parte. Y esto tiene que ser motivo de admiración, de relación y de simpatía. Ambos quieren «la fusión perfecta de la inteligencia, la sensibilidad; la facultad creadora y el poder de realizar». Pero admira además en Valéry, «sus términos de justeza», y «su elocuencia incomparable». El pensamiento, más que la sensibilidad los une y, en ocasiones de una manera sorprendente. Así, cuando, Valéry dice: «La ilusión no es otra cosa que la desconfianza del ser respecto a las previsiones precisas del espíritu», cabría pensar que la frase podría haber sido de Reyles.

Pero Reyles que subraya ese pensamiento, y muchos otros, no puede aprobarlo en todo, ni querer con aquel que, «el mundo sirva al espíritu». Por eso dice: «Valéry no teme llegar a las últimas consecuencias de su actitud intelectualista, conceptualista, escéptica, por veces irónica y un tanto inhumana». Y esa no es nunca su posición. Asimismo cree él también que en materia de arte «lo contingente es lastre harto pesado para remontarse a las alturas», y que, «hay que desprenderse de él y de todo lo que pese», y que hay que arrojar por la borda —como dice— muchas ilusiones, muchas imágenes, muchos ídolos, y tras ellos, si es preciso las entrañas. Así se asciende hasta perder de vista la tierra y entrar en las regiones puras y frías». Sólo que hay que reconocer, que «el argonauta se deshumaniza. Ha reducido el universo a dos entidades: su yo y el vacío»...

¿Es el hombre-voluntad el que podría llegar a ese estado? Nunca Reyles ha sido sólo un hombre-espíritu. ¿No mantiene ahora mismo su voluntad encendida, en acecho, pronta a la realización, ayudando más bien que plegándose a las necesidades del espíritu? Ciertamente es que hoy es profesional de las letras; pero deja todavía la sospecha de que está a punto de confesar como Valéry, que lo es «por debilidad»... Pero que, esa debilidad es ya ahora oficio, y encuentra razonable que Valéry diga que las palabras son pequeños sueños. Y hasta va más lejos, exclamando que para él son «grandes misterios, mitos, microcosmos», y añadiendo que aun aisladas representan comedias, dramas

y tragedias». De sus nuevas combinaciones, entronques y ajustes penden el vigor, la precisión y hasta la originalidad del pensamiento... —dice—. Cada vez que se articulan de un modo distinto y orgánico nace, con la forma flamante, la idea o la emoción nuevas que las habitan. —Todos los escritores y pensadores originales han poseído la ciencia de las palabras y han sido grandes virtuosos de la frase». Así, en poesía, llega a conclusiones en él inesperadas, pues sostiene que en este género la forma es más importante que el contenido. Y ¿no piensa como poeta, cuando tantas veces, embelesado, repite una frase que muestra como una pieza de arte, a modo del conocedor que hace brillar las facetas, coloreándolas, para hacer adquirir más valor al conjunto, un valor de musicalidad, de fineza, de sobriedad, de gracia, con lo cual añade más vida de la que pudiera encontrar quien no conoce el hechizo de los símbolos?

Las ideas y las emociones, según Reyless, «se envejecen, se arrugan con el tiempo y las modas que pasan», y «lo que mantienen su lozanía es la belleza de la estructura, que de por sí ya es un pensamiento poético»!... Y cree que, esto que parecería ser juego, no reduce la poesía a un juego de palabras, sino que es «el arte supremo». Pero —añade— después de todo, ¿qué no es juego de palabras?»

Sin embargo, Reyless que da a las palabras, sobre todo en el orden poético, tan extraordinaria importancia, no es «un místico de la forma». En sus obras, las palabras son recursos, riqueza, verdad. No son sino el medio de decir lo que quiere, aunque tiene, como encuentra en Valéry, notas de un registro propio, además de tener como aquél «ideas nacientes».

\*  
\* \*

Reyless es nombrado ahora director del Sodre. Crea un cuerpo de baile y organiza una compañía nacional de comedias. En esos días presenta también una obra teatral suya, la primera que escribe, tomada de un episodio de «El Terruño», y que titula «El burrito enterrado». Pero la obra, medianamente aplaudida, y a medias aceptada, no permanece en el cartel. Tampoco la crítica le es muy favorable, por lo cual queda en el concepto de todos y en el suyo propio, como un paso en falso, dado en un género que nunca tocara y en el que sus condiciones resultan inaplicables. No maneja bien la técnica teatral y lleva a escena un bagaje de teorías que, si en el libro resultan, en boca de los autores, quitan naturalidad y fluidez a los diálogos. Además, el episodio no es ni tan novedoso, ni tan profundo, como para insistir

en él. Y el autor, se percibe de ello, posiblemente tarde, cuando recibe el homenaje de las palabras cordiales, pero no aprobatorias; ya que el desengaño, penetra a veces así, por medio del frío de la simpatía. Pero, el hecho, sin mayor importancia, y desde luego insignificante para el prestigio de un escritor reconocido y conceptuado, no influye en el ánimo de quien ha experimentado, si no en las letras en la vida, choques más serios que éste. Así, sin afectarse, sigue con olímpica indiferencia su labor literaria, además de las iniciativas felices que hace cristalizar en el desempeño de su misión. Se conduce como lo ha hecho siempre, como luchador, batallando, imponiéndose, y queriendo llevarse todo por delante. Es ese su estilo, y no es hora tampoco de que se piense que va a cambiar.

\*  
\* \*

Como el argonauta deshumanizado de que hablara, y que redujera el universo a dos entidades: su yo y el vacío, así está ahora Reyless: él, espíritu y obra, que es también su espíritu, fundidos en una sola concepción, frente al gran abismo. Nada más existe ya. Forzosamente, todo ha quedado lejos. Entre el mundo y él se interpone la vida que se le escapa. A su nido de águila no llega el ajeteo de la calle, ni los ecos mundanos, ni apenas las voces amigas. Es el prisionero de su corazón enfermo. Casi no sale. Lo ahoga el trabajo, lo ahoga casi el pensamiento —ese pensamiento, revolucionario todavía—, y que fatiga su corazón; y lo ahoga hasta el humo de los cigarros de los otros. Se siente mal en la calle, si camina; en las reuniones, cuando habla; en el teatro, que tanto le preocupa ahora. La acción lo fatiga; pero la inmovilidad lo mataría.

En su cuarto, que es casi una celda, trabaja aun para el mundo, ordena, dispone; y con frecuencia contraviene órdenes médicas, para atender personalmente la dirección del Sodre. Tiene la exacta noción de su deber: la que desconoce las precauciones y rechaza los cuidados. Además, puede decir que la *paciencia no es su fuerte*. Para descansar, hay tiempo, se habrá dicho. Porque si para todos, Reyless ha sido y es una voluntad, hay que decir que es también una conciencia.

Dos obras da por terminadas la misma mañana de su muerte. Las entrega a su ama de llaves, y como si previera el suceso, encarga que se lleven a su editor al día siguiente, pase lo que pase. Más tarde, quiere hacer una corrección, y mientras tiene pluma en la mano, cierra los ojos. Muere en la tarde del 24 de Julio de 1938, a los 70 años. Su muerte es el símbolo de su vida, ejemplar de fecundidad y energía.

Como ha vivido, muere, trabajando. De ahí que pocos hombres merezcan como éste que la posteridad le rinda el tributo vivo y constantemente renovado que impida que su recuerdo se aduerma en los remansos traicioneros de la memoria. Y el libro, que estudia su vida, es el monumento que ha de volver activa su muerte; él sintetiza lo vivido y lo logrado; repasa el pasado; él ayuda a agitar su pensamiento en las mentes nuevas, y, si propone la controversia —que es combate, pero también vida— es la obra que, como las estatuas de Dédalo, está dotada de movimiento...

\*  
\* \*

Después de la muerte de Carlos Reyles fueron publicados los dos libros que dejara inéditos: novela y ensayo. «A batallas de amor campos de pluma», es una novela apasionante, estructurada con vigor y como agitada por una corriente eléctrica. Libro erótico, ultra-sensual que, a momentos resulta de innecesaria crudeza y vivo en demasía, y, a su propósito, se ha empleado la palabra «decadencia». ¿Contribuye a dar esa impresión el hecho de tratarse de una obra descuidada, en el sentido de falta de decoro, o descuidada literariamente?

Reyles cometió sin duda dos errores fundamentales: primero, abandonar su género noble y medido, y publicar una novela audaz e impura; el otro, no cuidar bastante el estilo. Y por esto parece un libro improvisado, libro de sorpresas, en el sentido moral, estético y literario. Hay pasajes plagados de errores y de frases banales, y otros bellísimos, pulidos y pensados a fondo. Pero asimismo la trama no carece de unidad, ni son pobres las escenas ni flojos los enlaces; pero los inexplicables descuidos hacen pensar en una obra esbozada a momentos y como anotada para ser más tarde escrita en otra forma. Por otra parte, las innecesarias violencias que se han criticado y por la cual esta obra salió del cauce establecido en toda la literatura de Reyles, pudieron haber sido originadas, ya fuera porque buscarse en sí el equilibrio emocional que rompiera el brusco cambio de vida al que obligara la inacción de los últimos y penosos años, ya porque una excesiva y desgraciada confianza, lo impulsara a escribir con menos miramientos hacia el público, o porque creyese que así se ponía a tono con la época; o, ya porque respondiese a su verdadera modalidad, contenida en los demás libros más cerebrales.

Pero si hubo equivocación de su parte, al dar una obra angustiosamente inquietante, y que desconcierta, lo evidente es que para él también, el libro fué un problema, que, a veces debió considerar

resuelto, y a veces abandonaba desanimado. No fué pues un libro escrito a última hora, en esa hora que quiere creerse de decadencia, sino en muchos períodos y, durante siete u ocho años. Y estas circunstancias explican, sino excusan esas alzas y bajas de estilo y tal vez esos mismos campanillazos que sacuden el libro como para dar la impresión fuerte, violenta, chocante, que no se encuentra en ninguno de sus demás libros. Fué escrito en distintos tiempos y como con distintas plumas, criterios y modalidades; ya con cuidado, ya con desgaño, apasionadamente, —descaradamente apasionado— y tanto en buen estilo, como con prisa. Además, empezado con tiempo, debió de terminarse con lógica premura, puesto que tuvo que darlo por concluido el mismo día de su muerte. Hay frases que no parecen haber sido releídas, otras mal corregidas, seguidas o siguiendo a las escrupulosamente ajustadas. Y es esa desigualdad, la que apenas y perjudica, porque apenas que perjudique el conjunto tan elevado de su literatura, sin ver que no añadía un laurel más a su fama y que abría a la crítica un punto vulnerable.

Pero, asimismo hay que juzgarla como obra inconclusa, y nunca de otra manera.

En cuanto a «Ego Sum», es un «substructum», más que una repetición de conceptos. Son ensayos escritos acaso, seguramente, para hacer resaltar su pensamiento y mostrar las aristas de su personalidad. Es pues, casi un libro íntimo, aunque en nada se parezca a los que se tienen por tales. Libro sincero, el libro de la verdad, de su verdad, y, es en este sentido que alcanza su más alto valor. Mucho de lo que dice estaba ya dicho, mucho estaba esbozado; hay pasajes a los que el mismo autor pone una llamada a fin de indicar en cual de sus obras puede hallarse la idea expuesta. Pero el procedimiento indica precisamente que su intención fué la de definir posiciones, y no la de establecer nuevas, y que es un extracto de su pensamiento y no una renovación. «Antología» de pensamientos podría llamarse. Y, si así se piensa, aunque pueda parecer innecesaria la ratificación, no indica esto una decadencia; como tampoco lo probaría la repetición sin finalidad alguna, ya que es peculiar de este escritor escribir siempre sobre lo ya escrito.

Por otra parte, es difícil hacer ahora un juicio definitivo sobre Reyles, pues si se poseen muchas cartas de juicio para juzgar y cartas que no se poseerán más adelante, nadie puede abstraerse todavía a su presencia, ni dejar que intervenga la simpatía o la antipatía, ni esa envidia ni esa admiración afestuosa que el paso de los hombres deja por la tierra durante algún tiempo. Además, para los grandes suele existir exagerada benevolencia mientras viven, y demasiado severidad en

cuanto mueren, como si se quisiera recobrar una posesión que no se ha tenido, o resacirse de una libertad que no se ha usado. Por eso, sólo mucho tiempo después, cuando desaparecen los factores ambientales, y el olvido y la indiferencia han cumplido su misión niveladora, se hace la nueva y helada valorización, la casi definitiva valorización, que viene a ser ya como un fallo supremo y divino. Y, para este autor no ha llegado ese momento. Pero, como los hados siempre le fueron propicios, recibió ya, a modo de adelantada consagración, el homenaje de los hombres más destacados de su tiempo, reunidos con ese fin bajo la presidencia del más eminente pensador uruguayo, de Carlos Vaz Ferreira. Y luego el del Senado de la República, que decretó el máximo reconocimiento, haciendo que sus restos reposen entre los de los muertos ilustres en el Panteón Nacional.

Este libro se terminó  
de imprimir en la  
Impresora L.I.G.U.  
Paysandú 1011  
Montevideo  
Diciembre  
1943

**Obras de**

**Josefina Lerena  
Acevedo de Blixen**

1931. **Mis cuartos de hora.** (Inédita).
1934. **A media voz.** (Editorial Alfar). (Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay).
1938. **Entre líneas.** (Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay).
1940. **Cristalizaciones.** (Premio de Honor en el concurso americano de la Biblioteca de Matanzas, de Cuba).
1943. **Antología de poetas armenios.** (Aprobada y editada por el Centro de Estudios Armenios en el Uruguay).
1943. **Reyles.** (Editorial Cultura Uruguay).

